

TOM CLANCY:

Tom Clancy y Steve Pieczenik



OP-CENTER

EQUILIBRIO DE PODER

booket

www.coventry.gov.uk/libraries

**Coventry Libraries
and Information
Services**



Coventry City Council



3 8002 01616 1475

16-00

COVENTRY LIBRARIES

Please return this book on or before
the last date stamped below.

23P

PS130553 DISK 4

WILLIAMSON
FOR SALE
CENTRAL

22 DEC 2008

15 JUN 2017

- 8 JAN 2009

02 MAR 2009

24 APR 2009

24 FEB 2013

24 FEB 2013

18 MAR 2013

16 NOV 2014

To renew this book take it to any of
the City Libraries before
the date due for return



Coventry City Council

BOOKS

Las novelas de la serie Tom Clancy: Op-Center

Tom Clancy: Op-Center

Tom Clancy: Op-Center. El silencio del Kremlin

Tom Clancy: Op-Center. Juegos de Estado

Tom Clancy: Op-Center. Actos de guerra

Tom Clancy: Op-Center. Estado de sitio

Tom Clancy y Steve Pieczenik

Tom Clancy: Op-Center. Equilibrio de poder

Traducción de Víctor Pozanco

Tom Clancy

y Steve Pieczenik

Tom Clancy Op-Center

Equilibrio de poder

Traducción de Víctor Pozanco

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Título original: *Tom Clancy's Op-Center: Balance of power*

© Jack Ryan Limited Partnership and S&R Literay, Inc., 1998

© por la traducción, Víctor Pozanco, 1999

© Editorial Planeta, S. A., 2004

Avenida Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la cubierta: Columna Comunicació

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2002

Segunda edición: mayo de 2004

Depósito legal: B. 21.752-2004

ISBN: 84-08-04382-X

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El autor de *Deuda de honor* y de *Órdenes ejecutivas* viene situando la acción de su serie *Op-Center* en puntos de la geografía mundial claves para el actual equilibrio de poder (Alemania, Rusia, Oriente Medio...). En esta ocasión le ha tocado el turno a España, un país que atrae la atención mundial no sólo por formar parte de la Unión Europea, de la OTAN y por ser un enclave estratégico en el Mediterráneo, sino también por su estabilidad. Ya no se trata de la España folclórica de otros tiempos, sino de un ejemplo de convivencia. Pero (y de ahí la presente novela de Clancy) igual que ocurrió con Alemania en otro libro de la serie, no hay que bajar la guardia. Inspirándose, sin duda, en la intentona golpista de Armada, Milans del Bosch y Tejero, Clancy imagina una nueva temeridad: un militar de ideas trasnochadas que, inquieto con la posibilidad de que las autonomías españolas se agiten como Irlanda, se repropien como Córcega, se irriten como Lombardía y, en palabras de Clancy, «hagan cundir un mal ejemplo que podría extenderse a Canadá y a los propios Estados Unidos», traza un plan para encrespar los ánimos de las distintas comunidades autónomas en el que implica además, de grado o por fuerza, al clero (en concreto a los jesuitas). En definitiva, lo que intenta es crear una si-

tuación de extrema confusión propicia para dar un golpe de estado. En lugar del Congreso de los Diputados, el objetivo es ahora tomar el palacio Real, en el que el general Amadori espera sentarse como dictador. Pero los servicios de inteligencia no están ociosos, pues además de adivinarse la intervención del Cesid, toman parte activa la Interpol y el propio Op-Center, cuyo comando Striker recibe la orden de poner punto final al conflicto del modo más rápido y expeditivo posible. Su misión consiste ahora en eliminar a Amadori, igual que en Alemania les tocó liquidar a los líderes neonazis.

Pese a algunas exageraciones, Clancy no hace sino dar continuidad al leit motiv de toda su obra: el papel de Estados Unidos, ya sea de manera abierta o encubierta, como gendarme mundial.

La comprensible indignación que en nuestro país han suscitado tales exageraciones y la falta de credibilidad que producían ciertos errores de documentación admitidos por el propio autor han aconsejado el criterio editorial de subsanarlos en una versión que, respetando por completo la acción, las relaciones personales de los personajes y las intenciones de cada uno de ellos, no falsee realidades que nos son tan cercanas y que no sólo son del dominio público de cualquier ciudadano español, sino de los millones de extranjeros que visitan nuestro país cada año. Así, por ejemplo, y en aras de evitar una imagen tan falseada como negativa de la realidad sociopolítica de España, se ha sustituido el citado palacio Real por un palacete sito en las afueras de Madrid. Asimismo, y para evitar incongruencias, se han sustituido los apellidos de algunos personajes. Se ha evitado la palabra «etnias» para referirse a las distintas nacionalidades o autonomías dentro del Estado español. Las «familias» al estilo italiano se han convertido aquí en clanes, término usado por los medios de co-

municación en el caso del «clan de los Charlines», por ejemplo, para referirse a unos supuestos narcotraficantes. Además, ningún diputado español va en limusina, de modo que la flamante limusina del original se convierte aquí en un coche corriente.

Sirva todo lo dicho como ejemplo y justificación de la labor de adaptación realizada más que como justificación del autor y del traductor. Ahora le toca al lector juzgar y disfrutar de esta novela, que en absoluto le dejará indiferente.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecerle a Jeff Rovin sus ideas y su valiosa contribución a la hora de elaborar el manuscrito original, así como la ayuda que nos han prestado Martin H. Greenberg, Larry Segriff, Robert Youdelman, Tom Mallon y toda la gente de The Putnam Berkley Group, sin olvidarnos de Phyllis Grann, David Shanks y Elizabeth Beier. Y como siempre, también hemos de agradecerle sus desvelos a Robert Gottlieb, nuestro agente y amigo de The William Morris Agency, sin el cual este libro no se habría hecho nunca realidad. Ahora os toca a vosotros, queridos lectores, determinar el éxito de todo este esfuerzo colectivo.

UNO

Lunes, 16.55. Madrid

—Se ha pasado de la raya —dijo Martha Mackall.

Se había enfadado tanto con la joven que estaba a su lado que le costó calmarse.

—Se ha pasado de la raya y ha cometido una temeridad —le susurró al oído a Aideen, ya más tranquila—. Sabiendo lo que está en juego aquí, es imperdonable cometer semejante desliz.

La escultural Martha y su menuda ayudante, Aideen Marley, se sujetaban a la barra del pasillo de la parte delantera del autobús. Aideen se humedecía con una toallita sus carnosos y redondos pómulos, casi tan rojizos como su pelo.

—¿O no tengo razón? —exclamó Martha.

—Sí —dijo Aideen.

—¡Y tanto que sí! ¡Por el amor de Dios!

—La tiene, la tiene —asintió Aideen—. Lo reconozco. Me he equivocado.

Aideen lo dijo de manera sincera. Había reaccionado de forma impulsiva en una situación que, probablemente, Martha hubiese ignorado. Pero al igual que la desproporcionada reacción de Aideen minutos antes, el rapapolvo de Martha resultaba tan excesivo como hiriente. Durante los dos meses transcurridos desde que Aideen se incorporó a la sección política y económica del Centro de Operaciones, los otros tres miem-

bros de la sección le habían advertido de que tuviese mucho cuidado en no enojar a la jefa.

Y ahora entendía por qué.

—No sé qué es lo que ha pretendido demostrar —prosiguió Martha, que seguía muy arrimada a Aideen y hablándole con entrecortada crispación—. De todas formas, le prohíbo que vuelva a comportarse así. Por lo menos cuando vaya conmigo. ¿Entendido?

—Sí —admitió Aideen con expresión contrita.

«Ya está bien, por Dios», pensó para sus adentros Aideen, que recordó un seminario sobre los lavados de cerebro al que asistió en la embajada de EE. UU. en México. Los prisioneros eran presionados por sus captores cuando más débiles se hallaban emocionalmente. Y el sentimiento de culpabilidad era uno de los factores que más los debilitaba. Ignoraba si Martha había estudiado aquella técnica o si su actitud era espontánea.

Casi de inmediato, Aideen se preguntó si era justa con su jefa. Al fin y al cabo, aquélla era la primera misión en la que trabajaban juntas en el Centro de Operaciones. Y era una misión importante.

Martha desvió la mirada, pero... sólo un momento.

—¡Es increíble! —exclamó, volviendo a la carga—. Dígame una cosa: ¿no se le ha ocurrido pensar que ha podido detenernos la policía? ¿Cómo le hubiésemos explicado esto a nuestro tío Miguel?

El tío Miguel era el nombre en clave del hombre a quien habían ido a ver, el diputado Isidro Serrano. Hasta que llegasen a su reunión en el Congreso de los Diputados, así era como tenían que referirse a él.

—Francamente, no. ¿Por qué iba a detenernos la policía? No hemos hecho más que defendernos.

—¿Defendernos? —preguntó Martha.

—Sí —dijo Aideen mirándola.

—¿De quién?

—¿Cómo que de quién? —exclamó Aideen—. De esos hombres...

—Habría sido su palabra contra la nuestra. Dos norteamericanas llamando a gritos a la policía, clamando contra un supuesto acoso en plena calle. La policía se habría reído de nosotras.

—No creo que la cosa hubiese ido tan lejos —comentó Aideen meneando la cabeza.

—Ya. ¿Quién le garantiza a usted que no? —aventuró Martha.

—Nadie, desde luego —reconoció Aideen—. Pero aun así...

—¿Qué? —la atajó Martha—. ¿Qué habría hecho usted si nos hubiesen detenido?

A través de las ventanillas, Aideen veía pasar las tiendas y hoteles del centro comercial de Madrid. Recientemente, en el Centro de Operaciones, había participado en un computerizado TSB (trabajo de simulación bélica), un ejercicio obligatorio para los miembros del cuerpo diplomático. Los familiarizaba con lo que sus colegas tenían que afrontar cuando la diplomacia fallaba.

—Si nos hubiesen detenido —dijo Aideen—, me habría disculpado. ¿Qué hubiese podido hacer si no?

—Nada —contestó Martha—, que es justo adonde quería ir a parar yo, aunque... ya es un poco tarde para seguir dándole vueltas.

—¿Sabe qué? —dijo Aideen—. Tiene usted razón, toda la razón —añadió mirando a Martha con fijeza—. Ya es un poco tarde. De modo que lo único que quiero es disculparme ante usted y dejarlo correr.

—No me cabe duda de que es eso lo que usted quiere —replicó Martha—. Pero ése no es mi estilo. Cuando me enfado, me desahogo.

«¡Y de qué manera!», pensó Aideen.

—Y si me enfado mucho —añadió Martha—, prescin-

do de usted y listo. No me puedo permitir ser condescendiente.

Aideen no estaba de acuerdo con descalificaciones tan expeditivas. Organiza uno un buen equipo, se esfuerza por conservarlo... Un director eficaz y prudente comprende que el temperamento hay que cultivarlo y encauzarlo, no aplastarlo. Pero ésta era una de las características de Martha a la que tendría que acostumbrarse. Como subdirector del Centro de Operaciones, el general Mike Rodgers lo expresó muy bien al contratarla: «En todo trabajo influye la política. Sólo que en la política influye más.» Se extendió diciéndole que en todas las profesiones la gente tiene sus prioridades. Por lo común, sólo docenas o centenares de personas se ven afectadas por esas prioridades. En cambio, en la política, las ramificaciones de toda decisión son incalculables. Y sólo había un medio de combatir eso.

Aideen le había preguntado cómo.

La respuesta de Rodgers fue sencilla: «Con mejores prioridades.»

Aideen estaba demasiado enojada para pensar en cuáles podían ser las prioridades de Martha en aquellos momentos. Era uno de los temas predilectos de discusión en el Centro de Operaciones. Había división de opiniones respecto de si la cooperación entre los departamentos de economía y de política redundaría en beneficio del Estado o, acaso, en el de la propia Mac-kall. La mayoría opinaba que Martha se proponía ambas cosas.

Aideen miró en derredor. El autobús iba atestado de gente que regresaba al trabajo después del almuerzo, y de turistas con sus cámaras. Algunos habían presenciado el incidente protagonizado por dos jóvenes y aquellas norteamericanas en la parada del autobús, y varios de ellos las habían fulminado con la mirada.

El autobús, grande y de color rojo, se detuvo en la

calle de Fernanflor, y las dos mujeres se apearon. Vestidas como turistas, con tejanos y anoraks, y con mochila y cámara al hombro, se quedaron en la acera de la transitada calle. El autobús arrancó de nuevo y se alejó.

Martha miró a su ayudante. A pesar de la reprimenda, los ojos grises de Aideen aún tenían un acerado destello bajo sus párpados ligeramente pecosos.

—Mire —dijo Martha—, es usted nueva en esto. La he traído conmigo porque posee un gran conocimiento del idioma, y porque es lista. Creo que tiene mucho futuro en las relaciones exteriores.

—Nueva, lo que se dice nueva, no lo soy —protestó Aideen.

—Cierto. Pero sí es nueva en el escenario europeo y respecto de mi modo de hacer las cosas —replicó Martha—. Usted es partidaria del ataque frontal. Probablemente, ésa sea la razón de que el general Rodgers la contratase, arrebatándosela al embajador Carnegie. Nuestro subdirector cree que hay que afrontar los problemas del modo más directo. Sin embargo, ya la advertí acerca de esto cuando se incorporó a mi sección. Le dije que moderase su entusiasmo. Lo que en México podía funcionar, no tiene necesariamente que funcionar aquí. También le dije, cuando aceptó usted el cargo, que si quería trabajar para mí, tendría que hacer las cosas a mi manera. Yo prefiero dar un rodeo, evitar al grueso de las fuerzas enemigas, burlarlas, en lugar de lanzar un ataque, y sobre todo, cuando hay tanto en juego como aquí.

—Entiendo —dijo Aideen—. Como le he dicho, puede que sea nueva en este tipo de situaciones, pero no soy una novata. Por consiguiente, cuando sé a qué reglas he de atenerme, me atengo a ellas.

—De acuerdo —admitió Martha algo más relajada—. La creo —añadió mirando a Aideen, que alargó el bra-

zo para tirar a una papelera la manoseada toallita—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita ir al lavabo?

—¿Tengo aspecto de necesitarlo?

—Quizá no le vendría mal refrescarse. Aún tiene el rostro congestionado por su ataque de ira —dijo Martha.

—De verdad que lo siento mucho —se disculpó Aiden—. ¿Qué más puedo decirle?

—Nada —contestó Martha meneando la cabeza lentamente—. ¿No quería usted que lo dejásemos correr? Pues... dejémoslo correr.

Martha aún seguía meneando la cabeza al enfilarse hacia el imponente palacio de las Cortes, donde debían encontrarse, extraoficialmente y con suma discreción, con el diputado Serrano. De acuerdo con lo que el veterano político le había dicho al embajador Barry Neville en una reunión secreta, había una creciente tensión entre los campesinos de las zonas más pobres de Andalucía y el gobierno central, que había recurrido a los servicios de inteligencia por temor a que el descontento de aquellas zonas de Andalucía se sumase a las reivindicaciones de catalanes, vascos y gallegos. Lo que Serrano temía era que un hipotético enfrentamiento entre unos y otros pudiese resquebrajar el delicado mosaico del Estado.

Sesenta años atrás, España ya se había visto asolada por una sangrienta guerra civil que duró tres años. De producirse algo semejante en las actuales circunstancias, el flanco sur de la OTAN quedaría desestabilizado y las consecuencias serían catastróficas (sobre todo porque la OTAN trataba de ampliar su influencia en Europa oriental).

El embajador Neville planteó la cuestión al Ministerio de Exteriores, y el ministro, Av Lincoln, decidió que el ministerio no podía permitirse ninguna involuación en algo que no era más que un síntoma. Si es-

tallaba el conflicto y se demostraba que ellos habían tenido alguna participación, le sería muy difícil a EE. UU. ayudar a negociar la paz. De ahí que Lincoln le pidiese al Centro de Operaciones que tantease el terreno y preguntase si podía EE. UU. hacer algo para desactivar la potencial crisis.

Martha Mackall se subió la cremallera de su anorak azul para protegerse del frío.

—No me cansaré de repetir esto bastante. Madrid no es el Tercer Mundo.

—Pero es que se nos arrimaban tanto que temí que fuesen a robarnos las mochilas y descubriesen quiénes somos.

—Si nos hubiesen detenido, nos habrían descubierto mucho antes —dijo Martha, que cogió a Aideen de un brazo y la hizo a un lado.

Estaban en la acera, pero junto a una fachada, alejadas de los viandantes.

—La verdad es —prosiguió Martha— que, al final, alguien les hubiese afeado su comportamiento. En algunos españoles aún sigue arraigada la costumbre de piroppear a las mujeres, con expresiones de mejor o peor gusto. Pero si un hombre se pasa de la raya en la vía pública, siempre hay alguien que, como le he dicho, le afea su comportamiento. Además, basta con mostrar bien a las claras que no quiere una que la molesten para que la cosa no vaya más allá. Así es como funcionan aquí las cosas, y yo siempre me atengo a las reglas de cada país. Cuando empecé en la diplomacia, a principios de los años setenta, en la séptima planta del Ministerio de Exteriores, estaba entusiasmada. Por allí pasaba todo lo importante. No obstante, no tardé en descubrir por qué estaba allí. No era porque yo tuviese un gran talento, aunque eso era lo que yo esperaba. Me habían puesto allí para que me las tuviese con los líderes del *apartheid* de la República de Sudáfrica. Yo

venía a ser como un admonitorio dedo que decía: «Si quieren mantener relaciones con Estados Unidos tendrán que tratar a los negros como iguales.» ¿Sabe cómo era aquello?

Aideen hizo una mueca. Lo imaginaba.

—Es bastante peor que el hecho de que se le arrimen a una demasiado por la calle, se lo aseguro —dijo Martha—. Pero yo hacía lo que me ordenaban, porque en seguida aprendí una cosa: si infringe uno las normas o trata de adaptarlas al propio temperamento, aunque sólo sea un poco, se convierte en un hábito. Y cuando se convierte en un hábito se hace uno negligente. Y un diplomático negligente no le sirve de nada al país... ni a mí.

Aideen estaba furiosa consigo misma. Pese a su experiencia en Exteriores y a sus treinta y cuatro años, era la primera en reconocer que carecía de la talla diplomática de su jefa, quince años mayor que ella. En el fondo, no tenía nada de extraño, porque muy pocos estaban a su altura.

Martha Mackall no sólo sabía cómo moverse en los círculos europeos y asiáticos (en parte, debido a los veranos y a las vacaciones que había pasado en giras por el mundo con su padre, Mack Mackall, un activista de los derechos civiles y cantante de soul muy popular en los años sesenta). Además, se había doctorado en Ciencias Económicas con un sobresaliente cum laude por el Instituto Tecnológico de Massachusetts, se codeaba con los más importantes banqueros del mundo y estaba bien relacionada con senadores y diputados.

Martha era temida y respetada. Y Aideen tenía que reconocer que, en este caso, también había tenido razón.

La veterana agente miró el reloj.

—Vamos. Tenemos que estar en el palacio antes de cinco minutos.

Aideen asintió y caminó junto a su jefa. La joven agente ya no estaba furiosa, aunque sí disgustada consigo misma y preocupada, como siempre que metía la pata, aunque lo cierto era que no había tenido muchas ocasiones de cometer errores durante los cuatro años que pasó en el SIE (Servicio de Inteligencia del Ejército) en Fort Meade. Su trabajo allí se había reducido a hacer de recadero, repartiendo dinero e información secreta a agentes dentro y fuera del país. Hacia el final de su trabajo en el SIE, la destinaron al departamento de cifra de INTEL (Inteligencia Electrónica), y pasaba la información al Pentágono. Como los satélites y los ordenadores hacían allí el trabajo más arduo, aprovechó para tomar clases especiales sobre tácticas de grupos de élite y técnicas de vigilancia (sólo para adquirir experiencia en estos campos). Tampoco tuvo Aideen oportunidad de cometer errores cuando dejó el ejército, para integrarse en la agregaduría política de la embajada norteamericana en México. Casi siempre utilizaba INTEL para ayudarse a seguirles la pista a los narcotraficantes del ejército mexicano, aunque, ocasionalmente, se le permitía hacer trabajo de campo y utilizar las técnicas aprendidas como agente secreto.

Martha y Aideen caminaban en silencio hacia las enormes columnas del palacio de las Cortes. Construido en 1842, el palacio era la sede del Congreso de los Diputados que, junto al Senado, formaba el parlamento bicameral español.

Como ya se había puesto el sol, algunos focos iluminaban dos grandes esculturas en bronce que representaban sendos leones. Cada uno de ellos descansaba una zarpa sobre una bala de cañón. Las esculturas se fundieron utilizando armas capturadas a los enemigos de España. Flanqueaban la escalinata de piedra que conducía a una alta puerta metálica. Aquel acceso sólo se utilizaba en las ceremonias. A la izquierda de la en-

trada principal había una alta verja de hierro, cuyos gruesos barrotes acababan en punta. Junto a la puerta de la verja había una pequeña garita con ventanas dotadas de cristal antibalas. Por allí entraban los diputados en las dependencias del Congreso.

Martha y Aideen pasaron en silencio frente a la granítica fachada del palacio.

Aunque llevaba poco tiempo trabajando en el Centro de Operaciones, Aideen sabía que, mentalmente, su jefa ya estaba en la reunión. Martha repasaba en silencio todo lo que quería decirle a Serrano. El papel de Aideen consistía en utilizar su experiencia con los insurrectos mexicanos, y su conocimiento del español, para que nada fuese mal expresado ni mal interpretado.

«Lástima no haber tenido más tiempo para prepararnos», pensaba Aideen mientras paseaban y hacían fotografías, comportándose como turistas mientras avanzaban hacia la verja.

El Centro de Operaciones apenas había tenido tiempo de recuperarse de la crisis de los rehenes del valle de la Bekaa cuando, desde la embajada en Madrid, le comunicaron el peligro de crisis en España. La información se había tratado con tal reserva que sólo el diputado Serrano, el embajador Neville, el presidente Michael Lawrence y sus más allegados consejeros, y los altos cargos del Centro de Operaciones, estaban al corriente.

Si el diputado Serrano estaba en lo cierto, la vida de miles de personas corría peligro.

A lo lejos se oía el sonido de la campana de una iglesia. Aquel sonido se le antojaba a Aideen más sacro que en Washington. Contó las campanadas. Seis. Y efectivamente eran las seis en punto.

Martha y Aideen se acercaron a la garita.

—Tenemos concertada una visita turística —dijo Aideen a través de la rejilla de la garita, y añadió que un amigo de ambas les había conseguido la autorización.

El joven centinela las miró muy serio y les preguntó sus nombres.

—Señorita Temblón y señorita Seráfico —contestó Aideen, dándole sus supuestos apellidos.

Antes de salir de Washington, Aideen lo había convenido así con la oficina del diputado Serrano. Todo, desde los billetes de avión hasta la habitación del hotel, se había reservado a nombre de Seráfico y Temblón.

El centinela consultó una lista que tenía sujeta a una tablilla y Aideen miró hacia el patio que había más allá de la verja. El cielo era, en aquellos momentos, de un intenso color negro azulado. En el fondo del patio se hallaba situado un pequeño edificio de piedra, que albergaba dependencias auxiliares para los miembros del ejecutivo. Detrás se alzaba un edificio nuevo de paredes de cristal, en el que se encontraban los despachos de los diputados. Era un impresionante complejo que le recordó a Aideen lo mucho que habían progresado los españoles desde la muerte de Franco, en 1975.

España era ahora una monarquía constitucional, con un jefe de gobierno y un Rey que, como rezaba una vieja fórmula, «reina pero no gobierna». El propio palacio de las Cortes era, en sí mismo, una prueba elocuente de los difíciles tiempos del pasado español. Había orificios de bala en el techo del salón de sesiones, gráfico recordatorio del intento de golpe de estado que protagonizaron algunos militares en 1981. El palacio había sido objeto de otros ataques. El más célebre ocurrió en 1874, cuando el presidente Emilio Castelar perdió una moción de censura y los soldados abrieron fuego en los pasillos.

A lo largo del siglo XX, casi todos los conflictos en los que se había visto envuelta España eran de orden interno. España fue neutral en las dos guerras mundiales y, como consecuencia de ello, el mundo había prestado escasa atención a sus problemas políticos, salvo

durante la guerra civil. Pero cuando Aideen estudiaba lenguas en la facultad, su profesor de español, el doctor Armesto, le había dicho que España era un país dado a los conflictos internos.

«Allá donde hay tres españoles, hay cuatro opiniones —le decía—. Cuando los acontecimientos mundiales favorezcan a los impacientes y desafectos, esas opiniones se harán oír fuerte y violentamente.»

La fragmentación era una tendencia política en todo el mundo, como evidenciaban la desmembración de la Unión Soviética y Yugoslavia, el movimiento secesionista de Quebec y el creciente etnocentrismo que afectaba a Estados Unidos.

España no era inmune a esta tendencia mundial.

Los temores del diputado Serrano no estaban carentes de base (un informe del Centro de Operaciones los corroboraba). El país podía ver gravemente alterado su orden interno.

El jefe de inteligencia del Centro de Operaciones, Bob Herbert, era de la misma opinión.

—Un momento —dijo el centinela, que dejó la lista a un lado y descolgó un teléfono de color rojo que tenía encima de una consola de la garita. Marcó un número y se aclaró la garganta.

Mientras el centinela hablaba con un secretario, Aideen se dio la vuelta. Miró hacia la amplia avenida, atestada de tráfico. Las brillantes luces de los faros de los coches, que avanzaban lentamente, cegaban en la semioscuridad de aquellas horas. De vez en cuando un turista disparaba un flash.

De pronto, un joven que acababa de hacer una fotografía se guardó la cámara en el bolsillo de su chaqueta y miró hacia la garita. Aideen no pudo verlo con claridad debido a que llevaba una gorra de béisbol, pero notó que la miraba. Un coche se acercó al bordillo, por detrás del joven. Más que llegar, el turismo de color ne-

gro había arrancado, como si hubiese estado aguardando al final de la manzana. Aideen miró a Martha y, a partir de aquel instante, todo pareció ocurrir a cámara lenta. El joven sacaba una pistola que llevaba bajo la chaqueta.

—¡Al suelo! ¡Nos disparan! —le gritó Aideen a Martha agarrándola de un brazo.

Pero fue demasiado tarde. El pistolero disparó y Martha salió despedida contra la garita y se desplomó hacia un lado. Aideen se había tirado al suelo en dirección contraria, para atraer el fuego del pistolero y desviarlo de Martha. Y lo consiguió. Al echarse Aideen cuerpo a tierra, un sorprendido y joven cartero que pasaba junto a ella se detuvo, la miró y resultó alcanzado por una bala en el muslo izquierdo. Al doblársele la pierna y vencerse hacia adelante, una segunda bala lo alcanzó en el costado. Se desplomó boca arriba junto a Aideen. La joven agente se arrojó cuanto pudo a él, que se retorció de dolor. Al ver que manaba sangre de su costado, Aideen alargó el brazo y presionó la herida con la palma de la mano para frenar la hemorragia.

Aideen siguió en aquella postura, escuchando. Cuando creyó que los disparos habían cesado definitivamente, levantó un poco la cabeza. Justo en aquel momento, el coche que vio acercarse junto al bordillo arrancaba de nuevo. Al oír que la gente empezaba a gritar a lo lejos, se incorporó con lentitud y se arrodilló, pero sin dejar de presionar la herida del cartero con la mano.

—¡Socorro! —le gritó a un centinela que había corrido hacia la verja—. ¡Socorro!

El centinela abrió la verja y se acercó. Aideen le pidió que la relevase en la misión de contener la hemorragia del cartero. Le hizo caso, mientras ella se incorporaba y miraba hacia la garita. El centinela de guardia estaba acucillado en el interior, pidiendo ayuda a gritos por teléfono. Se veía gente al otro lado de la calle y

en plena calzada. Frente al palacio sólo se encontraban en aquellos momentos Aideen, el cartero, el centinela y... Martha.

Aideen miró a su jefa a través de la oscuridad. Los coches que circulaban por la avenida disminuían la velocidad y se detenían, iluminando con sus faros la horrible escena. Martha estaba de costado en el suelo, de cara a la garita. Debajo y detrás de su cuerpo se habían formado varios charcos de sangre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Aideen con la voz entrecortada.

La joven trató de levantarse, pero las piernas no la sostenían. Gateó hacia la garita y se arrodilló junto a Martha. Miró su hermoso rostro. Estaba completamente inmóvil.

—¿Martha? —dijo Aideen quedamente.

Martha no contestó. Varias personas empezaron a congregarse de manera cohibida detrás de las dos mujeres.

—¿*Martha*? —repitió Aideen angustiada.

Martha no se movió. Aideen percibió ruido de pisadas procedentes del otro lado de la verja. Alguien corría hacia ellas. Luego, oyó voces ahogadas por el ruido del tráfico, que le gritaban a la gente que despejase la zona. Aideen tenía los oídos embotados a causa de los disparos. Tocó la mejilla izquierda de Martha con mano temblorosa; apenas dejó resbalar las yemas de los dedos.

Martha seguía sin reaccionar. Con lentitud, como si se moviese en un sueño, Aideen extendió el índice de la mano derecha y lo acercó a la nariz de Martha, perpendicularmente a sus fosas nasales.

No respiraba.

—¡Dios bendito! —musitó Aideen, que tocó entonces con delicadeza los párpados de Martha.

Tampoco así reaccionó su jefa y, al cabo de un momento, Aideen retiró la mano. Volvió a ponerse en cu-

clillas sin dejar de mirar el cuerpo inerte de Martha Mackall. Con los oídos ya menos embotados, los ruidos le llegaban con mayor nitidez. El mundo parecía volver a su movimiento normal.

Quince minutos antes, Aideen despotricaba en silencio contra aquella mujer. Martha había sido descubierta y abatida en el curso de una operación que parecía importante... importantísima. Casi todos los momentos y situaciones parecen importantes, hasta que la tragedia permite verlos con perspectiva. O acaso fuesen, en efecto, importantes... porque no habría otros. Poco importaba ya. Al margen de que Martha hubiese estado acertada o equivocada; de que fuese buena o mala persona; visionaria o un monstruo de pragmatismo, estaba muerta. Para ella se habían acabado los momentos importantes.

Se abrió la puerta de la verja del palacio, y algunos hombres salieron corriendo y rodearon a Aideen, que miraba a Martha con ojos ausentes y tocaba su pelo negro.

—Perdona... —musitó Aideen con los ojos cerrados—. Perdóname...

Pensando de una manera racional, Aideen sabía que no podían culparla de nada. Durante el curso de orientación de siete días que tuvo que seguir tras incorporarse al Centro de Operaciones, la sicóloga Liz Gordon les advirtió, a Aideen y a otros dos recién incorporados, que la primera vez que tuviesen que hacer frente a una arma, si es que llegaba ese día, podía afectarlos de un modo muy profundo. Una arma esgrimida en un entorno familiar destruye el espejismo de que nadie puede impedirnos hacer aquello que rutinariamente hacemos a diario (en este caso, caminar por la calle).

Liz le explicó al pequeño grupo que, en el instantáneo shock, la temperatura, la presión arterial y el tono muscular disminuyen de forma brusca, y que el instin-

to de conservación tarda unos momentos en reaccionar. «Los atacantes cuentan con esos momentos de paralización», le había explicado Liz.

Pero entender lo ocurrido no servía de gran ayuda. En absoluto. No mitigaba el dolor ni el sentimiento de culpabilidad que Aideen sentía. De haberse movido un momento antes, de haber estado un poco más alerta, Martha podría seguir con vida.

«¿Cómo asimila una ese sentimiento de culpabilidad?», se preguntó Aideen llorosa.

No lo sabía. Nunca se había visto en una situación crítica. Ya le resultó imposible de asimilar el encontrarse a su viudo padre llorando en la mesa de la cocina, después de haber perdido su empleo en la fábrica de zapatos de Boston en la que trabajaba desde la adolescencia. Estuvo varios días tratando de hablar con su padre, pero él la rehusaba y se refugiaba en el whisky. Poco después, al dejar el hogar para estudiar en un colegio mayor, tuvo la sensación de abandonar a su padre. Luego, un desengaño acentuó su sensación de fracaso: su novio, que conoció en la facultad y que había sido el amor de su vida, empezó a coquetear con una antigua novia y, una semana después, la dejó.

Al terminar sus estudios, ingresó en el ejército, y no asistió siquiera al acto de entrega de diplomas en la facultad, ya que no habría podido soportar ver a su ex novio.

Iba de fracaso en fracaso. Y ahora, en aquellos momentos, le había fallado a Martha. No pudo contener el llanto.

Un joven y bigotudo sargento de la guardia del palacio la aupó con delicadeza por los hombros y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Se encuentra bien?

Ella asintió con la cabeza y dejó de llorar.

—Creo que sí —contestó.

—¿Quiere que la vea un médico?

Aideen meneó la cabeza.

—¿Está segura, señorita?

Aideen respiró hondo. No eran ni el momento ni el lugar más adecuados para desfallecer. Tendría que hablar con el enlace del Centro de Operaciones con el FBI, Darrell McCaskey. Se había quedado en el hotel esperando la visita de un colega de la Interpol. Además, Aideen no podía dejar de ver al diputado Serrano. Si el atentado había tenido como objetivo evitar la entrevista, no iba a permitir que los conspiradores se saliesen con la suya.

—No se preocupe por mí —dijo Aideen—. ¿Han detenido al agresor? ¿Tienen idea de quién ha sido?

—No, señorita —contestó el sargento—. Tendremos que esperar a ver lo que hayan captado las cámaras de vigilancia. Entretanto, ¿cree que está en condiciones de hablar con nosotros acerca de lo ocurrido?

—Sí, por supuesto —respondió ella algo titubeante porque no podía olvidar cuál era la misión que había ido a cumplir allí. Y además, no sabía hasta qué punto era conveniente darle explicaciones a la policía—. Pero verá...

—¿Sí?

—Había venido a ver a una persona del Congreso. Y tendría que hablar con ella lo antes posible.

—Me pondré en contacto con mis superiores.

—También necesito hablar con una persona que se hospeda en el Princesa Plaza —dijo Aideen.

—Me ocuparé de ambas cosas —le aseguró el sargento—. No obstante, el comisario Fernández llegará de un momento a otro, y él será el encargado de dirigir la investigación. Cuanto más aguardemos, más dificultosa será.

—Claro —admitió ella—. Entiendo. Hablaré con él y me entrevistaré con nuestro guía más tarde. ¿Podría llamar por teléfono?

—Sí, yo mismo me ocuparé de ello —contestó el sargento—. Y luego iré personalmente a informarme de quién es la persona con la que estaban citadas.

Aideen le dio las gracias. El sargento la sujetó del brazo derecho al percatarse de que las piernas le flaqueaban.

—¿No cree que sería prudente que, primero, la viese un médico? —se interesó el sargento—. Tenemos aquí un médico residente.

—No, de verdad, gracias —dijo Aideen sonriéndole cordialmente.

No iba a dejar que el agresor pudiera vanagloriarse de una segunda víctima. Se reharía sola, por más que le costase sobreponerse.

El sargento volvió a sonreírle con amabilidad, y ambos fueron caminando lentamente hacia la verja. El médico del palacio corría hacia ellos. Se oía la sirena de una ambulancia que se acercaba. La joven ladeó el cuerpo al ver que la ambulancia iba a detenerse justo donde estuvo el coche que se había dado a la fuga. Mientras la dotación de la ambulancia descargaba una camilla, Aideen contempló cómo el médico se incorporaba junto al cuerpo de Martha. Llevaba allí sólo un momento. Le dijo algo al centinela y luego corrió junto al cuerpo del cartero. Le desabrochó la chaqueta del uniforme y les gritó a los enfermeros que se acercasen. El centinela cubrió la cabeza de Martha con una chaqueta.

Aideen miró hacia adelante. Ya no había remedio. En sólo unos segundos, todo lo que Martha Mackall había aprendido, planeado, sentido y esperado se había esfumado, perdido para siempre.

La joven siguió conteniendo el llanto mientras la conducían a un cómodo despacho de paredes revestidas de madera. Aideen se sentó en un sofá de piel contiguo a la puerta. Le dolían los codos y las rodillas de los gol-

pes que se había dado contra el suelo, y se hallaba sumida en un semiestupor. Pero reaccionaría. Era consciente de que Darrell, el general Rodgers, el director Paul Hood y el resto del equipo del Centro de Operaciones la apoyaban. Aunque en aquellos momentos tuviese que valerse por sí misma, no estaba sola.

—Puede llamar por teléfono desde aquí, si lo desea —dijo el sargento, señalando a un precioso teléfono de disco (toda una reliquia) que estaba sobre una mesa de superficie de cristal.

—Marque el cero y luego el número.

—Gracias.

—Pondré un centinela en la puerta para que no la molesten. Luego iré a informarme sobre su guía.

Aideen volvió a darle las gracias. El sargento salió del despacho y cerró la puerta. Allí dentro sólo se oían el siseo de un radiador del fondo y el ahogado runrún del tráfico. La vida seguía su curso.

Aideen volvió a respirar hondo, sacó un bloc del hotel que llevaba en la mochila y miró el número de teléfono anotado al pie. No se hacía a la idea de que Martha hubiese muerto. Aún creía poder palpar su enfado, ver sus ojos, oler su perfume. Todavía podía oír a Martha decirle: «Ya sabe lo que está en juego aquí.»

Aideen tragó saliva y marcó el número. Pidió que le pasaran la comunicación a la habitación de Darrell McCaskey. Colocó un sencillo distorsionador que emitía un agudo sonido que ensordecía a cualquier «pincha» encima del micrófono. Un filtro en el auricular del receptor permitía oír la voz con normalidad.

Aideen sabía perfectamente lo que estaba en juego allí: el destino de España, de Europa y, quizá, del mundo. Y costase lo que costase, esta vez estaría a la altura de las circunstancias.

DOS

Lunes, 12.12. Washington, DC

Cuando se hallaban en el cuartel general del Centro de Operaciones –en la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews, en Maryland, o en la del comando Striker, en la academia del FBI de Quantico, en Virginia–, los dos cuarentones eran el subdirector del Centro de Operaciones, general Michael Bernard Rodgers, y el coronel Brett Van Buren August, jefe de la fuerza de intervención rápida del Centro de Operaciones.

Pero allí, en el Ma Ma Buddha, un pequeño restaurante del barrio chino de Washington, la relación entre superior y subordinado desaparecía. Eran íntimos amigos, nacidos ambos hacía cuarenta y cinco años en el hospital St. Francis de Hartford, en Connecticut. Habían ido juntos a la guardería y compartían una gran afición por la construcción de modelos de aviones a escala. Incluso habían coincidido en el equipo patrocinado por los almacenes Thurston, de la Liga de Béisbol Infantil, durante cinco años, persiguiendo ambos a la reina del equipo, Laurette DelGuercio, dentro y fuera del campo; y habían tocado la trompeta en la banda del valle de Housatonic durante cuatro años.

De mayores, sirvieron en diferentes armas del ejército en Vietnam: Rodgers en las Fuerzas Especiales y August en el SIFA (Servicio de Inteligencia de las

Fuerzas Aéreas). A partir de entonces, durante veinte años, se vieron en contadas ocasiones.

Rodgers cumplió dos turnos de servicio en el Sudeste Asiático. Después lo destinaron a Fort Bragg, en Carolina del Norte, para ayudar al coronel Beckwith a supervisar el entrenamiento del 1.^{er} Destacamento de las Fuerzas Especiales del ejército (la agrupación Delta). Rodgers siguió allí hasta la guerra del golfo Pérsico, donde mandó una brigada mecanizada, con tan «pattonesco» fervor que estaba ya cerca de Bagdad mientras que sus fuerzas de apoyo seguían en el sur de Iraq. Su celo le ganó un ascenso y un destino de despacho en el Centro de Operaciones.

Por su parte, August había realizado ochenta y siete salidas con F-4 en misiones de espionaje sobre Vietnam del Norte durante dos años, antes de que lo derribasen cerca de Hue. Permaneció un año como prisionero de guerra antes de lograr escapar y llegar al sur. Tras un período de recuperación en Alemania, adonde llegó extenuado a causa de las penalidades de su cautiverio y de la fuga, August regresó a Vietnam. Allí organizó un red de espías para tratar de localizar a otros prisioneros de guerra norteamericanos, y permaneció en el país, como agente secreto, durante un año después de la retirada de EE. UU. A petición del Pentágono, August pasó los tres años siguientes en Filipinas, ayudando al presidente Marcos a combatir a los secesionistas. No le gustaba Marcos ni su política de represión, pero como el gobierno de EE. UU. apoyaba a Marcos, él se limitó a cumplir con su deber.

Con la idea de darse un pequeño respiro en un destino más sedentario, después de la caída del régimen de Marcos, August aceptó un puesto de enlace con las Fuerzas Aéreas en la NASA, ayudando a organizar la seguridad para las misiones de los satélites espía. Luego, se incorporó al SOC como especialista en activida-

des antiterroristas. Y cuando el jefe del comando Striker, el teniente coronel W. Charles Squires, resultó muerto en una misión en Rusia, Rodgers se puso inmediatamente en contacto con el coronel August y le ofreció el cargo. August aceptó, y así pudieron volver a cultivar su vieja amistad.

Ambos habían llegado al Ma Ma Buddha después de pasar la mañana comentando la propuesta de creación de una nueva división internacional Striker, al servicio del Centro de Operaciones. La idea había sido de Rodgers y de Paul Hood.

A diferencia del comando Striker, de carácter secreto y con personal de élite, la DIS sería una pequeña unidad formada por agentes extranjeros dirigidos por los norteamericanos (por hombres como Falah Shibli, de la Sayeret Ha'Druzim, la unidad de reconocimiento drusa de Israel, que ayudaron al comando Striker a rescatar el COR y a su dotación en el valle de la Bekaa).

La DIS se dedicaría a misiones secretas en lugares potencialmente conflictivos.

El general Rodgers había permanecido en silencio pero muy atento durante casi toda la reunión, a la que asistieron también el jefe de inteligencia Bob Herbert y sus colegas Donald Breen, jefe de inteligencia naval, Phil Prince, de la inteligencia del ejército, y Pete Robinson, amigo de August y toda una leyenda en el SIFA.

Ahora, Rodgers estaba simplemente en silencio, atacando un plato de chuletas con judías tiernas salteadas. Arrugado, canoso y con los párpados entornados, el general daba la impresión de abatimiento.

Rodgers y August acababan de regresar del Líbano. Rodgers y un pequeño grupo de soldados y civiles, que había estado probando sobre el terreno el nuevo COR, fueron apresados y torturados por extremistas kurdos. Con la ayuda de un agente israelí, August y el coman-

do Striker pudieron llegar al valle de la Bekaa y liberarlos. Cuando su odisea se hubo terminado, y hubieron abortado un intento de enzarzar a Turquía y a Siria en una guerra, el general Rodgers había desenfundado su pistola y ejecutado al líder kurdo.

Durante el vuelo de regreso a EE. UU., August había evitado que el general Rodgers, muy afectado por el remordimiento, volviese el arma contra sí mismo.

August le dio la vuelta a la chuleta con el tenedor. Después de ver comer a los guardias de la prisión mientras él se moría de hambre, había llegado a pensar que jamás volvería a ver una chuleta. Mientras comía, sus ojos azules miraban a su compañero. August advertía los efectos del combate y del cautiverio, sabía muy bien la tortura que podían representar para la mente y el cuerpo. No contaba con que Rodgers se recuperase rápidamente. Algunas personas no llegaban a recuperarse jamás. Cuando afloraba la profundidad de su deshumanización (tanto por lo que les hubiesen hecho como por lo que se hubiesen visto obligados a hacer), muchos prisioneros o rehenes se suicidaban.

Liz Gordon lo había expresado muy bien en un artículo que publicó en la revista de Amnistía Internacional: «Un rehén es alguien que pasa de caminar a arrastrarse. Volver a caminar, afrontar los riesgos más simples o las figuras de autoridad más rutinarias, les resulta a menudo más difícil que abandonarse a la postulación y rendirse.»

August cogió la tetera metálica.

—¿Quieres?

—Sí, por favor.

Sin dejar de mirar a su amigo, August cogió las tazas y las puso boca arriba. Las llenó y volvió a posar la tetera en el salvamanteles. Luego, removió el contenido de media bolsita de azúcar que había vertido en su taza,

se llevó ésta a los labios y bebió un sorbo. Siguió mirando a Rodgers, pero el general no alzó la vista.

—¿Mike?

—Sí.

—Esto no está bien.

—¿Qué? ¿Las chuletas? —preguntó Rodgers alzando la vista.

August sonrió, un poco sorprendido.

—Bueno... por algo se empieza. Es la primera vez que te veo bromear desde... ¿desde cuándo? ¿Desde primaria?

—Más o menos —admitió Rodgers con expresión sombría.

El general bebió también un poco de té y miró la taza.

—¿Crees que he tenido muchos motivos para reír desde entonces? —dijo Rodgers.

—Yo diría que sí.

—¿Como cuáles?

—¿Qué me dices de los fines de semana con los pocos amigos que has logrado conservar? Un par de clubes de jazz, de los que me hablaste, de Nueva Orleans, Nueva York, Chicago. Buenas películas. Más de una preciosidad. Creo que has tenido muchas cosas estu-
pendas en tu vida.

Rodgers posó la taza en el plato y ladeó el cuerpo con expresión dolorida. Las quemaduras que le infligieron durante la tortura a que lo sometieron los kurdos en el valle de la Bekaa aún no habían cicatrizado por completo, y menos aún, sus heridas emocionales. Pero se negaba a quedarse postrado en el sofá, oxidándose.

—Todas esas cosas son diversiones, Brett. Me encantan, pero es puro esparcimiento, puro ocio.

—¿Y desde cuándo el ocio y el esparcimiento son cosas negativas?

—Pues desde el momento en que los convierte uno en una *razón* para vivir, en lugar de ser la recompensa por el trabajo bien hecho.

—Moralina.

—Ética.

August había introducido un tubo en una ciénaga, y estaba claro que Rodgers había decidido dejar que parte del fango ascendiera a la superficie.

—¿Quieres saber por qué no logro relajarme? —dijo Rodgers—. Porque nos hemos convertido en una sociedad que vive para el fin de semana, para las vacaciones, para huir de las responsabilidades. Nos enorgullecemos de lo que aguantamos la bebida, de cuántas mujeres podemos llevarnos a la cama o de los triunfos de nuestros equipos deportivos favoritos.

—Antes, te gustaba mucho todo eso —le recordó August—, especialmente las mujeres.

—Bueno... pues quizá me haya cansado de todo eso. No quiero seguir viviendo de esa manera. Deseo *hacer cosas*.

—Siempre has hecho cosas. Y eso no te ha impedido disfrutar de la vida.

—Creo que hasta ahora no me había dado cuenta del desastre en que se está convirtiendo el país —dijo Rodgers—. Se enfrenta uno a un enemigo como el comunismo internacional; lo apuesta uno todo a esa lucha. Sin embargo, de pronto te quedas sin enemigo y miras a tu alrededor. Y descubres que, mientras tú te enzarzabas en esa lucha, todo lo demás se ha ido al garete: los valores, la iniciativa, la solidaridad... Todo. De modo que he decidido dedicarme a fustigar a todos esos que no se enorgullecen de lo que hacen.

—Sé que intentas ser sincero contigo mismo, pero no es de lo que se trata, Mike. A ti te gusta la música clásica, ¿no?

—¿Y qué? —exclamó Rodgers.

—Dijo un escritor, cuyo nombre ahora no recuerdo, que la vida debería ser como una sinfonía de Beethoven. Las partes más sonoras de la partitura representan nuestros logros públicos; las más suaves, nuestra vida privada. Creo que la mayoría de las personas han encontrado un razonable y honesto equilibrio entre ambas.

Rodgers miró su té.

—Yo no lo creo así. De ser eso cierto, procederíamos mejor.

—Hemos sobrevivido a dos guerras mundiales y a una guerra fría nuclear —replicó August—. Para una manada de predadores que no hace tanto que salió de las cuevas, no está tan mal. —Bebió un largo sorbo de té y luego añadió—: Además, dejemos a un lado lo de la diversión y los fines de semana. Todo ha empezado al bromear tú con lo de las chuletas. El humor no es debilidad, amigo, y no creo que debas reprochártelo. Es un desahogo, Mike, una compensación necesaria. Cuando fui huésped de Hô Chi Minh, logré conservarme relativamente cuerdo contándome todos los chistes malos que recordaba...: un esqueleto entra en un bar y pide un gin-tonic y... una fregona.

Rodgers no rió.

—Bueno —dijo August—, pues te sorprendería lo gracioso que resulta cuando te tienen colgado de las muñecas, que te sangran y te duelen lo indecible, sobre un pantano infestado de mosquitos. Tienes que levantar el ánimo, Mike.

—Para ti es fácil. Pero yo me indigno, me amargo. No paro de pensar.

—Lo sé. Y se te hace un nudo en el estómago. Te has habituado a otra clase de música sinfónica: sonoros pasajes que te retumban dentro y se quedan ahí. No irás a decirme que eso es bueno, ¿no?

—Bueno o no, no puedo evitarlo, entre otras cosas

porque eso es mi combustible, lo que me moviliza, lo que me impulsa a enmendar entuertos y a deshacerme de la gente que nos estropea a los demás.

—Y cuando no puedes enmendar entuertos ni deshacerte de los «malos», ¿qué? —preguntó August—. ¿En qué utilizas tu alto octanaje?

—En nada. Lo almaceno. Ésa es la ventaja. Es la idea del *chi* que propugnan en el Extremo Oriente. Y cuando lo necesitas para la siguiente batalla, ahí lo tienes, listo para fluir.

—O para explotar. ¿Y qué haces cuando has almacenado tanto que ya no te cabe más?

—Quema uno una parte. Ahí sí tiene sentido lo de la diversión. Te dedicas al ejercicio físico. Haces deporte o llamas a una amiga liberal. Según.

—Solitarias de buen ver.

—A mí me sirven. Aunque acabo dando gatillazos.

—¿Gatillazos? —exclamó August sonriente. Por lo menos, había conseguido que Rodgers hablase de algo más que de desgracias y de la decadencia de la civilización—. Mira: después de mi largo fin de semana con Barb Mathias, me quedé como para pedir un año sabático.

—Creí que te hacía un favor —dijo Rodgers sonriente—. Ella estaba coladísima por ti cuando éramos críos.

—Sí, pero ahora tiene cuarenta y cuatro años y sólo quiere sexo y seguridad —reconoció August, acercándose a la boca el tenedor con un cargamento de fideos—. Por desgracia, yo sólo soy rico en una de esas dos cosas.

Rodgers seguía sonriendo cuando sonó su busca. Ladeó el cuerpo para mirarlo e hizo una mueca de dolor al tensársele las vendas.

—¿Quién te llama? —preguntó August.

—Bob Herbert —le informó Rodgers, que frunció el entrecejo y cogió la servilleta que tenía sobre las rodi-

llas. Se levantó lentamente y la dejó caer en la silla—. Lo llamaré desde el coche.

—Te espero aquí —dijo August recostándose en el respaldo—. Me han dicho que en Washington nos tocan tres mujeres a cada hombre. Puede que alguna se siente para aprovechar tu plato. Se te va a quedar helado como la calle.

—Buena suerte —le dijo Rodgers, que fue de prisa hacia la salida entre las mesas del concurrido restaurante.

August se terminó los fideos chinos que acompañaban a la chuleta, apuró el té y se sirvió más. Bebió un trago lentamente mientras miraba en derredor del comedor. Pensó que no iba a ser fácil que Rodgers superase su estado de ánimo. August siempre había sido el más optimista de los dos. Ciertamente, él no podía mirar al monumento a los excombatientes de Vietnam ni ver un documental acerca de la guerra, ni siquiera pasar por delante de un restaurante vietnamita, sin que le escociesen los ojos, se le hiciese un nudo en el estómago o se le crispasen los puños, aunque dominándose para no emprenderla a golpes con lo primero que tuviese a mano. August solía ser una persona animosa y esperanzada, pero no era de los que perdonaba fácilmente. Con todo, no se había dejado amargar ni abatir por la decepción igual que Mike. En este sentido, el problema no consistía en que la sociedad le hubiese fallado a Mike, sino en que éste se dejase abatir. No obstante, August trataría de impedirlo con todas sus fuerzas.

Cuando Rodgers regresó, August notó al momento que algo grave había sucedido. Pese al dolor que le producían sus vendadas heridas, el general cruzaba por entre las mesas con porte decidido —pero sin correr—, esquivando a los camareros y a los clientes, en lugar de aguardar a que pasasen. August y Rodgers iban de uniforme, y tanto los agentes extranjeros como los perio-

distas (porque Washington era un nido de ambos), prestaban mucha atención a los altos cargos militares. Si los veían muy acelerados, los observadores deducían qué arma y, a veces, incluso qué unidad de qué arma estaba involucrada en el conflicto de que se tratase.

August se levantó con lentitud antes de que Rodgers llegase. Se estiró aparatosamente y apuró el té. Dejó caer un billete de veinte dólares en la mesa y fue al encuentro de Rodgers. No hablaron hasta haber salido del restaurante. Fueron caminando lentamente calle abajo hasta el coche. Acostumbrados a la intemperie, apenas notaban el cortante aire de mediados del otoño.

—A ver: cuéntame algo más acerca de las buenas cosas de la vida —ironizó Rodgers amargamente—. Hace media hora han asesinado a Martha Mackall.

August tuvo la sensación de que se le agriaba la comida en el estómago.

—Frente al palacio de las Cortes de Madrid —añadió Rodgers.

El general lo dijo con la voz entrecortada y la mirada perdida en la lejanía. Aunque el enemigo no tuviese todavía rostro, Rodgers ya sabía hacia dónde dirigir su indignación.

—No habrá nuevas órdenes para tu grupo hasta que tengamos más datos —prosiguió Rodgers—. La ayudante de Martha, Aideen Marley, está hablando con la policía. Darrell está en Madrid y se dirige en estos momentos al palacio. Llamará a Paul a las dos de la tarde para ponerlo al corriente.

La expresión de August seguía inmutable. Más que acidez de estómago, lo que notaba ahora era un regusto más amargo que la bilis.

—¿Se sabe ya quién ha sido?

—No —respondió Rodgers—. Martha iba de incógnito. Muy pocas personas sabían que estaba allí.

Subieron al nuevo Camry de Rodgers y August se

puso al volante. Arrancó y se adentró en el tráfico. Permanecieron en silencio unos momentos. August no conocía mucho a Martha, pero sabía que no era una persona que cayese muy bien al resto del personal del Centro de Operaciones. Era una mujer arrogante y mandona. Una auténtica pejuguera. No obstante, también era profesionalmente muy eficiente. Sin ella, el Centro de Operaciones quedaba empobrecido.

A través del parabrisas, August vio que el cielo estaba encapotado. Al llegar a la sede del Centro de Operaciones, Rodgers iría a la planta de ejecutivos, que se encontraba en el sótano, y August se trasladaría en helicóptero a la academia del FBI en Quantico, donde se hallaba acantonado el comando Striker. De momento, el Striker seguiría allí. Sin embargo, aún había dos miembros del Centro de Operaciones en España y, si los acontecimientos se les escapaban de las manos, podrían recibir la orden de salir de allí precipitadamente.

Rodgers no le había contado a August qué había ido a hacer Martha a España, porque, obviamente, no quería arriesgarse a que alguien lo oyese. No era infrecuente que los coches de los altos cargos militares estuviesen sometidos a vigilancia electrónica y que les colocasen micrófonos ocultos. Pero August estaba al corriente de la tensa situación política en España. También sabía que Martha era una experta en los conflictos provocados por las distintas nacionalidades. Y dedujo que probablemente hubiese ido en misión diplomática para contribuir a quitarle hierro a las fricciones.

Y August sabía algo más: quienquiera que hubiese asesinado a Martha Mackall, lo más probable es que supiera a qué había ido allí. Esto, a su vez, planteaba otra cuestión que trascendía a la conmoción del momento: si aquél era el primer o el último disparo de un potencial conflicto en España.

TRES

Lunes, 18.45. Donostia, España

La luna espejeaba en la oscura superficie de las aguas de la Concha. Las resplandecientes esquirlas se fragmentaban hasta convertirse en luminoso polvo. El oleaje batía la orilla de la playa, ancha y arqueada, que bordeaba la elegante ciudad.

A menos de un kilómetro en dirección este, los barcos de pesca y las embarcaciones de recreo cabeceaban en el atestado puerto. Los mástiles crujían con el fuerte viento del sur. Las olas cabrilleaban y embestían los cascos. Varias embarcaciones rezagadas, cuya dotación aún confiaba en capturas de última hora, enfilaban ya de regreso hacia la bocana del puerto. Las gaviotas, muy activas durante el día, iban a refugiarse bajo desvencijados embarcaderos o tras los riscos de la isla de Santa Clara, frente a la entrada de la bahía.

Más allá de las embarcaciones atracadas o fondeadas en el puerto, a unos quinientos metros de la costa, el blanco yate *Verídico* se balanceaba en el agua iluminada por la luna. Vestido totalmente de negro, un tripulante montaba guardia en cubierta; otro iba al timón; un tercer tripulante cenaba en un pequeño espacio contiguo a la cocina, y el cuarto dormía en el camarote delantero.

En el yate iban también cinco pasajeros, reunidos en el camarote central. La puerta estaba cerrada y las pe-

sadas cortinas corridas, tapando los dos ojos de buey.

Estaban los cinco sentados alrededor de una mesa grande de color amarfilado, en cuyo centro había un grueso volumen encuadernado en piel y una botella de madeira.

Ya les habían retirado todos los platos y sólo quedaban vasos semivacíos.

Los cinco comensales llevaban sendos *blaziers* de color azul celeste, holgados pantalones, ostentosos anillos y alfileres de corbata de oro o platino, calcetines de seda y relucientes zapatos hechos a mano. Todos llevaban el pelo corto, pulcramente peinado. Cuatro de ellos fumaban sendos puros habanos (había una buena provisión en una tabaquera del centro de la mesa). Tenían las manos suaves y bien cuidadas y su expresión era relajada. También sus voces eran suaves y cálidas.

El propietario del *Verídico*, el señor Esteban Puig, era también el fundador de los Astilleros Puig, la empresa constructora del yate. A diferencia de quienes compartían la mesa con él, no fumaba, no porque no quisiera sino porque no creía que hubiese llegado el momento de celebrarlo. Estaba absorto, pensando en todo lo que había en juego; pensando en tantos años de sueños; en los meses de planificación y en las horas de ejecución.

¿A qué aguardaba?

Puig recordaba que, muchos años atrás, solía sentarse en aquel mismo camarote a aguardar las llamadas de los hombres de la CIA con quienes trabajaba; o noticias de los miembros de su camarilla, formada por sus más fieles colaboradores, tras cumplir con distintas misiones, como entregar paquetes, recoger dinero o darle una paliza a quienes no hubieran querido colaborar con él. En parte, Puig añoraba aquellos tiempos, más tranquilos, cuando no era más que un apolítico intermediario que se lucraba con el contrabando de armas,

o espiando acerca de las encubiertas actividades de los soviéticos o de los fundamentalistas islámicos; unos tiempos en los que utilizaba el poder de su clan para «obtener» préstamos que los bancos no querían concederle, o para conseguir camiones con los que transportar mercancías cuando no había camiones disponibles.

Ahora las cosas eran distintas. Muy distintas.

Puig no despegó la boca hasta que sonó su teléfono móvil. Al oírlo, lo sacó del bolsillo derecho de su *blazer*. Sus dedos, pequeños y regordetes, temblaron ligeramente al acercarse el teléfono al oído. Tras decir su nombre, guardó silencio. Se limitó a escuchar y a mirar a los demás.

Cuando el comunicante hubo terminado, Puig volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Miró el limpio cenicero que tenía delante. Cogió un cigarro de la tabaquera y aspiró su aroma. Una sonrisa iluminó su rostro suave y redondo.

—¿Qué ha ocurrido, Esteban? —preguntó uno de los presentes tras quitarse el cigarro de la boca.

—Está hecho —dijo orgullosamente Puig—. Uno de los objetivos, el principal, ha sido eliminado.

Sus compañeros aplaudieron con espontáneo entusiasmo. Puig cortó la punta del cigarro y la dejó caer en el cenicero. Luego, encendió el cigarro con el precioso encendedor que decoraba el centro de la mesa. Tras hacer girar el cigarro una y otra vez, hasta conseguir una brasa uniforme, Puig inhaló el humo con fruición. Volvió a hacer girar el cigarro entre sus labios y exhaló el humo.

—El señor Sánchez está ahora en el aeropuerto de Barajas —dijo Puig, refiriéndose al apellido que el asesino había adoptado para su misión—. Llegará a Bilbao dentro de una hora. Telefonaré a la fábrica para que uno de los chóferes vaya a recogerlo. Luego, de acuerdo a lo planeado, lo traerán al yate.

—Para una corta visita, supongo —observó uno de los presentes con ansiedad.

—Cortísima —lo tranquilizó Puig—. Cuando el señor Sánchez llegue, saldré a cubierta y le pagaré —añadió dándose unos golpecitos en un bolsillo del *blazier* en el que llevaba un fajo de billetes—. Como no verá a nadie más, no hay peligro de que pueda traicionar a alguien.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó el que acababa de interesarse por la duración de la visita.

—Chantaje, Alfonso —contestó Puig—. Los hombres como Sánchez, ex militares que le han cogido gusto al dinero, tienden a estirar más el brazo que la manga, a vivir al día. Y cuando se quedan sin dinero, a veces vuelven... a pedir más.

—¿Y si lo hiciese? —volvió a preguntar Alfonso—. ¿Cómo te protegerías tú?

—Uno de mis hombres lo grabó en vídeo —respondió Puig sonriente—. Si Sánchez me traicionase, la cinta iría a parar a manos de la policía. Sin embargo, dejemos a un lado lo que *podría* pasar y pensemos en lo que *pasará*. Cuando le haya pagado, Sánchez será escoltado hasta el aeropuerto, saldrá del país y no regresará hasta que la investigación haya concluido, tal como acordamos.

—¿Y el chófer de Madrid? —preguntó otro de los presentes—. ¿También él va a salir de España?

—No —contestó Puig—. El chófer trabaja para el diputado Serrano. Es un individuo muy ambicioso y, por lo tanto, mantendrá la boca cerrada. Y el coche que se ha utilizado ya está en un taller para desguazarlo —añadió Puig muy ufano—. Créeme, mi querido Miguel, todo ha sido planeado minuciosamente. Nadie nos vinculará al atentado.

—No lo dudo —dijo Miguel—. No obstante, ya no estoy tan seguro de poder confiar en Serrano. Es vasco.

—También el autor del atentado es vasco y ha hecho

lo que se le encargó —replicó Puig—. El diputado Serrano hará también lo que se le dijo, Carlos. Es ambicioso.

—Bueno... Será un vasco ambicioso, pero vasco.

—El diputado Serrano no quiere pasarse la vida como portavoz de pescadores, ganaderos y mineros. Aspira a dirigirlos.

—Por mí... puede llevárselos a todos a Francia —dijo Carlos—. Yo no los iba a echar de menos.

—Ni yo tampoco —admitió Puig—. Pero entonces ¿quién pescaría?, ¿quién criaría ganado?, ¿quién explotaría las minas? ¿Los banqueros y auditores que trabajan para ti, Carlos? ¿Los periodistas que trabajan para los periódicos de Rodrigo o la cadena de televisión de Alfonso? ¿Los pilotos que trabajan para la compañía aérea de Miguel?

Los demás sonrieron, se encogieron de hombros o asintieron. Carlos se sonrojó un poco, pero asintió desenfadadamente con la cabeza.

—Dejémonos ya de nuestro curioso aliado —continuó Puig—. Lo importante es que la emisaria de Estados Unidos ha sido eliminada. Los norteamericanos no tendrán ni idea de quién lo ha hecho, ni por qué, y lo pensarán dos veces antes de tratar de intervenir en nuestros problemas políticos. El diputado Serrano les dará otro aviso cuando se reúna esta noche con los demás enviados. Les asegurará que la policía está haciendo todo lo posible por detener al asesino, pero que, en tiempos tan revueltos, no pueden garantizar que no ocurra otro percance...

Carlos asintió y miró a Miguel.

—¿Y qué tal va tu parte? —le preguntó.

—Muy bien —contestó Miguel, un hombre muy elegante, de cabello plateado, alto ejecutivo de una compañía aérea—. La reducción de las tarifas desde Estados Unidos a Portugal, Italia, Francia y Grecia ha tenido

una gran acogida entre los usuarios. El turismo con destino a Madrid y Barcelona se ha reducido en un once y un ocho por ciento respectivamente con respecto al año pasado. Los hoteles, restaurantes y el transporte privado ya se han resentido de las pérdidas, y el efecto colateral ha afectado a muchas empresas.

—Y los ingresos seguirán reduciéndose —dijo Puig—, en cuanto se les diga a los norteamericanos que la mujer asesinada era una turista, que ha sido un atentado indiscriminado.

Puig inhaló el humo del cigarro y sonrió. Estaba especialmente orgulloso de esa parte de su plan. El gobierno de EE. UU. nunca podría revelar la verdadera identidad de la mujer asesinada. Era miembro de un órgano de inteligencia y de dirección de crisis, no del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tampoco podría EE. UU. revelar el hecho de que la víctima había ido a Madrid a entrevistarse con un poderoso diputado que temía una nueva guerra civil. Si Europa llegaba a saber que una representante norteamericana como la agente Martha Mackall tenía previsto entrevistarse con Serrano, sospecharía que EE. UU. trataba de intervenir para sacar tajada. Y ésa era exactamente la razón de que Serrano hubiese pedido la entrevista. De un solo disparo, Puig y su grupo habían conseguido afectar a la política de la Casa Blanca y al turismo español.

—¿Qué hay del siguiente paso, Carlos? —preguntó Puig.

El joven banquero, moreno y apuesto, se inclinó hacia adelante. Dejó el cigarro en el cenicero, entrelazó las manos y las puso sobre la mesa.

—Como sabéis —dijo—, las clases media y modesta se habían visto muy seriamente afectadas por la reciente disminución del empleo. En los últimos seis meses, el Banco Derco ha restringido los préstamos hasta tal punto que nuestros socios en esta operación —añadió

señalando a los otros presentes—, así como otros empresarios, se han visto obligados a elevar los precios a los consumidores en casi un siete por ciento. Al mismo tiempo, han reducido tanto la producción que las ventas españolas en el resto de Europa se han reducido en un dieciocho por ciento. Los trabajadores lo han acusado mucho, aunque, hasta el momento, no les hemos recortado los créditos. En realidad, hemos sido extraordinariamente generosos. Hemos renovado créditos para pagar viejas deudas. No obstante, por supuesto, sólo parte de ese dinero se destina a aliviar la deuda. La gente compra otras cosas, suponiendo que se le volverá a conceder crédito. Como consecuencia de ello, el interés sobre los préstamos ha aumentado del orden del dieciocho por ciento respecto de las mismas fechas del año anterior.

—Todo esto, unido a la caída del turismo, representará un duro golpe económico cuando se restrinjan los créditos —dijo Puig sonriente.

—Un golpe durísimo —remachó Carlos—. La gente estará tan endeudada que aceptará cualquier cosa para salir del apuro.

—Pero ¿estás seguro de que no va a írsete de las manos? —preguntó Alfonso.

—Totalmente —dijo Carlos—. Gracias a las reservas y al crédito del Banco Mundial y de otras instituciones, la provisión de dinero a mi banco y a otros seguirá saneada. La economía no se verá apenas afectada en el vértice de la pirámide —añadió sonriente—. Es como la plaga de sangre que asoló Egipto según el Antiguo Testamento. No afectó a aquellas personas que habían sido prevenidas y que habían llenado sus jarras y cisternas con agua limpia.

Puig se recostó en la silla e inhaló satisfecho el humo del cigarro.

—Esto es excelente, caballeros. Y en cuanto todo en-

caje, no tendremos más que mantener la presión, hasta que la clase media y la clase modesta se subleven. Hasta que los vascos y los castellanos, los andaluces y los gallegos reconozcan que es el pueblo de Cataluña el que debe dirigir España. Y cuando eso sea así, cuando el presidente del gobierno se vea obligado a convocar elecciones anticipadas, estaremos dispuestos.

Los oscuros y pequeños ojos de Puig miraron de manera escrutadora los rostros de los presentes, antes de posarse en el volumen encuadernado en piel del centro de la mesa.

—Estaremos pertrechados —añadió Puig— con una nueva constitución, listos para una nueva España.

Los demás asintieron con la cabeza. Miguel y Rodrigo incluso aplaudieron moderadamente. Rebotante de satisfacción, Puig sintió el peso de la historia pasada y de la historia futura sobre sus hombros... ignorante de que, a menos de doscientos metros de allí, estaba apostado un hombre desaliñado, con un sentido de la historia muy diferente sobre sus hombros... y una arma muy distinta a su disposición.

CUATRO

Lunes, 19.15. Madrid

Aideen seguía sentada en el sofá de piel cuando llegó el comisario Diego Fernández, un hombre de estatura y complexión medianas, cara rojiza y perfilada perilla. Tenía el pelo negro y lo llevaba bastante largo, aunque bien peinado. Sus vivaces ojos miraban tras unas gafas de montura de oro. Llevaba guantes negros de piel, zapatos negros de ante y gabardina negra desabrochada, que dejaba ver su traje, gris oscuro.

Un subalterno cerró la puerta cuando hubo entrado el comisario, que le dirigió a Aideen una cortés inclinación de cabeza.

—Nuestra más profunda condolencia y disculpas por la pérdida de su compatriota —dijo con voz grave—. No dude en pedirme cualquier cosa que mi departamento, o yo personalmente, podamos hacer por usted.

—Gracias, inspector —respondió Aideen.

—Tenga por seguro que todo el cuerpo de policía de Madrid, con todos sus medios, así como otros organismos del Estado, se volcarán en localizar y detener al responsable de esta atrocidad.

Aideen alzó la vista y miró con fijeza al inspector. No podía darse por aludida. La policía no podía estar buscando al asesino de alguien que ella conociese. Las noticias de la televisión y los titulares de los periódicos no podían referirse a la persona con la que había esta-

do vistiéndose en la habitación de un hotel, hacía sólo una hora.

Aunque Aideen había sobrevivido al atentado y había visto el cuerpo de Martha tendido en la calle, aún no podía dar crédito a lo ocurrido. Estaba tan acostumbrada a revivir las cosas (a rebobinar una cinta para ver algo que le hubiese pasado por alto, o a borrar datos en el ordenador que ya no necesitase) que le parecía imposible que lo ocurrido fuese irreversible.

Pero en su fuero interno, Aideen sabía muy bien que lo ocurrido era absolutamente real e irreversible.

Nada más entrar allí, había llamado al hotel para informar a Darrell McCaskey que, a su vez, le había dicho que informaría al Centro de Operaciones.

Sorprendentemente, McCaskey no había parecido muy afectado, a no ser que fuese más dado a no exteriorizar sus sentimientos de lo que ella creía. No lo conocía lo bastante para pronunciarse.

Luego, se había sentado en aquel sofá repitiéndose que había sido un atentado terrorista indiscriminado. Al fin y al cabo, no había sido igual que en Tijuana, dos años antes, cuando su amigo Odín Gutiérrez Rico resultó literalmente reventado a balazos por cuatro individuos que lo acribillaron con rifles de asalto. Rico dirigía la investigación sobre delincuencia organizada en Baja California. Era un personaje público que, pese a haber recibido reiteradas amenazas de muerte, no había cejado en desafiar a los narcotraficantes mexicanos. Su muerte fue una trágica pérdida, pero no una sorpresa. La opinión pública estaba convencida de que las mafias de la droga replicarían del modo más brutal.

Martha estaba allí con una tapadera que sólo conocían unos pocos funcionarios del gobierno. Había ido a Madrid a ayudar al diputado Serrano a elaborar un plan para evitar que su pueblo, el pueblo vasco, se uniese a los nacionalistas catalanes para tratar de sepa-

rarse de España. En los años ochenta, las esporádicas acciones de los violentos en Euskadi no habían conseguido nada positivo para su causa, pero sí fueron lo bastante sangrientas para ser recordadas. Tanto Martha como Serrano creían que una sublevación concertada de dos de las principales nacionalidades del Estado (sobre todo si tales grupos estaban bien armados y preparados) no sólo sería muy destructiva sino que tendría muchas posibilidades de éxito.

Si aquello había sido un asesinato, si Martha había sido el objetivo, significaba que se había producido una filtración. Y si había filtraciones, la paz podía correr serio peligro. Era una cruel ironía que, hasta hacía muy poco, Martha había insistido en que nada debía interferir en aquellas conversaciones.

«Ya sabe lo que está en juego aquí...»

De ahí que Martha se hubiese enfadado tanto por la desproporcionada reacción de Aideen, insultando y tratando de agredir a los jóvenes que las habían molestado con palabras y gestos de mal gusto.

«A veces, el árbol no le deja a una ver el bosque», pensó Aideen.

—Señorita... —dijo el inspector.

—¿Sí? —dijo, a su vez, Aideen.

—¿Se encuentra bien?

Aideen había estado mirando a través de las oscuras ventanas, como absorta. Pero ahora fijó la mirada en el comisario Fernández, que estaba de pie a pocos pasos de ella, sonriéndole.

—Sí, me encuentro bien. Perdone que esté tan distraída, pero es que no puedo dejar de pensar en mi amiga. Ha sido espantoso.

—Me hago cargo —dijo el inspector en tono pausado—. Si no cree que es pedirle demasiado, ¿podría hacerle unas preguntas?

—Por supuesto —contestó Aideen, irguiéndose en la

silla—. Sin embargo, antes, por favor, inspector, ¿han revelado ya algo las cámaras de vigilancia?

—Por desgracia, no. El pistolero estaba justo fuera del alcance del objetivo.

—¿Conocía el pistolero el alcance del objetivo?

—Por lo visto sí. Por desgracia, tardaremos bastante en averiguar quiénes tenían acceso a esta información y en interrogarlos a todos.

—Comprendo.

El inspector sacó un pequeño bloc amarillo del bolsillo de su chaqueta y dejó de sonreír. Releyó unas notas que había tomado y sacó un bolígrafo del interior de la espiral del bloc. Cuando hubo terminado de leer las notas miró a Aideen.

—¿Han venido usted y su compañera a Madrid en visita turística?

—Sí, en efecto.

—Le dijo usted al centinela de la garita que tenían concertada una visita al Congreso.

—Exacto.

—¿Quién concertó esa visita?

—No lo sé.

—¿Ah, no?

—Mi compañera lo organizó a través de un amigo, allí en Estados Unidos.

—¿Podría darme el nombre de ese amigo?

—Me temo que no. No sé quién es. En realidad, me animé a hacer el viaje muy a última hora.

—Posiblemente, fuese un compañero de trabajo —sugirió el inspector—, o un vecino, o un político.

—Lo ignoro —insistió Aideen—. Creo que Martha ni siquiera me llegó a mencionar su nombre.

El inspector la miró con fijeza y le sostuvo la mirada unos momentos. Luego, bajó la vista lentamente y anotó sus respuestas en el bloc.

Aideen dudaba de que la hubiese creído. Sacó esa

impresión por el rictus de contrariedad que advirtió en su boca y por su manera de fruncir el entrecejo. Y la verdad era que detestaba obstaculizar la investigación. Pero hasta que Darrell McCaskey o el diputado Serrano no le indicasen otra cosa, tenía que seguir ateniéndose al guión de su tapadera.

El comisario Fernández pasó con lentitud y muy pensativo a una página en blanco del bloc.

—¿Podría reconocer al hombre que les ha disparado, señorita?

—No le he visto la cara. Me he fijado en que hacía una fotografía con flash y, al instante, ha desenfundado una pistola.

—¿Ha olido alguna colonia o loción?

—No.

—¿Se ha fijado en la cámara que llevaba?, ¿en la marca?

—No. No estaba tan cerca y, además, con el flash... Sólo me he fijado en cómo iba vestido.

—¡Ajá! —exclamó el inspector—. Descríbamelo.

Aideen respiró hondo y cerró los ojos.

—Llevaba una ceñida chaqueta y una gorra de béisbol, azul marino o negra, con la visera hacia adelante. Pantalones caqui holgados y zapatos negros. Creo que era joven, aunque no podría asegurarlo.

—¿Por qué cree que era joven?

—Por su postura —contestó Aideen abriendo los ojos—, con las piernas bastante separadas, los hombros y la cabeza erguidos... Parecía muy fuerte.

—¿Ha visto alguna vez a alguien que se le pareciese?

—Sí —contestó Aideen, que, en efecto, había asociado la imagen del autor del atentado a la de los *strikers*, aunque, por supuesto, no iba a decirlo así—. Cerca de la facultad en la que yo estudié había un cuartel del CER —mintió—, el Cuerpo de Entrenamiento de Reservistas. El asesino tenía pinta de soldado o, por lo menos, de

alguien familiarizado con el manejo de armas de fuego.
—¿Le ha dicho algo ese individuo? —preguntó el inspector tras anotar la respuesta anterior.

—No.

—¿Ha gritado algo?, ¿algún eslogan o alguna amenaza?

—No.

—¿Se ha fijado en el arma que ha utilizado?

—No, la verdad. Sólo en que era una pistola.

—¿Un revólver?

—No estoy segura —mintió Aideen, que recordaba perfectamente que era una pistola automática. Pero no quería que el inspector dedujese que sabía tanto de armas como para advertir la diferencia.

—¿Ha hecho el asesino alguna pausa entre los distintos disparos?

—Creo que sí.

—¿Han sonado muy fuerte?

—No mucho. Más bien diría lo contrario.

El asesino había utilizado una pistola con silenciador. Pero una vez más, Aideen tampoco quería que el inspector supiese que había reparado en ello.

—Probablemente, llevaba silenciador —dedujo el inspector—. ¿Se ha fijado en qué coche ha huido?

—Sí. Un turismo de color negro. No sé de qué marca.

—¿Estaba muy limpio o sucio?

—Normal.

—¿Por dónde ha visto aparecer el coche?

—Creo que estaba esperando al asesino en la misma manzana.

—¿A qué distancia?

—Muy cerca. A unos veinte o treinta metros. Me ha dado la sensación de que arrancaba junto al bordillo, segundos antes de que el asesino disparase.

—¿Alguno de los disparos procedían del coche?

—No lo creo. Sólo he visto fogonazos del de la pistola.

—Usted estaba detrás de la otra víctima, del cartero, durante parte del ataque, muy concentrada en contenerle la hemorragia. A lo mejor le ha pasado por alto un segundo pistolero.

—No lo creo. Estaba detrás, pero muy cerca. Por cierto... ¿cómo está el herido?

—Lamentablemente, señorita... ha muerto.

—Lo siento.

—Ha hecho usted cuanto ha podido para ayudarlo.

—Es muy triste para la familia que haya podido dejar.

—Sí. Estaba casado y tenía una hija de pocos meses. Además, también tenía a su cargo a su madre, que vivía con ellos.

Aideen no pudo contener las lágrimas. No sólo no había sabido hacer nada para ayudar a Martha sino que su impulso de atraerse los disparos del asesino le habían costado la vida a un hombre inocente. Bien pensado, tenía que haber saltado sobre Martha. Quizá hubiese sido mejor interponer su cuerpo entre el asesino y ella, o intentar arrastrar a Martha hasta detrás de la garita del centinela. Podía haber hecho cualquier cosa menos lo que había hecho.

—¿Quiere que le traigan un poco de agua? —preguntó el inspector.

—No, gracias. Estoy bien.

El inspector asintió con la cabeza. Paseó de un lado a otro unos momentos mirando al suelo. Luego, volvió a dirigir la vista a Aideen.

—Señorita... ¿cree que el asesino ha intentado matarlas concretamente a ustedes dos?

—Creo que sí —contestó Aideen, que llevaba rato esperando la pregunta y, por consiguiente, se había preparado mentalmente para contestarla con cautela.

—¿Imagina por qué?

—Ni idea.

—¿Alguna sospecha? ¿Tiene usted algún tipo de actividad política? ¿Pertenece a algún partido que...?

Aideen meneó la cabeza justo en el momento en que llamaban a la puerta. El inspector hizo caso omiso y miró a Aideen con dureza y en silencio.

—Señorita Temblón, perdone que la presione en estas circunstancias, pero el asesino anda suelto por las calles de Madrid. He de detenerlo. ¿No se le ocurre ninguna razón para que alguien haya querido atacarla a usted o a su amiga?

—Mire, comisario, es la primera vez que visito España y no conozco aquí a nadie. Mi compañera estuvo aquí años atrás, pero no tiene... es decir, no tenía aquí amigos ni enemigos... que yo sepa.

Se oyó de nuevo llamar a la puerta y el inspector fue a abrir. Aideen no podía ver a la persona que estaba en el pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comisario.

—Comisario —dijo un funcionario—, el diputado Serrano quiere que acompañe a la norteamericana a su despacho inmediatamente.

—¿Ah, sí? —exclamó el inspector, que se dio la vuelta y miró a Aideen—. Es posible que el diputado quiera presentarle en persona sus disculpas por esta terrible desgracia.

Aideen guardó silencio.

—¿O acaso existe otra razón para que quiera verla? —aventuró el inspector.

—Si la hay, comisario Fernández, no lo sabré hasta que lo vea —contestó Aideen levantándose.

El inspector cerró el bloc y le sonrió con amabilidad. Si estaba enojado con ella, no lo exteriorizó. Le dio las gracias por su ayuda, volvió a disculparse por lo ocurrido y luego extendió el brazo hacia la puerta abierta.

Aideen salió del despacho. El sargento que la había acompañado al entrar la aguardaba. La saludó con una cortés inclinación de cabeza y la condujo pasillo adelante.

La joven agente norteamericana tenía mala conciencia por su actitud con el inspector, que tenía la obligación de investigar. Sus respuestas no iban a facilitarle el trabajo, desde luego, pero tal como Martha le había comentado, en toda sociedad había reglas, en toda sociedad y en cada uno de sus estamentos. Y fuese cual fuese el país, al margen de las constituciones, las reglas eran siempre distintas para los gobiernos. Expresiones como «información confidencial» y «secreto de Estado» lograban bloquear con eficacia las investigaciones legales. Por desgracia, en muchos casos, como aquél, por ejemplo, la obstrucción de una investigación podía ser tan necesaria como legítima.

El despacho del diputado Serrano estaba casi al fondo del pasillo. Era de parecidas dimensiones y decoración que el que Aideen acababa de dejar, aunque con algunos toques personales, fotografías familiares en varios estantes y recortes de periódico enmarcados, acerca de las actividades de los vascos en los años ochenta.

Al entrar Aideen, el diputado Serrano estaba sentado frente a su mesa y Darrell McCaskey en el sofá. Ambos se levantaron al verla. Serrano se le acercó con los brazos tendidos y expresión de condolencia.

Serrano tenía el pelo blanco y lo llevaba peinado hacia atrás. Sus expresivos ojos marrones asomaban bajo unas grisáceas cejas, y su ancha boca dibujaba un rictus de dolor.

—Estoy desolado, señorita Marley —dijo Serrano cogiendo delicadamente las manos de Aideen entre las suyas, grandes y suaves—. El único consuelo es que, por lo menos, usted ha salido indemne.

—Gracias, señor diputado —dijo Aideen, que miró a McCaskey.

El menudo y fibroso subdirector, que tenía el pelo prematuramente gris, estaba erguido, algo envarado, con las manos entrelazadas a la altura de la entrepierna. No irradiaba la misma diplomática condolencia que Serrano. Su expresión era seria y crispada.

—¿Cómo está usted, Darrell? —preguntó Aideen.

—Puede imaginarlo, Aideen. ¿Y usted?

—Por el estilo... La he pifiado, Darrell.

—¿Y eso por qué?

—Porque tenía que haber reaccionado de otra manera —dijo Aideen con la voz entrecortada por la emoción—. He visto lo que se nos venía encima y no he sabido... La he pifiado, Darrell.

—¡Qué bobada! —exclamó McCaskey—. Ha tenido suerte de poder ponerse a salvo.

—A costa de la vida de un hombre.

—Eso ha sido inevitable —dijo McCaskey.

—El señor McCaskey tiene razón —dijo Serrano, que aún no le había soltado las manos a Aideen—. No sea tan injusta consigo misma. Dentro de poco lo verá de otra manera.

—Cierto —dijo McCaskey.

—¿Qué ocurre, Darrell? ¿Qué más se ha torcido? —preguntó Aideen.

—Nada. Sólo que el diputado Serrano prefiere posponer el tema de la entrevista.

—¿Por qué? —preguntó Aideen.

—No me parecería adecuado —dijo Serrano.

—No estoy de acuerdo —replicó McCaskey mirando a Aideen—. El diputado Serrano dice que el acuerdo se concertó con Martha, cuya experiencia y origen étnico le han permitido a él convencer a vascos y catalanes para que consideren una posible mediación de Estados Unidos.

—Martha era una diplomática respetada y muy capaz... —dijo Aideen mirando a Serrano.

—Una mujer excepcional —subrayó el diputado.

—Sí, pero por más hábil negociadora que fuese, no era imprescindible —prosiguió Aideen.

Serrano dio un paso atrás con expresión reprobatoria.

—Me decepciona usted, señorita.

—¿Ah, sí?

—¡Acaban de asesinar a su compañera!

—Lo siento, señor diputado, pero aquí no se trata de mi sentido de la oportunidad.

—Cierto —dijo Serrano—. De lo que se trata es de experiencia y seguridad. Y hasta que yo no esté convencido de que contamos con ambas cosas, las conversaciones quedan pospuestas. No anuladas, señor McCaskey... señorita Marley... Simplemente pospuestas.

—Diputado Serrano —dijo McCaskey—, sabe usted tan bien como yo que acaso no haya tiempo para posponer nada. Antes de que la señorita Marley llegase, le he comentado cuáles son sus credenciales, tratando de convencerlo de que las conversaciones pueden tener lugar. La señorita Marley tiene experiencia y, como ha podido comprobar, no se arredra fácilmente.

El diputado Serrano miró a Aideen con expresión desaprobatoria.

—Podemos seguir adelante —insistió McCaskey—. En cuanto a la seguridad, supongamos, por un momento, que ha trascendido la proyectada entrevista; que el atentado iba dirigido a Martha. ¿Qué significaría eso? Que alguien quiere ahuyentar a los diplomáticos norteamericanos. Que esperan que el conflicto que amenaza a su país termine por estallar.

—Puede que ni siquiera se trate de un objetivo político —terció Aideen—. Según Martha, todo podría redu-

cirse a que alguien pretenda lucrarse armando a las diversas facciones secesionistas.

El diputado Serrano se aclaró la garganta y desvió la mirada hacia su mesa.

—Señor diputado, por favor —dijo McCaskey—, hable con nosotros. Díganos lo que sepa. Transmitiremos la información y lo ayudaremos a trazar un plan antes de que sea demasiado tarde.

—Ya he hablado con mis aliados del Congreso —dijo Serrano meneando la cabeza lentamente—. Y aún están menos dispuestos que yo a dejar que ustedes intervengan en estos momentos. Hágase cargo, señor McCaskey. Habíamos hablado con los distintos partidos separatistas antes de que ocurriera esto... y volveremos a hablar con ellos. Albergaba la esperanza de que, si podíamos conseguir que Estados Unidos entrase oficiosamente en las conversaciones, los líderes de ambos bandos podrían ser convencidos para hacer concesiones. Se evitaría la crisis en España. Pero ahora me temo que vamos a tener que solucionar el conflicto sin intervención exterior.

—¿Y cómo cree usted que acabará esto? —preguntó Aideen.

—Lo ignoro. Lamentablemente, lo único que sé es que su intervención en este asunto debe terminar.

—Sí —dijo ella—, gracias a la muerte de una persona que ha tenido bastante valor para seguir adelante... y a la retirada de quien no lo tiene.

—¡Aideen! —exclamó McCaskey.

—No importa, señor McCaskey —dijo Serrano—. La señorita Marley tiene los nervios destrozados. Es natural. Le sugiero que la lleve al hotel.

Aideen fulminó al diputado con la mirada. No iba a permitir que la silenciasen de esa manera. No iba a rendirse. No estaba dispuesta.

—Muy bien —dijo Aideen—. Sea tan cauto como quie-

ra, pero no olvide esto: cuando me tocó tratar con facciones revolucionarias en México, el resultado era siempre el mismo. De manera sistemática, el gobierno confiaba en las medidas represivas para aplastar a los rebeldes. Sin embargo, nunca lograba desarticularlos por completo y la subversión seguía soterradamente. Los insurgentes no conseguían avanzar, pero tampoco retrocedían. Y eso es lo que podría ocurrir aquí, diputado Serrano. No puede uno aplastar siglos de resentimiento sin una bota muy grande.

—¡Vaya! ¿Acaso tiene usted una bola de cristal?

—No —replicó Aideen con acritud—. Sólo cierta experiencia en la sicología de la opresión.

—En México —dijo Serrano—, no en España. Aquí no se trata de un conflicto entre quienes tienen mucho y quienes no tienen nada. Es una cuestión de exacerbado orgullo por los propios orígenes.

—Aideen —terció McCaskey en tono crispado—. Ya está bien. Nadie sabe lo que pueda ocurrir aquí, ni en ninguna parte. De eso se suponía que iban a tratar las reuniones convenidas. Se suponía que serían para analizar hechos, intercambiar ideas, para buscar una solución bien razonada y pacífica a las tensiones.

—Y podremos tratar de ello —dijo Serrano recuperando su tono diplomático—. Con el debido respeto a su colega desaparecida, lo cierto es que sólo hemos perdido una oportunidad. Encontraremos el medio de evitar que haya derramamiento de sangre. Nuestra inmediata preocupación es averiguar quiénes han sido los responsables de este crimen y cómo se ha filtrado la información desde mi despacho. Y entonces... veremos.

—Eso podría tardar semanas, o acaso meses —señaló McCaskey.

—Pero precipitarnos podría costarnos más vidas, señor McCaskey.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo —musitó Aideen—. Retirarnos o permanecer pasivos podría costarnos mucho más caro.

—La prudencia no implica retirada ni pasividad —dijo Serrano rodeando la mesa hasta su sillón—. Yo pedí la colaboración de la señorita Mackall —añadió pulsando un botón del teléfono—. Nos la han arrebatado. He pedido y puede que aún pida la ayuda de Estados Unidos. ¿Sigue estando disponible, señor McCaskey?

—Sabe usted muy bien que sí, señor diputado —respondió McCaskey.

—Gracias.

—De nada —dijo McCaskey con retintín.

Se abrió la puerta y un joven subalterno con traje oscuro se adentró un paso en el despacho y se plantó ante ellos con los brazos en jarras.

—Hernández —dijo el diputado—, acompañe a nuestros invitados y dígame a mi chófer que los lleve al hotel —añadió mirando a McCaskey—. Van al hotel, ¿no?

—Ahora mismo sí, pero me gustaría ir después adondequiera que esté centralizada la investigación sobre el atentado.

—Comprendo. Tengo entendido que fue usted... servidor de la ley.

—En efecto —confirmó McCaskey—. Pasé mucho tiempo trabajando con la Interpol cuando pertenecía al FBI.

—Me ocuparé de ello, por supuesto —asintió Serrano—. ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

McCaskey meneó la cabeza. Aideen permaneció impassible, aunque dándose a los demonios por dentro. De buena gana la habría emprendido a bofetadas con el diputado.

—Mi coche lleva blindaje y cristales antibala. Dos de mis guardaespaldas los acompañarán —dijo Serrano—. Estarán seguros. Mientras tanto, hablaré con los cole-

gas que tenían previsto participar en nuestra reunión de hoy. Me pondré en contacto con ustedes dentro de unos días... en Washington... supongo, ¿no?, para informarles, en todo caso, de cómo seguir con nuestros contactos.

—Por supuesto —confirmó McCaskey.

—Gracias —dijo Serrano esbozando una sonrisa—. Muchas gracias.

El diputado les tendió la mano por encima de la mesa, un precioso mueble de caoba. McCaskey se la estrechó, y también Aideen, aunque fue un apretón de manos tan ligero como exento de cordialidad.

McCaskey posó de manera suave la mano derecha en la espalda de Aideen y salieron ambos al pasillo en silencio.

Cuando ya estuvieron en el interior del coche del diputado, McCaskey miró a la joven agente.

—¿Y bien?

—Ande... no se prive. Dígame que me he pasado de la raya.

—Es que se ha pasado.

—Ya lo sé —reconoció Aideen—. Y lo siento. Volveré a casa en el próximo vuelo.

—No es eso lo que quiero de usted —dijo McCaskey—. Se ha pasado de la raya, ciertamente, pero da la casualidad de que estoy de acuerdo con lo que ha dicho. No creo que nuestro «reparto de papeles», al estilo de las parejas de la policía (ya sabe, uno en plan amable y el otro en plan duro)... haya servido de nada, pero puede ser prometedor.

—¿Dice que está usted de acuerdo conmigo?

—Pues sí. Aguardemos a ver qué dice el resto de nuestro equipo —dijo McCaskey.

Aideen asintió con la cabeza. Comprendió que aquélla era sólo parte de la razón de que McCaskey no quisiera hablar. Los chóferes de los altos cargos no

eran nunca tan discretos como a veces se daba en suponer. Además, no había que descartar que hubiese un micrófono oculto.

No hicieron ningún comentario sobre lo ocurrido ni sobre su misión hasta que no hubieron regresado a la habitación del hotel de McCaskey, donde había instalado un pequeño generador electromagnético, diseñado por Matt Stoll, el experto en tecnología del Centro de Operaciones. El generador, que tenía aproximadamente las dimensiones de un lector portátil de CD, emitía un sonido que distorsionaba las señales electrónicas en un radio de tres metros. Los ordenadores, grabadoras y otros instrumentos digitales que se hallasen fuera de ese radio no resultaban afectados.

McCaskey y Aideen se sentaron al borde de la cama con el «huevo», como llamaban a su generador entre ambos.

—El diputado Serrano opina que no podemos hacer gran cosa sin cooperación —dijo McCaskey.

—Ya, ya... —convino Aideen amargamente.

—A lo mejor, podemos darle una sorpresa.

—Puede que no tengamos más remedio que dársela.

—Cierto —asintió McCaskey mirando a Aideen—. ¿Algún otro comentario antes de que llame al jefe?

Aideen meneó la cabeza, aunque no era del todo cierto que no tuviese más que añadir. De buena gana habría dicho muchas cosas. En México aprendió a palpar cuando las cosas se torcían. Y allí había algo que no le gustaba. Lo que había vuelto a exasperarla en el despacho del diputado no había sido su estado emocional por la muerte de Martha, sino la retirada de Serrano de la cooperación, de una manera que equivalía a una obstrucción. Si la muerte de Martha había sido no ya un atentado sino un deliberado asesinato, tal como su intuición le decía a Aideen, ¿temía acaso Serrano ser la siguiente víctima? De ser así, ¿por qué no adoptaba adi-

cionales medidas de seguridad? ¿Y por qué daba por supuesto que, si se réanudaban las conversaciones, quienes hubiesen perpetrado el atentado se enterarían? ¿Por qué estaba tan seguro de que la información se filtraría?

McCaskey se levantó y se acercó al teléfono, que estaba fuera del radio del «huevo». Mientras Aideen oía el sordo zumbido del generador, miraba a través de las ventanas de la habitación de la decimosegunda planta hacia las farolas que se veían a lo lejos. Estaba demasiado abatida y tenía la sensibilidad demasiado a flor de piel para tratar de analizar eficazmente la situación en aquellos momentos.

CINCO

Lunes, 20.21. Donostia, España

El casco del pequeño pesquero estaba recién pintado. El olor a pintura impregnaba la oscura bodega y sofocaba el aroma del humo del cigarrillo liado a mano que Adolfo Alcázar estaba fumando, así como el olor a goma mojada del traje de submarinista que colgaba de un gancho de la puerta.

Pintar el pesquero era un lujo que, en realidad, el pescador no podía permitirse. Pero pensó que, a lo mejor, le encargaban otras misiones y tenía que tener el barco en condiciones.

Cuando accedió a trabajar para el general, Adolfo Alcázar comprendió que el viejo pesquero tendría que durar, por lo menos, tanto como durasen las operaciones, que podía ser bastante. Porque no se abortaba un golpe ni se organizaba una contrarrevolución de la noche a la mañana.

«Aunque el general lo intentará», pensó Adolfo con profunda y sentida admiración. Si alguien era capaz de vencer a uno de los Estados más importantes del mundo, ése era el general.

Se oyó un clic. El menudo pero musculoso pescador miró la grabadora que tenía encima de una mesa de madera. Dejó el cigarrillo en un oxidado cenicero metálico y se recostó en el respaldo de la silla plegable, de madera idéntica a la de la mesa. Encendió la grabadora y

escuchó a través de los auriculares, sólo para asegurarse de que la escucha a distancia había funcionado. El oficial técnico del general, el hombre que le proporcionó el equipo, le aseguró que era extraordinariamente preciso. Si se regulaba de manera adecuada, grabaría las voces pese al ruido del motor y al murmullo del oleaje.

Y era verdad.

Tras casi un minuto de silencio, Adolfo Alcázar oyó una metálica voz.

—*Ya está hecho.*

A la voz siguió un ruido que, de momento, no reconoció. Pero al escuchar con más atención, se percató de que no eran interferencias sino aplausos. Los hombres reunidos en el yate aplaudían.

Adolfo sonrió. Pese a todo su dinero, a toda su planificación y a toda su experiencia en sus turbios y sangrientos manejos, aquellos tipos eran auténticos imbéciles.

El pescador comprobaba con satisfacción que el dinero no los había hecho más inteligentes sino sólo más necios. También le satisfacía comprobar que el general estaba en lo cierto. El general siempre acertaba. Hizo bien en tratar de armar a los vascos para engrasar los engranajes de la revolución, pero también acertó al dar marcha atrás al ver que los vascos se enzarzaban entre sí (separatistas contra antiseparatistas), matándose unos a otros y desvirtuando la verdadera revolución.

La pequeña antena parabólica que el pescador había colocado encima del techo de su camarote, justo detrás de las luces de navegación, había captado toda la conversación del altivo Esteban Puig y de sus arrogantes cómplices a bordo del *Verídico*.

Adolfo detuvo la cinta y la rebobinó. Su sonrisa se evaporó al mirar a otro aparato que tenía a su derecha. Era algo más pequeño que la grabadora, una caja oblonga de $33 \times 12 \times 10$ cm. Era de acero de Pitts-

burgh. Si alguna vez la encontraban, habría una prueba del país de procedencia. El traidor Puig había colaborado con la CIA. En cuanto el general se hiciese con el poder, podría acusar a los norteamericanos.

La caja tenía dos luces en la parte delantera, una roja y otra verde. La verde estaba encendida. Y justo debajo de las luces, había dos botones cuadrados de color blanco. Debajo del botón superior, había un pedacito de cinta adhesiva blanca con la palabra «Cargar» escrita con tinta azul. Adolfo lo pulsó. Debajo había otro trozo de cinta con la palabra «Detonar». El experto en electrónica del general le había proporcionado a Adolfo este instrumento, además de varios bloques de explosivo plástico del ejército norteamericano y un mando a distancia para el detonador.

El pescador había adosado dos kilogramos de C-4 —cuatro veces más potente que la dinamita— y un detonador por debajo de la línea de flotación del yate antes de que éste saliese del puerto.

El joven pescador pasó su encallecida mano por su rizado pelo negro. Luego miró el reloj. Esteban Puig, el multimillonario cabrón que se proponía someterlos a todos al despotismo de sus grupúsculos de fanáticos, había dicho que el asesino llegaría al aeropuerto dentro de una hora. Cuando Adolfo lo oyó, lo comunicó por radio a sus compañeros, Daniela, Vicente y Alejandro, que aguardaban a cincuenta kilómetros de allí y que, de inmediato, salieron hacia el aeropuerto de Bilbao.

Hacía sólo dos minutos que los compañeros de Adolfo Alcázar le habían contestado, informándole de que el avión ya había aterrizado. Uno de los subalternos de Puig lo traería hasta el yate. Los otros miembros del clan serían rodeados y liquidados posteriormente.

Adolfo dio una última calada a su cigarrillo y lo apagó en el cenicero. Extrajo la cinta de la grabadora y se la guardó en el bolsillo de la camisa, debajo de su grueso

jersey negro. Al hacerlo, su mano rozó la pistolera que llevaba al hombro con una Beretta 9 mm. Era una arma que había sido reglamentaria en una de las unidades que intervino en Iraq, parte de un arsenal recuperado por fuerzas de los aliados de EE. UU. Habían llegado a poder del general a través del tráfico de armas con Siria.

Adolfo respiró hondo y cogió el detonador. Luego, apagó el farol a pilas que colgaba de un gancho y subió a cubierta.

La luna se había escabullido tras un negro banco de nubes. Estupendo, pensó Adolfo. Probablemente, la tripulación del yate no sospecharía de un pequeño pesquero que estaba a doscientos metros de su popa, a babor. Porque algunos pescadores solían rastrear aquellas aguas en busca de apetecidos predadores nocturnos. No obstante, sin luna, lo más probable era que los hombres del yate ni siquiera lo viesen.

Adolfo Alcázar miró hacia el yate. Sólo se veían las luces de navegación y un resplandor, que partía de detrás de las corridas cortinas de los ojos de buey del camarote central.

Al cabo de unos minutos oyó el ahogado zumbido del motor de una lancha que procedía de la orilla. Dio media vuelta y vio una pequeña y oscura silueta que se dirigía hacia el yate. Debía de ir a más de cuarenta millas por hora. Por el ligero chapoteo del agua en el casco, Adolfo dedujo que era una lancha para dos personas. La observó al arrimarse al casco del yate. Desde la cubierta descolgaron una escalerilla de cuerda. Un hombre mantenía con cierta dificultad el equilibrio, de pie en el asiento del acompañante de la lancha.

Aquél tenía que ser el asesino.

A Adolfo le sudaba la mano con la que sujetaba el detonador, con el pulgar junto al botón.

El mar estaba bastante revuelto, como si quisiera reflejar la situación de tierra adentro. Sólo mediaban cua-

tro o cinco segundos entre las sucesivas olas. Pero Adolfo siguió de pie en cubierta con la seguridad de un pescador de toda la vida. Según el general, tenía que situarse perpendicularmente a la carga de explosivo plástico, sin que se interpusiera ningún obstáculo en la línea imaginaria que pudiera trazarse entre la carga y el detonador. Aunque el general podía haberle proporcionado un detonador más moderno, aquél era más fácil de conseguir y, por lo tanto, resultaría más difícil seguirle el rastro.

Adolfo observaba el balanceo del yate de babor a estribor. El asesino subió torpemente por la escalerilla y la lancha se alejó para evitar que el casco del yate la golpease. Entonces apareció un hombre en cubierta, un tipo obeso que fumaba un cigarro. Estaba claro que no era un tripulante.

El joven pescador, que sabía exactamente dónde había colocado la carga explosiva, pulsó el botón. Se apagó la luz verde y se encendió la luz roja.

El casco de babor del yate explotó, proyectando un fogonazo de color blanco amarillento. El hombre de la escalerilla desapareció; el del puro salió despedido al agua, y la cubierta se hundió. Astillas, esquirlas y fragmentos de metal ametrallaron el aire. Parte de la lluvia de restos cayó a escasos metros del pesquero de Adolfo, que vio cómo el yate empezaba a hundirse.

La luna volvió a asomar de entre las nubes.

Adolfo Alcázar lanzó el detonador al agua y volvió enseguida a la cabina del timón. De inmediato, transmitió por radio a sus compañeros que la misión estaba cumplida. Luego, se puso al timón y enfiló hacia los restos del yate. Así podría decirle a la policía que, al oír la explosión y ver que el barco se hundía, se había acercado por si había supervivientes, pensó.

Palpó la Beretta que llevaba bajo el jersey. También quería asegurarse de que no hubiese supervivientes.

SEIS

Lunes, 13.44. Washington, DC

El jefe de inteligencia Bob Herbert llegó muy abatido al despacho interior que Paul Hood tenía en el sótano.

En contraste con la brillante luz de los fluorescentes instalados en el techo, aquel sombrío estado de ánimo era, por desgracia, demasiado familiar. No hacía mucho, habían tenido que lamentar la muerte de los miembros del comando Striker Bass Moore, muerto en Corea del Norte, y del teniente coronel Charles Squires, que murió en Siberia tratando de evitar una segunda revolución rusa.

Herbert tenía eficaces recursos psicológicos para afrontar la noticia de una muerte. Siempre que se enteraba de la muerte de enemigos de su país o cuando, en sus primeros tiempos en los servicios de inteligencia, había participado en algunas de esas muertes, nunca tenía problemas. La seguridad de su país estaba por encima de cualquier otra consideración.

«Puede que el juego sea sucio, pero mi conciencia está limpia», solía decir Herbert.

Pero aquello era distinto.

Aunque la esposa de Herbert, Yvonne, resultó muerta hacía ya dieciséis años en el atentado terrorista contra la embajada de EE.UU. en Beirut, aún lloraba su muerte como si fuese algo reciente. «Demasiado reciente», pensaba casi cada noche desde el atentado. Los res-

taurantes, los cines e incluso un banco de un parque que frecuentaban se habían convertido para él en templos. Cada noche, en cuanto se metía en la cama, miraba la fotografía que tenía en la mesilla de noche. A veces, la enmarcada fotografía era iluminada por la luz de la luna y otras no era más que una oscura silueta. Pero luminosa u oscura, vista o recordada, para bien o para mal, Yvonne presidía todas sus noches. Nunca dejaba de pensar en ella.

Herbert se había resignado hacía tiempo a la pérdida de sus piernas desde la explosión de Beirut. En realidad, había logrado algo más que resignarse. Su silla de ruedas, y la parafernalia electrónica con que iba equipada, se le antojaban ya parte de su cuerpo. Lo único que no había logrado asimilar era la pérdida de Yvonne.

Yvonne había sido compañera suya en la CIA (una formidable enemiga para los enemigos, una amiga fiel y la persona con más talento que había conocido nunca). Había sido su vida, y su amor. Cuando estaban juntos, incluso trabajando, los límites físicos del universo parecían reducidos. El mundo quedaba limitado por sus ojos, por la curva de su cuello, por la calidez de los dedos de sus manos y por los juguetones dedos de sus pies. Pero qué universo más rico era aquél. Tan rico que, algunas mañanas, medio dormido, Herbert alargaba la mano por debajo de la almohada y buscaba la suya. Al no encontrarla, estrujaba la almohada entre sus dedos y maldecía en silencio a los asesinos que se la arrebataron (unos asesinos que seguían impunes, disfrutando de sus vidas y de sus propios amores).

Ahora, Herbert tenía que llorar la pérdida de Martha Mackall. Se sentía culpable. Sin embargo, no era dado a llorar a los muertos por el solo hecho de que hubiesen muerto, como iba a tener que presenciar a lo largo de muchas semanas. Algunos elogios post mortem responderían a la realidad, pero no todos.

Martha había sido una de las piezas clave del Centro de Operaciones desde su creación. Al margen de sus motivaciones, Martha se había entregado siempre al cien por cien. Herbert echaría de menos su inteligencia, su perspicacia y su justificada confianza en sí misma. En toda organización, no siempre importaba demasiado que una persona estuviese acertada o equivocada sino que fuese capaz de dirigir, de despertar entusiasmo. Y desde el día que llegó a Washington, Martha había conseguido esto con creces. No obstante, en los casi dos años que conocía a Martha Mackall, Herbert había llegado a la conclusión de que era una persona corrosiva y condescendiente. A menudo, se atribuía el mérito del trabajo que hacían sus subalternos (un pecado bastante común en Washington, aunque nada frecuente en el Centro de Operaciones). Pero esto se debía a que Martha Mackall no pensaba sólo en el Centro de Operaciones. Desde que la conoció, cuando trabajaba en Exteriores, Martha siempre se había volcado en la causa que para ella era más importante: Martha Mackall. Desde hacía por lo menos cinco o seis meses ambicionaba que la nombraran embajadora en algún país importante. Nunca le había ocultado a nadie que consideraba su paso por el Centro de Operaciones como un trampolín.

«Por otro lado —pensaba Herbert—, si el patriotismo no basta para impulsar a alguien a dar lo mejor de sí, la ambición es un útil sucedáneo.»

De modo que, mientras cada cual cumpliese con su deber, Herbert no era dado a lanzar la primera piedra.

Con todo, el cinismo de Bob Herbert se evaporó rápidamente al trasponer la puerta del pequeño despacho de Paul Hood, de paredes revestidas de madera.

Paul Hood *el Pontífice*, como lo llamaban en el CO, tenía la virtud de ejercer esta influencia en los demás. Creía en la esencial bondad del género humano, y esta

convicción, así como su reposado carácter, resultaban a menudo contagiosos.

Hood llenó un vaso con agua del grifo de una jarra que había encima de su mesa. Luego, se levantó y fue hacia la puerta.

Herbert era el primero en llegar y Hood lo saludó con un apretón de manos y expresión grave. A Herbert no le sorprendió que los oscuros ojos del director careciesen de su habitual viveza y vigor. Una cosa era recibir malas noticias acerca de un agente que se hallase en misión secreta (noticias así eran estadísticamente inevitables, y parte de uno estaba siempre en condiciones de encajarlas). Cada vez que sonaba el fax o el teléfono privado, se tenía el temor de que un mensaje en clave dijese: «La Bolsa ha bajado un entero» o «Perdida tarjeta de crédito... cargo cancelado.»

Pero recibir la noticia de la muerte de un miembro del equipo que cumplía una discreta misión diplomática en un país amigo en tiempos de paz... era muy distinto. Resultaba perturbador, al margen de la opinión que le mereciese a uno la persona desaparecida.

Hood se sentó en el borde de la mesa y cruzó los brazos.

—¿Qué noticias hay de España? —preguntó.

—¿Ha leído usted mi correo electrónico acerca de la explosión frente a la costa de Donostia?

—Sí —dijo Paul Hood.

—Pues ésa es la última noticia que tengo —confirmó Herbert—. La policía española aún está recuperando partes de cuerpos y del yate en la bahía, y tratando de identificar a las víctimas. Nadie ha reivindicado el atentado. Estamos sintonizando las emisoras comerciales y las privadas, por si los autores se decidiesen a reivindicar el atentado.

—Según su mensaje electrónico, el yate ha saltado partido por la mitad.

—Eso aseguran dos testigos presenciales que estaban en la orilla. Oficialmente, las autoridades españolas aún no han dicho una palabra.

—Ni es probable que den ningún comunicado —aventuró Hood—. A España no le gusta airear sus problemas internos. ¿Significa algo que la carga explosiva estuviese colocada en el centro del yate?

—Sí. Como la explosión no se ha producido cerca de los motores, significa que se ha tratado de un sabotaje. Y el hecho de que se haya producido sólo horas después del asesinato de Martha también puede ser significativo.

—Sugiere que ambos hechos pueden estar relacionados, ¿no?

—Lo estamos estudiando.

—¿Por dónde han empezado?

Paul Hood se mostraba más apremiante que de costumbre, pero no era de extrañar. Así se sintió Herbert después del atentado de Beirut. Aparte de querer localizar al asesino y de castigarlo, era importante mantener la mente en plena actividad. De lo contrario, el dolor y el sentimiento de culpabilidad podían atenazarlo a uno.

—El atentado contra Martha responde al *modus operandi* del grupo Tierra y Libertad —dijo Herbert—. En febrero de 1997 asesinaron a un magistrado del Tribunal Supremo. Le dispararon un tiro en la nuca frente a su casa.

—¿Qué relación tendría esto con Martha?

—El magistrado estaba en la sala de lo laboral. No tenía nada que ver con el terrorismo ni con el activismo político.

—No acabo de ver adónde quiere ir a parar.

Herbert entrelazó las manos, las llevó a la cintura y lo miró con cordial indulgencia.

—En España, al igual que en muchos otros países, los

jueces que entienden en casos de terrorismo disponen de protección policial; verdaderos guardaespaldas, no una escolta de adorno. De modo que Tierra y Libertad liquida a sus amigos y colaboradores para minarles el terreno a los jueces, o a otras personalidades. Ese cariz han tenido la media docena de atentados que han perpetrado desde 1995, cuando intentaron asesinar al Rey, al príncipe Felipe y al primer ministro. El fracaso de este atentado los hizo cambiar radicalmente de táctica.

—Se abstendrían de picar demasiado alto —aventuró Hood.

—Exacto. Y nada de grandes objetivos. Sólo atentados contra personalidades de segunda fila, para resquebrajar la estructura del Estado.

Mientras Herbert hablaba, llegaron otras dos personas.

—Hablaemos de todo esto dentro de un minuto —dijo Paul Hood, que bebió un trago de agua y se levantó al ver que entraban Liz Gordon, la sicóloga del CO, y la jefa de la oficina de prensa, Ann Farris, con cara de circunstancias.

Herbert reparó en que Ann y Paul Hood se miraban a los ojos unos momentos. En el Centro de Operaciones era un secreto a voces que la joven divorciada estaba coladísima por su jefe. Quizá por ser un hombre casado, Hood sabía ocultar lo que pensaba con tal habilidad (probablemente adquirida durante su época de alcalde de Los Ángeles) que nadie se atrevía a aventurar lo que pudiera sentir por Ann. Sin embargo, era notorio que las muchas horas que pasaba en el Centro de Operaciones le habían creado graves tensiones con su esposa, Sharon. Y Ann era una joven atractiva y solícita.

El segundo de a bordo de Martha Mackall, Ron Plummer, llegó momentos después con el asesor jurídico del CO, Lowell Coffey II, y la viceministra de

Exteriores, Carol Lanning, una mujer de sesenta y cuatro años y pelo gris que había sido íntima amiga y maestra de Martha. Pero oficialmente ésa no era la razón de que Lanning estuviese allí. Hood le había pedido que acudiese al CO porque una «turista» norteamericana había sido muerta a tiros en el extranjero. Tales hechos eran competencia de su división en Exteriores, la de Asuntos Jurídicos y de Seguridad (una división que igual servía para un fregado como para un barrido; desde indagar sobre pasaportes falsos hasta preocuparse por los norteamericanos encarcelados en el extranjero). A Lanning y a su personal competía actuar como enlace con los departamentos de policía extranjeros, para investigar todo ataque a ciudadanos norteamericanos. Al igual que Hood, Lanning era una persona de carácter reposado y muy optimista. Al sentarse Lanning junto a Herbert, el jefe de inteligencia sintió un gran desasosiego al ver los luminosos ojos de Lanning enrojecidos y un rictus de dolor en sus finos labios.

Mike Rodgers fue el último en llegar. Entró en el despacho con grandes zancadas, sacando pecho y con la mirada viva. Llevaba el uniforme impecablemente planchado, como de costumbre, y los zapatos relucientes.

«Que Dios bendiga al general», exclamó Herbert para sus adentros. Era el único que parecía animoso. Herbert se alegró de ver que Rodgers había recuperado parte de la fuerza interior que perdió en Líbano. Los demás tendrían que seguir su ejemplo si querían seguir adelante, e infundir ánimo a Darrell McCaskey y a Aideen Marley.

Hood volvió a sentarse. Los demás lo secundaron, excepto Rodgers. El general cruzó los brazos, irguió los hombros y siguió de pie junto a la silla que ocupaba Carol Lanning.

—Como todos saben —dijo Paul—, Martha Mackall ha

sido asesinada en Madrid hacia las seis de la tarde, hora española.

Aunque Hood se dirigía a todos los presentes en su despacho, miraba a su mesa. Herbert entendió por qué. Ver los rostros de la gente podía afectarlo demasiado e impedirle expresarse con claridad.

—El atentado ha tenido lugar junto a la garita de un centinela del palacio de las Cortes de Madrid —prosiguió Hood—. Un individuo abrió fuego sobre ella desde la calle y luego se dio a la fuga en un coche que lo aguardaba. Martha ha muerto prácticamente en el acto. Aideen ha resultado ilesa. Darrell se ha visto con ella en el palacio y han regresado al hotel con escolta policial.

Hood hizo una pausa y tragó saliva.

—La escolta policial se ha formado con agentes de la Interpol, cuidadosamente elegidos —terció Herbert relevando a su jefe en la explicación—. Y la Interpol les seguirá dando protección durante todo el tiempo que permanezcan en España. Tenemos el historial completo de los miembros de la escolta, debido al tiempo que la agente María Cornejo pasó trabajando con Darrell aquí en Washington —añadió—. Consideramos satisfactorio el nivel de seguridad de que podrán gozar Darrell y Aideen en adelante.

—Gracias, Bob —dijo Paul, que alzó la vista. Sus ojos brillaban—. En estos momentos, trasladan el cadáver de Martha a la embajada. Lo repatriarán por avión lo antes posible. De momento, hemos encargado un funeral en la iglesia baptista-evangélica de Arlington, el miércoles a las diez de la mañana.

Carol Lanning desvió la mirada y cerró los ojos. Herbert seguía con las manos entrelazadas sobre la cintura. Se miró los pulgares. De no haber asistido al seminario que anualmente organizaba el CO sobre pautas de comportamiento, Herbert no habría dudado

un momento en rodear con sus brazos a la viceministra de Exteriores. Pero por lo visto, lo único que procedía, si quería consolarla, era preguntarle si quería algo.

Hood se le adelantó.

—¿Quiere que le traigan un poco de agua, señora Lanning?

—No, gracias —respondió ella abriendo los ojos—. Estoy bien. No se preocupen.

La viceministra lo dijo en un tono que a los presentes se les antojó sorprendente. Herbert la miró por el rabillo del ojo. Carol apretaba los labios y fruncía el entrecejo. No le pareció que lo que Carol deseaba fuese precisamente agua, sino sangre. Herbert entendía a la perfección cómo se sentía. Después del atentado a la embajada de Beirut, no habría dudado en lanzar una bomba nuclear en la ciudad sólo para acabar con los asesinos que mataron a su esposa. El dolor no era una emoción que predispusiera a la piedad.

Hood miró el reloj y se recostó en el respaldo de la silla.

—Darrell llamará dentro de cinco minutos —comentó mirando a Plummer—. ¿Qué hacemos respecto de la misión, Ron? ¿Cree que Aideen está preparada para seguir?

Plummer se inclinó hacia adelante y Herbert lo miró. El segundo de a bordo de Martha era un hombre bajito, de grandes ojos, nariz aguileña y un pelo castaño que ya clareaba. Llevaba gafas de gruesos cristales y montura negra, un traje gris muy necesitado de tintorería, raídos zapatos negros y unos calcetines tan desbordados que se le caían hasta los tobillos.

Herbert no había tenido mucho trato con el ex analista de la CIA, especializado en Europa occidental. Pero Plummer tenía que ser un buen elemento. Cualquiera que vistiese con semejante desaliño sólo podía

haber llegado a tan alto cargo a base de talento. Además, Herbert le había echado un vistazo al informe psicológico que Liz Gordon hizo sobre él antes de que lo contratasen. Ambos coincidían por lo menos en una cosa: detestaban al director de la CIA bajo quien les tocó trabajar. Y a Herbert eso le parecía un buen aval de su carácter.

—Ignoro cuál pueda ser el estado de ánimo de Aideen en estos momentos —dijo Plummer mirando a Liz Gordon—, pero al margen de ello, creo que Aideen está perfectamente capacitada para continuar la misión.

—Según su historial, no tiene demasiada experiencia diplomática —recordó Carol.

—Eso es cierto —admitió Plummer—. Los métodos de Marley son mucho menos diplomáticos que los que utilizaba Martha. Pero puede que sea eso justamente lo que necesitamos en estos momentos.

—No me desagrada la perspectiva —dijo Herbert mirando a Paul Hood—. ¿Ha decidido usted seguir con la misión?

—No lo decidiré hasta que hable con Darrell —respondió Hood—. De entrada, sin embargo, me inclino por que continúe.

—¿Por qué? —preguntó Liz Gordon.

Herbert no acababa de ver claro si era una verdadera pregunta o sólo una exclamación que ocultase un reproche. A menudo, Liz se expresaba de un modo tan desconcertante que intimidaba.

—Porque podríamos no tener más remedio —advirtió Hood—. Si ha sido un atentado indiscriminado (y no podemos descartar esa posibilidad porque Aideen sigue viva y la otra víctima ha sido un cartero), es que no lo han dirigido contra las conversaciones. De ser así, no hay razón para no proseguirlas. Pero aunque el atentado haya estado dirigido contra nosotros, no podemos permitirnos dar marcha atrás.

—Dar marcha atrás, no —dijo Liz Gordon—, pero ¿por qué no dejarlo todo en suspenso hasta estar seguros?

—La política exterior norteamericana la determina el gobierno, no una pistola —terció Lanning—. Estoy de acuerdo con el señor Hood.

—Darrell puede organizar la seguridad con sus hombres de la Interpol —propuso Paul—. Lo ocurrido no volverá a repetirse.

—Paul... —persistió Liz—, la razón de mi comentario no tiene nada que ver con la logística. Hay algo que debe tener usted en cuenta, antes de decidir que Aideen intervenga en las negociaciones.

—¿Qué? —preguntó Hood.

—En estos momentos, Aideen probablemente está saliendo del primer estadio de toda reacción de alarma, es decir, del shock —le dijo Liz—. A esto sigue, casi de inmediato, el contrashock, un rápido aumento de las hormonas adrenocorticales... hormonas esteroideas. Y se va a sentir exultante.

—¿Eso es bueno, no?

—No, no lo es —replicó Liz—. Después de un contrashock, se entra en una fase de resistencia. Recuperación emocional. Aideen tratará de buscar dónde volcar esa energía. Si antes no era muy diplomática, ahora podría convertirse en un incontrolado misil. No obstante, eso no es lo peor.

—¿Ah, no? —exclamó Hood.

Liz inclinó los hombros hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—Aideen ha sobrevivido a un atentado en el que ha muerto su compañera. Esto produce un fuerte sentimiento de culpabilidad (de culpabilidad y de responsabilidad) que la inducirá a querer cumplir la misión a toda costa. Lo más probable es que no podrá dormir ni comer. Y una persona no puede mantener esos

niveles de contrashock y de resistencia durante mucho tiempo.

—¿Qué considera usted «mucho tiempo»? —preguntó Herbert.

—Dos o tres días; depende de la persona —contestó Liz—. Después, se entra en una fase de agotamiento que produce un bajón físico y mental. Si el contrashock no se trata durante ese tiempo, hay muchas probabilidades de que nuestra joven compañera tenga que pasar una larga temporada en una casa de reposo.

—¿Qué probabilidades hay de que eso ocurra? —volvió a preguntar Herbert.

—En mi opinión, un sesenta por ciento —respondió la sicóloga.

El teléfono de Hood sonó mientras Liz hablaba. Y en cuanto ella hubo terminado, Hood lo cogió. Su ayudante ejecutivo, Benet *el Pincha*, le anunció que Darrell McCaskey estaba al teléfono. Hood encendió el altavoz.

Herbert se recostó en la silla de ruedas. Hasta hacía poco, una llamada así habría sido imposible a través de una línea que no fuese de seguridad. Pero Matt Stoll, oficial de apoyo del CO y genio informático residente, había diseñado un interferente digital acoplable a cualquier teléfono. Si les pinchaban la línea, el escucha de turno no oiría más que parásitos acústicos. Un pequeño micrófono acoplado al interferente del aparato de McCaskey filtraba los parásitos y le permitía oír la conversación con toda claridad.

—Buenas tardes, Darrell —saludó Paul quedamente—. Tengo conectado el altavoz.

—¿Quién está con usted? —preguntó McCaskey.

Paul se lo dijo.

—Permítame la expansión —dijo McCaskey con la voz entrecortada—, pero no puede imaginar lo que significa tener un equipo así ahí. Gracias.

—Es que somos eso: un equipo —remarcó Paul.

Hood frunció los labios. Herbert no había visto nunca a su jefe tan cerca de desmoronarse. Pero Hood enseguida se rehízo.

—¿Cómo están ustedes dos? ¿Necesitan algo? —preguntó Hood.

La preocupación de Paul era auténtica. Herbert había dicho siempre que Hood era de una sinceridad nada frecuente entre los funcionarios del gobierno.

—Aún estamos muy afectados —contestó McCaskey—, como imagino que lo estarán ustedes. No obstante, me parece que nos reharemos enseguida. En realidad, Aideen parece hallarse en un estado de ánimo muy combativo.

—Contrashock —dijo Liz Gordon asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Hood.

—Le ha faltado poco para llamarle gallina al diputado Serrano —explicó McCaskey—. Le he leído la cartilla, pero la verdad es que en el fondo me he sentido muy orgulloso de ella. Serrano se lo había ganado.

—¿Está ahí Aideen, Darrell? —preguntó Hood.

—No —respondió McCaskey—. La he dejado en su habitación con el secretario del embajador, Gawal. Están al teléfono con mi amigo Luis de la Interpol, tratando de las medidas de seguridad, por si deciden ustedes que sigamos aquí. Tal como le he dicho, Aideen está bastante agotada y he pensado darle un poco de tiempo para que se reponga. Pero tampoco he querido que crea que la dejaba al margen.

—Ha hecho bien —dijo Paul—. ¿Y usted, Darrell? ¿Se siente con ánimo de hablar en estos momentos?

—No hay más remedio. Y la verdad es que lo prefiero. Estoy seguro de que me sentiré mucho más deprimido cuando digiera todo lo ocurrido.

Liz alzó los pulgares en dirección a Hood.

Herbert asintió con la cabeza. Entendía muy bien cómo debía de sentirse McCaskey.

—Muy bien —continuó Paul—. Justo en estos momentos debatíamos la conveniencia de que sigan ahí, Darrell. ¿Qué opina usted? Y... ¿cuál es el problema con el diputado Serrano?

—Con franqueza —dijo McCaskey—, a mí me gustaría quedarme. Sin embargo, el problema no está en mí. Aideen y yo acabamos de regresar del despacho del diputado Serrano. Y nos ha dejado muy claro que no quiere continuar.

—¿Por qué? —preguntó Hood.

—Miedo —aventuró Herbert.

—No, Bob, no creo que se trate de eso —respondió McCaskey—. El diputado Serrano nos ha dicho que quiere hablar con sus colegas antes de decidir si continuamos o no las conversaciones, aunque me ha dado la impresión (es sólo un presentimiento de un ex soldado) de que eso es un cuento chino. Aideen ha tenido la misma sensación. Creo que lo que pretende el diputado es prescindir de nosotros.

—Soy Ron Plummer, Darrell —intervino el ayudante de la asesinada Mackall—. El diputado Serrano fue quien inició estas conversaciones exploratorias, a través del embajador Neville. ¿Qué va a ganar dándolas por terminadas?

—¿Terminadas? —musitó Herbert—. ¡Pero si ese cabrón ni siquiera las ha iniciado!

Hood mandó callar al jefe de inteligencia con un ademán.

—No sé si gana algo o no, Ron —dijo McCaskey—. Si he de ser sincero, creo en lo que Bob acaba de decir...: que ha sido un cuento chino. Lo ha dicho Bob, ¿no?

—¿Quién si no?

—Creo que lo que él dice es significativo —añadió McCaskey—. Desde que Av Lincoln puso a Serrano en

contacto con Martha (a petición de Serrano, no se olvide), el diputado ha insistido en que sólo quería tratar con Martha. Y como la han asesinado, Serrano no quiere tratar con nadie más. Una conclusión, la conclusión obvia, es que alguien que tiene acceso a los documentos políticos de Serrano, y a su calendario, la ha matado para intimidarlo.

—No sólo para intimidarlo —terció Plummer—, sino para atemorizar a sus partidarios.

—Sí —admitió McCaskey—. Además, atentando contra Martha, enviaban un mensaje a nuestros diplomáticos para que se mantengan al margen. Pero me temo que esto sea lo que resulta lógico que deduzcamos. Dudo que sea la verdadera razón del asesinato.

—Soy Carol Lanning, de Exteriores, señor McCaskey —dijo la viceministra en tono pausado—. ¿Qué más está ocurriendo ahí? ¿Por qué van a querer que nuestros diplomáticos se mantengan al margen?

—Permítame que conteste yo, Darrell —contestó Hood mirando a Lanning—. Como usted sabe, señora Lanning, en los últimos meses se han producido en España algunos disturbios.

—Sí, estoy al corriente —dijo Lanning—. Pero, básicamente, han sido promovidos por los separatistas vascos y dirigidos contra los antiseparatistas.

—Sí, eso es lo que aflora, aunque lo que acaso no sepa usted es lo preocupados que están algunos líderes españoles acerca de otros recientes hechos, concretamente, atentados contra destacados dirigentes de las distintas nacionalidades. El gobierno está haciendo lo imposible para que no trascienda. Usted tiene informaciones de inteligencia, ¿no, Ann?

La estilizada, atractiva y morena jefa de prensa asintió con talante muy profesional, no obstante dirigirle a Hood una radiante sonrisa. Herbert reparó en ello y se preguntó si también lo habría notado Hood.

—El gobierno español ha conseguido que los medios de comunicación no informen de tales atentados —dijo Ann Farris.

—¿Ah, sí? —exclamó Herbert—. ¿Y eso cómo se hace? Tenía entendido que los periodistas son allí unos verdaderos «huesos», más que en Washington.

—Apelando al patriotismo, a la razón de Estado... No lo sé. El caso es que, de momento, lo han conseguido —continuó Ann—. Me consta que tres atentados concretos han sido silenciados: el incendio de una editorial catalana, tras haber publicado una novela que resultaba gravemente vejatoria para los castellanos; las agresiones a unos novios andaluces y a sus invitados a la boda, a la salida de una iglesia, por parte de ultras centralistas, y el asesinato de un antiseparatista vasco (un notorio activista), a manos de un separatista vasco, que se hallaba ingresado en un hospital.

—Parecen casos aislados —comentó Plummer.

—Y lo son —convino Hood—. Pero si se propagan, pueden crear un serio problema en España.

—Y de ahí que los medios de comunicación hayan accedido a no informar de tales fechorías —prosiguió Ann—. Y en cuanto a la prensa extranjera, la han mantenido alejada de los lugares de los atentados. El *New York Times*, el *Washington Post* y la UPI se han quejado al gobierno, pero ha sido en vano. Y así están las cosas desde hace poco más de un mes.

—Llevamos tres semanas siguiendo esa crisis potencial —dijo Paul—. El diputado Serrano se entrevistó en secreto con el embajador Neville en Madrid. Fue algo muy extraoficial y reservado, en la propia embajada. Serrano le dijo al embajador que se había formado una comisión, que él preside, para indagar sobre la reciente tensión entre las cinco grandes nacionalidades del Estado español. Le contó que, a lo largo de los últimos cuatro meses, una docena de dirigentes nacionalistas

habían sido asesinados o secuestrados. Y lo que quería Serrano era colaboración de los servicios de inteligencia norteamericanos sobre los distintos partidos nacionalistas. Neville se lo comunicó a Av Lincoln, que se puso en contacto con nosotros, y de ahí, la misión de Martha.

—Y como recordará usted —se apresuró a terciar Herbert—, en cuanto el diputado Serrano le echó un vistazo a nuestra nómina de diplomáticos, eligió concretamente a Martha. Y a ella le faltó tiempo para aceptar hacerse cargo de la misión.

Hood alzó la vista y miró a Carol Lanning.

—Así empezamos a intervenir en el asunto, en efecto —le dijo.

—¿Y qué es lo que quieren las distintas nacionalidades? —preguntó Lanning—. ¿La independencia?

—Algunas sí —respondió Hood, que miró a la pantalla de su ordenador y tecleó el código de acceso a los informes sobre España—. Según el diputado Serrano, tienen dos grandes problemas. El más grave es el que enfrenta a los dos bandos más importantes de la sociedad vasca. Los vascos no representan más que el dos por ciento de la población del Estado español, y están divididos. La mayoría de los vascos son antiseparatistas y desean seguir formando parte de España, pero un pequeño número, apenas el diez por ciento, son separatistas.

—Eso no representa más que unas doscientas mil personas en el contexto de los cuarenta millones de habitantes de España —dijo Lanning—. No es un número muy considerable.

—Cierto —admitió Paul—. Sin embargo, por otra parte, existe el problema de que los castellanos, que constituyen la nacionalidad más numerosa, se han considerado siempre los auténticos españoles.

—Tienden a creer secundarias a las demás nacionali-

dades. No obstante, no hay que olvidar que Cataluña formaba parte del reino de Aragón, que fue cofundador de España —intervino Herbert.

—Exactamente. Según Serrano, los centralistas castellanos quieren acabar de una vez por todas con los separatistas vascos. Conseguido lo cual, les sería más fácil controlar a los demás separatismos, menos virulentos. Según la información que Serrano asegura tener, esto puede provocar que los distintos grupos separatistas se alíen para emprender acciones políticas o campañas violentas contra los centralistas.

—Y el problema trasciende las fronteras españolas —dijo McCaskey—. Según mis fuentes de la Interpol, los franceses apoyan a los antiseparatistas vascos. Temen que, si los separatistas vascos logran demasiado poder, los vascofranceses quieran también la independencia.

—¿Y existe un peligro real de que eso se produzca? —preguntó Herbert.

—Sí —contestó McCaskey—. Desde finales de los años sesenta hasta mediados de los setenta, el cuarto de millón de vascofranceses ayudó a los dos millones de vascoespañoles contra la represión franquista.

—Serrano quería que le proporcionásemos información de inteligencia sobre los partidos vascos y los estatales —dijo Paul—. Pero, además, están los catalanes, que representan el dieciséis por ciento de la población y que son sumamente ricos e influyentes. Gran parte de los impuestos que se pagan en Cataluña sirven para ayudar a otras minorías, especialmente la andaluza.

—¿No irá a decirme que eso los hace potenciales partidarios de un enfrentamiento armado?

—La verdad es que, en todas partes, basta con que un puñado de fanáticos se lo proponga, para fomentar el odio y la violencia —dijo Lanning encogiéndose de hombros.

—Los que estaban a bordo del yate eran catalanes —informó McCaskey.

—Y en Cataluña ha habido siempre separatismo —recordó Lanning—. Durante la guerra civil se recrudeció.

—Cierto —admitió Plummer—. Pero los catalanes tienen más bien una mentalidad de resistencia respecto del Estado central. Por lo general, son los poderes centrales de todos los Estados los que pueden tener interés en sofocar a las minorías descontentas. Aparte de que una minoría, por el hecho de serlo, no suele estar en condiciones de imponerse por la fuerza a la mayoría. De modo que Cataluña no puede tener esa actitud respecto del resto de España.

—Me inclino por lo que dice Ron —dijo Paul—. Para los catalanes resulta más fácil presionar económicamente que fomentar violencias.

—Bueno... Tendremos las ideas más claras cuando sepamos quiénes estaban a bordo del yate —sentenció Herbert.

Hood asintió con la cabeza y volvió a fijarse en la pantalla del monitor.

—Además de vascos, castellanos y catalanes, hay que contar con los andaluces. Son aproximadamente el doce por ciento de la población. Debido a su dependencia económica, les resulta difícil no apoyar a cualquier gobierno central. Los gallegos no representan más que el ocho por ciento, y tienden a mantenerse al margen de todo conflicto.

—O sea, que la situación en España es bastante compleja —dijo Lanning—. No me sorprende que el gobierno español no quiera airearla. Lo que no entiendo es algo que ha dicho el señor Herbert: ¿por qué el tal Serrano quería tratar concretamente con Martha?

—Quizá porque estaba familiarizada con España y con el idioma —contestó Paul—. Pero también le gustaba el hecho de que fuese una mujer perteneciente a una

minoría racial. Opinaba que ella podría mostrarse tan discreta como solidaria.

—Por supuesto —dijo Herbert.

—¿Y Serrano qué es?, ¿catalán? —preguntó el general Mike Rodgers.

—No, es vasco —se oyó contestar a McCaskey a través del altavoz—, sin el menor antecedente separatista. Lo hemos comprobado.

—Podría ser un infiltrado —aventuró Lanning—. El espía soviético más dañino que hemos tenido nunca en Estados Unidos se crió en la provinciana Darien, en Connecticut, y votaba por el republicano ultraderechista Barry Goldwater.

—Me parece que empezamos a sintonizar —dijo Herbert sonriente, porque pensaba que no había nadie más fanático que un «converso». Y Serrano no era un apellidado vasco.

Lanning miró a Hood.

—Cuanto más pienso acerca de lo que el señor Herbert acaba de decir, más me preocupa todo esto —comentó la viceministra—. Más de una vez nos hemos visto comprometidos por intereses ajenos. Supongamos, por un momento, que sea eso lo que ha ocurrido, que Martha haya sido atraída a España para asesinarla, por la razón que sea. La única manera de averiguar si es así es tener acceso a todos los aspectos de la investigación que se lleve a cabo sobre el asesinato. ¿Lo tenemos, señor McCaskey?

—Yo no contaría con ello —advirtió McCaskey—. Dice Serrano que procurará proporcionarnos información, pero a Aideen y a mí nos mandó de vuelta al hotel y no ha vuelto a decirnos nada.

—No me sorprende —dijo Herbert—. Los gobiernos españoles no suelen ser muy accesibles respecto de sus actividades. Durante la segunda guerra mundial, pese a su supuesta neutralidad, España proporcionó escolta

armada a trenes y camiones, cargados con parte del botín nazi, enviados de Suiza a Portugal. Lo hicieron a cambio de otros favores que, por suerte, nunca obtuvieron.

—Eso fue decisión personal de Franco —recordó Ron Plummer—. Cortesía profesional... de dictador a dictador. No significa que los españoles sean así.

—Nos estamos desviando del tema —dijo Paul alzando las manos—. La verdad, Darrell, es que, por el momento, no me preocupa Serrano, ni sus motivos ni sus necesidades de inteligencia. Lo que me interesa es averiguar quién ha asesinado a Martha y por qué. —Hizo una pausa mirando al general y luego añadió—: Usted contrató a Aideen, general. ¿Qué tal es?

Mike Rodgers seguía de pie junto a Carol Lanning.

—Supo enfrentarse a peligrosos narcotraficantes en México. Es de una pieza, en todos los sentidos.

—Me parece que ya veo adónde quiere ir usted a parar, Paul —terció Liz—, y permítame que se lo advierta: Aideen se halla sometida en estos momentos a un fuerte shock emocional. Si le asigna ahora usted una encubierta misión policial, con la presión que eso implica, podría desmoronarse.

—También podría ser al contrario —replicó Herbert.

—Cierto —admitió Liz—. No hay dos personas iguales. Pero de lo que se trata es de lo que le conviene a Aideen. Si acepta una misión secreta y se desmorona, podría ser como... «el clavo que perdió al caballo que perdió al reino».

—Por otra parte —le dijo Herbert a Hood—, si enviamos a otra persona a seguir las enfangadas huellas, podríamos perder un tiempo precioso, encontrárnoslas borradas por... los elementos.

—¿Ha oído eso, Darrell? —preguntó Hood.

—Sí.

—¿Y qué opina?

—Pues... un par de cosas —respondió McCaskey—. Mike tiene razón. Aideen está hecha de hierro colado. Tiene arrestos para dar y vender. No se arredró lo más mínimo al enfrentarse con el diputado Serrano. Y mi intuición me inclina a pensar lo mismo que Bob. No obstante, el argumento de Liz también es sólido. De modo que, si les parece bien, déjenme hablar primero con Aideen. Creo que estoy en condiciones de notar si está preparada para seguir adelante.

Hood miró a la sicóloga.

—Si decidimos seguir adelante, Liz, y Aideen ha de participar, ¿en qué debe fijarse Darrell? ¿En algún síntoma externo?

—En si está excesivamente inquieta —contestó Liz—; hablar atropelladamente, golpear de forma nerviosa el suelo con el zapato, hacer crujir los nudillos, respiración dificultosa... Debe asegurarse de que sea capaz de concentrarse. Si se desconcentra, obsesionada con el sentimiento de culpabilidad y con la pérdida de Martha, puede caer en el típico abismo de la depresión y no ser lo suficientemente fuerte para poder salir.

—¿Algo más, Darrell? —preguntó Hood.

—No —respondió McCaskey.

—Muy bien —dijo Paul—. Voy a pedirle a Bob y a su equipo que comprueben si hay noticias de inteligencia, Darrell. Si hubiese algo útil, se lo comunicarán a usted.

—Haré unas cuantas llamadas —les informó McCaskey—. Conozco agentes de la Interpol que podrían ayudarnos.

—Excelente —exclamó Paul.

—No soy experta en este campo, señor Hood —dijo Carol Lanning—, pero quisiera hacerle una pregunta.

—Cuantas quiera... Y, por favor, llámeme Paul.

Ella asintió con la cabeza y se aclaró la garganta.

—¿Van a tratar de conseguir información para pasársela a las autoridades españolas o...?

La viceministra titubeó.

—¿O qué?

—¿O para vengarse?

—Francamente, señora Lanning, para ambas cosas
—respondió Hood tras reflexionar unos momentos.

—Bien —dijo la viceministra de Exteriores, que se levantó, se alisó la falda e irguió los hombros—. Menos mal que no soy la única que piensa así.

SIETE

Lunes, 22.56. Donostia

No hubo supervivientes de la explosión del yate de Puig.

Adolfo Alcázar no contaba con que quedase nadie con vida. La explosión había partido en dos la nave, que se había hundido rápidamente antes de que nadie pudiera intentar salir. Quienes no murieron como consecuencia directa de la explosión perecieron ahogados. Sólo se salvó el piloto de la lancha. Adolfo lo conocía. Era Juan Oriol, un dirigente del clan de los Puig. Pero a Adolfo no le preocupaba Oriol, ni ningún otro miembro de aquel clan, porque pronto dejaría de existir como adversario. Y con su desaparición, otros clanes dejarían de interponerse en el camino del general. Era curioso comprobar que el poder no importaba demasiado cuando la propia supervivencia se veía amenazada.

El pescador y otros dos compañeros se quedaron frente al lugar de la explosión para proporcionarle a la policía un testimonio de primera mano. Cuando dos jóvenes agentes de la patrulla del puerto subieron a bordo del barco de Adolfo, él se comportó como si estuviese muy afectado por lo ocurrido. Los agentes le dijeron que se calmase. Con un talante ya más tranquilo, Adolfo les dijo que él miraba hacia el puerto al producirse la explosión; que no había visto más que una

bola de fuego, y la lluvia de fragmentos que caían al agua. Añadió que se había dirigido inmediatamente hacia el lugar de la explosión.

Después de tomar nota de sus declaraciones, y de su nombre y dirección, los agentes abandonaron el pesquero.

Adolfo fue entonces a la cabina del barco, arrancó el motor y enfiló hacia el puerto.

Mientras surcaba las rizadas aguas, sacó del bolsillo del pantalón uno de sus cigarrillos liados a mano, lo encendió y aspiró profundamente el humo. Jamás se había sentido tan satisfecho. No era su primera misión por la causa. El año anterior preparó una carta-bomba para un periódico y colocó una bomba-lapa en el coche de un periodista de televisión. En ambos casos, los atentados tuvieron éxito. Pero la que acababa de cumplir era su misión más importante y había salido a la perfección. Lo mejor de todo es que había podido hacerlo en solitario.

El general le había pedido que actuase solo por dos razones. En primer lugar, porque, si lo detenían, la causa perdería sólo un activista en la región; y en segundo lugar, porque, si fracasaba, sabría a quién echarle la culpa. Esto era importante, porque, con tantas misiones que cumplir como tenía por delante, no había lugar para la incompetencia.

Adolfo sujetaba el timón con la mano derecha, y con la izquierda, la desgastada cuerda de la vieja campana que colgaba del exterior de la cabina. Había pescado en aquellas aguas desde niño, en el barco de su padre. El sordo sonido de aquella campana era una de las cosas que lo retrotraía a su infancia. Otra era el olor del puerto al acercarse. Adolfo olía más a mar cuanto más se acercaba a la orilla. Era algo que siempre le había extrañado, hasta que se lo comentó a su hermano. Norberto le explicó que todo lo que producía olores (la sal, el pes-

cado, las putrefactas algas) se concentraba en la orilla. Por eso las playas olían más a mar que el propio mar.

«Lástima que, sabiendo tanto, Norberto vaya tan desencaminado», pensó Adolfo.

Su hermano mayor era jesuita, y nunca quiso ser otra cosa. Después de ordenarse, hacía siete años, le asignaron la diócesis de Donostia. Norberto era muy culto. Sus feligreses lo llamaban «profesor». Pero de política, Norberto entendía poco, o, simplemente, la rehuía. Tampoco la política de la Iglesia le interesaba. Dos o tres veces al año, el superior general de los jesuitas, González —el más poderoso prelado jesuita de España—, concedía audiencias y ofrecía cenas a altos dignatarios de la Iglesia en Madrid. Sin embargo, Norberto detestaba alejarse de su diócesis y no asistía a tales recepciones salvo que se lo ordenasen, algo que rara vez ocurría.

El desinterés de Norberto por hacerse notar hacía que fuese el padre Iglesias de Bilbao quien tuviese más influencia.

Adolfo y Norberto siempre habían estado muy unidos, pero en cuestiones de política, tenían puntos de vista opuestos.

—Ya tenemos bastante con la división de la cristianidad —comentó un día amargamente Norberto, que creía en una España unida.

Quería que los «buenos españoles», como los llamaba él, viviesen en paz.

En cambio, Adolfo no creía en Dios ni en los españoles. Si Dios existiese, razonaba él, el mundo sería mejor de lo que era. No habría conflictos ni miseria. Para Adolfo, España no era más que un mosaico de diferentes culturas.

Adolfo maniobró con precaución y destreza entre las numerosas embarcaciones de recreo ancladas en el puerto. Para Adolfo, las embarcaciones de recreo eran

un diario recórdatorio de que los millonarios se preocupaban de las necesidades de los obreros.

Cuando Adolfo llegó al embarcadero, atracó donde siempre. Luego, se adentró entre los grupos de turistas y curiosos que se habían congregado al oír la explosión. Algunas personas lo abordaron para preguntarle qué había ocurrido.

Adolfo se limitó a encogerse de hombros y a menear la cabeza mientras avanzaba por el sendero de grava, pasando frente a tiendas de souvenirs y al nuevo acuario. No era prudente detenerse a hablar con nadie después de cumplir con una misión, ya que cabía la posibilidad de cometer un desliz que lo delatase.

Adolfo siguió por el sendero hasta el parque del monte Urgull, cerrado al tráfico. Había sido una ciudadela y albergaba un cementerio en el que estaban enterrados soldados que combatieron al mando del duque de Wellington en 1812, en su campaña contra los franceses.

Cuando era niño, Adolfo solía jugar allí, antes de que las abandonadas ruinas accediesen al estatus de protegidas reliquias históricas. Solía imaginar que era un soldado de caballería, pero no para luchar contra los franceses, sino contra los «castellanos», como llamaba él a todo centralista, a quienes detestaba tanto como a los exploradores que llevaron a su padre prematuramente a la tumba, de tanto explotarlo.

Su madre sólo sobrevivió un año a su padre: por consiguiente, Norberto era la única familia que le quedaba a Adolfo.

El joven pescador dejó el parque al llegar al Museo de San Telmo, un antiguo monasterio de los dominicos. Luego se internó por la oscura y silenciosa calle de Okendo. No se oían más ruidos que el distante oleaje y las ahogadas voces de los televisores que llegaban a través de las ventanas abiertas.

El pequeño apartamento que Adolfo tenía alquilado se hallaba situado en la segunda planta de un edificio de una callejuela. Le sorprendió ver la puerta abierta y entró con suma precaución. ¿Habría enviado a alguien el general, o se trataba de la policía?

Pero no. Nada de eso. Respiró aliviado al ver que su hermano estaba echado en la cama de la única estancia.

Norberto cerró el libro que estaba leyendo, *Discursos morales de Epícteto*.

—Hola, Adolfo —lo saludó Norberto.

Los viejos muelles del somier gimieron al incorporarse Norberto en la cama. El jesuita era un poco más alto y recio que su hermano. Tenía el pelo de color castaño claro y unos amables ojos marrones que miraban tras los cristales de unas gafas de montura metálica. Al no estar expuesto constantemente al sol como su hermano, tenía menos arrugas, pese a ser mayor, y la piel más clara.

—¿Qué tal, Norberto? —correspondió Adolfo—. Me alegro de verte —añadió dejando caer su bolsa encima de la mesa.

Luego se quitó el jersey. Por la ventana entraba una agradable brisa.

—Bien. Tenía ganas de verte —dijo Norberto mientras miraba el reloj adosado a la pared del hueco donde estaba la cocina—. Son las once y media. No creía que regresaras tan tarde.

—Ha habido un accidente en la bahía —le explicó Adolfo al tiempo que sacaba su ropa sucia de la bolsa—. Una explosión en un yate. Me he entretenido hablando con la policía.

—Sí. He oído la explosión. ¿Ha habido heridos? —preguntó Norberto.

—Por desgracia, sí —contestó Adolfo—. Varios muertos.

[Norberto conocía las actividades políticas de su her-

mano, pero no que formase parte del grupo del general, ni de ninguna otra organización terrorista.

—¿Quiénes eran? —se interesó Norberto.

—No lo sé. Me he marchado al llegar la policía. Yo no pintaba nada allí.

Mientras hablaba, Adolfo metió la ropa en la lavadora que tenía junto a la cocina. Norberto se levantó, se acercó a la cocina y señaló a una cazuela.

—Ayer hice estofado. Te he traído una buena ración.

—Ya decía yo que olía muy bien aquí. Y mi ropa no iba a ser —dijo Adolfo sonriente—. Gracias, Norberto.

—¿Te lo caliento?

—No, deja. Esperaré un poco. ¿Por qué no te vas ya a casa? Estoy seguro de que has tenido un largo día.

—No tanto como tú. Seguro —dijo Norberto en un tono que puso en guardia a su hermano.

Adolfo guardó silencio. ¿Sospechaba algo Norberto?

—Deja, deja, que tienes que cenar —añadió Norberto, que cogió el encendedor de la cocina, abrió la llave del quemador sobre el que había colocado la cazuela y encendió el gas.

—Está bien. Cuídame. Lo tuyo es de vicio. Velar por los enfermos, por los pobres, por los niños. Sólo te falta cocinarle a este hermano tuyo.

—Es mi... trabajo —dijo Norberto sonriente.

—Eres demasiado humilde —le recriminó Adolfo meneando la cabeza—. Creo que harías lo mismo aunque no fueses sacerdote. Pero... ya está bien que tú seas bueno por los dos.

El olorcillo a estofado se acentuó en cuanto la cazuela empezó a humear. A Adolfo le recordaba su infancia, cuando enredaban por la cocina mientras su madre guisaba. No le parecían tiempos tan lejanos y, sin embargo, habían ocurrido muchas cosas en España... y les habían ocurrido a ellos.

Adolfo fingía no tener prisa. Si su hermano advertía un comportamiento extraño, podría recelar.

Norberto miró a Adolfo mientras graduaba el gas. La pantalla de la lámpara que colgaba del techo le daba a la luz un tono amarillento. Hacía que el sacerdote pareciese muy pálido y cansado. Cada vez estaba más gordo, pensaba Adolfo. Podía ser que digerir a diario el dolor de los demás, sin poder desahogarse del propio, produjese una sobrecarga... por lo menos de peso. Claro que, para poder engordar así, había que tener una complexión que Adolfo no tenía. Tampoco tenía su fe. Si uno sufría aquí en la Tierra, aquí era donde había que tratar de remediarlo.

—Oye, Adolfo. ¿A qué viene eso de que ya está bien que sea bueno *por los dos*?

—No sé. Ha sido una manera de hablar. No lo he dicho porque me considere un gran pecador... sólo un gran *pescador*.

Norberto se acercó a coger un plato hondo del armario de la cocina. Le sirvió dos colmados cazos de estofado a su hermano y se lo llevó a la mesa.

—Come —le dijo con paternal talante.

Adolfo se sentó y probó el guiso.

—Humm. Calentito. Buenísimo —dijo Adolfo mirando a su hermano, que parecía comportarse de un modo extraño.

—¿Has pescado mucho esta noche?

—Normal.

—Hueles poco a pescado.

—Sólo faltaría. Para algo me cambio de ropa. Pero me extrañaría que no oliera un poco. Los pescadores llevamos impregnado ese olor, casi como los propios peces.

—La ropa que has metido en la lavadora tampoco olía...

—Oye... ¿a qué viene el interrogatorio?

—Pues a que la policía me ha telefoneado hace un rato.

—¿Y?

—Para informarme de la explosión en el yate.

Adolfo miró a su hermano. No le gustaba el derrotero que tomaba la conversación. Dejó la cuchara junto al plato y echó la silla ligeramente hacia atrás.

—Mira... perdona, Norberto, pero he de salir.

—¿Adónde vas?

—He quedado con unos amigos.

Norberto se acercó a su hermano, posó las manos en sus hombros y lo miró a los ojos. Adolfo era consciente de que su expresión debía de resultarle impenetrable.

—¿No tienes nada que contarme? —preguntó Norberto.

—¿Sobre qué?

—No sé... Me ha parecido —dijo Norberto titubeante.

—Tendría que ser yo quien te preguntase. Te noto preocupado. Si tienes algún problema, ya sabes que puedes contar conmigo. Porque... no creo que a estas alturas te preocupe lo que yo pueda hacer por las noches. ¿O crees que te oculto algo?

—Has estado pescando, ¿no? Eso has dicho. ¿Por qué no voy a creerte?

—Porque sabías perfectamente a qué se ha debido la explosión y has fingido ignorarlo. Y has venido a ver si estaba en casa. De acuerdo. No estaba. Y también sabes que no he estado pescando.

Norberto no replicó. Retiró las manos de los hombros de Adolfo y las dejó caer con expresión abatida.

—Siempre has sabido leer en mi interior. Siempre sabes lo que pienso y lo que siento. Cuando era jovencito y me había ido de putas o me había metido en alguna pelea, y te mentía diciéndote que había ido al cine o a jugar al fútbol, tú no tenías más que mirarme a los

ojos para saber que te mentía, aunque no me lo dijese.

—Entonces eras un muchacho, Adolfo. Eran cosas propias de la edad. Ahora eres un hombre...

—Exacto, Norberto —lo interrumpió Adolfo—. Soy un hombre. Y te aseguro que ya no dispongo de tiempo para meterme en peleas ni para ir de putas. De modo que no has de preocuparte.

—Pues... no sé. Veo en tus ojos que tienes algún problema.

—En todo caso, será un problema mío, no tuyo.

—En absoluto —replicó Norberto—. Somos hermanos. Compartimos las penas, los secretos y, sobre todo, nos queremos como deben quererse los hermanos. Quiero que me cuentes lo que sea, por favor.

—¿Sobre qué? ¿Sobre mis actividades? ¿Mis convicciones? ¿Mis sueños?

—Sobre todo. Siéntate y habla conmigo.

—No tengo tiempo ahora —pretextó Adolfo.

—Cuando se trata de tu alma, debes tener tiempo.

—Ya —dijo Adolfo mirando a su hermano con firmeza—. Si tuviese tiempo, ¿cómo me escucharías, como hermano o como sacerdote?

—Como Norberto —repuso el jesuita en tono cordial—. No puedo separar quién soy de lo que soy.

—Lo que significa que serías la voz de mi conciencia.

—Dudo que te hiciese ningún daño.

Adolfo le sostuvo la mirada unos momentos y luego la desvió.

—¿De verdad quieres saber lo que he estado haciendo esta noche?

—Pues sí.

—Te lo voy a decir. Te lo diré porque, si ocurriese algo, quiero que sepas por qué he hecho lo que he hecho —dijo bajando el tono de voz, porque lo de que las paredes oyen era especialmente cierto en aquellos

apartamentos de paredes de papel de fumar—. Los catalanes que estaban a bordo del yate que se ha hundido, Puig y su camarilla, han sido quienes han planeado y llevado a cabo el asesinato de la diplomática norteamericana en Madrid. Tengo aquí en mi bolsillo la grabación de la conversación sobre el asesinato. Esta grabación equivale a una confesión, Norberto. Mi jefe, el general, estaba en lo cierto acerca de esos tipos. Eran los líderes de un grupo que se proponía hundir económicamente a la nación para apoderarse de ella. Han asesinado a la diplomática norteamericana para asegurarse de que Estados Unidos no interfiera en su conquista de España.

—La política no me interesa —dijo Norberto en tono pausado—. Lo sabes de sobras.

—Pues... no estaría de más que te interesase. La única ayuda que reciben los pobres de tu parroquia procede de Dios, que no les pone el plato en la mesa. No me parece justo.

—Y no lo es —admitió el joven sacerdote—. Bienaventurados los pobres, porque ellos poseerán el Reino de los Cielos.

—Eso será de acuerdo a tus convicciones, no a las mías —replicó Adolfo con acritud.

El menor de los Alcázar hizo ademán de ir a marcharse, pero su hermano lo sujetó del brazo.

—Quiero que me lo digas, Adolfo: ¿qué parte has tenido tú en esas muertes? —le preguntó con firmeza.

—¿Qué parte he tenido? —dijo Adolfo sin alterarse—. Yo los he matado —le espetó—. Yo he sido quien ha volado el yate.

Norberto dio un paso atrás, como si lo hubiese abofeteado.

—Millones de los nuestros habrían sufrido las consecuencias si esos monstruos se hubieran salido con la suya —añadió Adolfo.

Norberto se persignó.

—Eran hombres, Adolfo, no monstruos.

—Sí eran monstruos, sí; seres sin sentimientos ni piedad para nadie.

No esperaba que su hermano entendiese lo que había hecho. Norberto era miembro de la Compañía de Jesús, una orden que, desde hacía quinientos años, enseñaba a sus miembros a ser soldados de la virtud, a fortalecer la fe de los católicos y a predicar el Evangelio a los no católicos.

—Te equivocas —dijo Norberto tembloroso, oprimiendo aún con más fuerza el brazo de su hermano—. Esos a quienes tú llamas monstruos eran personas. Personas con una alma inmortal creada por Dios.

—En tal caso, deberías darme las gracias, hermano, porque le he devuelto a Dios esas almas inmortales.

—Te crees en la obligación de hacer más de lo debido —le reprochó Norberto lloroso—. Sólo Dios tiene derecho a disponer de nuestras almas.

—Mira... he de marcharme ya.

—Y respecto a esos millones «de los nuestros» a los que te has referido, sólo habrían sufrido esas consecuencias de que hablas en este mundo. En cambio tú... podrías condenarte eternamente.

—Pues reza por mí, hermano, porque pienso seguir con mi misión.

—¡No, Adolfo! ¡No debes hacer eso!

Adolfo retiró sin brusquedad la mano de su hermano y se la estrechó con cariño antes de soltarla.

—Por lo menos... deja que te confiese —lo instó Norberto.

—Otro día.

—Otro día puede ser demasiado tarde —dijo Norberto con la voz entrecortada—. Ya sabes cuál es el castigo si mueres sin arrepentirte. Serás repudiado por Dios.

—Dios se ha olvidado de mí; de todos nosotros.

—¡No!

—Lo siento, Norberto...

El pescador desvió la mirada. No quería ver el sufrimiento en los ojos de su hermano. Ni afrontar el hecho de ser él el causante. Por lo menos no en aquellos momentos, con tanto como le quedaba por hacer.

Adolfo optó por tomar otra cucharada de estofado y volvió a darle las gracias a su hermano por habérselo traído. Luego, sacó un cigarrillo medio aplastado del bolsillo izquierdo del pantalón (el último que le quedaba en el paquete). Tendría que comprar al salir. Lo encendió y enfiló hacia la puerta.

—¡Por favor, Adolfo! —exclamó Norberto, que sujetó a su hermano por el hombro derecho y lo obligó a dar media vuelta—. Quédate aquí conmigo. Háblame. Reza conmigo.

—Tengo algo importante que hacer. Le prometí al general entregar la cinta con la conversación grabada a los de la radio. Tengo allí amigos. La emitirán. Y cuando lo hagan, el mundo sabrá que Puig y su camarilla trataban de provocar el caos. Y el gobierno y el mundo reaccionarán.

—¿Y qué pensará el mundo de quien ha asesinado a Puig y a su camarilla? ¿Rezarán por tu alma?

—No necesito sus oraciones —dijo Adolfo sin vacilar—. Sólo quiero su atención. En cuanto a lo que el mundo pueda pensar, espero que piensen que he tenido valor. Que no he recurrido a matar a una mujer desarmada en la calle para llamar la atención sobre mi causa. Que he atacado directamente al corazón de la conspiración.

—¿Ya has pensado que los partidarios de Puig pueden querer hacer otro tanto contigo?

—Bien. Que lo intenten. Puede que incluso lo consigan.

—¿Y a qué conduce eso? ¿A exterminarse unos a otros?

—No nos ha pasado por la cabeza poder acabar con los partidarios de Puig de un solo golpe, ni que eso no vaya a costarnos vidas a nosotros. Pero dudo de que el derramamiento de sangre dure mucho tiempo. Cuando los partidarios de Puig y sus aliados quieran reaccionar, será demasiado tarde para lo que se les viene encima.

Norberto lo miró abatido, lloroso, con expresión de impotencia.

—Pero... querido hermano... —dijo casi balbuciente—. ¿Qué es lo que os proponéis?

Adolfo miró a su hermano a los ojos. Rara vez lo había visto llorar. Que recordase, sólo había llorado en el entierro de su madre y al morir un joven feligrés. No era fácil no conmoverse ante el llanto de su hermano.

—Lo que yo y mis camaradas nos proponemos es mantener la unidad de la patria.

—Existen otros medios para conseguirlo. No es necesario recurrir a la violencia.

—Los medios no violentos ya se han intentado. Y no funcionan.

—Jesús no necesitó matar.

—Hermano mío... —dijo Adolfo posando las manos en los hombros de Norberto—, si me consigues su ayuda, no volveré a matar a nadie. Te lo juro.

Norberto fue a decir algo pero se abstuvo. Adolfo le dio una cariñosa palmadita en la mejilla y sonrió. Luego, dio media vuelta, abrió la puerta y bajó la cabeza.

Adolfo creía en un dios justo. No creía en un dios que castigase a quienes luchaban por la libertad. No podía dejar que las convicciones de su hermano lo afectasen. Pero no le reprochaba a Norberto que fuese como era. Era un hombre bueno, que se había preocupado por él desde niño, que lo quería y lo seguiría que-

riendo, hiciese lo que hiciese. No podía dejarlo sufriendo de aquella manera.

Adolfo alzó la vista. Le sonrió a su hermano y volvió a tocarle la mejilla.

—No reces por mí, Norberto. Reza por nuestro país. Si España pereciese, mi salvación sería desdichada... e inmerecida.

Adolfo se llevó el cigarrillo a los labios y corrió escaleras abajo dejando una estela de humo y a su hermano sumido en una inconsolable consternación.

OCHO

Lunes, 16.22. Washington, DC

Paul Hood le echó su diario vistazo de media tarde a la lista de nombres que aparecía en la pantalla del monitor de su ordenador. Minutos antes había posado el pulgar de la mano derecha sobre el escáner de 12×18 cm contiguo a su ordenador. El láser había identificado su huella dactilar y el programa le había pedido que introdujese su código personal de acceso. Sesenta y siete segundos después apareció en la pantalla el archivo secreto, en el que figuraban los nombres de los agentes especiales del CO, que informaban desde sus lugares de destino.

El director del Centro de Operaciones tecleó el apellido de soltera de su esposa: Kent. En cuanto el programa registró la contraseña aparecieron los nombres en la pantalla.

El Centro de Operaciones disponía de nueve «agentes especiales», entre hombres y mujeres, todos ellos en nómina del Centro de Operaciones. Además de sus nombres, en la lista figuraban su paradero y su misión actual; un resumen de su último informe, preparado por Bob Herbert (el informe completo figuraba en un subarchivo del programa), y la localización de su «piso franco» más cercano, así como su prevista ruta de emergencia, caso de tener que huir. Si un agente especial del Centro de Operaciones era descubierto, cosa

que hasta la fecha no había ocurrido nunca, el CO lo buscaría en tales lugares y haría todo lo posible para liberarlo.

Tres de los agentes especiales estaban destinados en Corea del Norte, con la misión de vigilar el secreto emplazamiento de misiles en los montes del Diamante, que el comando Striker había destruido. La labor de estos agentes consistía en asegurarse de que las plataformas lanzadoras de los misiles no hubiesen sido reconstruidas.

Dos agentes especiales del Centro de Operaciones se hallaban en el valle libanés de la Bekaa y otros dos trabajaban en Damasco. El hecho de que los agentes especiales del CO hubiesen ayudado a evitar una guerra entre Siria y Turquía no era considerado favorablemente. La sensación dominante en Oriente Medio era que las naciones de la región debían solucionar sus propios problemas, aunque esta solución implicase la guerra. La paz impuesta por fuerzas exteriores, especialmente si de EE. UU. se trataba, era considerada algo ilícito y deshonesto.

Los otros dos agentes estaban en Cuba, observando de cerca la evolución de la situación política en el país. De acuerdo a sus informaciones, el poder de Fidel Castro empezaba a debilitarse. Pese a todos sus reveses, que habían sido muy importantes, su férreo gobierno había logrado, irónicamente, una cierta estabilidad en el Caribe. Todo dictador que accediese al poder en Haití, Granada, Antigua o cualquier otra de las islas caribeñas, seguía necesitando la aprobación de Castro para pertrecharse de armamento y mantener una sustancial fuerza militar. Había consenso en el sentido de que, en cuanto Castro desapareciese, el caos y no la democracia se instalaría en la isla y en la región. Estados Unidos tenía un plan para tal contingencia, llamado Operación Quilla, para llenar y controlar el vacío de

poder utilizando incentivos económicos y militares. Los agentes especiales del Centro de Operaciones eran piezas clave de la red de ALERTEM (alerta de emergencia) concebida para hacer viable el plan.

«Nueve vidas», pensó Hood, además de las personas que dependían directamente de ellas. No era una responsabilidad que pudiera tomarse a la ligera.

El director del Centro de Operaciones examinó los informes de la tarde. La situación en todos los escenarios referidos permanecía relativamente estable y sin cambios. Cerró el archivo.

Los agentes especiales que operaban en el extranjero contaban con que todos sus datos y todas sus comunicaciones con el CO eran absolutamente secretos. Se ponían en contacto con el CO llamando a un número de teléfono de una oficina de Washington, una oficina que alquilaba despachos a ejecutivos. El teléfono iba a nombre de Caryn Nadler International Travel Consultants. Los agentes hablaban en sus lenguas maternas, aunque cada palabra que utilizaban tenía asignado un significado distinto en inglés. De tal modo que preguntar, por ejemplo, en el idioma materno del agente «si podía reservar un billete para Dallas», podía significar, en realidad: «El presidente sirio está gravemente enfermo.» Aunque las equivalencias de cada término estaban incluidas en el programa informático, había otras siete personas, además de Paul Hood, que tenían acceso al programa y a la identidad de los agentes. Bob Herbert, Mike Rodgers y Darrell McCaskey eran tres de esas siete personas. Hood confiaba plenamente en los tres. Pero ¿y en los otros cuatro? Dos de ellos trabajaban en la sección de Herbert, uno en la de McCaskey y otro en la del general Rodgers. Estas cuatro personas habían superado satisfactoriamente todos los controles sobre sus antecedentes, pero ¿eran tales controles suficientes? ¿Eran los códigos que utilizaban en

el programa lo bastante seguros, en el caso de que un servicio de inteligencia extranjero lograra acceder al programa? Por desgracia, la respuesta no se sabía nunca hasta que alguien desaparecía, la misión era sabotada o un equipo caía víctima de una trampa.

El espionaje entrañaba peligros ciertos. Eso se daba por descontado. Para los agentes, el peligro era parte del atractivo de su trabajo. Y a pesar de todas las precauciones, no habían podido evitar el asesinato de Martha, que ya estaba siendo investigado por Darrell McCaskey, Aileen Marley y la Interpol.

Mike Rodgers y Bob Herbert estudiaban los informes de inteligencia. Ron Plummer y Carol Lanning trataban de obtener información por vía diplomática.

«¿Por qué en retrospectiva nunca parecían suficientes las precauciones? —se preguntaba Hood—. Pues por eso: porque se consideraban en retrospectiva.»

¿Qué había hecho mal en aquella ocasión? El Centro de Operaciones no había tenido alternativa respecto de enviar a Martha Mackall a España. En cuanto Av Lincoln sugirió su nombre, el diputado Serrano lo aprobó y tuvieron que enviarla a ella. Respecto a que hubiese sido Aileen Marley quien la acompañase como ayudante en lugar de Darrell, era absolutamente lógico, porque Aileen hablaba a la perfección el español y Darrell no.

Serrano procedía de una familia obrera, al igual que Aileen, y Hood pensó que eso podía facilitar su entendimiento. Y aunque Darrell hubiese estado allí con ellas, probablemente a Martha no le hubiese servido de ninguna ayuda, sobre todo si los asesinos la habían elegido como su blanco concreto.

Pese a ello, Paul Hood se sentía avergonzado por el fallo. Además, estaba furioso consigo mismo porque llevaba largo rato sin poder concentrarse. Estaba furioso, e indignado, por el modo en que habían eliminado

a Martha. Hood aborrecía todo asesinato. Al incorporarse al Centro de Operaciones, leyó un informe secreto de la CIA acerca de un pequeño comando de asesinos, creado durante el mandato del presidente Kennedy, que entre 1961 y 1963 asesinó a más de una docena de generales y diplomáticos extranjeros. La justificación de la existencia de semejante comando debía de ser políticamente válida, supuso Hood. Sin embargo, le costaba digerirlo moralmente, aunque, a la larga, tales asesinatos sirvieran para salvar vidas.

Pero eso era lo trágico en la muerte de Martha MacKall. No se trataba de que hubiesen liquidado a un déspota para mejorar la vida de otras personas; o de que hubiesen matado a un terrorista para evitar que perpetrara un atentado sangriento. Alguien había asesinado a Martha a modo de advertencia.

Hood también estaba furioso con el gobierno español. Les habían pedido ayuda de vigilancia por satélite para controlar las actividades de los terroristas. Y se la habían proporcionado. Pero cuando se trataba de ayudar ellos, no se mostraban tan dispuestos. Si tenían información acerca del atentado, se la guardaban. La poca información de que disponía el CO era la transmitida por Darrell McCaskey que, a su vez, la había conseguido a través de la Interpol.

Nadie había reivindicado el atentado. El seguimiento realizado por el equipo de Bob Herbert, de las transmisiones por radio y por fax al gobierno y a los departamentos de policía, lo confirmaba. Ni los coches-patrulla ni los helicópteros de la policía española habían localizado el coche en el que había huido el asesino. Tampoco el satélite de la Oficina Nacional de Reconocimiento, dependiente del Pentágono, lo había localizado. La policía española lo buscaba en talleres clandestinos de desguace, pero en el caso de que, efectivamente, el vehículo hubiese ido a parar a alguno de

esos talleres, estaría totalmente desmontado cuando lo localizasen. Por otra parte, las balas estaban siendo analizadas para tratar de identificar su procedencia. Pero cuando lograsen determinarla, y suponiendo que también consiguieran identificar a quien las hubiese comprado, la pista ya se habría... enfriado. Por otro lado, McCaskey había informado de que el cartero muerto también en el atentado no estaba fichado. Todo apuntaba a que había sido víctima del azar.

Paul Hood se reprochaba haber permitido que Martha y Aideen emprendiesen una misión secreta sin un mínimo apoyo para protegerlas. Aunque no hubiesen podido impedir que el terrorista culminase su criminal acción, quizá hubieran podido detenerlo. Sin embargo, precisamente porque la misión era una misión «limpia» (una reunión en un despacho, y no de vigilancia o espionaje) había permitido que fuesen solas. No contaba con que surgiesen problemas. Nadie en el CO había reparado en ello.

Martha había pagado las consecuencias de esta falta de previsión.

La puerta del despacho estaba abierta y Ann Farris entró. Hood alzó la vista. Ann llevaba un traje con falda pantalón, de color gris claro, y su media melena castaña suelta hasta casi los hombros. Sus ojos eran suaves y su expresión condolidada. Hood volvió a fijar su atención en la pantalla del monitor sólo para desviar la mirada.

—Hola —dijo él.

—Hola —correspondió Ann—. ¿Cómo está?

—Fatal —repuso Hood abriendo un archivo que Herbert le había transmitido acerca de Serrano—. ¿Y usted? ¿Cómo va lo suyo?

—Un par de periodistas han relacionado a Martha con el Centro de Operaciones, pero sólo Jimmy George del *Post* ha aventurado que probablemente Martha

no había ido a España a hacer turismo. Ha accedido a retener la información un par de días, a cambio de ciertas exclusivas.

—Bien. Le proporcionaremos las fotografías del depósito de cadáveres —dijo Hood amargamente—. Eso vende.

—Jimmy George es una buena persona, Paul. Juega limpio.

—Ya. De acuerdo. Por lo menos es razonable. La razón... las conversaciones... la negociación... ¿Eso nos han enseñado, no?

—Desde luego. Y lo cierto es que aún quedan muchas personas que se rigen por estos procedimientos.

—No las suficientes. Cuando yo era alcalde de Los Ángeles me creé la enemistad del gobernador Essex (lord Essex lo llamábamos). No le gustaba lo que calificaba como mi heterodoxa manera de hacer las cosas. Aseguraba no poder confiar en mí —añadió meneando la cabeza—. Lo cierto es que yo me preocupaba por la calidad de vida en Los Ángeles, mientras que él soñaba con ser presidente. Eran dos objetivos que no armonizaban. De modo que llegó a no dirigirme la palabra. Teníamos que comunicarnos a través del vicegobernador Whiteshire. Lo curioso es que, bajo su mandato, Los Ángeles no consiguió que le aprobasen el presupuesto que necesitaba, y Essex no fue reelegido. Si falla la comunicación, tanto si se trata de la política como de la vida familiar, no hay que sorprenderse si luego todo se viene abajo. En fin, Ann... la felicito por saber comunicarse con el señor George.

Ann se acercó a la mesa, alargó el brazo y tocó el dorso de la mano de Hood con las yemas de los dedos. Su tacto era suave y muy femenino.

—Sé cómo se siente, Paul.

—Ya lo sé —dijo Paul quedamente—. Nadie mejor que usted.

—Pero ha de convencerse de que nadie podía prever algo así.

—En eso se equivoca —replicó Hood retirando la mano—. La hemos jodido. Yo, personalmente, la he jo- dido.

—Nada de eso. Nadie ha tenido la culpa. Ha sido un imponderable.

—No —persistió él—. Se ha debido a pura y simple falta de previsión. Disponemos de simuladores de intervenciones armadas, atentados terroristas, de asesinatos... Puedo teclear un código en este ordenador y me proporciona diez maneras distintas de apresar o matar al asesino de turno. Pero el proceso de prever los más sencillos problemas de seguridad no está incorporado al programa y, como consecuencia de ello, Martha ha muerto.

Ann meneó la cabeza.

—Aunque hubiesen llevado una escolta, Paul, no se habría podido evitar. No habrían podido reaccionar a tiempo. Lo sabe usted tan bien como yo.

—Pero por lo menos habrían podido detener al asesino.

—Eso puede que sí —admitió la jefa de prensa—. Aunque eso no habría evitado la muerte de Martha.

Hood no lo veía nada claro.

—¿Debemos adoptar alguna otra medida acerca de la prensa? —preguntó Hood mientras sonaba el teléfono interior.

Era Bob Herbert.

—No, creo que no —respondió Ann, que frunció los labios como si quisiera decir algo más, pero se abstuvo.

«Todo sea por la comunicación», ironizó Hood para sí al coger el teléfono.

—Hola, Bob.

—Tenemos algo importante, Paul.

—¿De qué se trata?

—Hemos captado una información de una emisora de Tolosa. Le envió la grabación por audio, aunque hasta dentro de una hora no tendremos la confirmación de la autenticidad de la cinta que va a oír. Un canal de televisión español nos va a proporcionar grabaciones de la voz del locutor para comparar las voces. Mi intuición me dice que la cinta es auténtica. La primera voz que oirá es del locutor de la emisora que presenta la cinta. La segunda es la de la propia cinta. Le envió también una traducción por correo electrónico.

—Entendido —dijo Paul.

A continuación cerró el archivo de Serrano y examinó su correo electrónico. Luego pulsó el código del audio, que era el equivalente acústico del correo electrónico. Los sonidos eran digitalmente escaneados y limpiados por uno de los prodigiosos programas informáticos de Mat Stoll. La voz sintetizada por el simulador era muy similar al sonido en vivo. Gracias a la codificación digital, el oyente incluso podía aislar el sonido de fondo y escucharlo por separado.

Ann Farris rodeó la mesa y se inclinó sobre el hombro de Paul. Su calidez y su proximidad resultaban confortadoras.

Hood se concentró en la traducción mientras escuchaba el mensaje.

«Buenas noches, señoras y señores —decía el locutor—, interrumpimos nuestro programa musical para darles una información de alcance relacionada con la explosión de un yate en la Concha, ocurrida esta noche. Hace unos minutos, una persona que se ha identificado como militante del autodenominado Partido Español Auténtico nos ha hecho llegar una grabación que, supuestamente, corresponde a una conversación que ha tenido lugar a bordo del yate *Verídico* momentos antes de que éste estallase. Con la entrega de la cin-

ta, el PEA reivindica el atentado. A continuación emitiremos la grabación íntegra.»

Entre paréntesis se leía un comentario de Herbert: «El PEA es un grupo de ultraespañolistas. Llevan dos años publicando panfletos y haciendo proselitismo. También han reivindicado atentados contra intereses catalanes y andaluces. Se ignora cuántos son y la identidad de sus líderes.»

Apretando los dientes, Hood siguió leyendo la transcripción mientras empezaba a oírse la grabación. Escuchó la fría y pausada voz de Esteban Puig, que se refería a los planes que su organización tenía para España, alardeando de la participación de su grupo en el asesinato de Martha; de su grupo... con la ayuda del diputado del Congreso Isidro Serrano.

—¡Dios mío! —exclamó Hood—. ¿Es esto posible, Bob?

—No sólo es posible sino que explica por qué Serrano no ha querido continuar las conversaciones con Darrell y Aideen. Ese cabrón nos la ha jugado, Paul.

Hood miró a Ann. La había observado en sus momentos más abatidos, durante los casi dos años que llevaban trabajando juntos, pero jamás la había visto tan deprimida como en aquellos momentos. La compasión había desaparecido por completo de su rostro. Tenía los labios apretados y notaba que respiraba dificultosamente por la nariz. Su mirada era dura y estaba sonrojada.

—¿Qué piensa usted hacer, Paul? —preguntó Herbert—. Aunque antes de que me conteste, tenga en cuenta que los tribunales españoles no van a ensañarse con una destacada figura política por una grabación ilegal, realizada por alguien que tiene las manos tan manchadas de sangre como Serrano, o acaso más. Lo interrogarán exhaustivamente e indagarán sobre su vida y milagros. No obstante, si tiene buenos amigos,

y estoy seguro de que los tiene, llegarán a la conclusión de que le han tendido una trampa. Harán cuanto puedan para poner palos a las ruedas de la maquinaria de la justicia.

—Lo sé —dijo Paul.

—Sé que lo sabe —reconoció Herbert—. Además, en última instancia pueden dejar que «se les escape» y huya del país mientras ellos miran para otro lado. Lo digo porque entra dentro de lo probable que tengamos que hacernos cargo del problema. Si Serrano resulta ser uno de los instigadores del terrorismo, deberíamos responder al fuego con fuego.

—Tomo buena nota —dijo Paul con expresión reflexiva—. Quiero a ese cabrón. Si no lo podemos detener legalmente, lo quiero... justificadamente muerto.

«¡Y a hacer puñetas los elevados principios morales!», se dijo Paul que, no obstante, se detuvo a reflexionar unos momentos. No quería que Serrano se les escapase. Por desgracia, sólo disponía de dos agentes especiales sobre el terreno: Darrell y Aideen. E ignoraba si estaban en condiciones de que no se les escabullesse, hasta que el comando Striker o algún otro grupo pudiera introducirse en el país y tener una animada charla con aquel cabrito. Tendría que hablar con Darrell acerca de ello. Mientras tanto, necesitaba más información.

—Quiero que monte una vigilancia electrónica tan completa como pueda de ese Serrano, Bob —le ordenó Hood.

—Ya lo he hecho —le informó Herbert—. Le hemos pinchado todos los teléfonos, faxes y módems, tanto de su oficina como de su casa, y hemos adoptado medidas para interceptar su correo.

—Bien.

—¿Y qué piensa usted hacer con Darrell y Aideen? —preguntó Herbert.

—Hablaré con Darrell y dejaré la decisión en sus manos. Él está sobre el terreno. Nadie mejor que Darrell para saber si puede aceptar la responsabilidad. Pero antes de hablar con él, quiero hacerlo con Carol Lanning, ver si Exteriores puede proporcionarnos una información general sobre la verdadera situación en España.

—¿Qué cree usted que está ocurriendo? —preguntó Ann.

—O mucho me equivoco, o la muerte de Martha ha sido algo más que una advertencia.

—¿De qué se trataría entonces? —volvió a preguntar la jefa de prensa.

Paul Hood alzó la vista, a la vez que se levantaba de la silla.

—Me temo que haya sido el pistoletazo de salida de un serio conflicto armado.

NUEVE

Lunes, 23.30. Madrid

Salvo durante las vacaciones, el diputado Serrano vivía en un lujoso apartamento en la séptima planta de un moderno edificio que daba al espectacular estanque y a los preciosos jardines del parque del Retiro.

Si se asomaba uno a la ventana y miraba hacia el su-
doeste, podía ver la única estatua pública dedicada al
demonio (o, si se prefería, al «Ángel caído») que exis-
tía en Europa. Esculpida en 1880, la estatua conmemo-
raba el único lugar donde a las mujeres españolas del
siglo XVIII se les permitía (si no por ley sí por tradición)
defender su propio honor en duelo. Como es natural,
muy pocas mujeres habían ejercido ese derecho. Sólo
los hombres eran capaces de llevar su vanidad al extre-
mo de jugarse la vida por replicar a un insulto.

Serrano estaba sentado en un sofá mirando por la
ventana hacia el parque iluminado. Había llegado a
casa después de su trabajo en el Congreso, satisfecho
de que todo hubiese salido de acuerdo a lo planeado.
Luego se había dado un baño caliente y se había que-
dado ligeramente adormentado en la bañera. Al salir,
encendió la cocina para calentarse la cena que su asis-
tenta le había dejado preparada. Se tomó un coñac
mientras se calentaba el estofado. Encendería el televi-
sor para ver qué interpretación daban los distintos ca-
nales de la muerte de la «turista» norteamericana. Lue-

go, respondería a las llamadas que tuviese en el contestador, aunque la verdad era que, en aquellos momentos, no le apetecía hablar con nadie. Sólo quería saborear su triunfo.

«Será muy divertido ver las noticias», pensó.

Los expertos hablarían del impacto del atentado en el turismo, sin tener la menor idea de lo que en realidad se cocía (ni de lo que iba a ocurrir a lo largo de las siguientes semanas). Era asombroso la exigua capacidad de predicción que tenían los comentaristas políticos y económicos. Todo se reducía a una contraposición de pronósticos; uno opinaba esto, otro lo otro. Y no acertaba nadie.

Se hallaba cómodamente arrellanado entre los cojines, con los pies descalzos apoyados en la mesita auxiliar. Tras apurar el coñac, pensó en los acontecimientos del día.

Era un plan audaz. Ultranacionalistas vascos y catalanes unidos para hacerse con el control del resto del Estado. Los vascos aportarían armas, hombres y experiencia en la lucha terrorista. Los catalanes utilizarían su peso económico, captando adeptos bajo la amenaza de una catastrófica crisis económica.

De pronto, sonó el teléfono, casi al mismo tiempo que llamaban a la puerta. Mascullando un juramento, el diputado Serrano se puso las zapatillas y se levantó. Mientras se dirigía hacia el teléfono le gritó con aspereza a quienquiera que llamase a la puerta que aguardase un momento. Nadie podía subir a las plantas si antes no lo anunciaba el conserje. De modo que dedujo que, dada la hora, debía de ser algún vecino que quería pedirle algún pequeño favor. Cuando se terciaba, procuraba cultivar la buena vecindad.

El teléfono —un precioso aparato antiguo— estaba en una mesita del recibidor. Serrano se ciñó el cinturón del batín y cogió el auricular.

—¿Sí? —dijo.

Volvió a sonar el timbre, de modo más insistente ahora. Alguien lo llamaba por su nombre desde el exterior, pero no reconoció la voz.

Serrano no oía a quien lo llamaba por teléfono. De mal talante, cubrió el micrófono con la mano y gritó en dirección a la puerta:

—¡Un momento!

Retiró la mano del micrófono y preguntó:

—¿Qué desea?

—Oiga... —dijo el comunicante.

—¿Sí?

—Llamo de parte del señor Puig.

—¿Quién es? —preguntó Serrano estremecido.

—Soy Juan Oriol. ¿Es usted el diputado Serrano?

—No lo conozco a usted —dijo Serrano.

«¿Y quién será el de la puerta? ¿Qué puñeta pasa?»

—Soy... un pariente.

Serrano oyó que introducían una llave en la cerradura. No había echado el cerrojo. Se abrió la puerta y entró el conserje, seguido de dos agentes de policía de uniforme y un sargento.

—Lo siento, señor diputado —dijo el conserje mientras los policías se adentraban en el apartamento—. A ellos he tenido que dejarlos subir.

—¿Qué significa esto? —exclamó Serrano en tono airado.

Oyó que colgaban el teléfono al otro lado de la línea y, a continuación, la señal de marcar. Se quedó estupefacto con el teléfono en la mano, comprendiendo de pronto que algún grave fallo se había producido.

—¿El diputado Isidro Serrano? —preguntó el sargento.

—Sí...

—Tenga la bondad de acompañarnos.

—¿Por qué?

—Deberá contestarnos unas cuantas preguntas acerca del asesinato de una turista norteamericana.

Serrano apretó los labios y respiró audiblemente por la nariz. No quería decir nada, preguntar nada ni hacer nada, hasta poder hablar con su abogado. Y pensar. Quienes no pensaban, estaban condenados de antemano.

—Permítanme que me vista —dijo Serrano—. Y los acompañaré.

El sargento asintió y mandó a uno de sus hombres a que acompañase a Serrano hasta la puerta del cuarto de baño. No iba a dejar que se encerrase por dentro, pero el diputado tampoco hizo amago de intentarlo. Si daba rienda suelta a su temperamento se le descontrolaría como un potro. Era mejor encajar la humillación y permanecer tranquilo y sereno.

Cuando se hubo vestido, los agentes condujeron a Serrano hasta el sótano y salieron por la puerta del parking del edificio. Serrano dedujo que lo hacían para ahorrarle el bochorno de que los vecinos lo viesen salir detenido. Pero ni siquiera lo esposaron. Lo introdujeron en un coche camuflado de la policía y lo condujeron hasta una comisaría cercana al parque. Una vez allí, lo llevaron a un despacho interior sin más mobiliario que una mesa y cuatro sillas. En la pared no había más que un retrato del Rey. Del techo colgaba una lámpara de tres brazos. Le dijeron que podía hacer cuantas llamadas quisiera a través del teléfono que había en la mesa y que, dentro de unos momentos, vendría alguien a hablar con él. Luego, los agentes se retiraron y cerraron la puerta con llave. Serrano se sentó en una de las sillas.

Llamó a su abogado, Antonio, pero no lo encontró en casa. Probablemente, habría salido con alguno de sus ligues. No le dejó mensaje. No quería que, si llegaba a casa acompañado, la compañía pudiese oír el men-

saje y luego hablase más de la cuenta. Como no había visto periodistas frente a la comisaría, dedujo que la policía había procedido con suma discreción.

«A no ser que estuviesen frente a mi casa», pensó de pronto. Quizá ésa fuese la razón de que la policía hubiese optado por salir por la puerta del parking. Quizá eso implicase lo que le había dicho el conserje: «A ellos he tenido que dejarlos subir.» Normalmente, tanto el conserje de día como el de noche cumplían a rajatabla la orden de los vecinos de que no dejaran subir a nadie a las plantas sin ser anunciados. Y más de uno —porque en aquel edificio vivían varias personas conocidas— pedía a la compañía telefónica no figurar en los listines, para evitar llamadas de inoportunos.

Pero quien lo había llamado al apartamento tenía su teléfono. Serrano se preguntaba quién debía de ser y de qué había querido advertirlo. Nadie podía saber que él estaba implicado en el asesinato de la norteamericana. Sólo Esteban Puig lo sabía, y no se lo habría dicho a nadie.

Entonces se le ocurrió telefonear al contestador automático de su despacho y, también, que aquel teléfono podía estar pinchado, pero era un riesgo que tenía que correr. No tenía muchas alternativas.

Antes de darle tiempo a llamar se abrió la puerta y entraron dos hombres.

Pero no eran policías.

DIEZ

Martes, madrugada. Madrid

La International Crime Police Organization, popularmente conocida como Interpol, fue fundada en Viena en 1923. Se creó para actuar como un organismo de intercambio de información entre las distintas policías estatales.

Después de la segunda guerra mundial, la organización se amplió y se modificaron sus estatutos para centrarse en el contrabando, el narcotráfico, la falsificación de moneda y otros valores y los secuestros. En la actualidad, ciento setenta Estados proporcionaban información a la Interpol, que contaba con oficinas en casi todas las ciudades importantes del mundo. En Estados Unidos, la Interpol se coordinaba con la USNCB (Oficina Central Nacional de EE. UU.) que, a su vez, dependía de la secretaría ejecutiva del Ministerio de Hacienda.

Durante los años que estuvo en el FBI, Darrell McCaskey colaboró intensamente con docenas de agentes de la Interpol. Había trabajado codo con codo con dos de ellos en España: la extraordinaria María Cornejo, una loba solitaria experta en operaciones especiales, que había vivido siete meses en EE. UU. para estudiar los métodos del FBI junto a McCaskey; y Luis García, jefe de la oficina de la Interpol en Madrid.

Luis era andaluz, tenía treinta y siete años y era un

hombre espontáneo, efusivo y muy animoso. Dirigía una de las oficinas más eficaces y bien informadas de la Interpol de Europa. Su eficiencia y eficacia le habían atraído, por igual, la envidia y el respeto de la policía estatal.

Luis había pensado dirigirse al hotel nada más enterarse del atentado que había costado la vida a Martha Mackall, pero lo ocurrido en Donostia lo había retrasado. Llegó poco después de las once y media de la noche, mientras McCaskey y Aideen aún estaban terminando de cenar.

Darrell saludó a su viejo amigo con un prolongado abrazo.

—He sentido mucho lo ocurrido —dijo Luis.

—Gracias —respondió McCaskey.

—También siento llegar a estas horas —se excusó Luis soltando su abrazo—. Veo que se han adaptado a los horarios españoles.

—La verdad es que, hasta ahora, no hemos podido comer nada con un poco de tranquilidad. No crea: hemos tenido que llamar al servicio de habitaciones, porque aquí se cena tarde, pero no tanto. Lo que no sé es si podremos dormir, en plena digestión, con todo lo ocurrido.

—Ha sido terrible. No sabe cuánto lo he sentido —reiteró Luis.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó McCaskey—. ¿Vino?

—No, gracias. Nunca bebo cuando estoy de servicio —rehusó Luis—. Pero por mí no se priven —añadió mirando a Aideen sonriente—. ¿Es usted la señorita Marley, no?

—Sí —dijo Aideen, que se levantó de la silla y le tendió la mano.

Aunque Aideen estaba física y emocionalmente agotada, algo se reavivó en ella al notar el contacto de la

mano de Luis. Era un hombre atractivo, pero no era ésa la razón de la sensación que había sentido. La impresión que Luis le transmitió era la de ser una persona sin miedo a nada. Y esto siempre la había fascinado.

—Gracias a Dios, por lo menos usted ha salido ilesa —dijo Luis.

—Sí.

Luis se acercó una silla y se sentó con ellos a la mesa y se sirvió un vaso de agua. Luego, señaló hacia la ventana.

—La cosa se pone fea. Y no parece que la policía se vuelque en reprimir los disturbios que se han producido en varias ciudades. Españolistas contra nacionalistas. Un mal asunto. El yate de Donostia lo han volado con plástico C-cuatro.

—Sí, lo hemos sabido por Bob Herbert —dijo McCaskey.

—Uno de los muertos, Esteban Puig —prosiguió Luis García— actuaba años atrás como correo de la CIA. Utilizaba los yates de su naviera para el contrabando de armas. Es probable que ahora se diga que han sido agentes norteamericanos quienes lo han quitado de en medio.

—¿Y cree usted que la CIA ha podido tener algo que ver con el atentado, Luis? —preguntó Aideen.

—No. No habría actuado de un modo tan expeditivo y aparatoso. Tampoco habrían replicado de inmediato al asesinato de su colega. Sin embargo, de lo que no cabe duda es de que en los círculos políticos se barajará esta posibilidad. Si tales hipótesis trascienden a la opinión pública española, los españoles reaccionarán contra los norteamericanos.

—Según Bob Herbert, con quien he hablado antes —explicó McCaskey—, la CIA está tan sorprendida por el atentado del yate como todos. Y Bob es muy ducho en el doble lenguaje de los organismos del Estado. Sabe cuándo le mienten.

—Yo también soy de la opinión de que lo más probable es que la CIA no haya tenido nada que ver —dijo Luis—. De modo que verán cuál es mi hipótesis: asesinan a una diplomática norteamericana. Esto equivale a un mensaje a su gobierno, para que se abstenga de interferir en los asuntos internos de España. Luego, los asesinos de Martha son, a su vez, asesinados. La grabación de la cinta lleva a la opinión pública el convencimiento de que los miembros de la facción de Puig asesinados y su cómplice vasco, el diputado Serrano, son unos canallas. Y se enardecen los ánimos del resto de los españoles contra catalanes y vascos.

—¿Con qué objeto? —preguntó McCaskey—. ¿A quién beneficiaría un conflicto interno? Lo único que se consigue en tales conflictos es un sufrimiento generalizado y destrozar la economía.

—Cierto —admitió Luis—. Pero siempre puede haber grupos interesados en pescar en río revuelto. Tras un conflicto, el poder económico podría desplazarse a regiones que ahora se consideran perjudicadas.

—¿Y qué ganarían vascos y catalanes uniendo sus fuerzas? —preguntó Aileen.

—Los catalanes controlan buena parte de la economía española —dijo Luis—, y en Euskadi existe una nutrida minoría con mucha experiencia en el terrorismo. Son factores complementarios, cuando uno se propone paralizar una nación y hacerse con el poder.

—O sea: atacar la estructura económica y luego presentarse como salvadores de la misma —dijo, por su lado, McCaskey.

—Exacto. Aunque carecemos de suficiente información, la que tenemos apunta a que por ahí van los tiros —confirmó Luis.

—¿Y cómo han obtenido esa información? —preguntó McCaskey.

—Nuestra fuente fue durante muchos años tripulan-

te del yate de Puig —añadió Luis—. Un buen hombre. De confianza. Ha resultado muerto en el atentado. Nos venía informando de frecuentes reuniones entre Puig y destacados empresarios. En los últimos seis meses ha habido reuniones casi cada semana.

—¿Y no cabe la posibilidad de que su fuente haya vendido esa información a otras personas? —dijo McCaskey.

—Posible sí lo es, claro está —contestó Luis—. Es obvio que otras personas estaban al corriente de lo que el grupo de Puig planeaba, y se han adelantado para impedirlo. El problema está en saber quién ha sido. Por lo pronto, quienquiera que sea, sabía que su compañera iba a ser asesinada.

—¿Cómo puede usted saber eso? —preguntó McCaskey.

—Porque los micrófonos ocultos y la bomba los colocaron en el yate antes del asesinato —explicó Luis—. Consiguieron la cinta con la confesión, llegó el tipo que asesinó a Martha y volaron el yate.

—Muy profesional —dijo McCaskey.

—Sí. Ha sido todo muy profesional —convino Luis—. No cabe duda de que ha estado todo muy bien organizado. Unos se han encargado de volar el yate en Donostia; otros han hecho llegar la cinta a la emisora. Pero han tenido que dejar alguna pista. Esta misma noche vamos a enviar a una de nuestras agentes en helicóptero. Dentro de dos horas.

—Me gustaría ir con ella —dijo Aideen, que dejó la servilleta encima de la mesa y se levantó.

—A mí me parece muy bien —contestó Luis mirando a McCaskey—. Es decir... si usted lo considera oportuno.

—¿Quién es la agente que envían? —preguntó Darrell.

—María Cornejo —respondió Luis.

McCaskey dejó el tenedor y el cuchillo en el plato.

Aideen notó un extraño desconcierto en aquel ex soldado, normalmente tan seguro de sí mismo.

—Ignoraba que María volviese a trabajar para usted —comentó McCaskey tocándose los labios con la servilleta.

—Regresó hace seis meses —dijo Luis—. La llamé —añadió encogiéndose de hombros—. La necesitaba aquí, porque es la mejor.

—Desde luego, es buena —admitió McCaskey algo abstraído.

—La mejor. Se lo aseguro.

McCaskey alzó la vista y miró a Aideen, que no podía imaginar lo que pasaba por su mente.

—Tendré que pedirle autorización a Paul —dijo Darrell—, aunque, no obstante, me inclino por tener nuestra propia fuente de información sobre el terreno. ¿Actuará María, oficialmente, como agente de la Interpol?

—Lo dejaremos a su elección —contestó Luis—. Quiero que se sienta libre para actuar.

McCaskey asintió con la cabeza y Aideen miró a Luis.

—¿Cómo iremos a Donostia? —preguntó ella.

—En helicóptero, desde el aeropuerto —dijo Luis—. Tendrán un coche de alquiler esperándolas. Telefonearé a María para decirle que usted irá con ella. Y luego la llevaré al aeropuerto.

—¿Sabe María que estoy aquí, Luis? —preguntó McCaskey.

—Me he tomado la libertad de informarle —contestó Luis dándole una palmadita en la mano a su amigo.

ONCE

Martes, 12.07. Donostia

Cuando Juan Oriol se alejó del yate de Puig con la lancha, aquel marinero de veintinueve años no tenía ni idea de que acababa de salvar la vida.

Aunque estaba a más de veinticinco metros del yate y la onda expansiva lo lanzó al agua, su pequeña lancha no volcó. En cuanto el efecto de la explosión se extinguió, el musculoso joven remó hacia los restos del yate.

Encontró a Esteban Puig —su jefe y el de su poderoso clan— boca arriba en el agua. Con visibles y graves quemaduras, su cuerpo flotaba a unos quince metros del yate. Asiéndose a un cabo, Juan saltó a la rizada agua y, nadando estilo braza hacia Puig con la mano libre y los pies, llegó hasta él y lo acercó a la lancha.

Puig aún respiraba.

—Señor Puig. Soy Juan Oriol. Voy a subirlo a la lancha y llevarlo a un...

—Escúcheme... —dijo Puig casi inaudiblemente, sujetándose al brazo de Juan con sorprendente fuerza—. Serrano... Adviértalo...

—¿Serrano? —exclamó Juan—. ¿Quién es Serrano? No lo conozco.

—Despacho... —musitó Puig jadeante—. Gafas...

—Por favor, señor Puig. No debe fatigarse...

—¡Tiene que llamarlo! ¡Llámelo! —chilló Puig. Como si el esfuerzo hubiese agotado las últimas fuerzas que le

quedaban, su cuerpo empezó a temblar incontroladamente—. Acaben con ellos... o acabarán ellos con nosotros.

—¿Quiénes?

De pronto, Juan oyó el ruido de un motor que procedía del otro lado del yate. Vio una luz. Un foco de rastreo. Era una embarcación que se acercaba.

Juan no sabía mucho acerca de los manejos de su jefe, pero le constaba que tenía poderosos enemigos. Aunque la embarcación no fuese de ninguno de ellos, no pensaba correr ese riesgo.

Antes de que Juan pudiese aupar a su jefe a la lancha, Puig abrió la boca y ya no volvió a cerrarla. Había muerto. Juan le cerró los ojos y optó por dejar el cuerpo en el agua. Quienquiera que hubiese perpetrado el atentado podía seguir en las inmediaciones. Incluso pudiera ser que fuese a bordo de la embarcación que se acercaba. A Juan no le pareció prudente que lo encontrasen allí. De modo que volvió a subir a la lancha, arrancó el motor y se alejó mar adentro. Luego paró el motor, y permaneció allí hasta que vio llegar la lancha de la policía; entonces enfiló hacia la orilla.

Al llegar al muelle, Juan fue hacia una cabina telefónica. Mojado y aterido de frío, llamó al jefe de seguridad de los Astilleros Puig y le pidió que enviasen un coche a recogerlo. Al llegar, Juan fue directamente al despacho del señor Puig y se sentó frente a su mesa.

Puig le había dicho algo de unas gafas. Juan encontró unas en el cajón de arriba, a la derecha. Las miró. Grabados en la cara interna de las patillas de la montura, como si de la referencia de fabricación se tratara, había cuatro números de teléfono y unas letras.

«Ingenioso», pensó Juan. No era fácil reparar en que en aquel par de gafas pudieran ocultarse datos en clave.

Juan llamó al número que tenía una S al final. Contestó Serrano... o quienquiera que fuese. Contestó in-

dignado, brusco. Parecía tener algún problema, a juzgar por el ruido de fondo que se oía. Y Juan optó por colgar para no dar tiempo a que localizasen la llamada.

Se quedó allí frente a la mesa, en el amplio despacho de la segunda planta del edificio de administración de los astilleros. Miró a través de los amplios ventanales. Esteban Puig se había portado bien con él a lo largo de muchos años. Se sentía obligado a ser leal con él.

Juan examinó las gafas y llamó a los otros números, que correspondían a los teléfonos de quienes estaban con Puig en el yate. No le costó averiguarlo, porque figuraban en la agenda de mesa que estaba junto a las gafas. No tenía nada de particular que estuviese tan a mano, porque era normal que Esteban Puig tratase con relevantes personalidades de la industria. Tampoco tuvo dificultad en asociar los apellidos a quienes se habían reunido con Puig aquella noche, porque los había transportado él con la lancha.

Algo muy grave se avecinaba, tal como el señor Puig le había advertido. Alguien se había encargado de eliminar a los más allegados colaboradores del jefe. Para Juan, era una simple cuestión de honor vengar aquellas muertes.

Entre el personal del turno de noche de los astilleros ya circulaba el rumor de la muerte de Esteban Puig. También se comentaba el contenido de la cinta que acababa de ser difundida por una emisora de radio, una cinta en la que, por lo visto, su jefe revelaba su implicación en el asesinato de la turista norteamericana.

Juan estaba demasiado furioso para dejarse abatir por el dolor. Fue a hablar con otros dos miembros del clan —dos operarios y un encargado de sección—. Juan Oriol decidió ir a la emisora de radio para averiguar si era cierto lo de la cinta y quién se la había entregado.

Quienquiera que fuese, lamentaría haberlo hecho.

DOCE

Lunes, 17.09. Washington, DC

Paul Hood no se sentía feliz. Era una sensación que últimamente lo embargaba muy a menudo y, casi siempre, por la misma razón.

Había telefoneado a su esposa para decirle que no podría cenar en casa aquella noche.

—Como de costumbre —le recordó Sharon, que le colgó el teléfono sin más que un cortante buenas noches.

Hood trataba de no reprocharle a su esposa su enfado. ¿Cómo iba a reprochárselo? Sharon ignoraba que habían asesinado a Martha. A Hood no le estaba permitido hablar de nada relacionado con el Centro de Operaciones con nadie, salvo a través de una línea de seguridad. En el fondo, que faltase tantas veces a cenar, contrariaba más a Sharon por sus hijos que por ella misma.

Sharon le había dicho que, aunque estuviesen en el período de vacaciones de primavera, Alexander, su hijo de once años, había madrugado para instalarse solo su nuevo escáner. Ardía de impaciencia por mostrarle a su padre las imágenes digitales que había hecho.

La mayoría de las noches, cuando Hood llegaba a casa, Alexander tenía demasiado sueño para encender el ordenador y mostrarle sus progresos. Por su parte, Harleigh, que tenía ya trece años, practicaba con el

violín durante una hora después de cenar. Sharon le había dicho a Paul que, desde hacía unos días, concretamente desde que Harleigh había aprendido una pieza de Chaikovski, la casa se había convertido al anochecer en un lugar mágico. Y añadía que lo habría sido aún más si, por lo menos de vez en cuando, Paul llegase a casa antes de que se acostasen.

Hood tenía complejo de culpabilidad. Los responsables eran Sharon y la avenida Madison. *Primero la familia*, el insistente *mantra* de los años noventa. Pero también la avenida Pennsylvania lo hacía sentirse culpable. Tenía deberes que cumplir, respecto del presidente y de su país; respecto de las personas cuya vida y bienestar dependían de su dedicación y de su criterio.

Paul y Sharon ya sabían a qué atenerse cuando él aceptó el cargo. ¿Acaso no fue ella la primera que quiso que dejase la política? ¿No era ella la que se quejaba de continuo de que ser alcalde de Los Ángeles los privase de la intimidad, incluso cuando estaban juntos? Pero lo cierto era que, hiciese lo que hiciese, Hood no era como un director de instituto, con vacaciones durante todo el verano, como el padre de Sharon. Tampoco se dedicaba ya a la banca, con un horario de 8.30 a 17.30, sin más que esporádicas cenas con algún cliente; ni era multimillonario de la industria vitivinícola, como Stefano Renaldo, con quien Sharon se había dedicado a recorrer el mundo en yate particular antes de casarse con Hood.

Paul Hood era un hombre que disfrutaba con su trabajo y con la responsabilidad que entrañaba. Y también con las satisfacciones que le proporcionaba. Cada mañana se despertaba entre el silencio que aún imperaba en la casa, bajaba a prepararse el café e iba a tomárselo al despacho. Miraba en derredor y pensaba: todo esto se debe a mi esfuerzo.

Todos se beneficiaban de su trabajo. No hubiese ha-

bido ordenador ni clases de violín, ni una bonita casa, de no trabajar él tanto como trabajaba. Sharon habría tenido que buscar un empleo fijo, en lugar de limitarse a esporádicas apariciones en la televisión por cable en programas sobre alimentación. Sharon no tenía por qué darle las gracias, pero ¿qué podía reprocharle? No iba a pedirle que diese saltos de alegría por sus ausencias, pero podía hacerle las cosas más fáciles.

Hood seguía con el teléfono en la mano. Lo miraba. En sólo unos momentos había sopesado todos los pros y los contras. Dejó el teléfono y se recostó en el respaldo de la silla con cara de circunstancias.

Su insatisfacción no era realmente nueva. Tampoco lo era la amargura que se apoderó de él. Todo sería muy distinto si Sharon lo apoyase en lugar de hacerle reproches. Eso no serviría para que llegase antes a casa, porque no podía. Pero le habría hecho sentir que, cuando terminaba el trabajo, regresaba a un verdadero hogar y no a un seminario sobre «¿Qué le ocurre a Paul Hood?».

Volvió a pensar en Nancy Bosworth. No hacía mucho, en Alemania, descubrió que la vieja llama se reavivaba. No importaba que hubiese sido ella quien lo dejó años atrás. No importaba que hubiese sido ella quien le destrozó el corazón. Al verla, se sintió atraído hacia ella, porque había sido una mujer que lo quiso, sin más, sin críticas. Sólo le decía cosas amables y halagadoras.

«Claro que... —se decía Paul, inducido por su conciencia a ponerse de parte de Sharon—, Nancy puede permitirse ser generosa. No tiene que vivir contigo, criar a dos hijos y lamentarse de que su padre no esté en casa con ellos.»

Pero eso no modificaba el hecho de haber deseado abrazar a Nancy Jo Bosworth y de sentirse abrazado por ella; de haber ansiado estar con ella, porque Nancy

lo quería por sí mismo, no como recompensa por ser un padre omnipresente. Eso nada tenía que ver con el amor.

También pensó en Ann Farris. A la atractiva y sensual jefa de prensa le gustaba. Se preocupaba por él. Lo hacía sentirse bien consigo mismo. Y ella le gustaba. A menudo había tenido que dominarse para no arrimarse a Ann y acariciarle el pelo. Pero era consciente de que, si alguna vez trasponía esa línea, aunque sólo fuese ligeramente, no habría vuelta atrás. Se sabría en su trabajo. Se sabría en Washington. Y Sharon terminaría por enterarse.

«Pues bien —se decía Paul Hood—. ¿Qué hay de malo en terminar con un matrimonio que no funciona como tú querías?»

Las palabras resonaban en su cabeza como un diagnóstico médico que no quisiera oír. Se maldecía por el solo hecho de pensar en el divorcio. Porque pese a todo quería a Sharon, que, al fin y al cabo, decidió compartir su vida con él, no con Stefano. Se había comprometido a vivir con él, no alrededor de él. Y había ciertas cosas respecto de las que las mujeres se mostraban más posesivas que los hombres. Los hijos, por ejemplo. Eso no significaba que ella obrase bien y él mal. Simplemente, los hacía diferentes. Y las diferencias podían allanarse.

En el fondo, no se trataba sólo de que fuesen diferentes, sino de que eran *muy distintos*. Ella era soñadora y él pragmático. Sharon lo juzgaba de acuerdo a un rasero que tenía más que ver con un romántico voluntarismo que con la realidad.

Pero había llegado el momento de dejar a un lado tales preocupaciones, porque había que afrontar una acuciante realidad. Además, precisamente por el hecho de ser una familia, su esposa y sus hijos sabrían excusar las limitaciones que le imponía su trabajo.

Por lo menos, así debía de ser de acuerdo al guión: «El mundo según Paul Hood.»

Mike Rodgers, Bob Herbert y Ron Plummer llegaron a las 17.15 para comentar los últimos acontecimientos. Hood estaba esperándolos, con la mente clara y bastante concentrado. Plummer sustituiría a Martha hasta que nombrasen a quien fuese a sustituirla en el cargo de jefa de relaciones diplomáticas. Pero el nombramiento no se produciría hasta que la actual crisis hubiese pasado. Si Plummer daba la talla, a poco que se esforzase, el nombramiento recaería en él con casi toda seguridad.

—Malas noticias —dijo Herbert—. La Casa Blanca se ha puesto en contacto con nuestro embajador en Madrid. Le han aconsejado que refuerce las medidas de seguridad en la legación.

Hood asintió con la cabeza. El jefe de Seguridad Nacional, Steve Burkow, lo había telefoneado hacía media hora para decirle que la embajada de Madrid se hallaba en estado de alerta. Además, se temían ataques a los ciudadanos norteamericanos que se encontrasen en el país.

—Darrell y Aideen deberán extremar las precauciones —dijo Paul—. Darrell ha recomendado enviar a Aideen a Donostia con una agente de la Interpol. Y lo he aprobado. Irán en misión secreta, para tratar de averiguar cómo se ha conseguido la grabación en el yate, quién la ha hecho y por qué.

—¿Quién es la agente de la Interpol? —preguntó Herbert.

—María Cornejo —respondió Paul.

—Un poco embarazoso, ¿no? —dijo Herbert.

Hood asintió para sí, pensando en lo embarazoso que fue para él volver a encontrarse en Alemania con un viejo amor.

—Apenas tendrán contacto. Darrell es perfectamen-

te capaz de prescindir de lo personal —añadió Paul.
—Sí, pero ¿y ella? —dijo Herbert.

María había estado muy enamorada de McCaskey. Su romance, hacía dos años, dio lugar a tantos comentarios como la primera crisis que tuvo que afrontar el Centro de Operaciones, encargado de encontrar y desactivar una bomba que un grupo terrorista colocó en la lanzadera espacial Atlantis.

—Es una cuestión que no me preocupa —comentó Paul—. Lo que sí me preocupa es proporcionarle a Ai-deen una segura vía de retirada, caso de que las cosas se tuerzan. Esta noche se trasladarán en helicóptero a Donostia.

—¿Y quién va a velar por su seguridad, si van en misión secreta? —preguntó Rodgers.

—Me temo que tengan que protegerse solas... —dijo Paul.

—Podríamos enviar al comando Striker —propuso Rodgers—. Puede aterrizar en la base de Zaragoza, que está a unos doscientos sesenta kilómetros de Donostia. El coronel August conoce bien la región.

—Buena idea —exclamó Paul—. Usted, Ron, tendrá que exponerle todo esto a la Comisión Supervisora de Inteligencia del Congreso. Avise a Lowell y trabajen juntos en ello.

—Sí, señor —dijo Plummer.

Martha Mackall había tratado siempre personalmente con la Comisión Supervisora de Inteligencia del Congreso. Pero el asesor jurídico del Centro de Operaciones, Lowell Coffey, sabía cómo tratar con los miembros de la comisión, y le sería de gran ayuda a Plummer.

—¿Algo más? —preguntó Hood.

Todos negaron con la cabeza. Hood les dio las gracias y acordaron volver a reunirse a las 18.30, poco antes de que empezase el turno de noche.

Aunque el turno de día seguía, oficialmente, al cargo de todo mientras permaneciese en las dependencias del CO, la presencia de su relevo les permitiría descansar, si el caso se agravaba a lo largo de la noche. Pero hasta que la situación no se estabilizase, o no se complicase de tal modo que desbordase sus competencias para pasar directamente a la Casa Blanca, Hood consideraba su deber permanecer allí.

«Mi deber», se dijo. Cada uno tenía una idea distinta de lo que era el deber y de a quién debía lealtad. Para Hood, la cuestión se resumía en que se debía a su país. Lo había sentido así desde la primera vez que vio a Davy Crockett morir en el Álamo en una serie televisiva de Walt Disney. Y había sentido lo mismo cuando, sentado frente al televisor, vio a los astronautas volar hacia el espacio durante los proyectos Mercury, Géminis y Apolo. Sin esa clase de devoción y de sacrificio no había nación. Y sin una nación segura y próspera, sus hijos no tendrían futuro.

La cuestión no estaba en convencer a Sharon de ello, porque Sharon era una mujer inteligente. La cuestión estaba en convencerla de que su sacrificio merecía la pena.

No podía dejar el CO en aquellos momentos. Y muy a su pesar, cogió el teléfono y llamó a su casa.

TRECE

Martes, 0.24. Madrid

Los ojillos de Isidro Serrano se «convirtieron» en un par de piedras al ver entrar a aquellos dos hombres de uniforme.

El diputado estaba inquieto y receloso. No estaba seguro de por qué lo habían llevado a la comisaría, y no tenía ni idea de qué podría ocurrirle.

¿Lo habrían relacionado de alguna manera con el asesinato de Martha Mackall? Los únicos que conocían su implicación eran Esteban Puig y su camarilla. Y si ellos lo traicionaban, él los delataría de inmediato. No tenía sentido.

Serrano no conocía a aquellos hombres, pero al acercársele más, reconoció en las mangas de los uniformes marrón oscuro las estrellas de oficiales del ejército, un general y un teniente general.

El teniente general se detuvo a pocos pasos de él. El general se acercó más. Serrano pudo leer entonces las letras blancas de la plaquita que el oficial llevaba prendida del bolsillo de la guerrera: Amadori.

El general, que llevaba guantes blancos, alzó la mano derecha y, sin ladear el cuerpo, dirigió un enérgico ademán hacia el teniente general, que se acercó y dejó una grabadora en la mesa. Luego, dio media vuelta, salió de la estancia y cerró la puerta.

Serrano miró a Amadori. La expresión del general era impenetrable.

—¿Estoy detenido? —preguntó Serrano en tono pausado.

—No, no está usted detenido —respondió Amadori con sequedad.

—¿Qué ocurre entonces? —volvió a preguntar Serrano con cierto alivio—. ¿Qué hace un alto oficial del ejército en una comisaría de policía? ¿Y... qué es *eso*? —añadió señalando desdeñosamente a la grabadora.

—Algo que quiero que escuche.

—¿Qué?

—Una grabación difundida por una emisora de radio hace unas horas —contestó Amadori acercándose a la mesa—. Cuando termine, podrá elegir entre marcharse o utilizar esto —añadió desenfundando una de las pistolas que llevaba en sendas pistoleras.

El general le lanzó la Parabellum 9 mm a Serrano, que la atrapó al vuelo. El diputado notó, por el peso, que la pistola no llevaba el cargador y la dejó en la mesa.

—¿Utilizar esto? —exclamó Serrano con un escalofrío—. ¿Se ha vuelto loco?

—Escuche la cinta. Y cuando la haya escuchado, tenga en cuenta que los hombres que va a oír hablar han pasado a mejor vida, igual que la diplomática norteamericana. Por lo visto, es usted un hombre a quien resulta peligroso conocer —añadió Amadori, que se le acercó sonriente—. Y tampoco olvide esto: su pretensión de hacerse con el poder ha fracasado. La mía, no.

—¿La de usted? ¿En nombre de qué?

—De los verdaderos patriotas.

—¿Y cuál cree usted que ha sido mi papel con la camarilla de Puig? Alguien tenía que tender puentes... —explicó Serrano con falaz ambigüedad—. No tendría inconveniente en unirme a ustedes.

—No hay lugar para usted —le hizo saber Amadori con frialdad.

—Ha de haberlo. Soy poderoso. Tengo contactos...

—¿Poderoso? Lo era —dijo el general irguiéndose.

Con la frente empapada de sudor, Serrano dirigió la mirada hacia la grabadora, alargó la mano y pulsó la tecla para escuchar la cinta.

«¿Y el chófer de Madrid? —oyó que decía una voz que le pareció la de Carlos Sala, presidente del Banco Moderno—. ¿También él va a salir de España?»

«No. El chófer trabaja para el diputado Serrano.»

Era la voz de Esteban Puig, el muy cabrito. Serrano escuchó la cinta durante unos momentos más, mientras las voces se referían a un coche y a que el diputado era vasco, un vasco *ambicioso*, dispuesto a hacer cualquier cosa por la causa y por sí mismo.

Serrano detuvo la cinta.

—Bah... es un montaje para difamarme. Hoy en día, mezclar voces y conversaciones, sacadas fuera de contexto, para hacer que parezcan otra cosa es un juego de niños.

—No es un montaje. Su chófer ya ha confesado, a cambio de inmunidad, de no ser procesado.

—Pues mi chófer miente. Han debido de comprarlo. No sé cómo, pero lo demostraré.

—No, amigo mío, no. No va usted a demostrar nada.

—¡Es usted un cerdo! —clamó de pronto Serrano sin poder contenerse—. Me trae aquí en plena noche y me obliga a escuchar una cinta que, obviamente, es un montaje. No va a salirse usted con la suya.

—Ya me he salido con la mía —replicó el general, que dio un paso atrás, desenfundó su pistola y apuntó a la cabeza de Serrano.

—¡Pero...! ¿Qué hace? —balbució Serrano estremeído.

—Me ha quitado usted la Parabellum. Me ha amenazado.

—*¡Cómo!* —exclamó Serrano mirando el cañón del arma que lo apuntaba.

Y entonces comprendió por qué lo habían llevado allí.

Lo que Serrano pretextaba no era inverosímil. El clan de Puig podía haber organizado aquel montaje para incriminarlo; sobornar a su chófer para que testificase en su contra. De tener oportunidad de defenderse, podía convencer a los jueces, y a la opinión pública, de que no había tenido nada que ver en la muerte de la turista norteamericana. Con la ayuda de un abogado inteligente, podía salir con bien, entre otras cosas porque Puig y su camarilla habían muerto y no podían defenderse.

Pero eso no entraba en los planes de Amadori. Quería que Serrano fuese lo que realmente era: un vasco que se había aliado con una facción de fanáticos separatistas para derribar al gobierno.

—Un momento... por favor —imploró Serrano, cuyos aterrorizados ojos se posaron en la Parabellum de la mesa.

Había tocado la pistola. Era lo que el general necesitaba: sus huellas en aquella arma.

El general apretó el gatillo. La ladeada cabeza del diputado Serrano se dobló hacia atrás al penetrarle el proyectil por la sien. Estaba muerto antes de que su cerebro pudiera procesar el dolor, antes de que el ruido del disparo llegase a sus oídos.

La fuerza del impacto hizo caer a Serrano al suelo. Quedó tendido boca arriba. Casi antes de que el ruido del disparo se extinguiese, Amadori cogió la pistola de encima de la mesa, le introdujo un cargador completo y la dejó junto al cuerpo de Serrano. Siguió allí de pie unos momentos, observando cómo se formaba un charco de sangre bajo la cabeza del diputado.

Al cabo de unos momentos, varios asistentes del general y algunos agentes de policía irrumpieron en la pequeña estancia. Un fornido inspector se acercó a Amadori.

—¿Qué ha ocurrido, general? —preguntó el inspector. Amadori enfundó su pistola.

—El diputado me ha arrebatado esa pistola —dijo tranquilamente señalando al arma que estaba junto al cadáver de Serrano—. He temido que tratase de coger rehenes o de escapar.

—Pese a ello, general... habrá que abrir una investigación. Tendremos que citarlo de forma oficial para tomarle declaración.

—Pueden hacerlo cuando lo deseen, inspector. Estaré aquí en Madrid, en mi cuartel.

El inspector se volvió entonces a los agentes que lo acompañaban y se dirigió al sargento Blanco.

—Llame a jefatura e informe al jefe superior de lo ocurrido. Dígale que aguardo instrucciones. Ellos se encargarán del comunicado a la prensa. Usted, sargento Sebares, avise al forense, que vengán a retirar el cuerpo.

Los suboficiales saludaron al inspector y al general y se retiraron. Amadori dio media vuelta y salió tras ellos, seguido del teniente general y de las miradas de unos hombres que estaba claro que lo temían, tanto si creían en su versión como si no; unos hombres que tenían el presentimiento de haber presenciado una ejecución. El recuerdo de la intentona golpista que tuvo lugar en los años ochenta los estremeció.

CATORCE

Martes, 2.00. Madrid

María Cornejo estaba ya aguardando junto a una pista secundaria del aeropuerto de Barajas cuando Aideen, Luis García y Darrell McCaskey llegaron en un coche camuflado de la Interpol. El helicóptero que los trasladaría a Euskadi estaba ya en la pista, a unos doscientos metros de donde María se encontraba.

El tráfico aéreo era muy escaso. En el discurso que dirigiría al país dentro de seis horas, el presidente del gobierno anunciaría que los vuelos desde la capital, y con destino a la misma, iban a reducirse en un 65 % para asegurar la seguridad de los aviones que salieran del aeropuerto. Pero los gobiernos extranjeros ya habían sido informados poco antes de la medianoche, y la mayoría de los vuelos estaban siendo cancelados o desviados.

Aideen había regresado a la habitación de su hotel para recoger su ropa y la parafernalia turística (una cámara fotográfica y un *walkman*, que podía utilizar en su trabajo de vigilancia sin llamar la atención). Luego, fue a la sede de la Interpol con Luis mientras McCaskey telefoneaba a Paul Hood.

Luis volvió a examinar los mapas de la región e informó a Aideen sobre el carácter de la gente del norte, además de facilitarle las noticias de última hora. Luego, regresaron al hotel y recogieron a McCaskey (que ha-

bía obtenido la autorización de Paul para que Aideen participara en la misión) y fueron en coche al aeropuerto.

Aideen se preguntaba cómo iba a funcionar su colaboración con María. Se había hablado muy poco de ella, salvo unas breves pinceladas en el hotel. Ignoraba si la aceptaría de buen grado o si el hecho de ser norteamericana y mujer sería una ventaja o un inconveniente.

María estaba sentada en su bicicleta de diez velocidades fumando. Tiró el cigarrillo al asfalto, saltó del sillín y abatió el soporte de la bicicleta. Se acercó con airoso paso atlético. Nadie habría adivinado que tenía treinta y ocho años. No pasaba del metro setenta pero parecía más alta por el modo de alzar el mentón. Su larga melena castaña le llegaba por los hombros. Unos mechones ondeaban al viento. Llevaba una chaqueta vaquera, con los dos botones superiores desabrochados, que dejaba ver un jersey verde de lana y unos tejanos con los bajos remetidos en unas camperas. Sus azules ojos se dirigieron fugazmente hacia Luis y Aideen y se posaron en McCaskey.

—Buenas noches —le dijo con aspereza.

Era difícil saber si se trataba de un saludo de acogida o de una despedida, se dijo Aideen. Parecía evidente que tampoco McCaskey lo veía claro, pues no correspondió al saludo. Luis no había querido que los acompañase al aeropuerto, pero él insistió aduciendo que tenía la obligación de despedir a Aideen.

Observaron a María al acercarse. No parpadeó, ni su mirada se dulcificó. Luis posó la mano en el brazo de Aideen y se acercó a María con ella.

—Le presento a Aideen Marley, María. Pertenece al Centro de Operaciones. Iba con Martha al producirse el atentado.

Los profundos ojos de María se fijaron sólo un mo-

mento en Aideen. Pasó junto a ella y fue a detenerse frente a Darrell.

—Aideen te acompañará a Donostia, María —dijo Luis.

María asintió con la cabeza pero sin apartar los ojos de Darrell McCaskey.

—Hola, María —la saludó McCaskey.

María arqueó las cejas y frunció sus sensuales labios.

—Recé para no volver a verte —dijo ella con voz grave.

—Pues está visto que no rezaste bastante —replicó McCaskey endureciendo su expresión.

—Puede que no. Pasaba demasiado tiempo llorando.

McCaskey guardó silencio. Los ojos de María lo recorrieron, como si buscara en él al hombre que una vez amó. Quizá recuerdos para mitigar su rencor o para re-avivarlo.

Al cabo de un momento, María dio media vuelta, fue hasta su bicicleta y cogió la bolsa de la cesta que llevaba detrás del sillín.

—Guárdeme esto, Luis —dijo María señalando a la bicicleta—. Disculpe mi mala educación, señorita Marley —añadió tendiéndole la mano a Aideen—. Soy María Cornejo.

—Llámeme Aideen, por favor.

—Pues encantada de conocerla... Aideen —añadió María, que miró luego a Luis—. ¿Tiene más instrucciones para mí?

—No. Ya conoce usted las claves. Si surge alguna novedad, la llamaré a su teléfono móvil.

—Pues ya podemos marcharnos —dijo María dirigiéndose a Aideen y esforzándose por no volver a mirar a McCaskey.

Aideen se echó la mochila al hombro y ambas fueron hacia el helicóptero.

—¡Buena suerte a las dos! —les deseó McCaskey.

Sin embargo, sólo Aideenladeó la cabeza para darle las gracias.

El piloto del helicóptero Kawasaki puso el motor en marcha al verlas acercarse. Aunque no habrían podido oír nada debido al estruendo del rotor, a Aideen se le hizo embarazoso caminar en silencio junto a María. Además, tenía sentimientos encontrados. Como compañera de McCaskey, le hubiese gustado decir algo en su favor, pero como mujer, se dijo que, probablemente, ella se hubiese mostrado tan desdeñosa con él como María y, para sus adentros, despotricó contra todos los hombres. Contra su padre por haber sido un alcohólico impenitente. Contra los narcotraficantes que destrozaban vidas y familias enteras y dejaban viudas y huérfanos. Contra el tipo que se comportó con ella como un caballero... el tiempo justo para llevársela a la cama.

Apenas un minuto después de embarcar, el helicóptero se elevó. Aideen y María se sentaron juntas en el asiento de atrás de la pequeña y ruidosa cabina del piloto. Pero el silencio no se rompió hasta que Aideen, harta, se decidió a hacerlo.

—Tengo entendido que dejó usted la policía una temporada. ¿A qué se dedicó entonces?

—Pues... hice de todo. Lo más opuesto al trabajo policial. Dirigí un teatrillo en Barcelona. Incluso actué en algunas obras. Siempre me ha encantado actuar, y quizá por eso elegí la policía secreta.

María lo dijo con espontaneidad, sin afectación. Cualesquiera que fuesen los recuerdos que la asaltaron al ver de nuevo a Darrell, los había dejado en el aeropuerto.

—¿Era ésa su especialidad?

—Es una profesión que tiene mucho de teatral. Y por eso me gusta —contestó María dándole un golpecito a su bolsa—. Incluso las claves que utilizamos proceden

muchas veces de obras teatrales. Luis utiliza números que remiten a actos, escenas, cuadros y diálogos.

María le sonrió entonces por primera vez. Y con su sônrisa parecieron desvanecerse los últimos rastros de su enojo. Aideen correspondió sonriéndole a su vez.

—Ha tenido usted un día muy duro —dijo María—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy aturdida aún. La verdad es que sigo sin digerirlo.

—Conozco esa sensación. Pese a su inevitabilidad, la muerte no acaba de parecernos nunca real. ¿Conocía mucho a Martha?

—No. Sólo llegamos a trabajar juntas un par de meses. No era persona fácil de conocer.

—Cierto. Coincidí con ella en varias ocasiones cuando vivía en Washington. Era inteligente pero también muy envarada.

—Sí, así era Martha.

Mencionar su estancia en Estados Unidos pareció abatir de nuevo a María. Su sonrisa se evaporó. Su mirada se ensombreció.

—He sentido mucho lo ocurrido en Madrid —dijo María.

—Lo imagino.

—Darrell y yo tuvimos relaciones durante bastante tiempo —dijo María mirando al frente, como si no fuese Aideen quien hubiese propiciado el comentario—. Era el hombre más cariñoso que había conocido nunca. Se desvivía por mí. Llegamos a pensar en vivir juntos para siempre. Pero se empeñó en que yo dejase mi trabajo. Decía que era demasiado peligroso.

Aideen empezaba a sentirse violenta. Como bostonia, era poco dada a corresponder a las confidencias con otras confidencias.

—Quería que dejase de fumar... —prosiguió María—, porque me perjudicaba. Quería aficionarme al jazz y al

rugby, y a la comida italiana. Amaba todo lo suyo apasionadamente, incluyéndome a mí. Sin embargo, como no podía compartir conmigo todo lo que a él le gustaba, decidió que prefería estar solo. ¿Entiende?

—Sí.

—Que quede claro que no pretendo que se ponga de mi parte. Es su compañero. Pero he querido que supiese lo que hubo entre nosotros, porque ahora también es usted compañera mía. No he sabido que él estaba aquí hasta que me han informado de que usted iba a acompañarme. Para mí era muy violento tener que volver a verlo.

—Me hago cargo —dijo Aideen, que casi tuvo que gritarlo para que María la oyese debido al ruido del rotor.

—Luis me ha explicado que trabajó usted en la desarticulación de las organizaciones de narcotraficantes en México. Para eso hace falta mucho valor...

—Si quiere que le sea franca, me impulsaba más la indignación que el valor.

—Me parece que eso es sólo modestia.

—De verdad. Cuando yo era niña, tuve que ver cómo las drogas destrozaban mi barrio. La cocaína mató a uno de mis mejores amigos, y la heroína se llevó por delante a mi primo Sam, que era un brillante organista de nuestra iglesia. Murió en la calle como un perro. Así pues, en cuanto adquirí cierta experiencia, me propuse hacer algo más que lamentarlo.

—Yo sentía lo mismo respecto de la delincuencia. Mi padre era propietario de un cine en Madrid. Lo mataron en un atraco. No obstante, creo que, tanto en su caso como en el mío, los buenos deseos no habrían servido de nada sin una buena dosis de valor y de decisión. Y... de astucia. Innata o adquirida. Pero es imprescindible.

—Sí, estoy de acuerdo en que hay que tener también decisión y astucia. Y una cosa más: hay que aprender a

dominarse. Eso es lo que me permitía merodear por las calles camuflada, observar de manera objetiva y aprender. De lo contrario, nos pasaríamos la vida despotricando contra lo que vemos. Hay que fingir despreocupación cuando se habla con los camellos, memorizar los nombres y los cárteles que representan. En México, tenía que tratar con los Nubes, que vendían marihuana; con los Piratas, que vendían cocaína; con los Ángeles, que vendían crac; con los Jaguares, que vendían heroína. Y hay que saber distinguir entre el consumidor ocasional y los yonquis.

—Los yonquis son siempre solitarios, ¿no?

—Sí.

—Ya. Igual que en todas partes.

—Y los consumidores ocasionales suelen ir en grupo. Hay que aprender a reconocer a los traficantes y a los camellos. Hay que saber a quién seguir. Allí en México, camellos eran los que llevaban la camisa remangada, y entre los pliegues escondían el dinero. En los bolsillos llevaban la pistola o la navaja, o ambas cosas. Yo iba siempre muerta de miedo, María. Temía por mi vida y por lo que pudiera averiguar de la vida privada de los demás. De no haber sentido tal indignación acerca de mi antiguo barrio; de no habérseme hecho un nudo en el estómago, al pensar en las familias de los desdichados con que me topaba, nunca hubiese podido cumplir con mi trabajo.

María sonrió ahora abiertamente. Era una sonrisa generosa, llena de respeto y de la promesa de camaradería.

—El valor sin miedo es estupidez. Sigo pensando que tuvo usted mucho valor, y aún la admiro más. Creo que vamos a llevarnos muy bien. ¿Nos tuteamos?

—¡Claro! —exclamó Aideen risueña—. Y, por cierto, ¿qué plan vamos a seguir cuando lleguemos a Donostia? —preguntó, más que nada por cambiar de conver-

sación, ya que siempre le había resultado embarazoso hablar de sí misma.

—Lo primero que haremos es ir a la emisora de radio.

—¿Como turistas? —preguntó Aideen perpleja.

—No. Hemos de averiguar quién les ha hecho llegar la cinta. En cuanto lo sepamos, trataremos de localizarlo y de seguirlo... como turistas. Sabemos que los tipos del yate participaban en una conspiración. La cuestión estriba en saber si los han matado por rivalidades en el seno de la misma o porque alguien ha descubierto su conspiración, alguien que, hasta el momento, no ha dado señales de vida... sólo de muerte.

—O sea que... como en el chiste de los indios: no sabemos si son amigos o enemigos.

—Exacto —dijo María, justo en el momento en que el piloto conectaba el automático, volvía la cabeza hacia ella y se quitaba el casco.

—Acabo de recibir un mensaje del jefe, agente Cornejo —le gritó—. Me dice que le comunique que Isidro Serrano ha fallecido esta noche en una comisaría de policía de Madrid.

—¿Cómo ha sido?

—Ha tratado de arrebatarle el arma a un oficial, que ha reaccionado a tiempo y le ha pegado un tiro en la cabeza que lo ha dejado en el sitio.

—¿Un oficial? ¿Del ejército? —dijo María—. No era un caso de jurisdicción militar...

—Cierto —dijo el piloto—. El jefe está tratando de averiguar quién es ese oficial y qué hacía en la comisaría.

María le dio las gracias y el piloto volvió a poner el control manual.

—Esto huele mal, Aideen —dijo María muy seria—. Tengo el presentimiento de que lo que le ha ocurrido a Martha no ha sido más que el principio de una carnicería.

QUINCE

Martes, 2.55. Donostia

El clan de Puig era una organización mafiosa que, como todas las de su especie, se regía tanto por la lealtad que se fomentaba entre sus miembros como por el canallesco carácter de sus actividades; de los ataques a rivales y a todos aquellos que se interpusieran en su camino.

Juan Oriol se consideraba obligado a vengar el atentado que les había costado la vida a su jefe y a los más destacados miembros del clan. Nunca le había arredrado la violencia durante los años en que estuvo al servicio de Puig. Los actos de violencia cometidos contra competidores de la industria naval, sobre todo en sus primeros años, habían estado dirigidos contra embarcaciones o incluso contra los propios astilleros. De vez en cuando, algún obrero de los astilleros rivales sufría un accidente. No obstante, atentaban contra los propietarios o gerentes. Lo que había ocurrido aquella noche quebrantaba las reglas del juego, y exigía una represalia acorde.

Oriol se había criado en el seno de una humilde familia de Manresa y había trabajado para Puig durante doce años. Estaba decidido a ser el ejecutor de la venganza. Pero primero debía elegir cuidadosamente su objetivo. La emisora de radio era un buen lugar donde buscarlo.

Junto a tres compañeros de trabajo, Oriol se dirigió en coche hasta los estudios de la emisora, situados en una de las tres colinas que se elevan al norte de la Concha, a trescientos metros de altitud. Una estrecha carretera asfaltada conducía hasta la mitad de la ladera. Cerca de la cumbre había una lujosa urbanización de chalets con amplios jardines que daban a la bahía.

Allí debían de vivir algunos de los rivales de Puig, pensaba Oriol, que llevaba una mochila cuyo contenido había preparado en la fábrica. Nunca había subido hasta allí. La vista de la costa, espectacular y apacible, lo hizo sentirse incómodo. Aquellos jardines iluminados por la luna que se veían más allá de las verjas de los chalets representaban para él el mundo de la explotación. El paisaje que se contemplaba desde allí no era para él una hermosa vista sino un lugar de trabajo.

Una carretera más estrecha y sin asfaltar, transitada sólo por motoristas y ciclistas, enlazaba con la carretera asfaltada hasta la cumbre.

Tras la primera curva, vio el edificio que se alzaba en lo alto de la colina, rodeado de una alambrada, de más de dos metros de altura, también con alambre de espino en el borde.

Radio Bahía era una pequeña emisora de 10 kW. Su alcance sólo llegaba por el sur hasta Pamplona, y hasta Burdeos por el norte. Por lo general, Radio Bahía emitía música, noticias y boletines meteorológicos durante el día y programas de interés local por la noche. Los propietarios de la emisora eran confesados antiseparatistas vascos, y habían sido objeto de varios atentados. La antena, de cincuenta metros de altura, estaba instalada en la parte central del tejado y tenía en lo alto una intermitente luz roja.

El chófer del clan Puig, Martín, había apagado los faros al acercarse al recinto. Se detuvo a unos cien metros de la alambrada y los cuatro ocupantes del vehícu-

lo descendieron. Oriol sacó una bicicleta del maletero, se colgó la mochila al hombro y se roció la cara con agua de una botella, para simular sudor. Luego, enfiló decididamente hacia la verja. Sus tres compañeros acoplaron sendos silenciadores a sus pistolas y siguieron a Oriol a unos treinta metros.

Tal como Oriol esperaba, había vigilantes de seguridad en el interior del recinto. Eran tres e iban armados. La dirección de la emisora había decidido reforzar las medidas de seguridad, en previsión de que la difusión de la cinta con la conversación entre Puig y su camarilla provocase represalias.

Oriol y sus compañeros habían acordado eliminar, de manera silenciosa y simultánea, a los vigilantes que encontrasen.

Juan respiró hondo para tranquilizarse. No podía permitir que sus compañeros lo viesen temblar. Era una misión que se había impuesto llevar a cabo por su cuenta. No quería que los otros miembros del clan pensaran que no era un hombre de nervios templados. Se detuvo al avistar la verja.

Uno de los vigilantes lo había oído. Se acercó a paso vivo mientras los otros dos se rezagaban, para cubrirlo.

—¿Qué desea usted? —le preguntó el vigilante, un hombre alto, de pelo rizado.

Oriol se detuvo, fingiendo perplejidad.

—Es que... me gustaría saber dónde demonios estoy —pretextó Oriol.

—¿Adónde va? —volvió a preguntarle el vigilante.

—Al camping Iglesias.

—Pues me temo que le queda un buen trecho —dijo el vigilante en tono burlón.

—Creía que... —dijo Oriol con fingido desconcierto.

—Está nada menos que en el otro lado de la colina —le explicó el vigilante, señalando con el pulgar hacia la derecha—. Allí...

Se oyeron tres sordas detonaciones desde detrás de Oriol, al disparar sus tres compañeros sobre los vigilantes, que se desplomaron con sendos balazos en la frente.

A la vez que sus compañeros avanzaban, Oriol dejó la bicicleta apoyada en la verja y se desprendió de la mochila. El medio más sencillo para entrar en el recinto era llamar por el interfono y aguardar a que abriesen. Sin embargo, no quería hacerlo así. Había otros medios. Sacó una corta barra de hierro de la mochila y se encaramó por la alambrada. Al llegar a lo alto, dejó caer la barra al otro lado y ayudó a subir a su compañero Fernando que, a su vez, ayudó a Martín y éste a Sancho.

Cuando estuvieron los cuatro en el interior del recinto, se detuvieron un momento para asegurarse de que no los habían oído. Luego, se dirigieron hacia la puerta metálica de la entrada del edificio.

También los tres compañeros de Oriol llevaban barras de hierro. No tenían intención de matar a nadie más, pero no vacilarían en hacer lo que fuese necesario para cumplir con su misión.

La puerta del edificio estaba cerrada con llave; no obstante, entre Fernando y Sancho la forzaron con facilidad. Una vez dentro, tras un corto pasillo, llegaron al único estudio de la emisora. Allí había tres personas. Un joven estaba en el interior de una cabina insonorizada de paredes de cristal; mientras que un hombre y una mujer se hallaban sentados frente al panel de los controles. Tal como habían planeado, Martín buscó el panel de los interruptores de la luz. Lo encontró enseguida y apagó todas las luces. A continuación, arrancó de cuajo los cordones de los teléfonos que estaban a la vista. La emisora enmudeció antes de que el locutor tuviese tiempo de informar de lo que ocurría. Bajo el resplandor de dos fluorescentes de emergencia adosados

al techo, alimentados por un generador, Oriol y Sancho corrieron hacia los técnicos y les golpearon en la cabeza con las barras. La mujer gimió y su compañero empezó a chillar. Mientras Fernando lo cubría, Juan Oriol entró en la cabina y se dirigió tranquilamente hacia el locutor, un joven delgado y enclenque.

—Quiero saber quién le entregó la cinta que difundieron ayer —dijo Oriol.

El indignado joven echó la silla giratoria ligeramente hacia atrás.

—Sólo se lo preguntaré una vez más —lo apremió Oriol amenazándolo con la barra—. ¿Quién le dio la cinta?

—No sé quién era —respondió el joven—. No lo conozco.

Oriol golpeó al locutor con la barra en el antebrazo izquierdo. El locutor se sujetó el dolorido brazo y abrió desmesuradamente los ojos, temiéndose lo peor.

—¿Quién le dio la cinta? —insistió Oriol.

El joven impulsó la silla hacia atrás, hasta que el respaldo quedó frenado por la pared de la cabina. Oriol fue hacia él y le golpeó con la barra la mano con la que se sujetaba el antebrazo. Se oyó un espeluznante crujir de huesos. El joven no pudo dominarse y gritó de dolor.

—¡Adolfo!

—¿Quién?

—¡Adolfo Alcázar! Es un pescador.

El aterrorizado locutor, balbuciente, con la mano sangrando a causa del tremendo golpe, farfulló la dirección de Adolfo.

—Muchas gracias —le dijo Oriol en tono sarcástico antes de descargarle un nuevo golpe con la barra, con la fuerza justa para partirle la mandíbula.

Oriol miró a Martín y a Sancho, que golpearon a su vez a los dos técnicos. No tenían tiempo de buscar si

había allí teléfonos móviles, y no podían arriesgarse a que avisaran al tal Adolfo Alcázar.

Cinco minutos después, el improvisado comando del clan Puig regresó en el coche a Donostia.

DIECISÉIS

Lunes, 20.15. Washington, DC

Cuando Paul Hood llamó a su casa, ni Sharon ni sus hijos cogieron el teléfono. A la cuarta llamada, el contestador automático reprodujo un mensaje grabado por Harleigh el día anterior.

«Hola. Has llamado a la familia Hood. En estos momentos no estamos en casa, aunque no te vamos a pedir que dejes un mensaje pues, por si no lo sabías, no queremos hablar contigo.»

Hood suspiró exasperado. Estaba harto de repetirles a sus hijos que no grabasen en el contestador semejantes bobadas. Pero por lo visto, tendría que seguir insistiendo. Quizá tuviese razón Sharon, que le reprochaba no ser lo bastante estricto con ellos.

—Hola, chicos, soy yo —dijo Hood en tono de forzada jovialidad—. Me temo que voy a tener que quedarme en la oficina hasta bastante tarde. Espero que lo hayáis pasado bien en vuestro primer día de vacaciones de primavera. Supongo que habréis ido al cine o al paseo de las galerías. Tú, Sharon, ¿quieres hacer el favor de llamarme cuando llegues? Gracias. Os quiero a los tres. Adiós.

Hood se sintió aún más exasperado al colgar. Tenía la imperiosa necesidad de hablar con Sharon. Detestaba que se interpusiera aquel muro de silencio entre ambos. Confiaba en que las cosas mejorasen después de

una reposada conversación o, por lo menos, en concederle una tregua hasta que pudieran sentarse a hablar tranquilamente. Llamó al teléfono móvil de Sharon. Oyó la voz grabada en el contestador automático y decidió no dejar ningún mensaje.

Nada más colgar, sonó su teléfono privado. Al oír que era Sharon suspiró aliviado, como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

—Hola —dijo con una jovialidad que, en esta ocasión, era tan auténtica como espontánea. Se oía ruido de fondo, murmullo de voces cercanas y reverberantes anuncios a través de un sistema de megafonía—. ¿Estáis en las galerías?

—No, Paul —respondió Sharon—. Estamos en el aeropuerto.

Paul estaba recostado en el respaldo de su cómodo sillón de piel. Se irguió casi de un salto al oírlo. Sin embargo, siguió su hábito de «contar hasta cien» antes de reaccionar. Era una buena costumbre, adquirida a lo largo de su carrera política.

—He decidido llevarme a los niños a Connecticut —le explicó Sharon—. Como, de todas maneras, apenas ibas a poder verlos esta semana, he pensado ir y darles una alegría a mis padres, que hace mucho que insisten en que vayamos.

—Ah —dijo Paul—. ¿Y cuánto tiempo os vais a quedar?

Lo preguntó en tono amigable, aunque por dentro estaba sulfurado. Miraba la enmarcada fotografía familiar que tenía encima de la mesa de su despacho. Era una fotografía de hacía tres años, pero las sonrisas de aquellos cuatro rostros se le antojaron lejanas, antiguas, pertenecientes a unos tiempos muy remotos.

—La verdad es que no lo sé —respondió Sharon.

Ron Plummer y Bob Herbert acababan de entrar. Hood alzó un dedo y Herbert reparó en que su jefe es-

taba hablando a través de su línea privada. Asintió con la cabeza y él y Plummer dieron media vuelta. En la puerta se toparon con Ann Farris, y los tres aguardaron en el pasillo.

—Supongo que eso dependerá... —dijo Sharon.

Su esposa se interrumpió de pronto.

—¿De qué? —preguntó Hood—. ¿De mí? ¿De las ganas que tenga de que volváis? Pues ya sabes que la respuesta es que quiero que estéis aquí conmigo.

—Lo sé, aunque la verdad es que no entiendo por qué. No estás nunca en casa. Si vamos de vacaciones, nos dejas plantados el primer día.

—Eso sólo ha ocurrido una vez.

—¡Toma! ¡Porque no hemos tenido más vacaciones desde entonces! —replicó Sharon—. Lo que quería decirte es que voy a tener que elegir entre regresar a Washington, y dejar que mis hijos se lleven una desilusión tras otra, o... cortar por lo sano de una vez.

Paul no pudo contenerse. Le parecía injusto que Sharon le hiciese tantos reproches, porque, en definitiva, no hacía más que cumplir con su trabajo, con su deber.

—Puede que ése sea *tu* dilema —dijo Paul en tono crispado—. ¿Les has preguntado a ellos? ¿Te has molestado en pedirles su opinión? ¿O no te importa?

—¡Claro que me importa! Quieren que su padre esté con ellos. Y yo también. Pero si no podemos tenerle, quizá lo más conveniente es dejarlo correr, en lugar de estar porfiando continuamente.

Herbert se dio la vuelta mientras mantenía la vista fija en la puerta del despacho de Hood. Enarcó las cejas y frunció los labios. Hood comprendió que lo que habían ido a decirle era importante. Al darse Herbert de nuevo la vuelta, Hood deseó haber empezado todo desde el principio: el día, el año, toda su vida.

—No vayáis a Connecticut. Por favor. Haremos algo

juntos estos días, en cuanto encaucemos un poco los problemas que tenemos aquí.

—Ya suponía que me dirías algo así —replicó Sharon en tono tan seco como tajante—. Cuando decidas qué es lo que vamos a hacer estos días... *juntos*, ya sabes dónde estaremos. Te quiero... Y... te llamaré. ¿De acuerdo?

Sharon colgó sin darle opción a más. Hood aún miraba hacia la puerta, hacia sus subordinados, que seguían de espaldas. Siempre había considerado a Bob, a Mike y, sobre todo, a Darrell como de la familia. Y, ciertamente, en aquellos momentos eran su única familia. Sin embargo, no le bastaba.

Al oír que Hood dejaba el teléfono en el receptáculo, Bob se giró hacia él y se impulsó con la silla, seguido de los demás. El jefe de inteligencia del CO miró a Paul Hood con fijeza.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Herbert.

Fue como si hasta aquel instante Paul no hubiese caído en la cuenta. Su esposa acababa de marcharse de casa con sus hijos. Sintió el impulso de mandar a alguien al aeropuerto para impedirselo. No obstante, si hiciera eso, Sharon nunca le perdonaría que la obligara a quedarse utilizando un medio tan expeditivo. Además, probablemente tampoco él podría perdonárselo.

—Luego les contaré lo que pasa —respondió Paul—. ¿Qué noticias tienen?

—Se ha desatado una tormenta de mierda, como dicen en *mi* Filadelfia —contestó Herbert, que anteponía siempre un enfático *mi* para dejar claro que él no era de Pennsylvania sino de Mississippi—. Quería asegurarme de que aún quiere usted que Darrell y Aideen afronten esos... elementos.

—¿Podría atenderme a mí primero un minuto, Paul? Hood miró a Herbert.

—¿Puedo quedarme? —preguntó el jefe de inteligencia.

—Claro —dijo Ann.

—Adelante, Ann.

—Gracias.

Los ojos de Paul se fijaron brevemente en los estilizados dedos de Ann, que los reposaba en su bloc de notas. Las largas uñas pintadas de rojo resultaban muy femeninas.

Hood desvió la mirada. Estaba furioso con Sharon y se sentía atraído hacia Ann, que lo deseaba y que, probablemente, estaba enamorada de él. Detestaba pensar así, pero no podía evitarlo.

—Me acaban de llamar de la BBC —dijo Ann—. Han conseguido una cinta de vídeo filmada por un turista en el lugar del atentado de Madrid. Recoge el momento en que retiran el cuerpo de Martha...

—Siempre hay necrófagos —se lamentó Herbert.

—Periodistas —replicó Ann Farris—. Y nos guste o no, han conseguido algo que es noticia.

—Bueno... En tal caso, son necrófagos periodistas —apostilló Herbert.

—Vamos... Dejemos eso, Bob —lo reprendió Hood, que no estaba de humor para otra disputa familiar—. ¿Y cuál es la conclusión, Ann?

—Hay un primer plano de la cara de Martha —respondió Ann mientras consultaba sus notas—. Lo han procesado en su banco de datos y ha encontrado una fotografía de Martha, de cuando se entrevistó con el rival zulú de Nelson Mandela, el jefe Mangosuthu Buthelezi, en Johannesburgo, en 1994. Según Jimmy George, del *Post*, tendrá que publicar lo que sabe antes de que la BBC difunda mañana la noticia.

Hood se llevó las palmas de las manos a los párpados y se los frotó.

—¿Sabe alguien que Aideen estaba con Martha?

—Todavía no.

—¿Qué recomiendan ustedes? —preguntó Hood visiblemente abrumado.

—Mentir —se adelantó a decir Herbert.

—Si tratamos de enmascarar esto —replicó Ann con un dejo de irritación—, si decimos algo así como «era una mediadora diplomática, pero estaba allí de vacaciones», nadie nos creerá. Seguirán indagando. De modo que sugiero que digamos lisa y llanamente la verdad desnuda.

Era una postura valiente, pero el director del CO tenía que pensar, sobre todo, en que fuese eficaz.

—¿Totalmente.... *desnuda*? —preguntó Hood.

—Podemos decir que había ido a asesorar a unos diputados españoles. Que estaban preocupados por las recientes tensiones nacionalistas y que ella tenía experiencia en este campo. La pura verdad. Y listo.

—A la prensa no se le pueden decir las cosas así —dijo Herbert.

—No hay más remedio —replicó Ann, que parecía muy segura de que era eso lo más acertado.

—Si lo hace, deducirán que Martha no iba sola —dejó claro Herbert—. Y entonces los canallas que han asesinado a Martha tratarán de quitar de en medio también a Aileen.

—Creía que los asesinos estaban a estas horas en el fondo del mar —dijo Ann.

—Puede —admitió Hood—. Pero ¿y si Bob estuviese en lo cierto? ¿Y si no están todos en el fondo del mar?

—No sé —respondió Ann—. No obstante, si miento, Paul, las consecuencias podrían ser igualmente fatales. Además, la prensa tomaría buena nota, y podríamos pagarlo caro en adelante. No le quepa duda.

—¿Por qué? —preguntó Hood.

—La prensa averiguará que Martha estaba allí con una tal señorita Temblón, y seguirán la pista para ave-

riguar de quién se trata. No tardarán mucho en concluir que la tal señorita Temblón no existe. Y entonces se empeñarán en identificar a la misteriosa dama. No creo que les cueste mucho averiguar cómo llegó a España y dónde se encuentra en la actualidad. Y esta investigación podría conducir a los asesinos a localizar a Aideen.

—Es un buen argumento —reconoció Herbert.

Al jefe de inteligencia del CO no le dolían prendas cuando los demás hacían planteamientos sólidos.

—Gracias —dijo Ann—. No tenemos ninguna alternativa ideal, Paul. Sin embargo, si empiezo por reconocerles lo innegable, por lo menos podrán comprobar que no les hemos mentado. Reconoceré que con Martha iba otra persona y les diré que, por razones de seguridad, la persona que acompañaba a Martha ha salido de España discretamente. Se lo tragarán.

—¿Está segura? —preguntó Hood.

—La prensa no siempre lo publica todo —contestó Ann—. Les gusta la idea de participar de un secreto. Los hace sentirse importantes en las recepciones, parte de los entresijos del poder.

—Rectifico mi opinión de antes —dijo Herbert—. Los periodistas no son sólo necrófagos sino *rastreros necrófagos*.

—Hay etiquetas para todos y para todos los gustos —replicó Ann.

Herbert torció el gesto ante el comentario de Ann. Pero Hood pensó que, en el fondo, Ann no iba muy desencaminada. Hacía unos momentos él se había visto injustamente tratado. De hecho, le habían colgado el sambenito de padre despreocupado de sus hijos.

—Está bien —dijo Paul—. Adelante, Ann. Pero retén-galo cuanto pueda. No quiero que nadie averigüe el paradero de Darrell y Aideen. Dígale a la prensa que van a regresar aquí con una fuerte escolta.

—Así lo haré —prometió Ann—. ¿Y qué digo de la persona que habrá de sustituir a Martha? Es probable que me lo pregunten.

—Dígale que Ron Plummer se ha hecho cargo de su sección —respondió Hood sin vacilar.

Ron se lo agradeció con la mirada. Decirlo así, en una declaración oficial, sin aludir al obligado trámite posterior para elegir, formalmente, al sustituto de Martha, era un voto de confianza para Plummer. En cierto modo, podía considerar que el puesto ya se lo había ganado. Sólo de él dependía no perderlo.

Ann le dio las gracias a Hood y salió del despacho. El director del Centro de Operaciones se abstuvo de seguirla con la mirada, que dirigió hacia Herbert.

—Bien. ¿De qué va esa tormenta de mierda? —le preguntó.

—Pues que... unos y otros parecen empeñados en enardecer los ánimos. Hasta ahora, los seguidores de los equipos de fútbol españoles tenían ultras que provocaban esporádicos incidentes en el curso de los partidos, pero sin apenas trascendencia. Nada parecido a las batallas campales de los ultras de los equipos británicos. Además, se ceñían a lo deportivo. Sin embargo, de pronto, este fin de semana (las noticias nos han ido llegando aisladamente) se han producido gravísimos disturbios, azuzados por las diversas facciones nacionalistas y españolistas. Han llegado a utilizar armas de fuego. Sólo en Barcelona ha habido veinte detenidos.

—¿Y bien? ¿Qué conclusión saca usted?

—Que son demasiadas violencias en pocas horas. Ayer por la mañana asesinan a Martha, y están a punto de hacer lo mismo con Aideen. Por la noche vuelan un yate de unos ultraderechistas... Yo no correría el riesgo de que mueran compatriotas si la situación se agrava.

DIECISIETE

Martes, 3.27. Donostia

Adolfo Alcázar se acostó agotado. Dormía en una cama turca de somier metálico, en un rincón de la única pieza de su apartamento. Era la misma cama en la que había dormido de pequeño, cuando saltaba jubilosamente sobre el colchón. Por entonces vivía totalmente despreocupado del pasado y del futuro. Recordaba haber tenido que dominar sus energías al hacerse un poco mayor, acostumbrarse a no hacer tanto ruido para no molestar a los vecinos. No era fácil para un niño acostumbrarse a no hacer ruido. Era, quizá, la primera lección que había que aprender, la primera que le imponía límites a su libertad.

Hasta que conoció al general, su vida había sido una serie de claudicaciones que hacían muy felices o ricos... a los demás.

Echado allí desnudo, en aquella cama en que tan feliz fue de niño, Adolfo fantaseó con la idea de sentirse libre de nuevo. Libre de las leyes del gobierno que le dictaban lo que podía pescar. Libre de los magnates de la pesca que le dictaban dónde y cuándo podía pescar para no molestar a sus grandes flotas. Con la ayuda del general, podría ganarse la vida en un país libre del centralismo de Madrid. Al general no le importaba que fuese uno catalán, castellano, vasco, gallego o andaluz. Quienes aspiraban a un verdadero autogobierno esta-

ban con él. Quienes querían que las cosas siguiesen como estaban eran sus enemigos y había que eliminarlos.

Echado boca arriba, mirando hacia la oscuridad, Adolfo cerró al fin los ojos. Había hecho lo debido. El general estaría satisfecho.

La puerta se abrió hacia adentro con un crujido que lo sobresaltó. Irrumpieron cuatro hombres que se abalanzaron sobre él antes de que llegara a despertarse del todo. Mientras uno de los intrusos cerraba la puerta, los otros lo echaban boca abajo en el suelo y lo inmovilizaban.

—¿Eres Adolfo Alcázar? —le preguntó un tipo bajito pero fornido.

Adolfo no contestó. Miraba hacia la izquierda, a la cocina. El que acababa de hacerle la pregunta le dobló el dedo corazón de la mano derecha hasta rompérselo.

Adolfo gritó de dolor.

—¡Sí! ¡Soy Adolfo Alcázar! —reconoció furioso.

—Hoy te has cargado a muchos —dijo uno de los intrusos.

Adolfo estaba demasiado confuso para pensar, pero lo bastante despierto para sentir el dolor. Antes de que le diese tiempo a decir nada más, le doblaron el índice de la mano derecha hacia atrás y se lo partieron también. Luego, le introdujeron uno de sus calcetines en la boca a modo de mordaza.

—Has matado al jefe —le espetó uno de ellos.

Entonces le tocó al dedo anular. También se lo partieron. Le temblaba la mano. Pero aún no habían terminado. Le partieron también el meñique. Luego notó algo duro y frío en su pulgar. Se lo machacaron a golpes con la barra de hierro.

—Jamás volverás a levantar la mano contra nosotros —le dijo el que parecía dirigirlos.

Luego, lo soltaron y le dieron la vuelta. La mano de-

reacha no le respondía. Un reguero de sangre descendía por su antebrazo, pero no la notó hasta que llegó al codo.

Pese a su resistencia, lo arrastraron por el suelo y volvieron a inmovilizarlo. Seguía con el calcetín remetido en la boca.

Los ojos de Adolfo se llenaron de lágrimas. Estaba tan oscuro que no podía ver el rostro de ninguno de aquellos individuos. Siguió forcejeando, pero sus esfuerzos eran tan vanos como los de los peces que capturaba con sus redes.

—Ahórrate el esfuerzo —le dijo uno de sus torturadores—. No vas a ir a ninguna parte, salvo al infierno; si no nos dices lo que queremos saber. ¿Entendido?

Adolfo alzó la vista hacia el oscuro rostro. Trató de expulsar el calcetín de la boca con la lengua, no para contestar sino en actitud desafiante.

El bajito lo agarró entonces del pelo y le echó la cabeza hacia atrás, mientras un compañero encendía la estufa de resistencia eléctrica que estaba junto a la cocina.

—¿Lo has entendido?

Adolfo no contestó. Al cabo de un momento, el bajito asintió con la cabeza mientras miraba al compañero que estaba arrodillado junto a la pierna derecha de Adolfo. Se la levantó. Adolfo volvió a gritar de dolor al acercarle el pie desnudo a la resistencia de la estufa. Reaccionó violentamente, retorciéndose, pero sus torturadores le impidieron separar el pie de la resistencia.

—¿Lo has entendido? —le dijo el bajito, que, por lo visto, era el jefe de aquel cuarteto de canallas.

Adolfo asintió repetidamente con la cabeza. El jefe se volvió hacia sus hombres. Le separaron el pie de la resistencia y dejaron caer la pierna. Entonces le quitaron el calcetín de la boca.

—¿Para quién trabajas? —le preguntó el jefe.

Adolfo jadeaba. Le dolía el pie de un modo insoportable, como si le hubiesen echado sal en una quemadura del sol.

—¿Para quién trabajas? —insistió el jefe mientras uno de sus compañeros le levantaba la otra pierna.

—Para un general —balbució Adolfo—. Un general de las Fuerzas Aéreas que se llama Pintos. Roberto Pintos.

—¿Dónde está destinado?

Adolfo no contestó. Tenía que aguardar un poco antes de concentrarse para volver a mentir. La única vez que Adolfo había visto al general Amadori (al verdadero general y no a aquel imaginario Roberto Pintos) fue en una reunión de colaboradores civiles en un hangar del aeropuerto de Burgos. Allí, el general los había advertido a todos de que podía llegar un día como aquél. Que podían ser detenidos e interrogados. Les dijo que, una vez que todos los aspectos del plan se hubiesen puesto en marcha, no importaba lo que dijese, pero les recomendó que resistiesen todo lo posible por su propia honorabilidad.

«A la mayoría de los hombres se los puede doblegar —les había dicho—. El quid está en no dejarse doblegar sin haber confundido al enemigo. Si los apresan, no podrán evitar que los torturen. Y lo que deben hacer es hablar. Mentir. Seguir mintiendo mientras puedan. Mentir hasta que el enemigo no sepa distinguir entre lo falso y lo verdadero; la información de la desinformación.»

—¿Dónde está destinado el general Pintos? —preguntó el torturador.

Adolfo meneó la cabeza. Le volvieron a introducir el calcetín en la boca y le acercaron el pie izquierdo a la resistencia de la estufa. Su forcejeo fue tan frenético como antes. El dolor era espantoso y lo hacía sudar

por todos los poros. La única parte de su cuerpo que no le dolía era la mano derecha. No la sentía. Esto lo asustó. Era como si parte de él hubiese muerto.

Le retiraron el pie de la resistencia y lo dejaron caer al suelo. Volvieron a inmovilizarlo. El oscuro rostro se le acercó tanto que, pese a la oscuridad, vio que llevaba bigote.

—¿Dónde está destinado el general Pintos?

El dolor seguía siendo muy intenso pero algo menos. Adolfo estaba seguro de poder resistir hasta que reanudasen la tortura. Estaba orgulloso de sí mismo. En cierto modo se sentía libre. Libre para sufrir, libre para resistir.

—En Barcelona —contestó Adolfo.

—Mientes —le espetó el del bigote.

—¡No!

—¿Qué edad tiene el general?

—Cincuenta y dos.

—¿Es rubio o moreno?

—Moreno.

—¡Mientes! —volvió a espetarle el torturador abofeteándolo.

—No. Es la verdad —persistió Adolfo.

Volvieron a introducirle el calcetín en la boca. Y siguieron torturándolo hasta que, al fin, lograron vencer su resistencia.

—Amadori —dijo Adolfo.

—¿Amadori? —repitió el del bigote.

—El general Amadori —insistió Adolfo, rezando para que aquellas dos palabras obrasen el milagro de que desapareciese el dolor.

—Bien. Trabajas para el general Amadori.

—¿Vas a creerlo? —le dijo al jefe el más alto de los cuatro.

—No creo que le queden ganas de volver a mentirnos.

Adolfo notó que lo soltaban. Sintió un gran alivio al quedar boca arriba.

—¿Qué hacemos con él?

—El asesino de Puig merece morir también —dijo otro, a la vez que descargaba un terrible golpe con la barra de hierro en el cuello de Adolfo, que quedó inconsciente—. Así morirá lentamente —añadió.

Cuando Adolfo volvió a abrir los ojos, sus torturadores habían desaparecido. La oscuridad del apartamento se había disipado. Vio una sombra arrodillada a su lado.

Era su hermano Norberto, que lloraba y farfullaba algo ininteligible. Adolfo trató de alzar la mano, pero su cuerpo no le respondía. Trató de hablar.

—Ama... dori...

¿Lo oía Norberto? ¿Lo entendía?

—La iglesia del centro...

—No te fatigues, Adolfo —dijo Norberto interrumpiendo su plegaria—. He llamado al médico... Oh, Dios mío...

—Avisa... al general... Saben....

Norberto posó los dedos en los labios de su hermano para acallarlo. Adolfo le sonrió débilmente. La mano de su hermano era suave y cálida. El dolor parecía remitir.

Y entonces su cabeza se ladeó, sus ojos se cerraron y el dolor desapareció por completo.

DIECIOCHO

Martes, 4.19. Donostia

El helicóptero dejó a María y a Aideen al sur de la ciudad. Aterrizó en lo alto de una loma que daba a un solitario recodo del Urumea. Un bigotudo agente de la Ertzaina, llamado Jorge Sorel, que había participado en varios servicios de la Interpol, las aguardaba junto a la carretera en un coche que había alquilado.

Durante el vuelo, María había examinado el mapa que llevaba consigo. Conocía el camino hasta la emisora de Radio Bahía, y Aideen notó que estaba ansiosa por ir allí.

—Subamos a echar un vistazo —dijo María, que sacó un cigarrillo y lo encendió con un pequeño mechero desechable de color negro.

—Por desgracia, no creo que merezca la pena.

—¿Por qué? —preguntó María.

—Hace cosa de una hora han atacado la emisora.

—¿Quiénes? —dijo la agente.

—Todavía no lo sabemos —reconoció Sorel.

—¿Profesionales?

—Es muy posible —contestó Sorel—. Los autores del atentado parecían saber muy bien lo que hacían.

—¿Qué pretendían?

—La verdad es que ni siquiera podemos aventurar una hipótesis —respondió Jorge meneando la cabeza—. Hemos acudido a la emisora al comunicársenos que había enmudecido por completo.

—De modo que no hay pistas —dijo María—. Maravilloso —ironizó.

—Según los técnicos y el locutor, que no han podido más que garabatear unas notas, porque a los tres les han partido la mandíbula, querían saber quién les había proporcionado la cinta.

—¡Qué imbéciles! —exclamó María—. Tenían que haber previsto algo así. ¿No habían adoptado especiales medidas de seguridad?

—Sí —contestó Jorge—. Lo más triste es que estaban muy bien preparados. La emisora ha sido siempre objeto de las iras de los centralistas, debido a que, desde hace años, Radio Bahía sigue una línea muy antigubernamental. Han asesinado a los tres vigilantes de seguridad, pese a que la emisora está rodeada de una alambrada y el edificio es sólido como un búnker. Incluso tenían armas para el personal. Pero las medidas de seguridad no disuaden a los fanáticos.

—¿Tienen idea de quién les proporcionó la cinta, agente? —preguntó Aideen.

—Pues la verdad es que no —respondió Jorge—. Pero ya hemos empezado a investigar.

—Lo más probable es que los autores del atentado hayan huido en distintas direcciones —aventuró María—. Y si han ido a por la persona que estuviesen buscando, se habrán separado una vez lo hayan encontrado —añadió exhalando el humo del cigarrillo por la nariz y mirando a Jorge con fijeza—. ¿Está seguro de que no puede darnos ninguna otra información?

—Completamente —dijo Sorel sosteniéndole la mirada.

—¿Qué probabilidades hay de que la persona que tenía la cinta sea de esta región? —preguntó Aideen.

—Sí, sería importante saber eso —apoyó la idea María—. Quienquiera que haya planeado esto, necesitaba alguien que conociese las aguas donde han volado el

yate, la ciudad y al personal de la emisora —añadió mirando a Jorge—. Sugierame por dónde empezar a buscar.

Jorge se encogió de hombros.

—La ciudad es pequeña. Quizá podrían empezar preguntando a los pescadores.

—Deben de estar a punto de salir a pescar, ¿no? —dijo María mirando el reloj—. Podríamos ir al muelle —sugirió aspirando profundamente el humo del cigarrillo—. No obstante, puede que sea más conveniente hablar primero con alguien que conozca bien a los pescadores.

—En la Cuesta de Alpadeta hay una iglesia cuyo párroco, el padre Norberto Alcázar, tiene un hermano pescador.

María le dio las gracias, apuró el cigarrillo, dejó caer la colilla al suelo y la aplastó con el tacón del zapato. Exhaló el humo mientras se dirigía hacia el coche. Aídeen la siguió.

—El padre Alcázar es una persona muy agradable —les informó Jorge—. Pero lo más probable es que se muestre muy reservado respecto de sus feligreses. Es lo normal en los sacerdotes. Se desvive por todos, y supongo que no dirá nada que pueda comprometer a nadie. Además, es jesuita, y ya sabe usted lo hábiles que son.

—Tanto mejor. Supongo que tendrá interés en evitar que uno de sus feligreses sea asesinado —dijo María.

—Sí, claro —admitió Jorge—. Llámenme a través de su teléfono móvil cuando hayan hablado con él y vendremos a recogerlas.

María le dio las gracias, se sentó al volante y puso en marcha el motor. Al arrancar, el coche levantó una tenue nube de polvo de la carretera de tierra que ceñía la loma.

—Ya veo que el agente no te ha caído bien —dijo Ai-

deen a la vez que sacaba un mapa de la mochila y lo desplegaba.

Aideen llevaba también en la mochila una pistola del 38 que María le había dado durante el vuelo.

—De buena gana le hubiese dado una patada —comentó María de mal talante—. O sea... que la policía ha subido a la emisora sólo al advertir que no emitía. Tenían que haber contado con que alguien podía intentar contra quienes han difundido la cinta.

—Quién sabe. A lo mejor, la policía quería precisamente eso: que atacasen a la emisora —aventuró Aideen—. Viene a ser lo que ocurre en las guerras entre bandas rivales. Las autoridades se inhiben y dejan que los mafiosos se maten entre sí.

—Es más probable que les hayan «aconsejado» inhibirse. Los tipos que han muerto en el atentado contra el yate eran influyentes empresarios y mafiosos. Por extraño que parezca, ese tipo de gente tiene siempre subalternos incondicionales, perfectamente capaces de matar por ellos para vengarlos.

—¿Crees que el agente está al corriente de todo eso?; ¿que sabe más de lo que nos ha dicho?

—No lo sé. Las cosas han cambiado mucho en España. Hay policías corruptos, como en todas partes. Sin embargo, en los últimos tiempos han ocurrido cosas que han podido escarmentar a más de uno. Aquí la justicia no se anda con bromas.

La sonrosada luz del amanecer empezó a iluminar el cielo. Ya se veía con nitidez el perfil de las lomas. Al dirigir la mirada hacia el este, Aideen pensó en lo curioso que resultaba que María le cayese tan bien. Incluso la admiraba. Era chocante porque María era tan prepotente y agresiva como Martha. Pero salvo cuando se había encarado con Darrell en el aeropuerto, había algo en María que se parecía mucho a la abnegación. Y Aideen difícilmente podía reprocharle la actitud que ha-

bía tenido con Darrell. Al margen de quién de los dos tuviese razón, verlo de nuevo tenía que haber sido para ella muy violento.

Llegaron a las afueras de Donostia en menos de media hora y cruzaron un puente. Luego, fueron hacia el sudoeste, donde se encontraba la iglesia que les había indicado el agente Jorge Sorel. Abordaron a un joven con pinta de obrero para preguntarle por qué calle tomar y llegaron a la iglesia cuando el sol se veía ya desde lo alto de la loma.

La puerta de la pequeña iglesia estaba abierta. Era un antiguo templo, de gruesos muros de piedra, como casi todos en España. En el interior había dos feligreses con aspecto de pescadores, pero no se veía a ningún sacerdote.

—A veces, va al puerto a ver a su hermano —les informó uno de los pescadores, que les indicó dónde vivía Adolfo y el camino que el padre Norberto solía seguir para ir a su casa.

María y Aideen volvieron al coche y enfilaron hacia el norte. María bajó el cristal de la ventanilla y encendió otro cigarrillo que empezó a fumar nerviosamente.

—No te molesta el humo, ¿verdad? —dijo María sonriente—. Ya sabes... lo de los fumadores pasivos. Pero te aseguro que salva vidas.

—A ver, a ver... ¿Cómo es eso?

—Me calma los nervios —respondió María como si hablase en serio.

Al llegar a la calle de Okendo, siguieron hasta el primer cruce y aparcaron. Adolfo vivía a dos manzanas de allí. Aideen se guardó la pistola en el bolsillo del anorak antes de bajar del coche. María apagó el cigarrillo en el cenicero de la parte inferior del salpicadero y se remeti6 la pistola entre el pantal6n y la camisa, por la parte de atr6s.

Como la puerta de la calle no estaba cerrada con lla-

ve, no tuvieron más que empujarla. Los peldaños de la oscura escalera crujieron como viejos árboles resecos agitados por el viento. En la segunda planta había dos apartamentos. La puerta de uno de ellos estaba entreabierta. María acabó de abrirla empujándola con el pie.

Allí estaba el padre Norberto, arrodillado junto al desnudo cuerpo de un hombre y llorando desconsoladamente. Estaba de espaldas. María se adentró en el apartamento seguida de Aideen. El sacerdote no pareció oírlas o hizo caso omiso.

—¿El padre Norberto? —preguntó María quedamente.

El sacerdote volvió la cabeza. Sus enrojecidos ojos resaltaban debido a la palidez de su rostro. Volvió a mirar al cuerpo que yacía a sus pies y se enderezó con lentitud. A contraluz del resplandor que penetraba por la ventana, su *clergyman* parecía una negra y plana silueta. Se acercó a ellas como si estuviese en trance. Luego, cogió una chaqueta que colgaba de un gancho de la puerta, volvió a acercarse al cuerpo inerte y cubrió el rostro con la chaqueta.

Antes de que llegase a hacerlo, Aideen tuvo tiempo de fijarse en la víctima. Lo habían torturado. Se habían ensañado con cada uno de sus miembros. Con toda probabilidad, eso significaba que lo habían torturado para sacarle información.

—Soy el padre Norberto —les dijo el sacerdote mirándolas.

—Yo soy María. Soy agente de la Interpol.

A Aideen no la sorprendió que María le dijese quién era de verdad. Se estaban produciendo demasiadas muertes y parecía conveniente abordar la cuestión del modo más directo.

—¿Conocía a este hombre?

—Era mi hermano.

—Lo siento. No hemos podido llegar antes.

El padre Norberto dirigió un desmayado ademán hacia el cuerpo de su hermano. Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas.

—Había intentado ayudarlo. Quizá debí intentarlo con mayor energía. Sin embargo, Adolfo... Sabía muy bien en lo que se metía.

María se acercó al sacerdote. Era tan alta como él y lo miró a los ojos, visiblemente conmovida.

—Por favor, padre, ayúdenos. ¿En qué estaba metido Adolfo?

—No lo sé —respondió el sacerdote—. Cuando he llegado ya agonizaba y decía incoherencias.

—Trate de recordar todo lo que haya dicho, aunque sea incoherente, por favor, padre —le encareció María—. Palabras, nombres, lugares... cualquier cosa puede ser vital.

—Ha musitado algo acerca de la ciudad. De una iglesia. Ha mencionado un nombre, un apellido: Amadori.

—¿El general Amadori? —exclamó María.

—Podría ser. Porque... también ha mencionado algo que no he podido entender acerca de un general. No sé. Casi todo lo que ha dicho era ininteligible.

—Claro. Me hago cargo de lo difícil que es esto para usted, padre Norberto. Pero créame, es muy importante. ¿Tiene idea de quién ha podido hacer esto?

—Adolfo iba a ir a Radio Bahía anoche —respondió Norberto meneando la cabeza—. Eso es todo lo que sé. Iba a entregar una casete. Al pasar esta mañana a verlo, lo he encontrado... agonizando.

—¿Ha visto a alguien entrar o salir del edificio?

—No.

María enarcó las cejas y lo miró fijamente.

—Una pregunta más, padre. ¿Puede indicarnos dónde están los Astilleros Puig?

—Puig... —musitó el padre Norberto—. Sí, Adolfo me había hablado de él. Ayer me comentó que Puig y su

camarilla eran los responsables de la muerte de una norteamericana.

—Sí —dijo María señalando con el pulgar a Aideen—. Era su compañera.

—Lo siento mucho... —dijo el padre Norberto mirando a Aideen—. Pero Puig ha muerto. Mi hermano... se ha encargado de ello.

—Lo sabemos.

—¿Y qué quieren ustedes de esa gente? —preguntó el jesuita con la voz entrecortada.

—Hablar con ellos —contestó María—. Ver si estaban involucrados en esto —añadió mirando al cadáver de Adolfo—. Ver si podemos evitar más muertes; impedir que se produzca una escalada de la violencia.

—¿Y creen ustedes que lo van a conseguir? —preguntó el padre Norberto en tono escéptico.

—Si podemos hablar con ellos a tiempo, puede que sí. Si averiguamos qué saben acerca de Amadori y de quienes lo secundan. Pero por favor, padre, no hay tiempo que perder. ¿Dónde están los astilleros?

—No están lejos. Aunque llegarán antes si las acompañamos.

—No —dijo María, que no pensaba arriesgarse a que una reacción visceral del hermano de Adolfo Alcázar complicase la situación.

—Es mi parroquia...

—Pues por eso mismo. Es su parroquia y sus feligreses necesitan de usted. Yo no. Ya sé que es mucho pedirle que se mantenga al margen, pero es conveniente que vayamos solas a hablar con los trabajadores de los astilleros. Si todo esto se debe a lo que imagino, creo que sabremos quién es el enemigo. Y acaso no sea demasiado tarde para detenerlo.

Norberto alzó la vista y señaló hacia atrás sin volver la cabeza.

—Adolfo creía saber quién era el enemigo. Y ha pa-

gado con su vida el saberlo. Y puede que con su alma. María lo miró con fijeza.

—Podrían unírseles otros grupos si no actuamos a tiempo. Llamaré a la policía por teléfono desde el coche. Se ocuparán de su hermano.

—Me quedaré aquí hasta que lleguen —les prometió el padre Norberto.

—De acuerdo.

—Y rezaré por ustedes dos.

—Gracias —dijo María, que se detuvo y se dio la vuelta—. Rece también por quien más lo necesita en estos momentos, padre. Rece por su tierra.

Al cabo de menos de dos minutos estaban de nuevo en el coche y se dirigían hacia el noreste, al otro lado del río.

—¿De verdad sólo quieres hablar con los obreros de los astilleros? —preguntó Aideen.

—Sí. Hazme un favor, Aideen. Llama a Luis. Está en la memoria. Pulsa sólo la estrella y el siete. Pídele que localice al general Amadori. Y dile por qué.

—¿Sin cifrar el mensaje?

—No. Si los hombres de Amadori tienen organizadas escuchas telefónicas, y el general manda a alguien a por nosotras, tanto mejor. Nos ahorraremos el trabajo de buscarlo.

Aideen llamó de inmediato al teléfono móvil de Luis, que se puso enseguida. Aideen le comunicó la petición de María y le contó lo de Adolfo. Luis le prometió indagar inmediatamente sobre el paradero del general Amadori y volver a llamarlas.

—¿Sabes algo de Amadori? —preguntó Aideen cuando hubo terminado de hablar con Luis.

—Apenas sé nada de su carrera militar. Lo único que sé de él es a través de sus artículos acerca de la historia de España. Y es para echarse a temblar.

—¿Por qué?

—Es uno de esos personajes enamorados de los «salvadores de la patria», de los héroes militares. Es un especialista de la Edad Media.

—¿Un militarista?

—Sí, desde luego, pero con un curioso matiz: nunca sería un Hitler ni un Stalin. Sin embargo, sí que es un centralista convencido y fanático. El matiz estriba en que no propugna un militarismo imperialista, agresivo con otras naciones. Pretende una España gobernada por los militares. Fortalecer a las Fuerzas Armadas. Su teoría es que si un país es lo bastante fuerte no necesita atacar a nadie. Pretende así que otras naciones más pequeñas busquen su protección.

—¿Y cómo espera hacerse con el poder?

—Pues muy sencillo: presentándose como el hombre fuerte que ha evitado un conflicto interno.

Aideen alzó la vista hacia el despejado cielo y luego recorrió con la mirada el hermoso paisaje costero. Todo parecía apacible y, sin embargo, en pocas horas, más de una docena de personas habían muerto o habían sido brutalmente golpeadas. Pensó en el padre Norberto. Aún quedaban hombres bondadosos, capaces de darse a los demás pese a todos los sufrimientos. En cierto modo, así debían actuar ellas: sobreponerse a la muerte de Martha y hacer cuanto pudiesen por evitar más muertes.

DIECINUEVE

Lunes, 21.21. Washington, DC

Racionalmente, Paul Hood sabía que la creación de la ONU fue una buena idea. Pero emocionalmente la institución no le merecía mucho respeto. Había demostrado una total ineficacia en impedir las guerras, tanta como en fomentar la paz. Era un foro para los grandes gestos, para acusarse mutuamente y para utilizarlo como caja de resonancia de las posturas del propio país.

No obstante, eso no impedía que sintiese una gran admiración por el recién nombrado secretario general, el frío italiano Massimo Marcello Manni. Era un ex oficial de la OTAN, senador del Parlamento de su país y embajador en Rusia. El año anterior había contribuido eficazmente a evitar que Italia se viese asolada por una guerra civil.

A petición de Manni, se había organizado una teleconferencia para las 23 horas, a través del jefe de Seguridad Nacional Steve Burkow.

El secretario general Manni había estado hablando con los jefes de inteligencia y de seguridad de todas las naciones del Consejo de Seguridad, para comentar la peligrosa crisis que se estaba gestando en España. Burkow, Carol Lanning, de Exteriores, y el nuevo director de la CIA, Marius Fox (primo de la senadora Barbara Fox), participarían en la conferencia.

Poco antes de que lo llamasen desde la oficina de Burkow, a las 20.50, Hood ya había informado a Bob Herbert y a Ron Plummer de que querían que Darrell siguiese en Madrid y Aideen en Euskadi.

—Si la situación se agravase en España, tanto mayor razón para tener agentes allí —les dijo Paul Hood a sus colaboradores.

El director del Centro de Operaciones le pidió a Bob Herbert que se asegurase de que Stephen Viens siguiese en contacto con sus leales colegas de la Oficina Nacional de Reconocimiento del Pentágono.

Viens era un viejo amigo de Mat Stoll del CO y siempre había sido un firme aliado durante todas las misiones de vigilancia. Y aunque Viens había sido temporalmente relevado de sus funciones en la ONR, debido a que estaba en curso una investigación de la Comisión Supervisora de Inteligencia del Senado, por irregularidades en la distribución de los fondos de financiación de la ONR, Hood lo había incorporado oficiosamente al Centro de Operaciones (incluso tenía despacho).

A diferencia de la mayoría de los altos funcionarios de Washington, Paul Hood era agradecido y sabía corresponder.

Hacía unos cuarenta minutos, la ONR había empezado una misión de reconocimiento por satélite de los movimientos de tropas en España. En sentido literal, «movimientos de tropas» los había. España era uno de los países con mayor extensión territorial de Europa, tenía varias regiones militares, acantonamientos en zonas rurales, importantes cuarteles en las ciudades más importantes, campos de tiro, de entrenamiento. Además, como aún no había entrado en vigor la plena profesionalización de las Fuerzas Armadas, todos los años se producían movimientos de tropas, con la incorporación de los que aún prestaban el servicio militar. Los

tres ejércitos realizaban, lógicamente, maniobras, se hacían ejercicios, simulaciones... De modo que la ONR debería tener cuidado en no confundir las rutinas con movimientos alarmantes.

Hood quería que las fotografías del satélite fuesen transmitidas directamente al banco de datos de Bob Herbert. Copias de aquellas fotografías le serían enviadas a McCaskey en España, a través de la embajada en Madrid, y al comando Striker que, en aquellos momentos, se hallaba en pleno vuelo.

En otros órganos de los servicios de inteligencia norteamericanos, los jefes tendían a regatearles la información a sus colaboradores para colgarse medallas. Pero Hood creía que los miembros de su equipo tenían el derecho de compartir la información con él. Para Hood, el lucimiento personal era lo de menos. Cuando aceptó aquel cargo lo hizo para proteger a los norteamericanos y sus intereses nacionales.

Además del reconocimiento por satélite, el Centro de Operaciones podía informarse a través de las agencias internacionales de noticias. Las filmaciones originales para televisión eran especialmente valiosas. El equipo de Bob Herbert y la jefa del archivo fotográfico del Centro de Operaciones, Laurie Rhodes, se encargaban de analizarlas.

Después de cenar, Paul Hood se había entrevistado unos minutos con Mike Rodgers en el despacho del general. Rodgers le había dicho que el comando Striker llegaría a Madrid poco después de las 11.30, hora española. Las opciones del comando Striker le serían presentadas a Hood en cuanto las tuviesen.

Después de su entrevista con Rodgers, Hood se incorporó al turno de noche. Mientras el turno de día seguía la situación en España, Curt Hardaway, el teniente general Bill Abram y el resto del equipo supervisaban las actividades rutinarias del CO.

El teniente general Abram, que era el homólogo de Mike Rodgers en el turno de noche, estaba muy ocupado con el COR. El Centro de Operaciones Regional, la versátil unidad móvil, acababa de regresar de Oriente Medio, tras las vicisitudes pasadas allí. Estaría en el dique seco hasta que terminasen de reparar los desperfectos que había sufrido. Pero pronto estaría de nuevo a punto.

De modo que, como todo estaba perfectamente controlado, Hood volvió a su despacho con la intención de descansar un poco. Una vez allí, apagó la luz, se quitó los zapatos y se echó en el sofá. Mientras contemplaba el oscuro techo, empezó a pensar en Sharon y en sus hijos. Miró la esfera luminosa de su reloj (regalo de Sharon en el primer aniversario de su boda). Pronto llegarían al aeropuerto de Bradley. Le rondaba la tentación de coger un helicóptero del ejército y volar hasta Old Saybrook. Se haría con un megáfono, le gritaría a su esposa que volviese a casa y... lo destituirían, claro está. Estupendo, bromeó para sus adentros. Así tendría más tiempo para estar en casa y dedicárselo a su familia.

La verdad era que Paul habría sido incapaz de hacer nada de lo que le pasaba por la cabeza en aquellos momentos. Era lo bastante romántico como para jugar al moderno caballero andante, pero no lo suficientemente temerario. Además: ¿para qué molestarse en ir a Old Saybrook si no podía prometer trabajar menos? Entre otras cosas, porque le gustaba su trabajo, que no permitía regatearle horas.

Paul tenía la sensación de que Sharon estaba resentida por haber tenido que dejar sus actividades profesionales para criar a sus hijos. Pero aunque él hubiese querido dejar de trabajar y ocuparse de sus hijos —cosa que no quería—, no habrían podido vivir con el sueldo de Sharon. Eso era un hecho.

Hood cerró los ojos y descansó el antebrazo en las cejas. «Pero... los hechos no siempre importan en situaciones como éstas, ¿verdad?»

La mente de Hood estaba demasiado abrumada para permitirle dormir. Hacía un recorrido mental que iba de la indignación al enojo pasando por la culpabilidad. De modo que optó por renunciar al descanso. Se preparó café con la cafetera italiana, se lo sirvió solo, en una taza que le había regalado el equipo de béisbol Washington Senators, y volvió a su despacho.

El director del Centro de Operaciones se sentó frente a la consola de su ordenador y examinó durante un rato los archivos de Manni sobre el movimiento secesionista italiano. Sentía curiosidad por ver si habían recurrido a los servicios de inteligencia para evitar el conflicto en Italia.

Pero no había nada. Hacía ya casi seis años de aquello, que empezó en 1993 con manifestaciones de protesta por los crecientes escándalos provocados por la corrupción política. Además, las regiones menores protestaban por considerarse inadecuadamente representadas. Pedían que sus representantes en el Parlamento fuesen elegidos a nivel regional y no a través de la representación proporcional como hasta entonces. La situación provocó una fragmentación entre los partidos más importantes que permitió a los más pequeños coger más protagonismo. Los neofascistas accedieron al poder en 1994, pero el partido Forza Italia se lo arrebató un año después. Luego, la caída de Yugoslavia provocó inquietud en Istria, en el norte (una inquietud que Forza Italia, de implantación básicamente romana, no podía afrontar porque estaba mal preparada para ello). Las violencias y las proclamas secesionistas florecieron en Trieste y se propagaron a Venecia, Livorno y Florencia.

El milanés Manni, que se encontraba en Moscú, fue

llamado para que actuase como mediador. Sin embargo, pese a su complejidad, la fluidez de la política italiana y la proverbial habilidad de los transalpinos condujeron a que resolviesen sus problemas por sí mismos. Con todo, el caso italiano no servía de modelo a la situación española porque, básicamente, en Italia el problema se debía a los fuertes desequilibrios, de todo orden, que existían desde siempre entre el norte y el sur, mientras que en España, en cambio, en el conflicto se involucraban cinco nacionalidades que, de hecho, nunca se habían sentido cómodas entre sí.

La teleconferencia empezó con diez minutos de retraso. Hood llamó a Rodgers para que éste escuchase a través del altavoz. Al llegar Rodgers y tomar asiento, Manni le estaba explicando a Hood que la razón de haber llegado tarde se debía a que Portugal había expresado al embajador norteamericano en Lisboa su preocupación por los incidentes que se estaban produciendo en España en los últimos días.

—Ha habido manifestaciones cerca de la frontera hispano-portuguesa —dijo Manni—. En principio, no tendrían por qué ser alarmantes. Sin embargo, se da la circunstancia de que, en todos los casos, las encabezaban piquetes muy violentos que han atacado a la policía.

Hood le echó un vistazo al mapa que aparecía en la pantalla de su monitor.

—¿Y qué ha hecho la policía? —preguntó el director del Centro de Operaciones.

—Reprimirlos con especial dureza —contestó Manni.

—¿Se han utilizado armas de fuego? —quiso saber Hood.

—Parece ser que sí —respondió el italiano.

—Eso no sirve más que para echarle más leña al fuego —dijo el consejero de Seguridad Nacional Burkow.

—Pero vamos a ver —intervino Carol Lanning—, en

definitiva, ¿cuál ha sido la causa de esos incidentes? ¿No estaremos sacando las cosas de quicio?

—En principio, parece que ha sido una protesta de agricultores, como las que de vez en cuando se producen en Francia contra los camioneros españoles —explicó Manni—. Lo alarmante es que todos los incidentes que ha habido en los últimos días parecen orquestados. Lo que peor huele es que, entre las piezas del rompecabezas, asome el tal Amadori, un general. A estas alturas resulta inimaginable una reedición de la intentona de los años ochenta. Pero nunca se sabe lo que es capaz de provocar la irresponsabilidad de un fanático o de un loco. ¿Recuerda a aquel tipo que se permitió sobrevolar la Casa Blanca con un avión robado? Más vale prevenir.

Hood miraba a Rodgers mientras Manni hablaba. Fue como si un imperceptible mensaje circulase entre ambos ante la mención de Amadori. Se miraron con una expresión de abatimiento. Hood se sintió como un predador que, de pronto, se percatase de que su presa era mucho más astuta, más salvaje y letal de lo que esperaba.

—Mike... —dijo Paul mirándolo.

—Lo sé —contestó Rodgers levantándose—. Estoy en ello.

—Si se trata del mismo individuo —añadió Hood—, los españoles pueden encontrarse con un grave problema.

—Sin duda —dijo Rodgers—. Y puede que muchos extranjeros que se encuentren en el país.

Mientras Rodgers salía a toda prisa del despacho, Hood siguió escuchando, sin el menor interés, la farfolla política entre Manni, Burkow y Lanning. Estaban de acuerdo acerca de que tenían que ayudar a los españoles a solucionar sus problemas por sí mismos. Pero incluso así, las facciones más fanáticas podían enfure-

cerse contra los norteamericanos y, en tal caso, pudiera ser que no estuviese de más que el comando Striker siguiese en el país.

Lo más importante, a lo largo de las próximas horas, sería cerciorarse de que era Amadori quien estaba detrás de todas las intrigas. De ser así, tendrían que calibrar hasta qué punto había logrado minar las bases del gobierno. Si no había ido demasiado lejos, la colaboración entre los servicios de inteligencia norteamericanos y españoles podía ayudar al gobierno español, y concretamente al Ministerio del Interior, a detener a Amadori y abortar sus planes. No sería fácil hacerlo discretamente, pero no era imposible.

Pero lo que más preocupaba a Paul Hood era haber descubierto las maniobras de Amadori demasiado tarde, que el complot estuviese ya tan avanzado que fuera imposible desactivarlo. No se trataba sólo de que existiese una posibilidad real de un conflicto armado en España, sino de que, dado el peso que España tenía actualmente en Europa, desde su ingreso en la Unión Europea, toda desestabilización o crisis en España podía propagarse a otros países, especialmente a Francia y al Reino Unido, que también tenían problemas regionales y de nacionalidades. El ejemplo podía cundir, contagiarse a Canadá e incluso, quién lo sabía, al propio EE. UU.

La teleconferencia concluyó con el acuerdo de que la oficina del secretario general mantendría informada, hora a hora, a la Casa Blanca, y que Burkow informaría, a su vez, a Manni de cualquier cambio en la posición oficial.

Hood colgó el teléfono con una sensación de impotencia que no había sentido nunca desde que se incorporó al Centro de Operaciones. Algunas de sus misiones habían terminado felizmente y otras en fracaso. Su equipo había logrado neutralizar grupos terroristas y

golpes de estado, pero nunca había tenido que afrontar una situación que amenazaba con servir de modelo al nuevo siglo: la idea de que la fragmentación era la norma y no la excepción y de que los Estados, tal como en la actualidad los conocíamos, podían estar en vías de extinción.

VEINTE

Martes, 4.45. Madrid

La noticia del brutal asesinato de Adolfo Alcázar pasó como un relámpago desde María Cornejo hasta Luis García y de éste a Darrell McCaskey.

Tal como la ley lo obligaba a hacer, Luis García trasladó la información al Ministerio de Justicia, donde un alto funcionario, que estaba de servicio en el turno de noche, pasó discretamente esta información a un fiel colaborador del general Amadori: Antonio Aguirre.

El tal Aguirre, que había formado parte de la cúpula castrense durante el régimen de Franco, fue personalmente al despacho del general, llamó a la puerta y aguardó hasta que lo autorizaron a entrar.

—Adelante —dijo el general Amadori al cabo de unos momentos.

Aguirre se cuadró y, sin el menor preámbulo, le dio la noticia al general.

Amadori no pareció sorprendido por el hecho de que Adolfo hubiese muerto. Tampoco expresó ninguna condolencia. Al fin y al cabo, no lo había visto en su vida, porque, desde el primer momento, impuso que sus comunicaciones se limitasen a lo imprescindible. Así, si Adolfo era detenido y obligado a hablar, no contaría más que su propio testimonio para vincularlo al general. No había anotaciones de números de teléfono, ni señas, ni fotografías. Para Amadori, Adolfo Al-

cázar era un soldado leal a la causa, uno de los muchos activistas a quienes el general no conocía ni podía conocer.

Pero lo que el valiente y fiel Adolfo Alcázar había hecho era dar la señal de partida para el golpe que se proponía llevar a cabo. Merecía gratitud, aunque fuese a título póstumo.

Amadori juró en voz alta que el asesinato de Adolfo Alcázar sería cumplidamente vengado; que sus asesinos lo pagarían con sus vidas. Sabía muy bien de quién tenía que vengarse: del clan Puig. Los miembros del clan eran los únicos que podían tener motivos para eliminar a Adolfo. Sus muertes servirían de escarmiento a los demás, como aviso de que toda resistencia, toda oposición, serían reprimidas sin contemplaciones.

Y, por supuesto, como el general le dijo a Antonio Aguirre, la eliminación del clan Puig serviría a otro propósito. Contribuiría a asustar y a dispersar a otros clanes que pudieran querer oponérsele. Y de ahí que el golpe al clan Puig tuviese que ser tan cruento como espectacular.

El general le ordenó a Aguirre hacer que todo ello se cumpliese. Aguirre lo saludó militarmente, dio media vuelta y salió del despacho sin decir palabra. Fue directamente a su despacho y llamó al general Américo Hoss, que se hallaba en una base aérea de las afueras de Toledo. Las órdenes del general le fueron comunicadas verbalmente. Al igual que Adolfo, el general Hoss haría cualquier cosa por servir a Amadori.

Aún no había amanecido cuando despegaron cuatro helicópteros HA-15. Como la mayoría de los helicópteros del ejército español, los HA-15 eran más aparatos de transporte de tropas que de combate. Eran modelos antiguos, pero les habían acoplado cañones de 20 mm en la parte del fuselaje contigua a la puerta, unos cañones que sólo se habían utilizado en prácticas.

Pero los de aquellos cuatro helicópteros no iban a realizar precisamente ejercicios de tiro.

En cada uno de los helicópteros iba un pelotón de diez soldados, armados con subfusiles ametralladores L-1-003, adaptados para cargadores de M16. El jefe de la misión, el comandante Alejandro Gómez, tenía órdenes de tomar los astilleros y de conseguir los nombres de los asesinos a toda costa.

VEINTIUNO

Martes, 5.01. Donostia

María detuvo el coche frente a la garita del puesto de seguridad de los Astilleros Puig y mostró sus credenciales de Interpol. Durante el trayecto había decidido que no le convenía hacer turismo allí. Estaba casi segura de que el vigilante avisaría por teléfono al gerente de los astilleros de que ella y Aideen estaban allí, y de que, a su vez, el gerente informaría a cualquiera de los asesinos que pudiera encontrarse en el recinto. Lo más probable era que los asesinos huyesen o se ocultasen. Por eso adoptó María la precaución de informar al vigilante.

—No tenemos jurisdicción aquí. Sólo queremos hablar con miembros del clan.

—Pero, señorita Cornejo —le dijo el barbudo vigilante—, aquí no hay ningún clan.

Era una negativa muy poco convincente. A Aideen le recordó a los «camellos» mexicanos, que siempre insistían en no saber nada del *señorito* (el narcotraficante que les proporcionaba la heroína que vendían en la capital).

—Me parece que se precipita usted —replicó María poniendo punto muerto—. Tengo fundadas razones para sospechar que *no habrá* clan... dentro de un rato.

El vigilante le dirigió a María una recelosa y perpleja mirada. Aquel tipo tenía toda la pinta de ser un sar-

gento de instrucción. En España, al igual que en casi todos los países, muchos vigilantes de seguridad procedían de la policía o del ejército. A casi ninguno le hacía la menor gracia que un civil les diese órdenes, y menos aún si la persona en cuestión era una mujer. Tal como María había sospechado, nada más echarle la vista encima, aquel tipo iba a necesitar otro empujoncito para aclararle las ideas.

—Créame, amigo mío. No habrá clan a menos que pueda hablar con ellos. Alguien se ha permitido cargarse a un hombre en la ciudad. Y esa persona tenía amigos muy poderosos. Dudo que esos amigos dejen correr el asunto.

El vigilante miró a María con fijeza. Luego, les dio la espalda y llamó por teléfono. Su voz no era perceptible desde fuera de la garita. Tras una breve conversación, el vigilante colgó el teléfono, levantó la barrera y dejó que el coche entrase al parking.

María le dijo a Aideen que estaba convencida de que, por lo menos, uno de los miembros del clan las recibiría. Y Aideen sabía que María presionaría para que les dijeran todo lo que supiesen del general Amadori. Una vez muertos Puig y los más allegados de su camarilla, su plan —cualquiera que fuese— habría quedado probablemente desbaratado. Era de Amadori de quien tenían que preocuparse. María tenía que averiguar lo antes posible hasta qué punto constituía una amenaza el general Amadori.

Dos hombres asomaron por la puerta de entrada del edificio de administración para recibirlas.

Después de aparcar, María y Aideen bajaron del coche con los brazos caídos a los lados y las palmas hacia afuera. María se quedó junto a la puerta del lado del conductor y Aideen junto a la del acompañante. Los de la entrada se les acercaron y se detuvieron a pocos metros. Mientras uno de ellos las vigilaba, el otro —un tipo

grandote, de fuerte complexión— les quitó las pistolas y el teléfono y los tiró al interior del coche. Luego, las cacheó por si llevaban algún micrófono o alguna radio ocultos. Lo hizo de un modo muy profesional. Cuando hubo terminado, él y su compañero se dirigieron en silencio hacia una furgoneta aparcada a pocos metros de allí. Ellas los siguieron, subieron los cuatro a la parte de atrás y se sentaron en el suelo entre latas de pintura, escaleras y trapos.

—Yo soy Juan y éste es Fernando —dijo el que había observado el cacheo—. ¿Tendrían la bondad de darnos sus nombres completos?

—María Cornejo y Aideen Sánchez —contestó María.

Aideen se resignó al súbito «cambio» de nacionalidad. María tenía buenos reflejos. Probablemente, aquellos tipos no iban a confiar demasiado en ellas porque fuesen compatriotas, pero confiarían aún menos en extranjeros.

La recién «nacionalizada» Aideen miró alternativamente a sus dos anfitriones. Juan era de mayor edad. Tenía aspecto de cansado: marcadas ojeras y hombros caídos. Su compañero era una especie de coloso de pobladas cejas y ojos hundidos. Tenía la piel tersa y tensa como la de un tambor y era muy ancho de hombros.

—¿A qué han venido, señorita Cornejo? —preguntó Juan.

—Quiero hablar con ustedes acerca de un general del ejército llamado Rafael Amadori —contestó María.

—Adelante —dijo Juan.

María sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta, cogió uno y ofreció a los demás. Sólo Juan lo aceptó.

Ahora que estaban allí, a Aideen empezó a preocuparle la idea de colaborar con asesinos. Pero tal como María había insinuado, no había más remedio. Además, confiaba en que María supiese lo que hacía.

María encendió primero el cigarrillo de Juan y luego

el suyo. La veterana agente lo hizo de un modo (acercando la mano hasta rozar la de Juan) que resultó... muy íntimo. Aideen sonrió para sus adentros ante la artimaña de María para romper el hielo con aquel individuo.

—Puig y los jefes de otras empresas y clanes fueron asesinados ayer por un hombre que trabaja para Amadori —explicó María—. Creo que ustedes lo conocen. Se trata de Adolfo Alcázar.

Juan guardó silencio.

Era la primera vez que Aideen le oía a María utilizar un tono de voz tan aterciopelado. Parecía obvio que trataba de seducir a Juan.

—Amadori es un general muy influyente —prosiguió María—, y parece haber sido una pieza clave en la serie de acontecimientos que se han venido produciendo. Les diré cómo lo veo yo. Puig hizo asesinar ayer a una norteamericana. Amadori sabía que esto iba a ocurrir y ha dejado que sucediese. ¿Por qué? Para poder difundir una cinta que implica al diputado Serrano. ¿Por qué? Para que Serrano, y los vascos a los que representa, queden desacreditados dentro y fuera de España. Luego, ha hecho que Alcázar asesine al jefe de ustedes y a su camarilla de conspiradores. ¿Por qué? Para desacreditar a los catalanes. Si Serrano y su grupo de empresarios adeptos planeaban algún tipo de maniobra política, habrá quedado abortada. Lo más grave es que la conspiración debilita mucho al gobierno, que no sabe en quién poder confiar ni en quién apoyarse para mantener la estabilidad. Si la situación llegara a deteriorarse hasta el punto de resultar ingobernable, Amadori podría presentarse como el hombre fuerte que restableciera el orden.

—¿Y bien? —dijo Juan mirando a María a través del humo de los cigarrillos—. Si, como usted dice, se «restableciera» el orden, ¿dónde está el problema?

—En que probablemente Amadori no se limitaría a restablecerlo sino a imponer un nuevo orden; a dar un golpe militar. No sería la primera intentona. Necesito que me digan todo lo que sepan de él para ayudarme a abortar la conspiración del general Amadori.

Juan se echó a reír.

—¿Me está proponiendo que colaboremos con la Interpol?

—Exacto.

—¡Es ridículo! —exclamó Juan—. ¿Y qué les va a impedir a ustedes conseguir, de paso, información sobre nosotros?

—Nada, desde luego —reconoció María.

—O sea, que admite que es eso lo que se proponen, ¿no?

—Sí, no puedo negárselo —dijo María—. Pero si no detenemos al general Amadori, cualquier información que pueda yo obtener sobre el clan sería inútil. El general caerá sobre ustedes como una furia. Si no por haber matado a su activista, por la amenaza que ustedes representan, especialmente por el peligro de que puedan unir a otros clanes contra él.

Juan miró a Fernando. Su granítico compañero reflexionó unos momentos y luego asintió con la cabeza. Luego, Juan miró a María. Y también Aideen. María había jugado limpio con Juan... y muy hábilmente.

—La adversidad hace extraños compañeros de viaje —comentó Juan—. De acuerdo. Hemos estado tratando de localizar a Amadori desde que regresamos a los astilleros —añadió con una irónica sonrisa—. Todavía tenemos contactos en el ejército y entre altos funcionarios del Estado. La muerte del señor Puig ha alarmado a muchos.

—Eso es justamente lo que pretendían quienes han ordenado su muerte —señaló María.

—Amadori está destinado en Madrid, en el Ministerio de Defensa —dijo Juan—. Sin embargo, tenemos entendido que ha montado secretamente su cuartel general fuera de la capital, aunque no hemos podido averiguar dónde.

—¿Cómo han sabido eso? —preguntó María.

—A través del clan Ruiz.

—¿El fabricante de ordenadores? —volvió a preguntar María.

—Exacto —contestó Juan.

—¿Y qué creen que ocurriría si el general Amadori fuese eliminado? —dijo María.

—¿Quiere decir... destituido? —añadió Juan.

—Si hubiese querido decir destituido habría dicho destituido —replicó María con sequedad.

—Todos saldríamos ganando —dijo Juan encogiéndose de hombros—. Pero habría que hacerlo enseguida. Si Amadori tiene tiempo de presentarse como el salvador de la patria, el movimiento que creará proseguiría, aunque él faltase.

—En eso estoy de acuerdo —asintió María—. Desde luego, Amadori no va a perder el tiempo. Tratará de presentarse como un héroe cuanto antes.

—El problema está en que no va a ser nada fácil acercarse a él —advirtió Juan—. Si dirige las operaciones desde un solo lugar, las medidas de seguridad serán formidables. Si se desplaza de un sitio a otro, sus movimientos se realizarán en el mayor secreto. Tendríamos que contar con grandes dosis de suerte sólo para...

—¡Callen! —exclamó de pronto Aideen alzando la mano.

Los demás la miraron. Al cabo de un momento, también María lo oyó: el sordo y lejano ruido de rotores de helicópteros. Debían de estar a menos de dos kilómetros de allí.

—Se acercan a los astilleros —dijo Juan mirando a María—. ¿Son de ustedes?

María meneó la cabeza, lo apartó a un lado sin brusquedad y bajó de la furgoneta.

—Ordene a su personal que se ponga a cubierto; y denles armas —exclamó María.

—Pero... ¿Les estás diciendo que disparen a soldados españoles? —dijo Aideen perpleja.

—¡Y yo qué sé! —le espetó María corriendo hacia el coche—. Probablemente, son hombres de Amadori. Si matan o capturan a cualquier miembro del clan, se producirá lo que temíamos que se produjese: al desarticular grupos «desestabilizadores», Amadori reforzará su posición a ojos del país.

Aideen iba detrás de María al trote, pensando que quizá no fuesen ésas, exactamente, exigencias del guión, porque, en definitiva, en Donostia no había incidentes y la policía llevaba adelante la investigación sobre el atentado contra el yate. Por otro lado, entre los astilleros y las montañas no había más que caseríos aislados. Los Astilleros Puig eran el único objetivo que podía requerir nada menos que cuatro helicópteros.

«Éste es un país civilizado. No puedo creer que quiera enzarzarse en un nuevo conflicto», se dijo Aideen.

Juan bajó de la furgoneta seguido de Fernando.

—¿Adónde van ustedes? —les gritó Juan.

—¡A llamar a mi jefe! —contestó María gritando—. Si averiguo algo se lo comunicaré.

—Dígales a los suyos que nosotros no atacaremos a menos que nos ataquen —gritó Juan mientras él y Fernando corrían hacia el laberinto de los astilleros. Los helicópteros estaban ya a menos de quinientos metros de allí—. Dígales que no tenemos nada contra los honestos soldados ni contra...

Sus palabras quedaron ahogadas por el estruendo de los rotores. Los helicópteros habían rebasado ya el recinto de los astilleros. Al cabo de unos momentos, los L-1-003 se sumaron al estruendo y Juan y Fernando cayeron al suelo.

VEINTIDÓS

Martes, 5.43. Madrid

Darrell McCaskey no podía dormir.

Después de llevar a Aideen al aeropuerto, regresó con Luis a la sede de la Interpol en Madrid. La pequeña oficina ocupaba una planta de una comisaría del centro de la capital.

El trayecto de regreso a la ciudad había sido tranquilo, y McCaskey pudo reflexionar sobre los meses que duró su relación con María.

Al llegar, se sintió de pronto muy cansado, y se echó en un sofá del pequeño comedor. Pero aunque cerró los ojos con intención de dormir un poco, le fue imposible conciliar el sueño. El enojo de María lo había afectado, aunque no sorprendido. Lo peor había sido verla de nuevo. Le había recordado el error que cometió dos años atrás, el peor error de su vida: dejarla marchar.

Lo más triste es que ya fue consciente de ello en su momento.

Echado allí, McCaskey pasó revista a las diferencias que se habían puesto de manifiesto durante la estancia de María en Norteamérica. Ella tenía la actitud de vivir el presente, sin preocuparse demasiado por la salud, por el dinero ni por el peligro que entrañaban algunas de las misiones que se le asignaban. Tenían distintos gustos musicales y respecto de los deportes que preferían seguir o practicar. A ella le encantaba ir en bicicleta a cualquier parte y a él caminar o conducir. Él era un

«urbanita», amante de los lugares con mucha actividad, y en cambio a ella le gustaba el campo.

Pero pese a todas estas diferencias, una cosa era cierta: se amaban. Y esto tenía que haber pesado más de lo que pesó. Y ahora... pesaba lo suyo.

McCaskey aún tenía grabada la expresión de María cuando él le dijo que su relación, por lo menos para él, no funcionaba. Nunca olvidaría aquella expresión, dura pero profundamente herida (como la de un soldado que, tras resultar herido, se negase a creerlo y quisiera seguir adelante). Era una de las «instantáneas» que seguían en el álbum de su espíritu y que, de vez en cuando, asomaban tan nítidas como cuando se impresionaron. «Malaria emocional», lo llamó en cierta ocasión Liz Gordon, la sicóloga del Centro de Operaciones, al referirse a las relaciones personales fracasadas.

Y Liz no andaba muy desencaminada.

McCaskey desistió de seguir con los ojos cerrados. Mientras miraba a los fluorescentes del techo, Luis entró corriendo y casi se abalanzó sobre uno de los teléfonos de una de las cuatro mesas redondas del comedor. Le hizo una seña a McCaskey para que cogiese otro teléfono.

—Es María —dijo Luis—. Por la cinco. Los están atacando.

McCaskey saltó del sofá y corrió a la mesa más cercana.

—¿Están bien?

—Están en el coche —respondió Luis—. Dice María que están más seguras no moviéndose de donde están.

Ambos cogieron el teléfono y pulsaron el botón de la línea cinco.

—¿María? —dijo Luis—. Darrell está escuchando a través de otro teléfono y Raúl está comprobando lo de los helicópteros. ¿Qué ocurre?

McCaskey tenía dificultades en entender el español,

si hablaban deprisa. Pero ya le aclararía Luis lo que se le escapase.

—Dos de los helicópteros sobrevuelan en círculo los astilleros —explicó María—. Los otros dos están sobre la vertical del tejado. Han bajado soldados de los aparatos; unos han tomado posiciones en los bordes del tejado; otros utilizan escaleras extensibles para descender hasta las puertas. Todos van armados con subfusiles ametralladores.

—¿Dice que han disparado ya a dos hombres...?

—Les han disparado a dos miembros del clan Puig, Juan y Fernando —confirmó María—. Ambos han participado en la represalia por el atentado contra el yate. Pero se han echado al suelo y se han rendido... creo que están bien.

La voz de María era reposada y enérgica. McCaskey estaba orgulloso de ella. Habría dado cualquier cosa por poder «tragarse» las palabras, tan estúpidas como egoístas, que un día le dirigió.

—Estábamos hablando con los dos que le he dicho cuando ha empezado el ataque —prosiguió María—. No sé si los soldados han apuntado realmente a ellos o si, en realidad, los artilleros de los helicópteros se han limitado a abrir fuego de cobertura.

—El vigilante... —le sugirió Aideen.

—Sí, es verdad —dijo María—. Aideen se ha fijado en que el vigilante de la garita ha desaparecido al empezar el ataque. Es un ex militar. Ha podido ser él quien les haya señalado a los atacantes a los que estaban con nosotras.

Un oficial alto y atlético entró en aquel momento en el comedor. Luis se dio la vuelta y lo miró. El oficial meneó la cabeza.

—Los helicópteros no estaban asignados a ninguna misión de maniobras, ejercicios ni, por supuesto, de combate —dijo el oficial.

—Lo que significa que esto no ha pasado por la regular cadena de mandó —comentó Luis a través del teléfono.

—No me extraña —dijo María.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Luis.

—Estoy convencida de que el general Amadori se las ha arreglado para disponer de esos cuatro aparatos como si de su guerra particular se tratase —añadió María—. Si no se actúa con rapidez, podría apoderarse de más material militar. Aunque luego reaccionasen, de momento sus hombres tendrían que hacer honor a la «obediencia debida». Y para cuando se produjese la reacción, podría ser demasiado tarde.

—¿Dónde está exactamente el general Amadori? —preguntó McCaskey.

—Todavía no lo sabemos —contestó María—. De todas formas, seguro que no va ser nada fácil localizarlo y...

María se interrumpió al oír disparos a lo lejos. Aiden dijo entonces algo que McCaskey no captó.

—¿Qué ocurre, María? —preguntó McCaskey en tono angustiado.

Su ex amante tardó sólo unos segundos en contestarle, pero a Darrell se le hicieron interminables.

—Perdona —dijo luego María—. Los soldados han irrumpido en la nave central. Estábamos tratando de ver qué hacían... Hay muchos coches aparcados que nos estorban. Hemos oído varios disparos y luego... ¡mierda!

—¿Qué ocurre? —exclamó McCaskey.

Se oyeron varios pistoletazos y tableteo de subfusiles.

—¡María! —gritó McCaskey.

—Han dejado que los soldados los provocasen —contestó María.

—¿Quiénes? —preguntó Luis.

—Probablemente, los hombres de Puig, y puede que

algunos trabajadores —contestó María—. Se han oído disparos procedentes del interior de la nave principal. Han debido de dispararles a los soldados. Salen obremos... trompicándose. Varios han caído al suelo. Juan les está gritando a los que llevan armas que se rindan.

McCaskey miró a Luis. El oficial de la Interpol, que lo miró a su vez, estaba pálido.

—¡Es increíble! —exclamó María—. Los soldados le disparan a cualquiera que no suelte las «armas», aunque no esgriman más que simples barras de hierro. Se oyen gritos por todas partes. Parece que conminan a todos a rendirse.

—¿A qué distancia de donde os encontráis están los soldados? —preguntó McCaskey.

—A unos cuatrocientos metros. Pero hay muchos coches por aquí... Dudo de que nos hayan visto.

McCaskey sudaba. Habría dado cualquier cosa por sacar a María de allí, y a Aideen, por supuesto. Miró a su compañero, que parecía desconcertado y visiblemente inquieto.

—¿Y el helicóptero de la policía? —le preguntó McCaskey a Luis.

—Sigue allí.

—Ya lo sé. Me refiero a si podría conseguir autorización para que entrase en el recinto.

Luis alzó las manos con expresión de impotencia.

—Aunque pudiese, podríamos condenar a la dotación a una muerte cierta. Los soldados podrían creer que es una artimaña del clan y derribarlo.

McCaskey juró por lo bajo, lamentándose de que el comando Striker estuviese aún sobrevolando el Atlántico, a varias horas de allí.

Durante unos momentos, todos guardaron silencio. McCaskey siguió mirando a Luis. Había tres alternativas: que María y Aideen siguiesen donde estaban, que intentasen salir o que se entregasen. Si trataban de es-

cabullirse, y las veían, lo más probable era que las co-
sieran a tiros. Si quisieran entregarse, también era muy
probable que las matasen. Lo más seguro parecía que
siguieran donde estaban y utilizar su falsa identidad si
eran descubiertas. McCaskey se preguntaba qué podía
decidir Luis.

—¿Qué quiere hacer usted, María? —preguntó Luis.

—Eso me gustaría saber a mí —contestó María—. Ig-
noro lo que se proponen los atacantes. Están cogiendo
prisioneros. Docenas. Pero no tenemos ni idea de
adónde puedan llevarlos. Posiblemente, a ser interro-
gados. Quizá...

—¿Qué? —dijo Luis.

Se oyó una ahogada conversación y luego sólo leja-
nos disparos.

—¿María? —dijo Luis.

El murmullo de la conversación dejó de oírse. Sólo
se percibían sonidos de disparos.

—¿María? —insistió Luis.

—Ya no está aquí —contestó Aideen al cabo de un
momento.

—¿Cómo? —exclamó Luis.

—Va hacia la nave principal con las manos levantadas
—respondió Aideen—. Va a entregarse.

VEINTITRÉS

Lunes, 22.45. Washington, DC

Paul Hood acababa de recibir una llamada del jefe de Seguridad Nacional Steve Burkow.

—Preséntese en el gabinete de crisis de la Casa Blanca a las once y media de esta noche. Y, por favor, traiga cuanta información tenga sobre lo que ocurre en España —le ordenó Burkow.

Como es natural, Hood dijo que allí estaría sin falta a la hora requerida. Luego, fue al pequeño aseo del fondo de su despacho y cerró la puerta. Había un teléfono auxiliar adosado a la pared, bajo los interruptores de las luces. Después de darse unos chapoteos para despejarse, llamó a Bob Herbert. El asistente de Bob le dijo que estaba hablando con Darrell McCaskey y le preguntó que si se trataba de una llamada prioritaria. Hood le contestó que no y dejó el encargo de que lo llamase Herbert en cuanto pudiera.

Hood ya había terminado de refrescarse la cara y de recomponerse el nudo de la corbata cuando oyó sonar la línea interior. Se alegró de oírla. ¿Sería *ella*? Su cansada mente lo había retrotraído a Sharon y a sus hijos. Ignoraba la razón —¿acaso para flagelarse?—, pero no quería pensar en su familia en aquellos momentos. Cuando tenía que afrontar un acuciante problema en su trabajo, no era el mejor momento para ponerse a analizar su vida familiar.

Paul pulsó el botón del micrófono del teléfono auxiliar y se apoyó en el lavabo de acero inoxidable.

—Diga.

—Soy Bob, Paul —dijo Herbert—. Había pensado llamarlo de todas maneras.

—¿Qué noticias hay de Darrell?

—Muy preocupantes —respondió Herbert—. La ONR ha confirmado que cuatro helicópteros, aparentemente enviados por el general Amadori, han atacado los Astilleros Puig a las cinco y veinte, hora local. Aideen Marley y María Cornejo estaban en el parking, ocultas en su coche. Los soldados españoles han abatido a unas veinte personas antes de hacerse con el control de los astilleros, y han detenido a los demás. Según Aideen, que sigue en el coche y en contacto con Darrell, María se ha entregado a los soldados, con la idea de averiguar el paradero del general Amadori y poder pasarnos la información.

—¿Corre Aideen peligro inminente?

—Creemos que no. Los soldados no parece que vayan a dar ninguna batida por el parking. Según ella, sólo quieren llevarse a algunos rehenes y desaparecer de inmediato.

—¿Y María? ¿No pretenderá detener a Amadori ella sola?

—A decir verdad... no me atrevería a aventurar que no. En cuanto cuelgue, le voy a pedir a Liz el perfil psicológico que le hizo a María cuando trabajó aquí. Puede que eso nos diga algo.

—¿Qué opina Darrell? —preguntó Hood inquieto—. Nadie mejor que él conoce a María Cornejo.

Hood no creía demasiado en los «perfiles» de los psicoanalistas. Confiaba más en la percepción y en la intuición personal.

—¿De verdad cree que existe algún hombre que conozca a una mujer? —dijo Herbert.

Hood estuvo a punto de decirle a Herbert que se ahorrara ese tipo de comentarios, pero Sharon asomó en su mente como un flash y optó por guardar silencio. Herbert tiene razón, pensó.

—Pero para contestar a su pregunta —prosiguió Herbert—, Darrell dice que no se le ocurriría impedirselo. María es una persona obstinada y sumamente decidida. Dice que le bastaría tener a mano un bolígrafo o un clip para perforarle la arteria femoral.

—Bien —dijo el director del Centro de Operaciones, con una expresión que venía a significar que tendrían que arriesgarse a que María cometiese alguna imprudencia, ya que querer garantizarse que no la cometiera podía ser más peligroso y, en definitiva, entorpecer la misión.

Herbert ya no tenía más información sobre la muerte de Serrano, ni nada que confirmase su implicación en el asesinato de Martha, pero dijo que seguiría indagando.

Paul Hood le dio las gracias a Bob y luego fue a la Casa Blanca.

Como a aquellas horas había poco tráfico tardó menos de treinta minutos en llegar. Fue por el acceso oeste y, una vez pasado el control de seguridad, se adentró en el laberinto de espaciosos pasillos.

Al margen de su estado de ánimo, de la gravedad de cualquier crisis que tuviese que afrontar el Centro de Operaciones, al margen de su capacidad de cinismo, Hood siempre se emocionaba y se sentía un poco intimidado por la fuerza de la historia de la Casa Blanca. Era un nexo entre el pasado y el futuro. Dos de los «padres fundadores» vivieron allí. Lincoln preservó y consolidó la nación desde allí. La segunda guerra mundial se ganó desde allí. La decisión de conquistar la Luna se adoptó allí. Con las adecuadas dosis de sabiduría, coraje y habilidad, aquel púlpito podía llevar a la

nación —y por lo tanto al mundo— a lograr cualquier objetivo.

Cuando Paul Hood iba a la Casa Blanca, le resultaba difícil tener en cuenta las carencias o flaquezas de cualquiera de los líderes del país. Sólo sentía alentar la esperanza, cuyo fuego se avivaba con los potentes fueles del poder.

Hood cogió el ascensor principal que conducía al subsótano, donde se encontraba el gabinete de crisis. En el subsótano tres estaban el gabinete de guerra, una estancia blindada para el presidente y su familia y una cocina.

Un joven centinela saludó a Paul Hood, que posó la palma de la mano sobre la placa de un escáner. Cuando el aparato dio su aprobación con un doble bip, Hood pasó bajo el detector de metales. Luego, un miembro de la Secretaría de la Presidencia lo condujo hasta el gabinete de crisis, una sala con paredes revestidas de madera que parecían recién barnizadas.

Steve Burkow ya estaba allí, junto al jefe de la JUEM Kenneth VanZandt y a Carol Lanning, en representación del ministro de Exteriores Av Lincoln, que se encontraba en Japón.

También estaba presente el director de la CIA, Marius Fox, un hombre ya casi cincuentón, de compleción y estatura medianas. Era moreno, llevaba el pelo corto y un terno gris oscuro a medida. Del bolsillo de la chaqueta asomaba siempre el complemento de un pañuelo de vivo color. No cabía duda de que era un hombre que disfrutaba con su trabajo. Siempre se le veía radiante.

«Porque es nuevo en el cargo», pensaba Hood cínicamente. Sería interesante ver cuánto tiempo soportaba la presión de la burocracia.

Había una larga mesa rectangular de caoba en el centro de la estancia, intensamente iluminada. Frente a

cada uno de los sillones había un TS-3 (teléfono de seguridad) y un monitor, con teclados extensibles bajo la mesa. El circuito informático era autónomo. Todo programa periférico, incluso los que procediesen de los ministerios de Exteriores o de Defensa, era desparasitado y revisado antes de dar vía libre a su conexión con el circuito. Adosados a las paredes había mapas en color que mostraban la localización de las bases norteamericanas en el extranjero, con banderitas que indicaban dónde había tropas norteamericanas y los puntos de crisis. Las banderitas rojas señalaban los lugares de crisis en curso, y las verdes, de crisis latentes. En el sector del mapa donde se encontraba España no había ninguna banderita (sólo una frente a la costa mediterránea que, probablemente, indicaba la presencia de un portaaviones para aerotransportar tropas, dentro del marco de la OTAN).

Casi al mismo tiempo que Hood saludaba a los presentes, entró en la sala el jefe del ejecutivo.

El presidente Michael Lawrence media más de 1,90 metros. Tenía pinta y talante presidenciales. Cualesquiera combinaciones que se formasen con «las tres ces» (carisma, calma y carácter) daban esta impresión. Lawrence poseía las tres características. Tenía el pelo plateado, ligeramente largo, y su voz bien impostada resonaba como debió de resonar la de Marco Antonio en la escalinata del Senado romano. Pero el presidente Lawrence parecía haber envejecido mucho desde que accedió al cargo. Era lo normal en todos los presidentes. Sin embargo, no era sólo el estrés que provocaba el cargo lo que los envejecía, sino el peso de cada una de las decisiones que adoptaban.

El presidente agradeció a todos su presencia y se sentó. Tras servirse café, le expresó su condolencia a Hood por la muerte de Martha Mackall. Se extendió sobre lo que significaba la pérdida de una diplomática

joven y con talento, y anunció haber encargado a un miembro de la Secretaría de la Presidencia la organización de un discreto funeral para honrar su memoria.

Hood le dio las gracias. El presidente había sido totalmente sincero en sus muestras de condolencia. Pero tenía una gran capacidad para desconectarse de un tema y pasar de inmediato a otro. Y así lo hizo entonces.

—Bien. A tenor de la información de que dispongo, parece que se ha creado en España una situación un tanto confusa. Lo primero que quiero recordarles es que no debemos confundir incidentes aislados con una cuestión de fondo. Tengan eso presente en el curso de la reunión.

—Parece ser, señor —se adelantó a decir Paul Hood—, que detrás de los incidentes está un general llamado Rafael Amadori, un fanático militarista disconforme con los niveles de autonomía de las distintas nacionalidades. Es de los que quiere la uniformidad a toda costa. En mi opinión, es un pequeño residuo enquistado en el ejército. Pero si un simple francotirador puede organizar una carnicería en un supermercado, como nos ha ocurrido aquí tantas veces, un general, con miles de hombres y moderno armamento a su disposición, podría desencadenar algo peor. Por lo pronto, de acuerdo a nuestras informaciones, él ha estado detrás del atentado al yate en el golfo de Vizcaya que le ha costado la vida a un grupo de empresarios que también conspiraban contra el gobierno. Asimismo, Amadori parece haber sido también el responsable de la muerte del diputado Serrano (el hombre con quien iba a entrevistarse Martha Mackall). Tenemos razones para creer que Serrano le tendió una trampa con la ayuda del grupo del yate.

—Según Bob Herbert, esto está por confirmar, señor Hood —lo atajó el presidente—. Lo repetiré: nues-

tra política es no interferir en los asuntos internos de otros países. Las excepciones, como Panamá y Granada, se debieron a cuestiones de seguridad nacional. Lo que nos preocupa al general VanZandt y a mí es que España es un aliado y miembro de la OTAN. Si la situación se deteriorase, y ello condujese a una caída del gobierno, no habría por qué intervenir. Eso sería un asunto interno. Pero lo que no podríamos permitir es que triunfase un golpe de estado, y que se instale otro tirano en Europa. A Franco lo dejamos tranquilo porque no tenía ambiciones respecto de otros países.

—¡Claro! Escarmentó en cabeza ajena. Pudo ver lo que hicimos con Hitler y con Mussolini —señaló Burkow.

—Sea por lo que fuere, no incordió más allá de sus fronteras —dijo el presidente—. Pero éste podría no ser el caso con otro general. ¿Qué opina usted, VanZandt?

El alto y distinguido oficial afroamericano abrió la carpeta que tenía delante.

—Tengo un informe sobre la carrera militar de Amadori. Ingresó en el ejército hace treinta y dos años —explicó VanZandt—. En la intentona golpista de 1981 estuvo de parte del poder legalmente constituido. Parece ser que ha colaborado con el CESID. Sin embargo, ha aprovechado sus viajes al extranjero para establecer contactos con grupos ultraderechistas.

—En definitiva, señores: si, por un lado, ese fanático pretende crearle problemas a un país amigo y aliado, se dedica a asesinar y, caso de tener éxito, pudiera desestabilizar el flanco mediterráneo de la OTAN, habrá que... neutralizarlo.

VanZandt meneó la cabeza y se recostó en el respaldo del sillón.

—Es un feo asunto, señor presidente —dijo el jefe de la JUJEM—. Un asunto muy feo.

—Lo sé, general —admitió el presidente—. Pero si a nadie se le ocurre nada mejor, no veo otra solución.

—¿Y si esperásemos? —aventuró el director de la CIA—. El tal Amadori podría cometer un error y autodestruirse, o quienes lo secundan podrían abandonarlo.

—Todo parece indicar que Amadori está dispuesto a utilizar los medios más expeditivos —dijo el presidente—. ¿Me equivoco?

—Una de mis agentes estaba allí cuando han ejecutado a los obreros de unos astilleros por el solo hecho de que... *podían* oponérsele.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —preguntó Carol Lan-ning horrorizada.

—Hace una hora —respondió Hood.

—Ese individuo debe de ser un maníaco genocida.

—Lo detendremos —dijo el presidente en tono enérgico.

—¿Cómo? —preguntó Burkow—. Oficialmente, no podemos hacerlo. Paul... Marius... ¿cuántos agentes tenemos allí que podamos utilizar?

—Tendré que preguntárselo a nuestro contacto en Madrid —contestó Fox—. Ya hace mucho que dejamos de considerar necesario tener una fuerte presencia en España.

Burkow miró a Hood y también el presidente. Hood guardó silencio. Si Fox no tomaba la iniciativa, ya imaginaba lo que se le venía encima.

—Su comando Striker vuela en estos momentos hacia España, ¿no, Paul? —dijo el presidente—. Y Darrell McCaskey ya está allí. Además, también está colaborando con ustedes una agente de la Interpol, que se ha entregado a los hombres de Amadori. ¿Qué me dice de esa agente, Paul? ¿Podemos contar con ella?

—Se ha entregado para averiguar dónde está el cuartel general de Amadori —respondió Hood—. No obs-

tante, ignoramos qué pueda hacer cuando esté cerca del general. No podemos garantizar que se limite a tratar de pasarnos la información. Podría decidir neutralizarlo.

Hood detestaba utilizar esta clase de eufemismos. Estaban hablando de asesinato; de lo mismo que tanto lo había indignado al saber que habían matado a Martha Mackall. Y exactamente por la misma razón: política. Desde luego... no había duda alguna: era un feo asunto. Su trabajo era un feo trabajo. En aquellos momentos, habría preferido estar con su familia en lugar de allí.

—¿Cómo se llama esa agente? —preguntó Lawrence.

—María Cornejo, señor presidente —contestó Hood—. Tenemos su expediente. Durante varios meses colaboró con el Centro de Operaciones, en nuestras primeras misiones.

—¿Y qué haría esa agente si contase con el apoyo del comando Striker? —quiso saber el presidente.

—No estoy seguro —reconoció Hood—. Es más, no creo que cambie mucho las cosas que actúe en solitario o con apoyo. Es muy dura e individualista.

—Pues... averígüelo, Paul —le ordenó el presidente—. Pero hágalo discretamente. No quiero que esto salga del Centro de Operaciones hasta que se haya terminado.

—Entendido, señor —dijo Paul.

El director del CO lo dijo en un tono abatido, tanto como su estado de ánimo. Nadie había abierto la boca para ofrecerle apoyo sustancial. No era ningún niño. Al aceptar el cargo, ya sabía que, en cualquier momento, podían ordenarle organizar una operación típica de «guerra sucia»: utilizar el Striker, o a cualquiera de sus agentes, para neutralizar a un enemigo. Pero ahora tenía que afrontarlo, y no le gustaba nada la idea. No le gustaba la misión y, menos aún, que el CO

tuviere que cargar con ella en solitario. El éxito significaría consumir un asesinato; el fracaso, un cargo de conciencia. Y en ningún caso se libraría del remordimiento. No había vuelta de hoja.

Carol Lanning parecía leerle el pensamiento. Ella y Hood siguieron sentados frente a la mesa cuando el presidente y los demás se hubieron marchado. Todos se limitaron a despedirse con el habitual saludo. ¿Qué más podían decir? ¿Buena suerte? ¿Ánimo? ¿Péguele un tiro a ese tipo por nosotros?

Carol posó la mano derecha en las de Hood.

—Lo siento —le dijo—. Me hago cargo de la papeleta que le ha caído encima, pero nadie ha dicho nunca que el trabajo de los servicios de inteligencia sea un trabajo limpio.

—No, ciertamente —reconoció Hood, que sintió el impulso de levantarse, pero estaba tan cansado y abatido que siguió sentado.

—No dude en decírmelo, si puedo ayudarlo en algo... oficiosamente —se ofreció Carol Lanning, que le estrechó la mano y se levantó—. Ha de verlo como un trabajo, Paul. No hay más remedio.

—Gracias —dijo Paul—. Pero... si lo enfoco así, no veo qué diferencia pueda haber entre yo y Amadori.

—Pues sí —reconoció Carol—. A usted nunca se le ocurrirá pensar que lo que hace está bien; sólo que es necesario.

La verdad era que Paul no veía la diferencia, pero no era momento de ponerse a elucubrar. Porque le gustase o no, tenía una misión que cumplir. Y, por tanto, tendría que ayudar al comando Striker, a Aideen Marley y a Darrell McCaskey a cumplir con la suya.

El director del Centro de Operaciones se levantó lentamente y salió con Carol Lanning del gabinete de crisis. Era una ironía. En cierta ocasión, pensó que dirigir la alcaldía de Los Ángeles era muy duro, porque

provocaba uno las iras de muchos grupos de intereses y estaba siempre expuesto a la opinión pública. Ahora que trabajaba en secreto, se sentía solo, en lo profesional y en lo personal, más solo que nunca.

No recordaba quién había dicho que para poder dirigir a los demás había que darles la espalda. Pero quien lo dijese tenía razón. Por eso Michael Lawrence era presidente y él no. Ésa era la razón de que alguien como Michael Lawrence *tuviese* que ser presidente.

Hood cumpliría con su misión porque era su deber. Sin embargo, se juró que ahí se habría terminado para él aquel trabajo. Allí en la Casa Blanca, que tanto lo había impresionado hacía menos de una hora, se había jurado que, al margen de cómo terminase aquella misión, dejaría el Centro de Operaciones... y recuperaría a su familia.

VEINTICUATRO

Martes, 6.50. Donostia

El estruendo de los motores de los cuatro helicópteros despertó a los donostiarras que aún dormían. El intenso tiroteo que siguió alarmó a quienes vivían más cerca de los Astilleros Puig.

El padre Norberto se quedó en el apartamento de su hermano hasta mucho después de que la policía retirase el cuerpo de Adolfo. Había seguido allí, arrodillado en el suelo de madera para rezar por el alma de su hermano. Pero al oír el tiroteo y los gritos de muchos viandantes que gritaban «¡En los astilleros!», regresó de inmediato a la iglesia.

Al llegar a las inmediaciones del templo alzó la vista. Varios helicópteros sobrevolaban el recinto de la constructora naval. Pero no tenía tiempo de detenerse a elucubrar sobre lo que debía de estar ocurriendo. Ya llegaban a la iglesia mujeres, niños y ancianos. Tenía que estar a disposición de sus feligreses, ocuparse de ellos, no de su propio dolor.

—La llegada del padre Norberto fue saludada con exclamaciones de alivio de quienes estaban frente a la iglesia. Él les sonrió y correspondió a los saludos en un tono tranquilizador. Luego, con pausados ademanes, les indicó que entrasen y se sentasen en los bancos.

Ya en el interior, mientras encendía velas detrás del púlpito, le pidió al abuelo José que saliese a la puerta e

hiciese entrar ordenadamente a quienes fuesen llegando. El ex capitán del servicio de guardacostas, un hombre muy devoto, aceptó la tarea humildemente. Sus grises ojos brillaban de satisfacción al saberse útil.

Cuando hubo encendido las velas y la iglesia se llenó del reconfortante resplandor que proyectaban las llamas, el padre Norberto fue hasta el altar. Se apoyó en el borde unos momentos, como si temiese perder el equilibrio. Luego, empezó a officiar la santa misa, confiando en que la evocación divina les sirviese a todos de consuelo. Pero no tardó en percatarse de que seguía tan desconsolado como al ver expirar a su hermano. Su único consuelo era la esperanza de proporcionárselo a los demás.

Cuando el consternado jesuita hubo terminado de officiar la misa, se dirigió a sus inquietos feligreses, que ya pasaban del centenar. El calor de sus cuerpos y de su temor llenaba la pequeña y lóbrega iglesia. El olor del aire del mar llegaba a través de la puerta abierta, e indujo al padre Norberto a evocar a Mateo.

Con voz bien impostada leyó a los feligreses:

—Y Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo, oh, hombres de poca fe?» Luego, Él se levantó, ahuyentó la tempestad y se hizo la calma.

Las palabras del Evangelio, unidas a la necesidad de la gente, fortalecieron al sacerdote. Muchas personas siguieron llegando a la iglesia, atemorizadas por lo ocurrido y por los alarmistas comentarios de muchos que aseguraban que a aquel tiroteo seguirían violencias en las calles.

El padre Norberto no oyó que el teléfono sonaba en la rectoría. Pero el abuelo José sí. El anciano contestó y luego se acercó al sacerdote, tan rápido como le permitieron sus viejas piernas.

—¡Padre! —le susurró nerviosamente al oído—. Padre, de prisa, ¡venga...!

—¿Qué ocurre?

—Es de Madrid; el secretario del superior general González, que quiere hablar con usted —le explicó el abuelo José.

—¿Estás seguro de que es conmigo con quien quiere hablar? —exclamó el sacerdote mirándolo.

José asintió repetidamente con la cabeza. Desconcertado, el padre Norberto fue hasta el púlpito y cogió la Biblia. Se la pasó al miembro más antiguo de su parroquia y le pidió que leyese otros fragmentos del Evangelio hasta que él regresara. Luego, el padre Norberto salió rápidamente, preguntándose qué quería de él el superior general.

El padre Norberto cerró la puerta de la rectoría, se sentó frente a su vieja mesa de roble y cogió el teléfono.

Era el padre Francisco quien lo llamaba. El joven sacerdote lo había llamado para informarle de que debía presentarse en Madrid a la mayor brevedad.

No era una invitación, era una orden.

—¿Cuál es la razón? —preguntó el padre Norberto.

En principio, tenía que haberle bastado que el superior general González quisiera hablar con él personalmente. Porque el superior general dependía directamente del papa y su palabra tenía la autoridad vaticana. Pero cuando se trataba de cuestiones relativas a la provincia y a sus cinco mil jesuitas, González solía consultar a su viejo amigo, el padre Iglesias, de la diócesis de Bilbao. Tanto mejor, pensaba el jesuita. Porque a él sólo le interesaba estar cerca de sus feligreses, no llegar a obispo.

—Sólo puedo decirle que ha convocado a varios —contestó el padre Francisco.

—¿Ha llamado también al padre Iglesias?

—No está en mi lista —contestó el padre Francisco—. Le han reservado a usted billete en un vuelo de las

ocho treinta. ¿Puedo decirle al superior general que estará usted a bordo?

—Si se me ordena sí —contestó el padre Norberto.

—Ése es el deseo del superior general —lo corrigió amablemente el padre Francisco.

Cuando de eufemismos eclesiásticos se trataba, el padre Norberto sabía que ordenar y desear venían a ser lo mismo. El sacerdote dijo que allí estaría. El padre Francisco le dio las gracias y colgó. El sacerdote volvió entonces al interior del templo.

El jesuita tomó de nuevo la Biblia de manos del abuelo José y siguió leyéndoles a sus fieles el Evangelio de Mateo. Pero por más que se esforzase, su pensamiento y su corazón estaban en otra parte. Estaban con su hermano y con su congregación. Muchos de sus feligreses estaban allí ahora, sentados en los bancos y de pie en los pasillos.

A juzgar por el modo en que le habló su hermano la noche anterior, lo ocurrido hasta entonces no habían sido más que escarceos.

Cuando creyó que sus feligreses estaban ya más tranquilos —después de siete años en aquella parroquia era algo que notaba con sólo mirarlos—, cerró la Biblia y les habló en términos generales acerca de los peligros y del dolor que acaso los acechasen. Les rogó que abriesen sus hogares y sus corazones a aquellos que hubiesen sufrido la pérdida de algún ser querido. Luego, les dijo que, aquella misma mañana, debía ir a Madrid para hablar con el superior general acerca de la crisis que afectaba al país.

—Lo necesitamos aquí, padre Norberto —le suplicó una joven que estaba sentada en el primer banco.

—Querida Isabel, no me voy por mi gusto. Son deseos del superior general.

—Pero mi hermano trabaja en los astilleros, y no sabemos nada de él. Estoy asustada.

El padre Norberto se acercó a la joven. Vio el temor y el dolor en sus ojos y se esforzó por sonreírle.

—Sé cómo te sientes, Isabel. Lo sé porque yo he perdido hoy a mi hermano.

—Oh, padre... —exclamó Isabel tan sorprendida como consternada.

La sonrisa del padre Norberto no se desvaneció. Por el contrario, se hizo más abierta, como si quisiera dar ejemplo de fortaleza.

—Esta madrugada han matado a mi hermano Adolfo —dijo el padre Norberto—. Ojalá mi viaje a Madrid sirva de algo. No quiero que mueran más hermanos nuestros —añadió tocando la mejilla de Isabel—. ¿Querrás ser fuerte por mí?

Isabel tocó su mano. Le temblaban los dedos y tenía lágrimas en los ojos.

—No sabía lo de Adolfo... —susurró Isabel—. Lo siento muchísimo...: Sí, le prometo que seré fuerte.

—Así me gusta —dijo el sacerdote que, al alzar la vista, vio que los presentes estaban llorosos—. Necesito que seáis fuertes, que no os dejéis abatir, ocurra lo que ocurra —suplicó mirando hacia los bancos.

Luego, el padre Norberto se volvió para encarar al abuelo José, que estaba de pie en el pasillo, a su derecha, y le pidió que se hiciese cargo de la iglesia hasta su regreso; que leyese la Biblia a los feligreses, hablase con ellos y los consolase.

—Sí, padre —prometió el abuelo José, agradecido por la confianza que implicaba el encargo.

—Atravesamos momentos difíciles —dijo el jesuita—. Pero tanto si estoy aquí como en Madrid, afrontaremos todo esto juntos, con fe, esperanza y... coraje.

—Amén —añadió Isabel audiblemente.

—Amén —repitieron a coro los feligreses.

Pese a que no había dejado de sonreír, el padre Norberto no pudo contener las lágrimas. No obstante, no

eran lágrimas de tristeza sino de orgullo. Allí, frente a él, tenía algo que ningún general ni ningún político tendrían nunca, por más sangre que derramasen: la confianza y el amor de la gente de bien. Al mirar sus rostros, el sacerdote se dijo que Adolfo no había muerto en vano. Su muerte había contribuido a unir a su congregación, a fortalecerla.

El conmovido jesuita salió de la iglesia entre los buenos deseos y las oraciones de sus parroquianos.

De camino a la rectoría no pudo evitar pensar en lo paradójico que resultaba que a través de Adolfo, un agnóstico, su congregación hubiese resultado fortalecida. Porque hacía mucho que su pequeña iglesia no se llenaba. Se dijo que, acaso, Dios había dispensado aquella gracia santificadora como un medio de expiación del pecado de Adolfo. El padre Norberto no tenía ninguna razón para creerlo así, ningún precedente teológico. Pero tal como se había demostrado aquella mañana, la esperanza era siempre un poderoso asidero.

VEINTICINCO

Martes, 8.06. Madrid

Una vez que los soldados se hubieron apoderado de los Astilleros Puig, obligaron a alinearse a la treintena de trabajadores supervivientes y comprobaron sus carnets de identidad.

Mientras observaba a los soldados, María comprendió que los principales dirigentes del clan Puig seguían con vida. Amadori podría utilizarlos para juicios propagandísticos. Podría mostrarle al país y al mundo que había desarticulado un clan de conspiradores, aunque lo más probable era que quienes habían sido abatidos a tiros no fuesen culpables de nada. De haber seguido con vida, habrían podido proclamar su inocencia, insistir en que no eran miembros del clan. Pero, muertos, podían ser lo que Amadori quisiera.

Los trabajadores de los astilleros que figuraban en la lista del suboficial que mandaba el pelotón fueron conducidos al tejado en cuya vertical fue a situarse uno de los helicópteros. El piloto maniobró con pericia y descendió lo justo para que pudiesen embarcar sin desplegar la escalerilla. Luego, remontó el vuelo y transportó al grupo hasta un claro de un bosque de las afueras de Bilbao, donde quince trabajadores y María fueron introducidos en un barracón a punta de pistola.

Juan y Fernando estaban entre los prisioneros, esposados. Ninguno de ellos habló ni miró a María, que

confiaba en que no creyesen que ella les hubiese tendido una trampa.

María no habría podido demostrar nada en aquellos momentos. El tiempo y los hechos, no las protestas de inocencia, serían más elocuentes. Se alegraba de estar allí. Al entregarse, se había acercado a la nave principal del complejo con las manos levantadas, confiando en que los soldados no disparasen. En cuanto la vieron, le ordenaron que no se moviese de donde estaba y dos soldados se le acercaron corriendo. Mientras uno de ellos la cacheaba, María les dijo que tenía un mensaje personal para el general Amadori. No sabía qué iba a decirle al general, pero pensó que ya se le ocurriría algo. El hecho de que ella supiese el nombre del general pareció desconcertar a los soldados. No la trataron con especial consideración, pero tampoco la maltrataron.

Los prisioneros permanecieron agrupados y en silencio, expectantes, aguardando a ver si los llevaban a otro lugar o si acudía alguien a hablar con ellos.

Al poco, llegó de Madrid un avión. Lo vieron llegar a través de las ventanas del barracón y, de pronto, temieron que fuese a echárseles literalmente encima. Pero al momento advirtieron que el piloto sabía perfectamente lo que hacía. Viró con suavidad, describió un amplio círculo a menos de un kilómetro del claro donde ellos habían aterrizado y picó el morro hacia lo que, sin duda, debía de ser una pista camuflada. Al cabo de unos momentos, entraron los soldados y los hicieron formar y dirigirse de nuevo al helicóptero.

Apenas hubieron embarcado, avistaron lo que, efectivamente, era una pista camuflada. Había en derredor una vegetación tan tupida que sólo podía verse desde muy cerca, o desde la vertical.

La operación de transbordo, que duró apenas quince minutos, se realizó con orden. Ninguno de los prisioneros trató de resistirse. Y durante el vuelo, dos sol-

dados les vendaron las heridas a sus prisioneros en silencio. Tampoco los trabajadores hablaron con ellos.

Sentada en uno de los veinticuatro asientos de la pequeña cabina, María empezó a trazar mentalmente su plan. No podía hablar con nadie salvo con Amadori, que accedería a recibirla (en eso confiaba) porque ella podía decirle lo mucho que sabían de él los servicios de inteligencia internacionales. Quizá eso lo hiciese desistir de sus propósitos. Pero tampoco descartaba que al general le tuviesen sin cuidado que se divulgasen sus fechorías. Y había otro aspecto a tener en cuenta: la posibilidad de que el hecho de hablar con él lo enfureciera. Sentirse amenazado, desafiado, podía hacer que, paradójicamente, al tener que batirse a la defensiva se volviese más agresivo.

María no llegó a dormir durante el vuelo, pero aprovechó para relajarse. Al cabo de menos de una hora, el aparato empezó a descender. A través de la ventanilla avistó un recinto que parecía militar, pero que resultaba evidente que no eran más que unas improvisadas instalaciones (una empalizada y varios barracones). Incluso había rollos de alambre de espino junto a la empalizada, como si estuviesen terminando de hacerla más segura. Sin embargo, se percató de la presencia de varios helicópteros y numerosos jeeps.

—En plena sierra —le oyó musitar a uno de los prisioneros.

Muy cerca de Madrid, como era lógico. Desde allí, cualquier ciudad de la geografía española estaba a menos de una hora de vuelo.

Entonces creyó ver claro. Era evidente que Amadori no contaba con apoyos logísticos en la estructura de la institución militar. De lo contrario, habría utilizado instalaciones del ejército. Y *aquello*, tanto en Bilbao como ahora en las cercanías de Madrid, eran recintos improvisados. En cierto sentido, era casi peor. Amado-

ri era un loco que debía de haberse atraído ciertas voluntades y conseguido material del ejército. Pero no podían subestimar su capacidad para provocar un desastre. No obstante, sí que podían engañar a los muchos hombres que, oficialmente, tenía a su mando.

Quizá todo hubiese sido más sencillo si alertaban a las autoridades españolas, pero no eran ésas las órdenes que tenía. Había que detener a Amadori. Ahora bien, ¿cómo?

Los dieciséis prisioneros fueron divididos en dos grupos y subidos a sendos camiones que, de inmediato, salieron hacia la capital.

Había poco tráfico por la carretera que siguieron para enlazar con la autopista, pero se fue adensando a medida que se acercaban a Madrid.

Los camiones tomaron una de las salidas de la autopista, siguieron hasta el cruce de una carretera secundaria y, al cabo de unos veinte minutos, enfilaron por un camino sin asfaltar que terminaba en lo que, desde lejos, parecía un imponente edificio pero que, a medida que se acercaron, se reveló como un viejo palacete con todas las trazas de haber estado abandonado durante mucho tiempo.

Los camiones se detuvieron frente a un desvencijado portón y los soldados les ordenaron bajar y los condujeron al interior. Al fondo de un pasillo había una puerta abierta, y dos centinelas montando guardia a ambos lados.

«Claro —pensó María—. ¿Qué sería de un golpista sin un “centro de detención”?» Habría allí no menos de trescientas personas sentadas en el suelo: mujeres, niños e incluso varios ancianos.

María comprendió que allí era donde Amadori debía de tener su cuartel general. Ni la policía ni el ejército podrían atacarlo, porque tres centenares de personas constituían un formidable escudo humano.

Un sargento salió de la sala y les gritó a los recién llegados que entrasen. Cuando María llegó a la puerta, se detuvo y miró al suboficial.

—Debo ver al general de inmediato —le dijo—. Tengo una importante información para él.

—Ya tendrá ocasión de decirnos todo lo que sepa —replicó el apuesto suboficial sonriéndole con sorna—. Y... hasta puede que nosotros tengamos ocasión de... hacerle un favor —añadió a la vez que la cogía de un brazo y la empujaba al interior de la sala.

María dio un paso adelante para no perder el equilibrio,ladeó el cuerpo y le dio un manotazo al sargento en la mano que le sujetaba el brazo. Bastó la momentánea distracción del suboficial para que María, con un rápido y hábil movimiento de su mano izquierda, le arrebatase al sargento la pistola de 9 mm cuya culata asomaba de la pistolera.

La agente encañonó al sargento en la sien. Dos soldados que estaban a pocos pasos se les acercaron, pero ella retrocedió sin dejar de encañonar al suboficial.

—¡Quietos! —les gritó a los soldados, que no habrían podido dispararle sin herir al sargento.

Los soldados obedecieron. Los prisioneros que habían ido con ella se quedaron estupefactos. Algunos la vitorearon. Juan la miró con expresión admirativa y confusa.

—Bien... —dijo María—. Ahora me vas a escuchar atentamente, soldadito, o te vuelo la tapa de los sesos.

—La escucho... la escucho... —balbuceó el sargento.

—Quiero ver a un ayudante de campo del general —exigió María.

No era cierto. Quería ver a Amadori. Pero si pedía ver al general de buenas a primeras, no lo conseguiría. Su idea era darle al oficial que accediese a hablar con ella más información de la que éste pudiese asumir, al objeto de que la fuesen pasando por la cadena de mando.

A pocos metros de la entrada de la sala que utilizaban como «centro de detención» se abrió una puerta, y un joven capitán de pelo negro y ensortijado asomó al pasillo. Su expresión pasó en un instante de la perplejidad al enojo y del enojo a la ira. Llevaba un 38 al cinto. Se acercó a grandes zancadas a María, cuyos verdes ojos le sostuvieron la mirada.

La experta agente española optó por no ser la primera en hablar. Cuando había rehenes de por medio, el inicio de toda negociación tenía un carácter opuesto al del comienzo de una partida de ajedrez: quien hacía el primer movimiento estaba siempre en desventaja, porque equivalía a dar información. Aunque sólo fuese por el tono de la voz, tomar la iniciativa permitía al adversario calibrar el grado de confianza en sí mismo que tuviese el otro. Y a menudo esta información bastaba para saber si quienes tuviesen en su poder a los rehenes estaban dispuestos a matarlos, a negociar o a ganar tiempo hasta poder decidir el siguiente paso a dar.

El uniforme del oficial, de color marrón oscuro, estaba impecable. Sus negras botas relucían. Sus pisadas resonaban en las baldosas del suelo. Iba perfectamente afeitado. No cabía duda de que era un oficial destinado a tareas de mesa. Lo más probable era que no tuviese ninguna experiencia de combate, ni siquiera en juegos de simulación bélica. Eso podía jugar a favor de María. El capitán difícilmente podría adoptar ninguna decisión importante sin consultar con un superior.

—Vaya, vaya... Por lo visto aquí tenemos a alguien que no quiere colaborar.

El oficial lo dijo en tono enérgico. María miró su mano derecha. No parecía tener intención de desenfundar la pistola. Si, tal como creía adivinar, era un burócrata del ejército que jamás había tenido que mirarle a los ojos a nadie y apretar el gatillo, no lo haría. Sin

embargo, no podía descartar que el capitán quisiera impresionar a sus soldados, y a los prisioneros, dándole una lección a aquella insolente mujer que se había atrevido a desarmar y a amenazar a un sargento. Pero si el capitán intentaba desenfundar, María ya había decidido dispararle a la cabeza al sargento y correr escaleras arriba.

—Todo lo contrario, capitán —dijo María.

—Explíquese —le espetó el oficial, que estaba a menos de tres metros de ella.

—Soy agente de la Interpol. Llevo encima mi identificación. Estaba cumpliendo una misión secreta y, accidentalmente, me he visto rodeada como el resto del clan.

—¿Qué misión secreta? —preguntó el capitán.

—Localizar a los asesinos de Adolfo Alcázar, el activista que ha volado el yate. Lo han asesinado esta mañana.

Eso era cierto, desde luego. No obstante, se abstuvo de decir que trataba de indagar sobre Amadori. Y tal como ella esperaba —pues lo dijo en voz bien alta—, Juan la oyó.

—¡Traidora! —le gritó Juan.

El capitán le hizo una seña a un soldado, que golpeó a Juan en la rabadilla con la porra. Éste gritó de dolor y arqueó el cuerpo, pero María no se inmutó.

—¿Sabe usted quién ha cometido el asesinato? —preguntó el capitán.

—Sé algo más que eso —respondió María.

El capitán se detuvo a dos metros de ella y la estudió unos momentos.

—Escúcheme, capitán: voy a soltar al sargento y a devolverle el arma. Luego, tengo una petición que hacerle.

María no le dio tiempo al oficial para pensar. Bajó el arma, apartó al sargento, asió la pistola por el cañón y

se la tendió al oficial que, con un ademán, le indicó al sargento que la aceptase. El suboficial siguió la indicación, aunque titubeó unos momentos antes de volver a enfundarla.

—Acompáñeme —le dijo el capitán a María.

El oficial había picado. Dio media vuelta y María lo siguió hacia su despacho. Subieron por una escalera y se cruzaron con soldados que transportaban mesas, sillas, teléfonos y ordenadores. Estaban habilitando una amplia estancia para servir de centro de mando. En cuanto estuvieron en el despacho, el capitán se volvió hacia María.

—Ha sido usted muy valiente.

—Mi misión lo exigía. No podía permitirme que me la obstaculizasen.

—¿Cómo se llama usted?

—María Cornejo.

—Tengo entendido que el autor del atentado ha muerto, agente Cornejo. ¿Quién lo ha matado?

—Miembros del clan Puig. Pero eso es lo de menos. No lo han hecho solos.

—¿Qué quiere decir?

—Cuentan con el apoyo de los norteamericanos. Tengo nombres y detalles sobre las acciones inmediatas que se proponen llevar a cabo.

—Dígame usted.

—Se lo diré... al mismo tiempo que al general.

—No juegue conmigo —dijo el oficial sonriéndole irónicamente—. Puedo ordenar que mis hombres la interroguen, y obligarla a darme esa información.

—No lo dudo. No obstante, perdería una valiosa aliada. Y además, capitán, ¿está seguro de que conseguiría la información a tiempo?

El oficial siguió con su irónica expresión mientras pensaba en las palabras de aquella mujer que acababa de dar muestras de un gran valor... y de una gran pre-

paración. De pronto, el capitán se dirigió por señas a un soldado que transportaba dos sillas. El soldado dejó las sillas en el suelo, se acercó a ellos y se cuadró.

—Quédese con ella —le ordenó el oficial.

—A la orden, capitán.

El capitán salió del despacho. María encendió un cigarrillo y le ofreció uno al soldado, que lo rechazó respetuosamente. Al aspirar el humo, María pensó en qué haría si el capitán le comunicaba que el general no quería recibirla. Tendría que intentar huir. Tratar de hacerle llegar a Luis la información sobre el cuartel general del megalómano Amadori. Y confiar en que acudiese alguien a detenerlo.

Era mucho esperar: escapar, informar a Luis, que lograsen reducir a tiempo a aquel insensato... Pensó en cómo podía componérselas, en caso necesario, para arrebatarse al capitán el arma, igual que había hecho con el sargento. Llegar hasta el despacho del general y pegarle un tiro, equivalía a burlar la vigilancia de una veintena de soldados. De manera que lo más sensato era tratar de llegar hasta Amadori por medios pacíficos y hablar con él. Decirle algo que lo obligase a reflexionar. Luego, volver con Luis y pensar en el medio de neutralizar a Amadori.

El capitán regresó antes de que María terminase el cigarrillo. Al ver que el oficial le sonreía amablemente, María dedujo que se había salido con la suya.

—Acompáñeme, agente Cornejo. El general ha accedido a recibirla.

María le dio las gracias (siempre había que expresar agradecimiento al mensajero, por si lo volvía uno a necesitar). Levantó el pie derecho, apagó el cigarrillo en la suela del zapato y lo volvió a guardar en el paquete. El oficial le dirigió una mirada de curiosidad.

—Es una costumbre que adquirí en mis primeras misiones.

—¿Para no desperdiciar recursos? ¿O para no arriesgarse a que se prenda un fuego que la delate?

—Ni por lo uno ni por lo otro. Para no dejar rastros.

—Ah, muy lista —ironizó el capitán.

María lo miró con expresión risueña y condescendiente. Lo había hecho para poner a prueba al oficial. Le había querido dejar entrever que era una agente preparada para misiones de infiltración...

VEINTISÉIS

Martes, 8.11. Zaragoza

El transporte C-141B se posó en la larga pista de la base de Zaragoza, la mayor que la OTAN tenía en España. El atronador estruendo de los turbohélices Pratt & Whitney cesó al detenerse el aparato, que había hecho una escala técnica en Islandia para repostar.

Durante el vuelo, el coronel August del comando Striker había recibido puntuales informes de Mike Rodgers, incluyendo una completa versión de la reunión en la Casa Blanca. El general Rodgers le anunció que Darrell McCaskey les comunicaría cuáles eran sus instrucciones con respecto al general Amadori. Darles estas instrucciones in situ y personalmente no se debía sólo a razones de seguridad, sino, también, a una vieja tradición de las unidades de élite: si enviaba uno un comando a cumplir una misión peligrosa, había que mirar a los miembros del comando a los ojos. Un jefe militar que no estuviese en condiciones de proceder así carecía de la entereza y, por lo tanto, del derecho a enviar a nadie a afrontar el peligro.

El coronel August había pasado varias horas examinando el expediente del general Amadori, que figuraba en los archivos de la OTAN, pues aunque Amadori no había participado nunca en maniobras de la OTAN, era un alto oficial de un país miembro de la organización.

Rafael Leoncio Amadori se había criado en Burgos y había ingresado en el ejército en 1966, a los veinte años. Cuatro años después, fue destinado a la guardia personal de Franco, debido a la amistad de éste con el padre de Amadori, Jaime, un zapatero que, durante años, fue el encargado de hacer sus botas a medida. Cuando Amadori ascendió a teniente, en 1972, se incorporó al servicio de contraespionaje de Franco. A eso se debía que conociese a Antonio Aguirre, diez años mayor que él, que se convertiría en su mano derecha y su principal consejero. Aguirre era, a su vez, consejero de Franco en cuestiones de política interna.

Una vez en el seno del círculo de allegados a Franco, Amadori fue personalmente encargado de vigilar y eliminar a quienes se oponían al régimen. Con la muerte de Franco, en 1975, Amadori se reincorporó a tareas propiamente militares. Sin embargo, los años que había pasado dedicado a misiones de inteligencia no habían sido en vano. Amadori ascendió rápidamente, más rápidamente de lo que sus méritos podían justificar. Lo que August suponía era que, con toda probabilidad, sus ascensos habían sido consecuencia de haber reunido datos comprometedores acerca de quienes pudieran obstaculizar o impedir su fulgurante carrera.

El coronel August estaba convencido de que si lo que se gestaba era un golpe de estado —y tenía aquella pinta—, no sería algo que hubiese surgido por generación espontánea. Al igual que el niño norteamericano que crecía con el sueño de llegar a ser presidente, Amadori había crecido con el sueño de llegar a ser Franco.

August había viajado a España con sólo seis miembros del comando Striker, ya que en Cuba se gestaba una situación que podía requerir contar allí con algunos efectivos humanos y por consiguiente, el sargento Chick Grey se había quedado con un grupo de *strikers*

por si eran necesarios. Grey era un hombre inteligente y con dotes de mando. Pronto ascendería a teniente.

En España, el segundo del coronel August sería el soldado Pat Prementine. El serio suboficial, experto en tácticas de infantería, se distinguió en el rescate de Mike Rodgers y de sus hombres en la operación del valle de la Bekaa. Los soldados Walter Pupshaw, Sondra DeVonne, David George y Jason Scott también tuvieron un brillante comportamiento en aquella operación, igual que en ocasiones anteriores. También estaba con ellos Ishi Honda. Ni el coronel August ni su predecesor, el malogrado teniente coronel Charles Squires, habrían ido a ninguna parte sin su formidable operador de radio.

Los *strikers* se despojaron de los uniformes y se vistieron con ropas de civil antes de aterrizar. En la base los esperaba un helicóptero de la Interpol, camuflado como aparato privado, que los condujo directamente a un aeródromo cercano a la capital. Los *strikers* llevaban consigo el uniforme y la impedimenta en enormes bolsas. Ya en el aeródromo, los miembros del comando se dividieron en dos grupos y subieron a sendas furgonetas, que los condujeron hasta el edificio en el que se encontraba la oficina de Luis García.

Los recibió Darrell McCaskey, que aguardaba el regreso de Aideen Marley.

McCaskey y August se retiraron a un pequeño y atestado despacho de un agente, que se había ausentado para cumplir con un servicio fuera de la oficina. McCaskey se había apropiado una cafetera portátil y la tenía allí.

—Me alegro de verlo —dijo McCaskey cerrando la puerta.

—Lo mismo digo —correspondió August.

—Tome asiento.

El coronel August miró en derredor. Las dos únicas

sillas estaban ocupadas con pilas de abultadas carpetas, por lo que optó por sentarse en el borde de la mesa. Siguió con la mirada a McCaskey, que le estaba sirviendo café en un vaso de plástico.

—¿Cómo lo toma? —preguntó McCaskey.

—Solo, sin azúcar.

McCaskey le tendió el vaso y luego llenó uno para él. El coronel bebió un sorbo y dejó el vaso en la alfombra del ratón.

—Me ha salido fatal, ¿verdad? —dijo McCaskey señalando al café.

—Bueno... pero es gratis —dijo August sonriente.

McCaskey sonrió también.

August no tardó en reparar en que McCaskey era lo que en los cuerpos de élite llamaban un «cecé» (cansado pero coriáceo). El ex militar estaba ciertamente agotado, pero ansioso por entrar en acción, y recurría a sus reservas de adrenalina y a la cafeína. Cuando la crisis pasase, McCaskey iba a necesitar una larga temporada para recuperarse.

—Déjeme que lo ponga al corriente de los últimos acontecimientos —dijo McCaskey.

El «huevo» electromagnético creado por Matt Stoll, que McCaskey tenía encima de la mesa, garantizaba la seguridad de la conversación.

—Aideen Marley regresa a Madrid. Estaba en los Astilleros Puig de Donostia cuando han sido atacados por los hombres de Amadori. ¿Lo sabía usted?

El coronel August asintió con la cabeza y McCaskey miró el reloj.

—El helicóptero en el que regresa Aideen deberá aterrizar dentro de unos cinco minutos. Aideen vendrá directamente aquí. Ha ido a Donostia a averiguar algo acerca de los hombres y los apoyos con que pueda contar Amadori. La compañera de Aideen en la misión, María Cornejo, se ha entregado a los soldados de

Amadori. No sabemos exactamente dónde está el cuartel general de esos chiflados. Confiamos en que María lo averigüe y consiga pasarnos la información. ¿Ha hablado usted con Mike?

—Sí.

—Entonces ya debe de tener una idea de cuál es su misión.

—Sí.

—En cuanto Amadori sea localizado —dijo McCaskey mirando a August—, debe ser apresado o eliminado.

El coronel August volvió a asentir, sin inmutarse, como si acabara de recibir una orden rutinaria. Había matado a hombres en Vietnam, y lo habían torturado hasta casi matarlo cuando fue prisionero de guerra de los norvietnamitas. No era fácil hacerse a la idea de morir, ni de matar, pero la muerte era consustancial al uniforme y a la guerra. Y no cabía duda de que la calenturienta mente de Amadori estaba en guerra... con el mundo.

McCaskey entrelazó las manos. Sus cansados ojos seguían mirando al coronel.

—El comando Striker no ha tenido que cumplir nunca una misión como ésta —dijo McCaskey—. ¿Cree que esto pueda ser un obstáculo?

—No.

—¿Cree usted que alguno de los miembros del comando pueda mostrarse reacio a cumplirla?

—No lo sé —contestó August—. Pero me cercioraré de ello.

—En otros tiempos, este tipo de operaciones estaban a la orden del día —dijo McCaskey bajando la vista.

—Cierto, aunque, por entonces, la consigna no era utilizar la fuerza como último recurso, sino dar primero. Creo que éticamente hemos mejorado.

—Supongo que sí —dijo McCaskey frotándose los

ojos con las yemas de los dedos—. Lo avisaré cuando reciba instrucciones sobre adónde deben dirigirse usted y sus hombres.

McCaskey se levantó. August apuró el café y le pasó el vaso a McCaskey, que sonrió y lo dejó en la mesa.

—Oiga, Darrell...

—¿Sí?

—Parece usted agotado.

—Es que lo estoy —reconoció McCaskey—. Llevo demasiado tiempo sin tomarme unas vacaciones.

—Lo digo porque, si tenemos que intervenir, lo necesito a usted en forma. Estaría mucho más tranquilo si, cuando llegue Aideen, se toma usted unas horas de descanso y duerme un poco. Yo puedo ponerla al corriente, hablar con Luis y estudiar la situación.

McCaskey rodeó la mesa y le dio una palmadita a August en el hombro.

—Muchas gracias, coronel. Voy a hacerle caso y descansaré un poco —le agradeció Darrell sonriente—. ¿Sabe lo que más me fastidia?

—No.

—No poder hacer lo que hacía tan fácilmente con veintitantos años —dijo McCaskey—. Fastidia mucho. Trasnchar me sentaba de maravilla. Podía comer bazofia sin asomo de ardor de estómago —añadió sonriente—. Pero los años pesan. Perder a una compañera pesa. Y hay otra cosa que pesa también mucho: comprender que no basta con tener razón. Puede tener uno las leyes y los tratados, la justicia y la humanidad y las Naciones Unidas y la Biblia en pasta de su lado, y verse con el agua al cuello. Ya sabe lo caro que nos ha costado muchas veces tratar de proceder guiados por altos imperativos morales. Nos ha costado, además, no poder hacer lo debido, lo justo. Toda una ironía, ¿verdad?

El coronel no contestó. No había por qué. Los soldados no filosofaban, no podían permitírselo. Tenían

objetivos. Y el fracaso en alcanzarlos significaba la muerte, el apresamiento o el deshonor. Y por lo menos en este sentido, no había ironía que valiese.

El oficial fue hacia la comisaría, donde lo aguardaban sus hombres. Al llegar, encendió el ordenador portátil que llevaba consigo. Luego, habló con sus hombres, uno por uno, para asegurarse de que estaban dispuestos a cumplir la misión.

Nadie vaciló un momento.

August les dio las gracias y a continuación sus hombres se retiraron, excepto Prementine y Pupshaw, que trataron de averiguar dónde había que darle la patada a la condenada máquina de los refrescos para que soltase las latas.

August aceptó un 7-Up y se sentó en una silla de plástico, a recapitular mentalmente lo ocurrido a lo largo del día anterior.

VEINTISIETE

Martes, 1.35. Washington, DC

Hood se despertó sobresaltado.

Nada más regresar de la Casa Blanca, había llamado desde su despacho a Darrell McCaskey para transmitirle las órdenes del presidente. McCaskey las había escuchado en resignado silencio. ¿Qué otro remedio le tocaba? Luego, consciente de que iba a tener que estar muy despierto en cuanto empezase la operación del Striker, Hood apagó las luces y se echó en el sofá para tratar de descansar.

Empezó a pensar en lo que significaba para el Centro de Operaciones aquella operación sin precedentes. Por lo pronto, tenía que eliminar a Amadori y, después, ayudar a sofocar los fuegos que aquel insensato hubiese tenido tiempo de avivar antes de que lo eliminasen.

Le pesaban los párpados. Se adormentó, pero sin lograr conciliar un sueño apacible. No era la peliaguda misión que le había correspondido lo que lo abrumbaba, sino su familia. Soñaba. Iban todos en el coche, riendo. Aparcaban y seguían a pie por la calle mayor de un pueblo que no conocía. Sus hijos y Sharon comían cucuruchos de helado, sin parar de reír. El helado se fundía rápidamente, y cuanto más rezumaba por sus dedos y les manchaba la ropa más reían. Él iba detrás, a pocos pasos, taciturno, entristecido. De pronto, se enfurecía, se detenía junto a un coche aparcado y des-

cargaba un puñetazo en el maletero. Su esposa y sus hijos seguían riendo, no de él sino de que estaban poniéndose perdidos de helado. Al ver que los tres lo ignoraban, empezaba a gritar.

Y entonces se despertó. Abrió los ojos.

El director del Centro de Operaciones miró en derredor. Sus ojos se posaron en el reloj de esfera luminosa que tenía encima de la mesa auxiliar, frente al sofá. Sólo había conseguido dormir, por llamarlo de algún modo, durante veinte minutos.

Trató de encontrar una postura más cómoda, recostó la cabeza en el brazo del sofá y volvió a cerrar los ojos.

Despertar de una pesadilla producía un enorme alivio, porque permitía comprobar que aquel mundo no era real. Pero las sensaciones que producía eran tan auténticas que impedían que el recobrado bienestar fuese muy intenso.

Estaba harto de tanto agobio familiar. Tenía que hablar con Sharon. Se levantó, encendió la lamparita de su mesa y se sentó en la silla. Se dio masaje en los párpados con las palmas de las manos y luego marcó el número del móvil de su esposa, que contestó enseguida.

—Diga.

Su voz sonó enérgica. No daba la impresión de que la hubiese despertado.

—Hola, soy yo.

—Ya. Es un poco tarde para llamar, ¿no crees?

—La verdad es que sí. ¿Cómo están los niños?

—Bien.

—¿Y tú?

—No tan bien. ¿Y tú?

—Más o menos.

—¿Por el trabajo o por nosotros?

Era exasperante. ¿Por qué tenían que pensar siempre

las mujeres lo peor de los hombres? ¿Por qué daban siempre por sentado que su principal preocupación era su trabajo?

«Pues... porque suele ser verdad», reconoció Paul para sus adentros.

—Lo del trabajo es crónico. Una de tantas crisis. Lo que más me preocupa sois vosotros. Tú, me preocupas.

—Y tú a mí.

—Está bien, cariño. Como quieras... —dijo Paul sin alterarse.

—No se trata de lo que yo «quiera». Sólo trato de ser sincera. No hago más que darle vueltas a cómo solucionarlo. Porque las cosas no pueden seguir así. De ninguna manera.

—Y yo estoy de acuerdo contigo. Lo digo en serio. He tomado la decisión de dimitir —le anunció Paul.

Sharon guardó silencio unos momentos, como si los necesitase para asimilar la noticia.

—¿Estás dispuesto a dejar el CO?

—¿Qué alternativa tengo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro.

—No tienes por qué dimitir. Basta con que le dediques menos tiempo.

Paul estaba realmente crispado. Había sido sincero. Le anunciaba que estaba dispuesto a todo (porque, en cierto modo, a eso equivalía dejar el Centro de Operaciones) y, ella, en lugar de enviarle un beso, venía a decirle que lo había estado haciendo todo mal. Porque si en adelante podía dedicarle menos tiempo a su trabajo, según ella, también podía haberlo hecho antes.

—¿Y cómo quieres que haga eso? —exclamó Paul—. Aquí nunca se sabe lo que va a ocurrir, ni a qué hora, ni qué gravedad pueda tener.

—No, claro. Pero tienes a Mike Rodgers. Está el turno de noche...

—Sí. Y todos están muy capacitados. Pero eso sirve cuando las cosas ruedan sin grandes sobresaltos. Si se produce una crisis grave, como ésta, tengo que estar personalmente al frente. Es lo mismo que ocurrió la última vez.

—Ya... ¡Y estuvieron a punto de matarte! —le espetó ella.

—Sí, lo sé muy bien. Estuvieron a punto de matarme, Sharon —dijo Paul, esforzándose por no perder los estribos, ya que estaba visto que ella ya los había perdido—. A veces corro peligro. Es verdad. También lo corro sin moverme de Washington.

—¡Por favor, Paul! No es lo mismo.

—De acuerdo. No es lo mismo —reconoció Paul—. Sin embargo, correr esos riesgos tiene sus compensaciones. No se trata sólo de poder permitirse vivir en una espléndida casa. Los niños han podido viajar al extranjero con nosotros, ver cosas que otras personas no llegan a ver en toda su vida. ¿Cómo se valora eso? ¿De verdad crees que puede uno decir «Este viaje a esa preciosa ciudad europea no vale perdernos diez cenas juntos» o «De acuerdo, los niños han podido visitar el despacho Oval, pero tú no has podido asistir a su concierto de violín en el colegio»?

—No sé... la verdad. Pero lo que sí sé es que un buen hogar no es lo mismo que una buena casa. Y una familia se forja a base de un montón de pequeñas cosas, cosas corrientes y sencillas; no sólo a base de cosas grandes y espectaculares.

—Yo siempre he cultivado los detalles —protestó Paul.

—No, cariño —replicó Sharon—. *Los cultivabas*. Las cosas no son como eran. Cuando aceptaste el cargo, se suponía que la mayor parte de tus obligaciones serían internas. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Luego, en cuanto se produjo la primera crisis internacional que tuvisteis que afrontar en el CO, todo cambió.

Sharon tenía razón. El Centro de Operaciones se creó, básicamente, para afrontar crisis internas. Empezó a intervenir en el exterior cuando, tras un atentado terrorista en Seúl, el presidente nombró a Hood para que dirigiese un grupo especial que lo investigase. Paul nunca se sintió halagado por el nombramiento porque, como acababa de ocurrir con el encargo de liquidar a Amadori, nadie más quiso aceptar la misión.

—De acuerdo. Las cosas han cambiado —admitió Paul—. ¿Qué querías que hiciese? ¿Darle la espalda a todo?

—Bueno... En Los Ángeles lo hiciste, ¿no? —le recordó su esposa.

—Cierto. Y me costó perder algo muy importante.

—¿Qué? ¿Poder?

—No. El respeto a mí mismo.

—¿Por qué? ¿Por ceder ante tu esposa?

«Oh, Dios», exclamó Paul para sí. Ni concediéndole lo que quería y dándole la razón lograba contentarla.

—En absoluto —replicó Paul en tono airado—. Mira, pese a sus muchos inconvenientes, a las muchas horas que me absorbía y a que prácticamente no teníamos vida privada, dejar la política fue para mí renunciar al cargo desde el que creía estar mejorando las cosas —prosiguió, tratando de dominar su indignación—. Dejé la política y me vi atrapado en un trabajo que volvió a exigirme interminables jornadas de trabajo. ¿Sabes por qué? Porque también ahora creo estar mejorando las cosas. Creo estar mejorando las cosas para la gente. Y eso me gusta, Sharon. Me gusta el reto que entraña. La responsabilidad. Las satisfacciones que aporta.

—¿Sabes qué te digo? Que a mí también me gustaba lo que hacía antes de ser madre. Y tuve que dejarlo por el bien de los niños. Por nuestra familia. Por lo menos tú no has tenido que hacer algo tan radical como dejar de trabajar. Podrías ser un director menos adicto al trabajo, saber delegar más. No te faltan buenos colaboradores. Deja que te ayuden un poco más, para que podamos seguir siendo una familia.

—Será... lo que tú entiendes por una familia.

—No. Te necesitamos. Eso es todo.

—Y me tenéis —protestó Paul, cada vez más indignado.

—No lo bastante —persistió Sharon.

A juzgar por el tono de su voz, la actitud de su esposa era más que firme: inamovible. Volvían a las andadas, a interpretar los papeles que indefectiblemente terminaban por representar cuando cualquier discusión bienintencionada degeneraba en agrio enfrentamiento. Él en el papel de dolido acusado y ella en el de implacable fiscal.

Paul estuvo tentado de colgarle el teléfono, pero se contuvo.

—¡Por Dios, Sharon! —exclamó—. Te he prometido que voy a dejarlo. Tengo asuntos apremiantes a los que atender aquí, y no puedo dejar de pensar en vosotros ni dormir. Y encima me sueltas una lluvia de reproches y me chantajeas con los niños. Porque eso es lo que haces alejándolos de mí.

—No te chantajeo —protestó Sharon—. Somos tu familia... si la quieres.

—¡No faltaba más! Si me avengo a tus condiciones.

—No se trata de *mis* condiciones, Paul. No se trata de que ninguno de los dos se salga con la suya. Tampoco se trata de que renuncies a tu trabajo. Se trata sólo de introducir algunos cambios. Sólo pido algunas concesiones. Quienes quiero que se salgan con la suya

son los niños porque, en definitiva, lo que quieren es que estés más con ellos.

Sonó el teléfono interior y Paul miró la pantallita de cristal líquido: era el general Rodgers.

—Por favor, Sharon. Espera un momento. No cuelgues.

Cerró el micrófono y se alcanzó el otro teléfono.

—¿Mike?

—Oiga, Paul, estoy aquí con Bob Herbert. Esté atento al ordenador. Le envío una imagen de la ONR. Urge que hablemos.

—De acuerdo. Enseguida estoy con usted.

Posó el teléfono interior en la mesa y se dirigió de nuevo a Sharon.

—He de dejarte, cariño. Lo siento.

—Me lo temía —dijo su esposa quedamente—. Yo lo siento más. Adiós, Paul. Te quiero.

En cuanto Sharon hubo colgado, el director del Centro de Operaciones hizo girar el sillón y quedó de cara a la consola del ordenador. No quería pensar en la crispada conversación que acababa de tener. No quería pensar en que estaba perdiendo a su familia sin que se le ocurriera cómo evitarlo. Lo que más lo sublevaba era que, por lo visto, Sharon prefería no contar con él para nada que contar menos de lo que ella quería. Era absurdo.

«Aunque... en realidad, puede que lo único que esté haciendo es presionarme. Dudo de que lo vea así en serio», pensó Paul. Y eso le dolía. Aunque, bien mirado, ¿qué otra arma podía utilizar Sharon? Además, tenía razón. Él lo había estropeado todo... por enésima vez. Los dejó plantados el primer día de sus vacaciones en California. Le habían pasado por alto cumpleaños, aniversarios y conciertos del colegio. Había olvidado pedir las notas de los niños y las citas con el pediatra. Y Dios sabía cuántas otras cosas más.

Apenas hubo cogido el teléfono auxiliar, que tenía adosado a la parte baja de la consola, llegó a la pantalla del monitor la fotografía que le transmitía el satélite de la ONR.

No era momento de seguir flagelándose. En cierto modo, la discusión con Sharon había servido para recordarle, de modo más apremiante, que tenía responsabilidades a las que hacer frente; responsabilidades de las que podía depender la suerte de muchas personas.

—¿Qué es eso? ¿Un hotel? —ironizó Paul.

—No. Es un palacete abandonado. O, mejor dicho, *era*. Tiene toda la pinta de que Amadori lo ha convertido en su cuartel general —explicó Rodgers—. Después del ataque a los Astilleros Puig, nuestro amigo Viens de la ONR pidió que el satélite siguiese a los prisioneros. Desde el parking de los astilleros los han trasladado a Bilbao y de Bilbao a Madrid. Luego, los han subido en dos furgonetas. Fíjese en la foto. Creemos que la mujer que va delante es María Cornejo.

Paul Hood amplió la imagen que aparecía en el centro de la pantalla. Apenas había tenido ocasión de ver a María Cornejo en Washington. No la hubiese reconocido de no habérsela señalado. Pero efectivamente podía ser ella. Era la única mujer en la fila de prisioneros.

La pantalla quedó unos momentos en blanco y luego empezaron a aparecer otras fotografías.

—A juzgar por las idas y venidas de oficiales de alta graduación, ahí debe de estar el general Amadori. Pero hay un problema: es un edificio de planta rectangular, con un patio interior en el centro, con el derredor completamente despejado. No hay jardín ni columnas. Infiltrarse durante el día es muy peliagudo. Esperar a que anochezca significa perder doce horas que podrían ser decisivas.

—¿Y si utilizaran uniformes del ejército español? —aventuró Hood.

—No sé... No creo que los soldados que traen a los prisioneros vayan a volver a salir. Lo más probable es que se queden para reforzar la vigilancia.

—¿No hay pasadizos subterráneos?

—Lo estamos averiguando. De todas maneras, aunque hubiese alguno, asomar por los pasillos interiores iluminados sería muy peligroso.

A Hood le escocían los ojos y le dolía la cabeza. Por un instante, pensó en lo más expeditivo: ordenar que volasen el edificio, coger el primer vuelo a Connecticut y reunirse con su familia. A lo mejor Sharon estaba más contenta si ponían una lavandería. Eso era más casero y más limpio, ironizó Hood, que enseguida se reprochó el bromear con cosas tan serias.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Hood—. ¿Esperar?

—Ni aquí ni en Madrid cree nadie que sea prudente esperar. Pero Aideen acaba de llegar a la oficina de la Interpol. Ella y Darrell están estudiando la situación con Brett y los agentes de la Interpol. De momento, lo único que hemos podido hacer es enviar un grupo de escucha equipado con TAFS. Así nos cercioraremos de si está Amadori en el palacete.

El TAF (acrónimo de teleaudiofiltro) era una antena, en forma de embudo, que podía captar todos los sonidos de un determinado espacio y seleccionar aquellos que estuviesen dentro de una específica banda de decibelios. En el caso de una estancia del palacete, filtraría de manera automática todo sonido externo, y sólo «oiría» los sonidos de muy baja intensidad que se produjesen en la estancia. Luego, los compararía digitalmente con sonidos previamente almacenados en la memoria (la voz de Amadori en este caso).

—¿Cuánto tiempo tardarán en hacer el barrido acústico? —preguntó Hood.

—No creo que hayan terminado antes de las cuatro.

—O sea, dentro de dos horas —dijo Paul mirando el reloj digital del ordenador.

—Tampoco me gusta a mí la idea de que los *strikers* tengan que aguardar tanto en el exterior. No obstante, no se me ocurre nada mejor.

—Ni a mí. Si Amadori decidiese adoptar alguna iniciativa importante antes de las cuatro o, sencillamente, salir del cuartel general, se agravaría el problema.

—Exacto. Pero aunque los *strikers* estuviesen ya en el interior del palacete, no podrían hacer nada sin saber exactamente dónde está el general. Además, si Amadori no estuviese ahí, le haríamos perder al comando un tiempo precioso.

Hood examinó detenidamente la fotografía de gran resolución de las tropas del patio. Había no menos de doscientos soldados divididos en pequeños grupos. Daba la impresión de que estuviesen haciendo algún ejercicio, probablemente para defender el edificio.

Amadori tenía que estar allí.

—Mike. Nosotros hemos metido a la agente Cornejo en esto. No tiene nadie que la apoye. Y no podemos dejarla en la estacada.

—Eso es innegable. Pero ya lo ve usted, Paul, entrar en el palacete y rescatarla es demasiado peligroso.

—No es imprescindible entrar. Bastaría con contar con efectivos en las inmediaciones. Darrell podría mantener el contacto con ellos a través de Ishi Honda.

—Sí. Sin embargo, la misión sigue consistiendo en neutralizar a Amadori, y no estamos seguros de que esté ahí. No tenemos aún datos de inteligencia electrónica. Y tardaremos por lo menos una hora en tenerlos.

El director del Centro de Operaciones empezaba a impacientarse con Rodgers, que se limitaba a seguir al pie de la letra el plan inicial de la misión, señalando opciones y posibles inconvenientes. Y ni una palabra acerca del peligro que corría la agente Cornejo.

—Si Amadori no estuviese ahí —dijo Paul—, retiramos a los *strikers* y listo —añadió—. Además... ¿quién sabe? A lo mejor ese cabrón de Amadori decide dejarse ver y nos ahorra el trabajo de entrar.

—No es muy probable, Paul —respondió Rodgers resoplando audiblemente—. Pero de acuerdo, le diré a Brett que se dispongan a dirigirse al palacete, aunque no quiero dejar de recordarle que, pese a que es cierto que nosotros hemos metido a la agente Cornejo en esto, ella ha actuado por su cuenta y riesgo. No tenía órdenes de meterse en la boca del lobo. Además, no lo ha hecho por nosotros, sino por su país. Yo no arriesgaría a nuestros hombres por rescatarla.

—Tomo nota. Y gracias.

Colgaron ambos casi a la vez. Luego, Paul dejó la pantalla del monitor en blanco, apagó la luz y cerró los ojos.

Era absurdo, completamente absurdo, pensó, aferrarse a un trabajo que, por su propia naturaleza, te deja solo, aislado de tu familia y de los propios subordinados. Puede que por eso pensara tanto en la seguridad de María. Ella también estaba sola.

No, Paul Hood no iba a desentenderse de la misión ni iba a olvidar lo que Mike Rodgers no le había dicho por pura deferencia: que los *strikers* también tenían vidas y seres queridos, exactamente igual que María.

Pero el director del Centro de Operaciones tampoco podía olvidar a Martha Mackall, y de ninguna manera estaba dispuesto a cruzarse de brazos mientras una compañera desarmada arrostraba el peligro entre la guardia pretoriana de un loco peligroso.

VEINTIOCHO

Martes, 8.36. Madrid

María siguió al joven capitán por el pasillo, confiada en que, efectivamente, era a ver a Amadori adonde la llevaba el oficial. Ni el capitán ni Amadori tenían nada que ganar engañándola. Además, debían de sentir curiosidad acerca de la información que ella pudiera tener. Y de no confiar en ella, el capitán no le habría dado la espalda yendo por delante. Habría ido detrás, encañonándola con una pistola.

Sin embargo, María estaba un poco sorprendida por la relativa facilidad con que había conseguido convencer al capitán. O era muy inexperto, o mucho más inteligente de lo que había supuesto.

Al girar el oficial hacia la izquierda, María se detuvo. —¿No íbamos a ver al general?

—Y vamos a verlo. Allí. Aquella puerta es la de uno de los comedores del palacete. El general Amadori está ahí con sus consejeros.

María lo miró. No lo creyó. No sabía por qué, pero no lo creyó.

—Lo que menos importa es dónde está el general —prosiguió el oficial—. La cuestión es si de verdad tiene usted algo que decirle o no. ¿Va a seguirme, agente Cornejo?

María bajó la vista. Por lo menos de momento, no tenía más alternativa que obedecer.

—De acuerdo. Lo seguiré.

El capitán avivó el paso, adentrándose por un pasillo muy iluminado. María se rezagó ligeramente. Se cruzaron con varios soldados. Unos escoltaban prisioneros, otros hablaban a través de teléfonos de campaña y otros transportaban ordenadores a distintas dependencias. Nadie le prestó la menor atención a María, que seguía al oficial, pero sumamente recelosa. Pese a todo, avivó también el paso y se situó junto al oficial.

—¿Quiere un cigarrillo?

Llevó la mano al bolsillo de su blusa y sacó el paquete, del que cogió un cigarrillo. A continuación buscó una carterita de fósforos.

—No, gracias. Y le agradecería que no fumase usted tampoco.

—Entiendo.

El capitán había dicho exactamente lo que ella esperaba. Al volver a guardar el paquete en el bolsillo, María retuvo el cigarrillo en la palma de la mano. Como el capitán miraba hacia adelante, no la vio introducir un fósforo entre el tabaco del cigarrillo. Luego, remetiéndolo al cigarrillo por dentro del pantalón, hasta la entrepierna.

Ahora, por lo menos tenía una arma.

El comedor estaba junto a la sala de música. El capitán se detuvo frente a la puerta, llamó con los nudillos y miró a María sonriente. Ella no le devolvió la sonrisa.

—Usted primero —dijo el oficial al abrirse la puerta.

María dio un paso adelante y se asomó al interior de la sala de música.

Era una estancia interior. Las luces estaban apagadas. Apenas entrevió una silueta que surgió de la oscuridad, a su derecha. Al retroceder, María chocó con el capitán, que la empujó al interior, al mismo tiempo que un soldado la cogía por los antebrazos y la tiraba al suelo. María quedó de bruces. Dos botas le aplastaron los omóplatos.

Entonces se encendió una luz que proyectó un tenue resplandor ambarino en la estancia. Notó que unas manos recorrían sus pantorrillas, sus muslos, la cintura, los brazos y el pecho, cacheándola. Le quitaron el cinturón, el reloj y el paquete de cigarrillos. Luego, alguien a quien no veía le tiró del pelo hacia atrás, tan violentamente que la obligó a mirar al techo. Sintió un fuerte dolor en el cuello. El capitán se acercó, la miró y le plantó la bota del pie derecho en la frente.

—Antes me ha preguntado si estaba seguro de conseguir la información a tiempo —le dijo el oficial en tono sarcástico—. Pues sí, agente. Estoy seguro. Tan seguro como de que no lograrán desbaratar nuestros planes. Podría desnucarla ahora mismo —añadió—. Pero muerta no me sería usted útil. Le voy a dar cinco minutos para que reflexione sobre la situación y me diga luego lo que sepa. Si lo hace así, la consideraremos nuestro huésped y nadie la tocará. Si prefiere no hablar, la dejaré en manos de estos... mocetones. Y, créame, agente, son muy hábiles en lo suyo.

María tragó saliva y trató de moverse, pero los soldados la sujetaban con gran fuerza.

—Dadle una muestra de lo que podéis hacerle —dijo el capitán—. Eso la ayudará a reflexionar.

La levantaron y le echaron los brazos hacia atrás. Uno de ellos le dio un puñetazo en el estómago que la dejó sin respiración y la hizo doblarse hacia adelante. Otro se encargó de incorporarla de un gancho en la mandíbula, a la vez que un compañero le daba una patada en los riñones. Entonces la soltaron y la dejaron caer al suelo.

María quedó boca arriba, con los brazos en cruz y las rodillas levantadas. Pero las piernas se le vencieron hacia el lado derecho y quedó en posición fetal. No sentía dolor, pero sabía que el dolor vendría después. Lo que sí notaba era un agotamiento, como cuando re-

montaba una fuerte pendiente en bicicleta y se quedaba sin resuello, incapaz de dar una pedalada más, con las piernas agarrotadas. Pese a su aturdimiento, abrió los ojos para tratar de ver dónde llevaban las pistolas aquellos individuos.

Todos la llevaban al lado derecho. Que fuesen diestros le facilitaría las cosas.

Los soldados apagaron la luz y cerraron la puerta. Conocía aquella táctica. Castigar el cuerpo y dejar que la conturbada y desorientada mente reflexionase unos minutos sobre la muerte.

En lugar de ello, María llevó su temblorosa mano hasta la entrepierna de sus tejanos. Tanteó en busca del cigarrillo y lo sacó. Se colocó de costado, deshizo el cigarrillo y sacó el fósforo. Era un truco que aprendió durante sus años de agente especial. Provocar un fuego en una papelería podía ser una magnífica arma ofensiva.

Sus ojos ya se habían adaptado a la oscuridad y veía bastante bien en derredor. Había varios atriles en un rincón. También vio algo con lo que ya contaba: dos extintores; uno estaba junto a la puerta que daba al pasillo y el otro junto a la que comunicaba con el comedor.

Perfecto.

Fue arrastrándose hasta los atriles. Aún le temblaban las piernas. Sin embargo, no pensaba pedirles demasiado. Le bastaba con que le permitieran disponer de una hora más.

Al llegar al rincón se arrodilló y, aunque trabajosamente, logró levantarse. Apenas se tenía en pie. Empezaba a dolerle la mandíbula. Fue tambaleándose hacia la puerta y dejó el atril en el suelo. Se quitó el jersey y la blusa, volvió a ponerse el jersey y tiró la blusa al suelo. Luego, con mucha fatiga, casi a cámara lenta, se arrodilló junto a la blusa. Con sumo cuidado, encendió el fósforo rascándolo contra la suela del zapato. Prote-

gió la llama con la mano y la acercó al cuello de la blusa, que empezó a derretirse y, al cabo de un momento, se inflamó.

María volvió a acercarse al atril. Se incorporó de nuevo, agarró el atril y se recostó en la pared, junto a la puerta. Jadeaba a causa de las súbitas náuseas que sintió. Temió que el puñetazo en el estómago le hubiese producido algún derrame interno. No era la primera vez que la pegaban. Casi siempre había podido replicar. Y no sólo en acto de servicio. En cierta ocasión, mandó al hospital a un novio celoso que se atrevió a levantarle la mano. Por lo que nunca había pasado era por verse inmovilizada y apaleada de aquella manera.

Las llamas consumieron rápidamente gran parte de la blusa. Una densa columna de humo se elevó junto a la puerta. Pero el humo no llegaba lo bastante alto ni se elevaba lo bastante deprisa. María alargó el brazo y con el atril atizó el pequeño fuego. Se oyó un suave siseo. Oscuras pavesas ribeteadas de rojo saltaron de los restos de la blusa en todas direcciones. Sus atizados restos hicieron que el humo se elevase más.

Ahora ya estaba a una altura conveniente. Al cabo de un momento, se disparó una alarma, seguida de los dos extintores. En cuanto la espuma empezó a brotar proyectada por los aspersores, María volvió a remover los restos de la blusa con el atril y restregó el suelo con los semicarbonizados jirones, como si se tratase de una bayeta. Cenizas y fragmentos de tela quedaron esparcidos en derredor.

Oyó pisadas y se apostó junto a la puerta, en el lado derecho... Seguía con el atril en la mano. Las pisadas se detuvieron.

—Vosotros dos quedaos aquí —dijo una voz de hombre—, por si intentase salir.

«Bien», pensó María. Se abrió la puerta e irrumpió un soldado, pero resbaló con la ceniza mojada y cayó

aparatosamente de espaldas. Con las metálicas patas del trípode del atril, María le descargó un golpe en la cara que lo hizo gritar. Su caída y su grito sorprendieron a los soldados que se habían quedado en el pasillo. Titubearon.

Eso era lo bueno de los soldados de élite, pensó María. Eran jóvenes, en plena forma y... totalmente inexpertos.

Los momentos de vacilación de los soldados fueron todo lo que necesitó María, que tiró el atril y dejó que sus debilitadas piernas cumpliesen el deseo que tenían desde hacía un buen rato. Se dejó caer prácticamente de bruces sobre el soldado que acababa de dejar semiinconsciente. Quedó encima de su cintura, cubriendo la pistolera con su cuerpo.

María estaba segura de que los soldados del pasillo no le iban a disparar. Por lo menos, no inmediatamente. Mientras la alarma seguía sonando y la espuma de los extintores empapaba, y casi ocultaba, el cuerpo de María, los dos soldados del pasillo entraron en la estancia. Al mismo tiempo, jurando a voz en grito, el soldado herido porfiaba por quitársela de encima.

No había inconveniente.

María dejó rodar el cuerpo hacia la derecha del soldado, y aprovechó el movimiento para arrebatarse la 9 mm que llevaba en la pistolera. Quitó el seguro y, sin dudarle un momento, le disparó al caído a la rodilla derecha, luego apuntó bajo y les disparó, también a las rodillas, a los otros dos soldados, que se desplomaron gritando de dolor.

La espuma de los extintores seguía cayendo sobre ella, que se remeti6 la pistola por dentro del pantal6n. Sin soluci6n de continuidad, gate6 hasta los otros dos soldados y les quit6 tambi6n las pistolas. Mir6 satisfecha las heridas que les hab6a hecho en las rodillas. Se acordar6an de ella mientras viviesen. El dolor y la coje-

ra serían un constante recordatorio de su propia brutalidad.

Les quitó a los soldados los pañuelos que llevaban al cuello y les ató las muñecas. Luego, les introdujo en la boca trozos de la blusa que no habían acabado de arder. No eran unas ligaduras ni una mordaza propiamente dichas, ni tan seguras como a ella le hubiese gustado, pero no tenía nada mejor a mano ni tiempo que perder. Se apoyó en la hoja de la puerta para incorporarse. En cuanto se aseguró de que podía tenerse en pie, fue lentamente pasillo adelante.

Les quitó el seguro a las dos pistolas y, empuñando una en cada mano, avanzó dispuesta a concederse audiencia con el general Amadori.

VEINTINUEVE

Martes, 9.03. Madrid

Luis entró en la comisaría acompañado de su padre, el general retirado Manuel García, de las Fuerzas Aéreas.

Como Luis no descartaba que entre sus colaboradores no hubiese algún simpatizante de Amadori, quería asesorarse con alguien en quien pudiese confiar plenamente. Tal como le dijo a Darrell McCaskey, él y su padre casi nunca estaban de acuerdo en temas políticos. Manuel era de izquierdas y Luis de derechas.

—Pero cuando se trata de cuestiones que afectan a la seguridad del Estado, sé que puedo confiar completamente en él —dijo Luis.

En la oficina principal de la comisaría estaban los siete *strickers*, Aideen y McCaskey. El agente de la Interpol se acercó a McCaskey, que estaba ayudando a Aideen a preparar su equipo. Los *strickers* ya tenían preparado el suyo y examinaban los mapas de la zona en la que se encontraba el palacete.

De acuerdo al registro del catastro, el edificio lo hizo construir a mediados del siglo XIX un tal Alfonso Menéndez-Millán, cuyos numerosos herederos legales jamás se habían puesto de acuerdo sobre el destino del palacete. Ésa era la razón de que estuviese deshabitado desde la guerra civil, durante la que fue utilizado como caserna. (Y así lo llamaban aún en la comarca: La Caserna.)

—¿Novedades? —le preguntó McCaskey a Luis en tono cansado.

—Sí —contestó Luis, que cogió del brazo a McCaskey para hacer un aparte con él—. Hace diez minutos se ha disparado la alarma de incendios del palacete.

—¿Dónde?

—En una sala de música que está en el ala sur del edificio. Uno de nuestros escuchas ha rastreado el edificio con sus lentes térmicas y ha detectado una fuente de calor. Según el mismo escucha ya han extinguido el fuego.

—Quienquiera que controle el edificio está corriendo graves riesgos.

—Cierto.

—Me temo que si Amadori está ahí, se va a encontrar con unos bomberos que no espera —ironizó McCaskey—. Gracias por informarme. Lo importante es que el conato de incendio no nos obliga a cambiar de planes.

Darrell se acercó a la mesa junto a la que Aideen y McCaskey comprobaban el equipo que la Interpol les había proporcionado. Entre el equipo figuraba un *camcorder* conectado a un receptor de la oficina de comunicaciones, un botiquín, un teléfono móvil y una pistola. McCaskey se aseguró de que el cargador de la Parabellum 9 mm que le habían entregado a Aideen estuviese lleno.

Mientras los *strikers* se cargaban las mochilas, McCaskey estudió a Aideen para asegurarse de que tenía aspecto de turista. Llevaba unas Nike, gafas de sol y gorra de béisbol. Además de la mochila, llevaba una guía y una botella de agua mineral.

Aideen había podido dormir durante el vuelo de regreso desde Donostia. Pero la cabezada sólo le había servido para que aflorase su agotamiento. McCaskey temía que, en cuanto remitiese la tensión, Aideen se desmoronase.

Pero eso mismo pensaba Aideen respecto de McCaskey: que podía desmoronarse de un momento a otro. Recordaba que, al darle la noticia del asesinato de Martha, él reaccionó con una calma sorprendente. Sin embargo, ahora comprendía que no se trataba de calma sino de anonadamiento. Dudaba de que McCaskey hubiese pegado ojo desde la muerte de Martha Mackall. Se preguntaba si eso reflejaba una determinación de vengar su muerte, de flagelarse o de ambas cosas.

Cuando McCaskey hubo terminado con Aideen, fue junto al coronel August.

El jefe del comando Striker no había podido afeitarse y tenía las mejillas cubiertas de un hirsuto sombreado. Llevaba unos *shorts* de color caqui, una camisa blanca muy arrugada, con los puños remangados, y unas gafas de sol, con montura verde y cristales reflectantes, apoyadas en el nacimiento del pelo. Tenía un aspecto completamente distinto al del conservador militar con el que Aideen había coincidido varias veces en Washington.

August llevaba una radio camuflada como un *walkman* para comunicar con McCaskey. El control del volumen era en realidad un micrófono. También llevaba una botella de agua mineral. Si vertía agua en la casete del *walkman*, la cinta, impregnada de difenilcianoarsina, proyectaba una nube de gas lacrimógeno durante los cinco minutos que el dispositivo eyector permanecía operativo.

—De acuerdo —dijo McCaskey—. En cuanto los escuchas me digan en qué estancia se encuentra Amadori se lo comunicaré. En sus manos quedará entonces elegir dónde se apostan, cómo despliega a sus hombres y por dónde van a intentar entrar en el edificio.

McCaskey tenía ya cierta idea de cómo trataría de hacerlo el coronel. Se basaría en un manual que venían utilizando en el CO y que llamaban TITA (tácticas de

infiltración y tácticas de asalto). Pero el coronel August y el soldado Prementine ya habían introducido ciertas variantes adaptadas al emplazamiento de La Caserna. El manual incluía un total de diez opciones para infiltración y otras tantas para el asalto. La opción que eligiesen dependía del tiempo de que dispusieran, así como de los aspectos cualitativo y cuantitativo de la resistencia que esperasen encontrar. Sin embargo, con independencia del escenario que se considerase, había siempre una constante: no todos debían entrar en el recinto de que se tratase. Después de la muerte del jefe del comando Striker, el teniente coronel Squires, el coronel August introdujo algunas modificaciones, al objeto de que todas las opciones incluyesen un retén para cubrir la retirada.

—Como usted sabe —prosiguió McCaskey—, Aideen sólo va con los *strickers* para identificar a la agente María Cornejo y ayudar a su rescate. No deberá combatir a menos que sea estrictamente necesario. Tenemos un pequeño helicóptero en el tejado del edificio. Podríamos acudir con varios hombres si las cosas se complicasen. Según me dice Luis, el único problema serio con el que se encontrarán una vez en el interior es con el SIVIDIS.

—¡Mierda! —exclamó August—. ¿Cómo es posible que Amadori haya podido acceder a este sistema?

—¿Que cómo es posible? —exclamó McCaskey—. El ejército español se ha modernizado mucho. Prácticamente, lo tienen en todos aquellos edificios del Estado que exigen máximas garantías de seguridad. No olvide que Amadori es un general. Ha podido traerse las unidades de repuesto que tuviese en su comandancia.

El SIVIDIS (sistema de vigilancia a distancia) lo formaban dos unidades: un visor, semejante al de las gafas militares de visión nocturna por infrarrojos, acoplable a las cámaras de vídeo convencionales que se utilizaban

en la vigilancia estática, y unas gafas especiales, con un miniteclado acoplado a la montura y pantallitas de cristal líquido en las lentes. Esto permitía a quien llevase las gafas ver lo mismo que viesan las cámaras estáticas.

—Informe a sus hombres —advirtió McCaskey—. Pueden detectar su presencia desde el más impensado rincón del edificio.

—Descuide —dijo August.

Los otros seis *strikers* estaban alineados detrás del coronel August. McCaskey los había estado observando mientras hablaba. Se fijó especialmente en la soldado DeVonne, que era la última de la fila. La afroamericana llevaba unos tejanos ajustados y un anorak azul. Aideen reparó de pronto —como probablemente también McCaskey— en lo mucho que la soldado DeVonne se parecía a Martha Mackall cuando era joven.

—Ya saben ustedes cuál es la misión y conocen también los riesgos —comentó McCaskey mirándolos—. El coronel August me ha informado de que también conocen los problemas jurídicos y morales que la misión entraña. El presidente nos ha ordenado neutralizar a un individuo, chiflado pero poderoso, que puede poner en peligro la estabilidad de un país amigo y aliado. De modo que deberemos bloquearlo a toda costa. No podemos contar con el público apoyo del presidente, ni tampoco del gobierno español. Si alguno de ustedes cae prisionero, no podrá contar con la ayuda española ni norteamericana, salvo a través de los tradicionales canales diplomáticos. Pero algo sí tenemos: tenemos la oportunidad, y el deber, de salvar muchas vidas. Yo lo considero un privilegio, y espero que ustedes también lo consideren así.

—También contarán con la gratitud de mis compatriotas —les dijo Luis dando un paso al frente—, que

nunca sabrán de ustedes —añadió sonriente—. Y cuentan ya con la gratitud de los pocos españoles que están al corriente de la misión que van a cumplir. Que Dios los proteja.

TREINTA

Martes, 9.45. Madrid

El padre Norberto viajó a la capital acompañado de otros cinco sacerdotes de poblaciones costeras.

Aquellos cinco compañeros, a quienes conocía bastante bien por los muchos años que llevaban en la diócesis de Donostia, charlaban animadamente y parecían gozar de un sereno estado de ánimo. Todo lo contrario que él, que jadeaba de tanto como le costaba respirar. Habría querido poder concentrarse en cuestiones pastorales, en los problemas que pudiera querer plantearle el superior general y en los de sus feligreses. Pero no podía. No lograba quitarse de la cabeza lo sucedido a su hermano, y lo que le había contado sobre sus actividades. Aunque lo más probable era que, en cuanto el superior general le diese las instrucciones que quisiera darle en persona, el propio sentido pastoral se impondría y dejaría de atormentarse con la horrible muerte de Adolfo y con las horribles acciones que le había confesado.

El ya anciano padre Jiménez iba sentado a su lado en la última fila. Procedía de Laredo.

—Tengo entendido que vamos a reunirnos con prelados de otras órdenes —le dijo el padre Jiménez—. Sere-mos por lo menos cuarenta.

—¿Tiene idea de por qué nos han llamado precisamente a nosotros? —preguntó el padre Norberto.

—Supongo que el superior general querrá hablar con los párrocos de los barrios y pueblos más humildes. Ya sabe que, por desgracia, los violentos tienen en vilo a Euskadi. Probablemente, nos pedirá que recomendemos calma a los trabajadores que frecuentan la iglesia.

«No sé...», se dijo el padre Norberto. No era un procedimiento habitual. En ocasiones especiales, tanto felices como luctuosas, era el obispo de la diócesis quien se dirigía a ellos y, la mayoría de las veces, a través de homilías.

El vuelo llegó puntualmente a Madrid y, como sólo llevaban equipaje de mano, nada más desembarcar se dirigieron a la salida. Enseguida vieron a un jovencísimo y atlético sacerdote que agitaba un cartón por encima de la cabeza («Padre Jiménez», decía).

Al verlo, el padre Jiménez hizo una seña con la mano para indicar que ya lo habían visto, y se dirigieron los seis hacia él.

—Tengo dos coches esperándolos —dijo el joven sacerdote.

—Gracias... padre. Ah, ¡es usted tan joven! Le cuadraría más llamarlo hijo —comentó el anciano jesuita.

El joven se limitó a sonreír y les indicó que lo siguieran. Al trasponer una de las puertas de apertura automática que daba a la zona de aparcamiento, el recién ordenado jesuita —dada su edad no podía ser de otro modo— se protegió los ojos del sol, que estaba ya bastante alto, para reorientarse entre el bosque de automóviles.

Tras detenerse unos segundos, el joven enfiló decidido hacia la tercera hilera de coches y volvió a detenerse.

—Ustedes dos —dijo el joven, señalando al padre Jiménez y al padre Norberto— vendrán conmigo —añadió, junto a un Volkswagen Golf—. Y ustedes... Ah, ahí está el padre Daniel.

Un hombre alto, de unos treinta años y muy fornido, con traje y jersey de color gris, les hacía señas desde unos quince metros, junto a una furgoneta.

—Vayan con el padre Daniel —les indicó el joven jesuita—. Nos veremos todos al llegar.

Eso era lo que el padre Norberto recordaba con claridad de su llegada a Madrid. Luego, sólo imágenes borrosas, náuseas...; un trayecto de pesadilla por las calles de Madrid: tanques en las calles, soldados, frenéticas carreras de sorprendidos ciudadanos; el palacio Real acordonado, y gritos, muchos gritos.

—¡Han tomado el palacio!

—¡Golpistas!

Ni el Rey, ni el pueblo, ni el gobierno, se dijo el padre Norberto, lo van a permitir.

No podía dar crédito a lo que le estaba ocurriendo en tan pocas horas. La trágica muerte de su hermano (y su trágica vida). Y ahora... sin saber por qué, lo llevaban engañado a Madrid y lo encerraban sin darle explicaciones.

El mundo se había vuelto loco, sin duda.

TREINTA Y UNO

Martes, 10.20. Madrid

La agente Cornejo creía saber en qué dependencia del palacete se encontraba el general Amadori. Pero no fue directamente allí tras escapar de los soldados. Antes, necesitaba conseguir un uniforme y un aliado.

Primero, tendría que hacerse con el uniforme.

Tenía que haber varios cuartos de baño y aseos, aunque quizá no en la planta baja. No iba a tener más remedio que dejarse guiar por el sentido utilitario de quienes una vez vivieron en aquel edificio. Los dormitorios estaban arriba, seguro. De modo que, por una angosta escalera que daba al pasillo, subió a la planta superior.

Debía confiar en la suerte. Asomarse era como jugársela a cara y cruz.

Pero salió cara.

No se veía a nadie en el pasillo. Las paredes estaban literalmente cubiertas de tapices y había arcones adosados a la parte baja.

María gateó hasta el arcón que quedaba más cerca de ella, levantó la tapa y se introdujo en el interior. Tuvo que dominarse para no gritar, al golpearse la rodilla derecha con un objeto duro, que al momento notó que era el asa de un cubo. Era lo único que había en el arcón, aparte de un montón de trapos. Quienes se encargasen de la limpieza lo habían guardado allí. Cuando se

hubo rehecho del doloroso golpe, levantó lentamente la tapa y miró hacia un lado y otro del pasillo.

Ya lo tenía. Se había abierto una puerta y había salido un soldado recomponiéndose el pantalón por delante y por detrás. Un cuarto de baño, o un aseo. Seguro, pensó María mientras el soldado se alejaba de ella pasillo adelante. Tendría que aguardar a que otro soldado tuviese un apremio.

Le dolía todo. Y en aquella postura, al dolor se unía la mortificación de no poder relajar los músculos. Su único alivio fue que, al cabo de apenas un par de minutos, otro soldado llegó a aliviarse. En cuanto el soldado cerró la puerta, María empuñó una de las pistolas y salió del arcón. Corrió hacia la puerta e irrumpió sin titubear.

—¡Levanta las manos, soldadito! —le ordenó María encañonándolo por detrás.

En la mayoría de los casos, la persona que se sabía amenazada por una arma se quedaba paralizada. Y durante ese breve instante, quien empuñaba el arma debía dar una orden. Si la orden se daba de inmediato y enfáticamente, solía ser obedecida. Si no era así, si al encañonado le entraba pánico, había que decidir entre retirarse o disparar.

María ya había decidido disparar a cuantos fuese necesario antes que dejarse atrapar. Por suerte, el estupefacto soldado la obedeció.

—Entrelaza los dedos detrás de la nuca —dijo María—. Luego, retrocede hacia mí.

El soldado entrelazó los dedos detrás de la nuca. María despojó al soldado de su pistola y se la remetió por dentro del pantalón, en la parte de atrás.

—Ahora, desnúdate. Si no haces ninguna tontería, no te ocurrirá nada.

El soldado (en realidad, era un sargento, como vio María al desprenderse el joven de la guerrera) obedeció

sin rechistar. Cuando el sargento se hubo despojado de la guerrera y de los pantalones, María le ordenó que se arrodillase junto a la taza.

—Por favor, no me mate. Por favor...

—No voy a matarte —lo tranquilizó María—. No te mataré... si haces lo que te diga sin decir ni pío.

María podía hacer dos cosas: una era embutirle el rollo de papel higiénico en la boca a manera de mordaza, romperle los dedos para que no se lo pudiera quitar y luego atarlo a la cañería de la cisterna. Pero hubiese tardado demasiado. Optó por darle un certero golpe en la cabeza con la culata que lo hizo desplomarse sin sentido. Probablemente, tendría una conmoción, pero era imposible que nadie resultase herido en una situación como aquélla.

La agente Cornejo se cambió de prisa y corriendo de ropa y ocultó los tejanos, sus zapatos y el jersey bajo la cisterna. No era un escondrijo ideal, ciertamente, pero nadie solía agacharse a ver qué había detrás de la taza cuando acudía a semejante lugar.

El uniforme le venía grande, se notaba a la legua, pero tendría que servir. Se remetiÓ bien el pelo bajo el gorro, se enfundó la pistola del sargento y ocultó las otras dos bajo la guerrera. Lo peor eran las botas. Ella calzaba un 38 y aquel soldado por lo menos el 41. De modo que tuvo que improvisar unas plantillas con el papel higiénico y unos topes para colocarlos en las puntas.

No tenía más remedio que arriesgarse a abrir la puerta. La suerte estaba enamorada de la decisión, recordó haber oído decir muchas veces. Y también recordó dos cosas, imprescindibles para entrar en lugar ajeno: había que entrar como Pedro por su casa. La mayoría de las veces, nadie acostumbraba a preguntarle nada a uno. En segundo lugar, había que actuar como quien va muy decidido a una dependencia con-

creta. Si se actuaba con rapidez y seguridad, nadie le detenía para preguntarle adónde iba.

Con el uniforme y ateniéndose a esas dos condiciones, podría llegar hasta donde estaba segura que tenía su despacho el general Amadori: a la última planta. Porque había oído el rotor de un helicóptero que se acercaba. Y no lo había vuelto a oír alejarse. Ése era el medio de transporte que el general habría elegido para acudir con urgencia adonde fuese necesario mientras durase su temeraria aventura.

Una vez en la planta superior, María Cornejo necesitaría cuatro cosas para llegar a Amadori: las pistolas, astucia y dos aliados muy especiales.

Lo que la agente Cornejo ignoraba era que el helicóptero que había oído era también... un aliado.

TREINTA Y DOS

Martes, 4.30. Washington, DC

Mike Rodgers fue al despacho de Paul Hood a esperar noticias sobre el despliegue del comando Striker.

Poco después de que el general Rodgers llegase, Steve Burkow telefoneó con noticias de la Casa Blanca. Hood confiaba en que la llamada sólo fuese para darle noticias. Porque el expeditivo jefe de Seguridad Nacional se daba mucha maña en utilizar llamadas como aquélla para agilizar la agenda del presidente.

Según Burkow, un alto cargo español (ni siquiera especificaba que fuese miembro del gobierno) había hablado por teléfono con el presidente. Le había informado de que un general estaba protagonizando un «incidente» en un edificio situado en las afueras de Madrid, un viejo palacete llamado La Caserna, que podía hacer necesaria la intervención de cierta fuerza aérea. «Oficialmente» la llamada tenía por objeto advertir a cualquier aparato de línea regular o militar norteamericano que se mantuviese alejado de aquel sector y que, a ser posible, no utilizasen el pasillo aéreo contiguo a aquellas coordenadas hasta que el general hubiese sido reducido.

Al oírlo, Hood y Rodgers se miraron sin decir palabra. Rodgers fue a llamar desde el teléfono contiguo al sofá, para informar a Luis, de la Interpol, de que ya tenía localizado con absoluta certeza al general Amadori.

El director del Centro de Operaciones, pese a lo abatido que estaba tras su agria discusión con Sharon y después de la papeleta que le había caído encima con el asunto Amadori, se permitió sonreír. Por lo menos, algo salía bien.

—Ya no cabe duda de cuáles son los propósitos del general Amadori —prosiguió Burkow—. El presidente ha informado a Madrid de la presencia del comando Striker en España. Pero por lo visto ya lo sabían. Y eso es preocupante, Hood —añadió en tono de reproche—. Si los servicios de inteligencia españoles lo han sabido con tal rapidez, no me sorprendería que el dato se haya podido filtrar hasta un general que ha pertenecido a los servicios de inteligencia.

Paul Hood puso cara de circunstancias y comentó:

—Estamos esperando la confirmación. El Striker ha de estar ya a punto de llegar a las inmediaciones del edificio...

—¡Ya han llegado! —exclamó de pronto el general Rodgers.

—No se retire, Steve —dijo Paul—. ¿Qué ha captado usted, Mike?

—Darrell acaba de tener noticias del coronel August —informó Rodgers con el teléfono aún pegado al oído—. El Striker ha conseguido apostarse sin novedad frente al flanco sur del edificio. Están en el cauce seco de un río, tras el matorral de la orilla. Pueden ver bien el edificio. El coronel August aguarda instrucciones.

—Dele a Darrell las gracias de mi parte —dijo Hood, que le repitió la información a Burkow.

Mientras hablaba con el jefe de Seguridad Nacional, el director del CO introdujo un código para que apareciese en la pantalla de su monitor el perfil de la misión, que McCaskey le había enviado por módem hacía media hora. Incluía un mapa de la comarca y un detallado plano de La Caserna, junto a varias opcio-

nes de infiltración y asalto, con las modificaciones introducidas por August y el soldado Prementine en el TITA. Según McCaskey, de acuerdo a las estimaciones de los escuchas de la Interpol, en aquellos momentos habría en La Caserna varios centenares de soldados. La mayoría estaban concentrados en el ala sur del palacete.

—¿Qué plan seguirán para entrar? —preguntó Burkow en tono autoritario.

El general Rodgers se había acercado a la mesa. Como militar, no le hacía ninguna gracia que un político le preguntase sobre lo que, en definitiva, era una acción de campaña. Aunque fuese una operación secreta o, más exactamente, encubierta, desde un punto de vista de combate, difícilmente podría el jefe de Seguridad Nacional opinar sobre una operación que, aunque fuese indirectamente, enfrentaba a siete hombres contra centenares. ¿Qué esperaba Burkow que le dijese? ¿Que iban a tomar el edificio al asalto como kamikazes? En fin...

Rodgers miró a Hood con expresión de irónica resignación y señaló al altavoz del teléfono. Hood lo abrió.

—Como se trata de un edificio del siglo pasado, para la instalación de agua corriente han aprovechado un pasadizo del ala norte a modo de desagüe, que va a parar al cauce del arroyo —explicó Rodgers.

—Ya. ¿Entrar por el desagüe? ¿Cómo van a hacerlo? —preguntó Burkow.

—El pasadizo tiene un túnel secundario que comunica con las cocinas... Con un poco de suerte... los *strikers* podrían encontrar trabajo a tiempo parcial —ironizó el general—, como pinches, con la seguridad de que a Amadori se le va a indigestar la cena.

—O a provocar una carnicería —replicó Steve Burkow con acritud.

—En absoluto, Burkow. Salvo si encuentran una resistencia en las cocinas que ponga en peligro sus vidas, los *strikers* se limitarán a dejarlos fuera de combate y a vestirse con sus ropas.

—Ya —dijo Burkow, que en su fuero interno reconoció que no era un mal plan.

Y ciertamente no lo era. Sobre todo —con eso habían especulado básicamente August y Prementine— porque a la hora de la cena todos, incluido Amadori, estarían en principio más pendientes del plato que de las pistolas. Además, quienes trabajaban en las cocinas eran los que menos se dejaban ver por las demás dependencias y, por lo tanto, era a quienes más fácil resultaba suplantar. Existían riesgos, claro, pero no se les había ocurrido nada mejor.

Rodgers dudaba de que se le pudiera ocurrir a Burkow.

—Hemos estado aguardando noticias de la agente que tenemos dentro —dijo Paul.

—¿La agente de la Interpol que se ha entregado? —preguntó Burkow.

—Exacto. Pero ignoramos si tratará de ponerse en contacto con nosotros o si intentará neutralizar al objetivo por sí sola. Nos ha parecido conveniente darle tiempo.

Steve Burkow permaneció en silencio unos momentos.

—Aguardar significa correr el riesgo de que los apoyos que pueda tener Amadori se multipliquen de manera exponencial —advirtió el jefe de Seguridad Nacional—. En toda intentona militar, hay un momento en el que el rebelde deja de ser considerado un usurpador para convertirse en héroe a ojos del pueblo.

—Teóricamente se corre ese riesgo, pero no creo que nadie lo fuese a considerar un héroe. ¿Recuerda cómo reaccionaron el pueblo y las instituciones a principios

de los años ochenta? De hecho, los golpistas quedaron en ridículo. Creo que nuestro verdadero problema es evitar que ese chiflado provoque una carnicería, garantizar la seguridad de nuestros compatriotas y ayudar a la agente de la Interpol, a poco que podamos. Para que Amadori pudiera tener posibilidades de éxito, tendría que contar con el apoyo no sólo de un sustancial número de políticos ultraderechistas, sino de empresarios y de la jerarquía religiosa.

—Lo intenta. Los hombres del yate y los miembros del clan a los que ha atacado...

—Probablemente, conseguirá asustar a algunos y coaccionarlos para que lo apoyen —dijo Paul—, pero dudo de que lo consiga a tiempo. Puede disponer, a lo sumo, de dos o tres horas, porque no le vamos a dar más —añadió el director del Centro de Operaciones con firmeza.

—De modo que es usted partidario de esperar, ¿no?

—El comando Striker está apostado y listo para intervenir. No creo que esperar esas dos horas pueda obstaculizar la misión. Por el contrario, servirá para que obtengamos más datos de inteligencia sobre el edificio y la infraestructura de las inmediaciones.

—No estoy de acuerdo en que el retraso no pueda obstaculizar la misión. El general VanZandt opina que podría dar a Amadori la oportunidad de redoblar su seguridad personal. Y ya saben que neutralizar a Amadori es el *principal* objetivo de la misión.

Paul Hood alzó la vista y miró al general Rodgers. Ambos sabían lo que Burkow insinuaba: que no era momento de ser excesivamente cautelosos.

—Estoy de acuerdo con usted, Steve —concedió Hood—. Amadori es el principal objetivo, pero el comando Striker es el único recurso que tenemos. Si lo utilizamos de una manera demasiado expeditiva, pondremos en peligro las vidas de los miembros del co-

mando y la suerte de la misión —añadió mirando al reloj del ordenador (su ayudante Benet *el Pincha* lo había programado para que marcara también la hora española)—. Son casi las once en España. Aguardemos a ver qué ocurre hasta mediodía. Si para entonces no hemos sabido nada de María Cornejo, entrará el Striker.

—En una hora pueden suceder muchas cosas, Paul —se lamentó Burkow—. Unos cuantos apoyos clave podrían hacer a Amadori imparable. No aventuro nada. Se lo digo con conocimiento de causa. Hemos recibido otra llamada de una fuente muy fiable. Una unidad mecanizada al mando de un coronel, que sin duda estará a las órdenes de Amadori, ha sacado los tanques a la calle pretextando un simulacro y ha acordonado el palacio Real. Parece ser que un número indeterminado de soldados ha logrado entrar en el edificio. Preste atención, Hood: las autoridades españolas están en condición de reducirlos en cuestión de minutos. Puede incluso que en estos momentos lo hayan hecho ya, pero si no acabamos de inmediato con Amadori, puede que otros generales y coroneles...

—Soy consciente de ello. Pero necesitamos más información.

—Mire, Hood, estoy empezando a cabrearme —le espetó Burkow—. El Striker es uno de los mejores comandos de élite del mundo. No lo infrutilice. Déjelo actuar.

—No —se opuso terminantemente Hood—. No me parece acertado. Voy a darle a la agente María Cornejo una hora más.

—¿Y eso por qué? —exclamó Burkow en tono crispado—. Mire, si le tiembla el pulso para dar la orden de quitar de en medio a ese cabrón...

—¿Temblarme el pulso? ¿Por quitar de en medio a ese individuo? —contestó el director del CO visiblemente molesto—. ¿Por temor a que muera uno de mis

hombres? Me parece que se equivoca usted, señor Burkow.

—¿Dónde está el problema, entonces? —preguntó el jefe de Seguridad Nacional.

—El problema está en que nos hemos centrado tanto en el objetivo que no hemos previsto nada para cubrirle las espaldas al Striker.

—No necesita a María para eso —dijo Burkow—. El comando puede salir de la misma manera que entre.

—No me refiero a eso. No es la cobertura de la retirada del comando al salir del edificio lo que me preocupa —aclaró Hood—. Me refiero a cubrirle las espaldas en el sentido de *responsabilidad*. ¿Quién va a cargar con el *muerto*, Steve? ¿Ha hablado de ello el presidente con el gobierno español o con el CESID?

—No lo sé. No he estado presente en la conversación con Madrid —contestó Burkow, que seguía sin soltar prenda respecto de con quién había hablado en realidad el presidente.

—¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Decir que no sabemos nada del Striker si los apresan? —preguntó Hood—. ¿Decir que son mercenarios y abandonarlos a su suerte?

—A veces no hay más remedio —respondió Burkow.

—Cierto. A veces no hay más remedio —admitió Hood—. Sin embargo, no es éste el caso. Hay alternativa. Y la alternativa que tenemos en este caso es dejar que una agente española, una *ciudadana* española, se implique en la operación. Una patriota. Alguien a quien el comando Striker habría acudido a ayudar. Puede que oficial y jurídicamente no sea un argumento convincente, pero sí muy eficaz de cara a la opinión pública de ambos países.

Pillado de improviso, Burkow guardó silencio. Como político y, sobre todo, como alguien que ostentaba un cargo tan cercano al presidente, cualquier cosa

que contribuyese a dejar en buen lugar al máximo mandatario tenía que parecerle bien. Además, era un argumento utilizable en el ámbito diplomático: los servicios de inteligencia norteamericanos se enteran de que una agente española de la Interpol corre inminente peligro, y envían un comando equipado con tecnología punta para rescatarla.

—De modo que voy a esperar hasta mediodía para ver si tenemos alguna noticia de la agente Cornejo —persistió Hood—. Incluso podría bastarnos con saber en qué dependencia del edificio se encuentra exactamente. Si el Striker puede rescatarla antes de que ella llegue a Amadori... entonces no me temblará el pulso para ordenar que liquiden a ese cabrito.

Se hizo un embarazoso silencio. Al cabo de unos momentos, Steve Burkow se decidió a romperlo.

—¿Puedo decirle al presidente que la misión se llevará a cabo a mediodía? —preguntó el consejero de Seguridad Nacional en tono imperativo.

—En efecto —contestó el director del Centro de Operaciones—. Puede decírselo usted así.

—Está bien —accedió Burkow con frialdad—. Luego hablaremos.

Cuando el jefe de Seguridad Nacional hubo colgado, Hood miró a Rodgers, que le sonreía abiertamente.

—Estoy orgulloso de usted, Paul —dijo el general—. Muy orgulloso.

—Gracias, Mike. —Paul Hood dejó la pantalla del monitor en blanco, se frotó los ojos y luego añadió—: Estoy cansado, harto de todo esto.

—Descanse un poco, Paul. Mientras tanto, yo estaré pendiente de cualquier incidencia que se produzca.

—No, de verdad, gracias. Pero sí podría hacerme un favor.

—Por supuesto.

—Voy a hablar con Bob Herbert y con Stephen Viens —dijo Hood cogiendo el teléfono—. Voy a decirles que hagan lo imposible por detectar la exacta posición de la agente española. Usted, por su parte, podría hablar con Darrell, por si puede hacer algo él también. Una hora es poco tiempo, pero ¿quién sabe?, alguien podría haber instalado micrófonos ocultos en el edificio. Amadori no habrá tenido más remedio que establecer muchos contactos con oficiales y suboficiales, antes de decidir dónde instalar su cuartel general. No es imposible que se haya producido alguna filtración al CESID.

—¿Y no habrían actuado, de ser así?

—Tampoco lo hemos hecho nosotros... *todavía*.

—De acuerdo, Paul. Haré lo que me pide —dijo el general Rodgers, que salió del despacho y cerró la puerta.

El director del Centro de Operaciones hizo entonces las llamadas a Herbert y a Viens. Cuando hubo terminado, cruzó los brazos sobre la mesa y descansó en ellos la frente.

Estaba muy cansado, y no especialmente orgulloso de sí mismo. Al contrario. Se reprochaba desear tan intensamente liquidar a Amadori como represalia por la muerte de Martha Mackall, aunque hubieran sido otros quienes hubieran planeado y ejecutado el asesinato. Todo formaba parte del mismo inhumano panorama.

A la postre, el final sería el mismo. Amadori saldría de su cuartel general con los pies por delante. El problema estaba en cuántos, y a quiénes, podía llevarse... también por delante. Luego, se marcharía del CO y volvería a casa, sin esperar en realidad más que algunas satisfacciones personales, ciertas cosas que lamentar y la perspectiva de «más de lo mismo» durante todo el tiempo que aún permaneciese en el CO.

No era una perspectiva muy halagüeña.

Nunca conseguiría que Sharon viese las cosas como él. Pero mientras seguía allí sentado, con la mente aturdida y los sentimientos a flor de piel, tenía que reconocer que ya no estaba seguro de tener razón. ¿Qué era preferible: tener grandes satisfacciones y la admiración de Mike Rodgers, o realizar un trabajo menos exigente, que le dejase tiempo para disfrutar del amor de su familia y de las pequeñas satisfacciones que podían proporcionarle su esposa y sus hijos?

«¿Por qué he de elegir entre ambas cosas?», se preguntó. Sin embargo, sabía perfectamente cuál era la respuesta.

Porque el precio de estar entre la élite, en cualquier campo, se pagaba en tiempo y en dedicación. Si quería recuperar a su familia, iba a tener que prescindir de algunas cosas. Tendría que volver a buscar empleo en la universidad o en la banca, o en un «tanque de cerebros», algo que le dejase tiempo para los conciertos de violín de su hija, los partidos de béisbol de su hijo, y para repantigarse frente a la caja mágica.

Hood alzó la cabeza y se acomodó ante el ordenador. Mientras aguardaba noticias de España, tecleó una breve nota:

Señor presidente:

Por la presente dimito de mi cargo de director del Centro de Operaciones.

Atentamente,

PAUL HOOD.

TREINTA Y TRES

Martes, 10.32. Madrid

La buscaban. Las pisadas de las botas de los soldados resonaban en la planta inferior. Eran frenéticas idas y venidas al compás de voces de mando y de exclamaciones que atronaban desde todas partes: «¡Encuéntrenla...!» «¡Ha de estar arriba o en el sótano! ¡No ha podido salir del edificio!» «¡Pero tengan cuidado!» «¡Va armada y es peligrosa!»

Menos que hace un rato, se dijo María amargamente. Tenía el cuerpo tan dolorido que dudaba de que pudiese correr, aunque le fuese la vida en ello. Pero tenía que sobreponerse, llegar a la planta superior antes de que, al no encontrarla en el resto del edificio, se concentrasen todos allí a buscarla hasta debajo de las baldosas.

Al llegar al último rellano, María oyó las voces de Juan y de Fernando. Los habían subido allí, probablemente para ser interrogados por el propio Amadori.

Nada más poner el pie en el pasillo de la planta superior vio la entrada de una estancia sin puerta y, al fondo, a los dos miembros del clan Puig en un grupo de prisioneros, vigilados por varios soldados. No lograría engañarlos. Probablemente, no haría falta que se acercase más para que reparasen en que aquel uniforme era un burdo disfraz. Notaba los pantalones como si fuesen bombachos y los pies le bailaban dentro de las botas.

—¡Alto! —le gritaron desde atrás—. ¡Alto o disparo!
Era la voz del capitán que había ordenado torturarla.

—¡Tengo una información para el general! —dijo María, que aminoró el paso, pero sin detenerse, decidida a llegar hasta Juan.

—¡Alto! —le volvió a gritar el capitán cuando María estaba ya a dos pasos de Juan—. Levante las manos lentamente. Si hace cualquier movimiento brusco la dejo en el sitio.

La agente obedeció. Miró a Juan, que abrió desmesuradamente los ojos al reconocerla. Los centinelas no habían desenfundado sus armas, pero estaba segura de que el capitán les ordenaría hacerlo en cuestión de segundos.

—¡Usted, cabo! —tronó el capitán.

Uno de los soldados encargados de la vigilancia de los prisioneros se cuadró.

—¡A la orden, señor! —dijo el cabo.

—¡Desármela! —le ordenó el capitán.

—¡Sí, señor!

—Las piernas... —se quejó María con voz exageradamente entrecortada, mirando a Juan y tambaleándose—. ¿Puedo sentarme?

—¡Siga en pie! —le chilló el capitán.

—No puedo...

—¡Cállese!

No podía esperar un momento más. Confiaba en que no le disparasen. La necesitaban viva, si querían más información.

La agente Cornejo dejó vencer el cuerpo hacia adelante y cayó sobre Juan.

—¡Levántese! —le gritó el capitán.

María fingió intentar levantarse y aprovechó para sacar las dos pistolas que llevaba bajo la guerrera y ponerlas en las manos de Juan, que las cogió y le dio

una a Fernando, que se había acercado a ayudar a María.

—Amadori está aquí, tras aquella puerta —susurró María mientras unas manos la ayudaban a levantarse.

—No podemos entrar... —susurró a su vez Juan.

—Tenemos que conseguirlo a toda costa —musitó ella—. De todas maneras estamos perdidos. Van a matarnos.

Justo en aquel momento, llegó el cabo junto a María y la aupó, sujetándola del cuello con una fuerte presa. En cuanto el cuerpo de María dejó de bloquearle la visión, Juan esgrimió la pistola y le disparó al cabo en el muslo. Éste se tambaleó hacia atrás con el muslo ensangrentado. Dejó caer la pistola al suelo y uno de los prisioneros la cogió. María logró enderezarse y recuperar el equilibrio, desenfundó su pistola y se volvió hacia el capitán.

Pero el capitán, que ya la tenía encañonada, le disparó dos veces. Una de las balas la alcanzó en el costado izquierdo. María disparó a su vez con una mueca de dolor, pero erró el tiro y cayó encima del prisionero que había cogido la pistola del cabo.

—¡Asesino! —le gritó Juan al capitán.

Pero antes de que Juan pudiese disparar, una bala se alojó en su hombro izquierdo. El hombre cayó de bruces y su arma fue a parar casi a los pies del capitán, que se agachó a recogerla.

—¡Que nadie se mueva! —exclamó el capitán apuntando al grupo de prisioneros.

Los prisioneros hicieron un amago de abalanzarse sobre el capitán, pero se contuvieron al ver que los soldados desenfundaban sus pistolas.

El centinela que le había disparado a Juan desde la puerta de la estancia contigua se acercó al capitán. Al instante, se abrió la puerta y asomó el ayudante de campo del general Amadori, el teniente general Anto-

nio Aguirre, cuyo fruncido entrecejo resultaba más intimidante que la 9 mm que empuñaba. El espigado y atlético oficial miró en derredor.

—¿Qué pasa aquí, capitán Infiesta? —preguntó en tono apremiante.

—Nada, señor... —balbuceó el capitán—. Ha habido un problema, pero ya está solucionado.

—¿Quién es? —preguntó Aguirre señalando con la pistola a Juan.

—Es un cómplice de esta zorra —respondió el capitán.

—¿Y ella quién es?

—Creo que es una espía —dijo el capitán.

—No, señor.... —protestó María balbuciente—. No soy una espía, teniente general —añadió oprimiéndose el costado izquierdo, que le sangraba—. Soy la agente María Cornejo de la Interpol. He venido a darle una información al general, pero en lugar de escucharme, este oficial ha ordenado que me diesen una paliza.

—La escucho —dijo el teniente general—. Diga lo que tenga que decir.

—No —respondió María—. Aquí no...

—¡Inmediatamente! —le espetó Aguirre con dureza. María cerró los ojos un momento.

—Estoy mareada. ¿Podría sentarme un poco donde sea?

—Por supuesto —contestó Aguirre sin modificar un ápice su dura actitud—. Capitán, condúzcala a ella y a su cómplice afuera. Que le diga lo que tenga que decirle y... zanje la cuestión.

—A la orden, señor —dijo el capitán.

—¡Señor! —gritó María a la vez que, tambaleante, trataba de acercarse al teniente general.

Aún tenía la esperanza de que, si lograba entrar en la estancia donde se encontraba Amadori, tendría ocasión de hacer algo...

—¡Va a venir usted conmigo tal como le han ordenado! —le dijo el capitán ágarrándola del pelo.

María estaba demasiado débil para revolverse. No tuvo más remedio que seguir al capitán, trompicándose.

—¡Él también! —gritó el capitán señalando a Juan.

Dos soldados se acercaron a Juan y lo agarraron uno por cada brazo. Lo sacaron a rastras, mientras la sangre le salía a borbotones por el hombro izquierdo.

El teniente general dio entonces media vuelta, volvió a entrar en la estancia y cerró la puerta.

María oyó el ruido de la puerta al cerrarse, pero a ella se le antojó como el ruido de una losa que sellara una tumba. Allí quedaba enterrado su intento de llegar hasta Amadori y, probablemente, también significaba su propio fin. Estaba furiosa consigo misma por haber echado a perder la misión, por no haber sabido culminarla, pese a haber estado tan cerca.

El capitán soltó del pelo a María y se limitó a obligarla a avanzar a punta de pistola, hasta una de las puertas que daban al patio. El cañón del arma se le hundía en la espalda. Cada paso que daba le producía un intenso dolor en todo el cuerpo.

—¿Qué...? ¿Qué va a hacer usted? —preguntó María temblorosa.

—Vamos a sacarla ahí afuera, a ver lo que sabe.

—¿Por qué afuera? —dijo María.

El capitán no contestó, aunque el silencio también era un modo de hacerlo.

Los sacaban afuera porque allí, en el patio interior, frente a la capilla del palacete, era donde fusilaban a los prisioneros. Varios yacían muertos, con la cabeza ensangrentada. Dos de ellos, con trajes y jerséis grises casi idénticos, yacían muy juntos, con sendos rodales de sangre en el pecho.

TREINTA Y CUATRO

Martes, 10.46. Madrid

En cuanto oyó los disparos que procedían del palacete, el coronel August sacó el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo derecho del pantalón y marcó el número de la oficina de Luis.

El coronel y sus hombres habían aprovechado la espera para camuflar la corta sombra que proyectaban sus cuerpos hacia el centro del cauce seco del arroyo. Habían arrancado matas que crecían en la pequeña pendiente que formaba el cauce hasta el borde, a modo de terraplén. Sus sombras se acortarían en las próximas dos horas y serían prácticamente invisibles desde las ventanas de La Caserna, aunque no desde el tejado.

El cabo Prementine se tapaba la nariz, porque era el que estaba más cerca de la boca del desagüe del que rezumaba un espeso caldo con apestosos tropezones. ¿De verdad era el único modo de entrar? Prefería afrontar el fuego enemigo que aquella mierda.

El coronel August le guiñó el ojo a Aideen y levantó la mano derecha lo justo para que los demás vieses su señal. Mostrarles dos dedos significaba que sacasen del bolsillo los finos monos de plástico que llevaban para protegerse de la mierda. La soldado DeVonne ayudó a Scott a cerrar la rebelde cremallera de la capu-

cha que, a modo de pasamontañas, le cubría completamente la cabeza, con sólo dos círculos de plástico transparente a la altura de los ojos.

En menos de treinta segundos todos se habían embutido en los monos.

La boca del desagüe estaba formada por un ancho conducto de uralita de medio metro de sección y unos cinco metros de largo. Servía para prolongar el paso subterráneo hasta el cauce del arroyo.

Nada más adentrarse por el conducto, el coronel August se introdujo su «audífono» doble A (audioamplificador). El adminículo parecía un audífono corriente, y permitía una recepción desde más de trescientos kilómetros a la redonda. Un micrófono adosado a su pecho le permitía al coronel comunicar con la sede de la Interpol.

Sondra DeVonne le pasó su linterna al soldado George, y Scott la ayudó a ella a pasar por un estrechamiento del túnel, que tenía una especie de escalón muy resbaladizo (antes de entrar habían acordado que la soldado DeVonne iría delante, seguida del coronel, de Aideen y del cabo Prementine con los otros cuatro *strikers*).

La soldado DeVonne sufría aún fuertes crisis emocionales al recordar la muerte del teniente coronel Squires. Había ocurrido en el curso de su primera misión con el Striker. Sin embargo, August comprobaba con satisfacción que estaba muy concentrada desde que habían llegado a Madrid. Y aún lo estaba más en aquellos momentos, mientras avanzaban por el túnel con felina agilidad, en silencio y alerta.

«Porque de momento no nos hemos cruzado con ninguna rata», ironizó para sí el coronel.

Sondra alzó la mano y los *strikers* se detuvieron un momento. La soldado descorrió la cremallera del bolsillo del pantalón del mono, sacó el plano del edificio

que Luis les había proporcionado y lo enfocó con la linterna.

—El túnel secundario que conduce a las cocinas ha de estar ya muy cerca —dijo DeVonne.

—¡Un momento! —exclamó el coronel—. Llega un mensaje.

Aideen lo miró expectante. Los demás, que gateaban por detrás, alzaron la vista hacia August.

—¿Han entrado ya? —preguntó Luis desde su oficina.

—Estamos a unos quince metros de la boca del conducto —respondió August.

Como la línea de su audioamplificador era segura (con deformador del sonido en los emisores y filtro de parásitos en los receptores), no corrían el riesgo de que la conversación fuese captada y, por lo tanto, no había razón para hablar en clave.

—Calculo que llegaremos a las cocinas dentro de unos tres minutos.

—Probablemente, para entonces les habremos dado la luz verde —le informó Luis—. Acabamos de tener noticias de los escuchas.

—¿Y qué dicen? —preguntó August.

—Han sacado a la agente Cornejo fuera del edificio, al patio —contestó Luis—. Parece que está sangrando...

—¿Los disparos que hemos oído...?

—Muy posiblemente —dijo Luis—. Lo malo es que no creo que sean los últimos disparos.

—¿Qué quiere decir?

—Parece que uno de los oficiales está eligiendo hombres para formar un pelotón de fusilamiento.

—¿Dónde? —preguntó el coronel, alarmado.

—Frente a la capilla del palacete.

El coronel August chistó en dirección a Sondra y le señaló el plano. La soldado se lo acercó inmediatamente y lo enfocó con la linterna.

—Estoy buscando en el plano el lugar exacto donde

se encuentra la capilla —dijo August—. ¿Cuál es el camino más corto para llegar al patio?

—Olvídese —respondió Luis.

—¿Cómo dice?

—Debe usted desentenderse de la agente. Le hemos llamado para advertirle. Hemos supuesto que habría oído los disparos. Darrell ha consultado con el general Rodgers y con el director del Centro de Operaciones, que coinciden en que su objetivo *prioritario* sigue siendo Amadori. Y si éste está empezando a ejecutar prisioneros, es vital que sea neutralizado lo antes posible.

—Entiendo —dijo August.

Ya lo creo que lo entendía. El objetivo de la misión era crucial. Pero al coronel se le encogió el corazón, igual que en 1970, cuando su diezmada compañía tuvo que hacer frente a fuerzas norvietnamitas muy superiores en número, en las afueras de Hay Bon, junto al río Song Ba. August tuvo que cubrir la retirada de la compañía, elegir a dos hombres para que se rezagasen con un par de rifles y mantuviesen la posición junto a la carretera durante todo el tiempo que les fuese posible. Sabía que, lo más probable, era que no volviese a ver a aquellos dos hombres. Pero la vida del resto de los soldados de la compañía dependía de ellos. También sabía que nunca olvidaría la forzada y patética sonrisa de uno de aquellos dos soldados, casi un niño.

—En cuanto estén en condiciones de salir de las cocinas, Darrell quiere que pasen a la acción —dijo Luis—. Espera poder darle la orden definitiva dentro de diez o quince minutos.

—Estaremos preparados —sentenció August, que miró a Aideen con cara de circunstancias, y a la que no iba a decirle que acababa de recibir la orden de abandonar a María a su suerte.

Tampoco iba a decírselo explícitamente a los miembros del comando. Se limitó a comunicarles que acaba-

ban de darle no más de quince minutos para estar en condiciones de llegar hasta Amadori, y a recordarles lo que habían acordado para cuando llegasen a las cocinas.

El coronel dio la orden de seguir adelante y Sondra reanudó la marcha. Cuando hubieron recorrido otros cincuenta metros encontraron el túnel secundario, relativamente bien aislado del pasadizo que servía de desagüe por dos consecutivas compuertas de hierro. Pero ya contaban con ello, porque figuraban en el plano. Eran de «guillotina», por lo que no había más que tirar hacia arriba del reborde del tope inferior.

Dos minutos después, ya en el interior del túnel secundario vieron un resplandor y oyeron voces procedentes de las cocinas.

Se acercaron con sigilo. Cuando estuvieron junto a la puerta, Sondra se asomó con precaución al ventanuco y miró a través de una rendija. Vio a cuatro personas trabajando allí: uno que parecía el chef, otro su ayudante y dos pinches.

El cabo Prementine le pasó a Sondra un aerosol que contenía un potente anestésico de efecto casi instantáneo. Llevaba un eyector capaz de proyectar el contenido del frasco a más de veinte metros. Como el chorro salía en forma de cono invertido, cuanto más lejos del eyector estaba el objetivo dentro del alcance de los veinte metros, más espacio abarcaba. El aspersor llevaba también un regulador de distancia. Sondra lo enfocó con la linterna y lo reguló a diez metros, que era lo que según el plano medía la cocina a lo largo.

Perfecto, pensó Sondra. Entre los fogones, junto a los que estaba el ayudante del chef y las mesas auxiliares donde los pinches batían huevos, había unos seis metros (casi exactamente la misma anchura que alcanzaría el cono de la suspensión anestésica).

La soldado DeVonne miró al coronel August y alzó el pulgar izquierdo.

—Adelante —musitó el coronel, que sacó del bolsillo un pequeño trozo de alambre y se lo pasó.

Sondra introdujo el alambre bajo el pestillo y lo levantó sin hacer el menor ruido. A continuación, acercó el aspersor al ventanuco, lo entreabrió y oprimió el botón que disparaba el mecanismo.

Un azulado embudo brotó del ventanuco engullendo a las cuatro siluetas blancas que, de pronto, parecieron imágenes congeladas de una filmación. Y sin darles tiempo a preguntarse con la mirada qué había ocurrido, se desplomaron como a la orden de un coreógrafo.

La soldado DeVonne indicó al coronel con un ademán que se acercase a ver el resultado. Los cuatro cocineros yacían en el suelo completamente inmóviles. El resplandor de los fogones, de los fluorescentes del techo y de las espejeantes partículas en suspensión del aerosol le daba a las cocinas un aspecto fantasmagórico.

Lo peor era la espera. Lo peor y lo más peligroso. Y lo más angustioso. Había que aguardar dos minutos, que era lo que tardaba el aerosol en perder eficacia. Pero esos dos minutos podían bastar para que alguien entrase en las cocinas y diese la alerta.

Y para que hayan acribillado a María, pensó el coronel August.

El soldado Pupshaw se acercó a la puerta con un juego de ganzúas. Era increíble la habilidad que ciertas personas tenían para abrir puertas ajenas, pensó Aideen. Pupshaw abrió aquélla al primer intento, sin apenas hacer ruido. Luego, asió con ambas manos el borde de la hoja y tiró hacia arriba para evitar la fricción con el suelo. Sólo las bisagras rechinaron un poco al empujar la puerta hacia ellos.

Los cocineros parecían muertos.

El coronel August hizo elocuentes señas a Scott y a George.

—Busquen donde encerrar a estos dormilones —les dijo.

—Ahí —les indicó Scott señalando a una estancia contigua.

La puerta estaba abierta. Le habían puesto una bombona de butano como tope para que no se cerrase. Saltaba a la vista que era la despensa.

George y Scott arrastraron a los cuatro durmientes hasta la despensa. Los ataron con trapos de cocina y los amordazaron con sus propios mandiles, y después retiraron la bombona, cerraron la puerta y le dieron dos vueltas a la llave.

Aunque a alguno de los cocineros el efecto del anestésico le durase menos de lo previsto (cuatro horas), no podrían salir de allí. Tampoco era probable que entrase alguien de inmediato, porque aún faltaba mucho para la hora del almuerzo.

August ordenó entonces que se quitasen los monos de plástico, y a Ishi Honda que vigilase la puerta que daba al pasillo. Bajo los tejanos y las chaquetas llevaban otro mono negro forrado de Kevlar. De cuclillas junto a sus mochilas, los *strickers* se ciñeron unas musleras; una llevaba una funda con un machete dentado y en la otra un bolígrafo-linterna. Luego, montaron sus metralletas Uzi y se cubrieron el rostro con pasamontañas negros. Cuando estuvieron preparados, August dio la orden de salir de las cocinas.

Seis de los *strickers* fueron por delante por parejas, que avanzarían de acuerdo a la técnica del salto de la rana (la pareja del centro rebasaba a la que iba por delante, que permanecía estática, igual que la de la retaguardia. Aquello permitía que, a cada salto, pudiesen cubrir la maniobra por delante y por detrás).

Apenas habían empezado a adentrarse por el pasillo

cuando August recibió un mensaje de Luis: María estaba siendo interrogada en el patio. Y había un pelotón de soldados formado frente a una de las paredes.

—Adelante —dijo Luis—. ¡Buena suerte!

El coronel le prometió comunicar con él tan pronto como todo hubiese terminado. Después, desconectó el micrófono y lo guardó en su mochila. La acción no debía filtrarse, ni siquiera a la Interpol. Estados Unidos no podía ser vinculado con lo que iba a suceder. Cualquier grabación, aunque fuese involuntaria, podía utilizarse como prueba.

Al igual que los otros *strickers*, August se cargó la mochila a la espalda. Era muy plana y estaba forrada de Kevlar. El material antibalas proporcionaba a los miembros del comando una protección suplementaria.

Sondra abrió la marcha, seguida del cabo Prementine. Tenían que llegar a la última planta lo antes posible. Y para abrirse paso estaban autorizados a disparar, a brazos y piernas si era posible; al torso, si no había más remedio.

La soldado DeVonne se detuvo un momento a consultar el plano. No había una escalera que, con el característico zigzag vertical, enlazase el sótano con la planta superior, sino que eran escaleras independientes, situadas en planos distintos en cada planta. Aquello significaba tener que recorrer por lo menos parte de las plantas primera y segunda.

Luego, con suerte... la de Amadori estaría echada.

TREINTA Y CINCO

Martes, 11.08. Madrid

Darrell McCaskey estaba desesperado.

«De ninguna manera voy a permitirlo», se dijo. Él y Hood tenían una cosa en común: ambos eran de los poquísimos funcionarios del Centro de Operaciones que nunca habían servido en el ejército.

Nadie se lo había tenido nunca en cuenta a McCaskey en un sentido negativo. Había ingresado en la Academia de Policía Metropolitana de Nueva York nada más terminar el bachillerato, y había pasado cinco años en Midtown South. Durante aquellos años, hizo cuanto pudo para proteger a los ciudadanos de la ciudad a la que servía. Se había enfrentado cuerpo a cuerpo a más de uno de los reincidentes canallas que detenía. Había tenido que ayudar a los antidisturbios a dispersar a las violentas pandillas que, tan a menudo, convertían Times Square en un campo de batalla. No le arre-
draba la acción.

McCaskey había recibido numerosas menciones al valor durante aquellos años de servicio, tantas que un inspector del FBI, una especie de «cazatalentos» de los federales, destinado en Manhattan, se fijó en él. Poco tiempo después, McCaskey ingresó en el FBI y, después de pasar cuatro años en Nueva York, fue trasladado a la sede central del FBI en Washington. Su especialidad eran los terroristas y las pandillas de extran-

jeros. Había pasado mucho tiempo fuera del país, haciendo amigos en otros cuerpos de policía y estableciendo contactos con servicios de inteligencia de otros Estados.

Había conocido a María Cornejo en un viaje a España y, al cabo de una semana, se había enamorado perdidamente de ella. Era una mujer inteligente e independiente, atractiva y serena, deseable y «anhelante». Después de pasar tantos años como policía secreta (camuflada como «camello», maestra de escuela o florista), y más años aún compitiendo con los hombres en el cuerpo de policía, María vio el cielo abierto al encontrar a alguien que, como Darrell, mostraba un verdadero interés por su manera de pensar y por sus sentimientos. A través de Luis, consiguió ir a EE. UU. a estudiar las técnicas de investigación del FBI. Se alojó durante tres días en un hotel de Washington antes de trasladarse a vivir con Darrell.

McCaskey no quería romper con ella. Bien sabía Dios que no. Pero McCaskey imponía su ley en sus relaciones, igual que trataba de imponerla en la calle. Y al igual que en la calle, imponía su ley con buena intención. Pero tanto si trataba de que María dejase de fumar o de que aceptase menos servicios peligrosos, su actitud iba en contra del carácter de María, de todo aquello que la hacía tan extraordinaria. Hasta que ella lo dejó y regresó a España, no comprendió Darrell lo mucho que María había aportado a su vida.

Darrell había perdido a María una vez y no estaba dispuesto a volver a perderla. No iba a quedarse tranquilamente sentado en la sede de la Interpol mientras el general Amadori la hacía ejecutar.

Nada más terminar de hablar con Paul Hood y Mike Rodgers a través de la línea de seguridad de la oficina

de Luis, McCaskey miró al director de la Interpol.

Luis estaba sentado frente a la radio, aguardando noticias del Striker. Su padre estaba sentado junto a él.

—Necesito su helicóptero —solicitó McCaskey.

—¿Para qué? —le preguntó Luis—. ¿Para un intento de rescate?

—Hemos de intentarlo —dijo McCaskey levantándose—. ¿No irá a decirme que no le parece bien?

La expresión de Luis indicaba que estaba de acuerdo con él, aunque acceder lo ponía en un serio compromiso.

—Proporcionéme un piloto y un tirador —añadió McCaskey—. Asumiré toda la responsabilidad.

Luis titubeó.

—Por favor... Luis —imploró McCaskey—. Se lo debemos a María, y no hay tiempo para discutirlo.

Luis miró a su padre e intercambió unas palabras con él. Luego, llamó a través del interfono a su asistente y le dio instrucciones. Después, posó su vista en McCaskey.

—Mi padre actuará como enlace con el Striker —comentó Luis—. Y le he dicho a Jaime que tenga el helicóptero preparado para salir dentro de cinco minutos. Pero no va a necesitar ningún tirador ni asumirá la responsabilidad. Yo seré el tirador. Y asumiré la responsabilidad.

—Se lo agradezco en el alma —dijo Darrell, profundamente reconocido a Luis.

Cuando Luis salió de la oficina para ir a supervisar los preparativos, McCaskey aguardó en la oficina, muy nervioso, paseando de uno a otro lado como una fiera enjaulada. Al cabo de dos minutos, corrió escaleras arriba hasta el tejado. Ya estaban allí Luis y el piloto.

El pequeño Bell Jet-Ranger, con capacidad para cinco personas, se elevó hacia el claro cielo azul de la mañana. En menos de quince minutos llegarían a La Ca-

serna. El piloto, Pedro, recibió la orden de dirigirse hacia el noreste. A través de su radio, los escuchas le indicaron en qué parte del edificio se encontraba exactamente María. También le informaron de que en el patio de La Caserna había formado un pelotón de cinco soldados.

Pedro les pasó la información a McCaskey y a Luis.

—Ni los suyos ni los míos nos van a aplaudir —dijo Luis.

—Lo sé —reconoció McCaskey—. Personalmente, no me importa. Esa mujer tiene muchos arrestos. Merece que hagamos lo imposible por ella.

—Quizá no sea imposible —comentó Luis, mirando a un estante de la parte de atrás en el que había dos rifles y dos pistolas—. Si les disparamos para dispersarlos, replicarán al fuego. Y pueden derribarnos.

—Si lo hacemos bien, lo pensarán dos veces —dijo McCaskey.

En cuanto avistaron el palacete, McCaskey cogió uno de los rifles y se lo pasó a Luis.

—Hay que ir hacia ellos directamente; no creo que nos disparen hasta que no hayamos aterrizado. Dudo de que quieran que se les venga encima el helicóptero. En cuanto toquemos tierra, dispare usted para dispersarlos. Los soldados correrán a ponerse a cubierto; y yo aprovecharé ese momento para rescatar a María antes de que ellos se reagrupen.

—Facilísimo —exclamó Luis con cara de circunstancias.

—Facilísimo —repitió McCaskey sonriente—. Aunque... lo digo en serio: casi siempre los planes más sencillos son los que funcionan mejor. Si usted me cubre y obliga a los soldados a mantenerse a cubierto, podré entrar y salir en menos de treinta segundos. El patio no

es muy grande. Si no pudiese volver al helicóptero, dé media vuelta e intentaré sacar a María de ahí por otros medios —añadió pasándose los dedos por el pelo—. Mire, Luis, ya sé que es peligroso, pero ¿qué puedo hacer si no? Querría hacer lo mismo si se tratase de cualquier otro compañero. Sin embargo, tratándose de María, no sólo quiero hacerlo sino que *tengo* que hacerlo.

Luis respiró hondo, asintió con la cabeza y miró el rifle. Era un L96A1 de los que utilizaba la OTAN, un rifle de largo alcance con silenciador incorporado y mira telescópica Schmidt & Bender. Luego, tomó del estante una pistola Parabellum Star 30M, que era el arma reglamentaria de la Guardia Civil, y se la pasó a McCaskey.

—Le diré a Pedro que describa un semicírculo rodeando el palacete, y que luego enfile directamente hacia el patio —le indicó Luis—. En cuanto el aparato se pose intentaré dispersar al pelotón. Puede que lo consiga sin necesidad de herir a nadie. Pero... es difícil.

—Lo sé —admitió McCaskey.

—No sé si tendré valor para dispararle a un soldado español, Darrell —dijo Luis—. La verdad es que no lo sé.

—Pues a éstos no parece importarles matar a compatriotas —señaló McCaskey.

—Sí, pero yo no soy de éstos.

—No, desde luego —dijo McCaskey como excusándose—. Lo cierto es que yo tampoco sé si sería capaz de dispararle a un compatriota.

—No sé cómo se ha podido llegar a una situación así —se lamentó Luis meneando la cabeza.

McCaskey examinó el cargador con un gesto de resignación.

«Se ha llegado como se llega siempre. Por el resentimiento de unos pocos y la complacencia del resto», pensó amargamente.

También en EE. UU. había focos de resentimiento

que, en cualquier momento, podían provocar situaciones como aquélla. McCaskey era consciente de que, si el comando Striker tenía éxito, la verdadera labor no habría hecho más que empezar, allí y en otros muchos países. A la gente como el general Amadori había que cortarles las alas antes de que estuviesen en condiciones de crear problemas como aquél. McCaskey no era una persona tan versada en aforismos como el general Rodgers, pero recordaba haber oído decir que, para que el mal floreciese, bastaba con que las personas de recta conciencia se cruzasen de brazos.

Darrell McCaskey se juró que, si sobrevivía a aquello, nunca sería de los que se cruzan de brazos.

Tardarían unos quince segundos en sobrevolar el ala noreste de La Caserna. Tras la angustia que había sentido al saber la suerte que, de un momento a otro, podía correr María, su decisión había servido, por lo menos, para sosegarlo un poco. No era lo mismo resignarse a lo irremediable que estar tratando de evitarlo.

Hacía más de veinticuatro horas que McCaskey no pegaba ojo. Pero estar sentado inducía a la somnolencia, y en cambio la acción lo mantenía despejado.

Aunque sus relaciones con María hubiesen sido conflictivas, aunque hubiese cometido errores que aún hoy lo hacían sentirse una persona frustrada, McCaskey no se flagelaba por sus humanas equivocaciones. Además, era reconfortante tener la insólita oportunidad de desagraviarla, de mostrarle arrepentimiento, de demostrarle que sus sentimientos seguían siendo tan verdaderos e intensos como para jugarse la vida por ella.

Darrell McCaskey estaba decidido a sacar a María viva de allí, costase lo que costase.

Mientras McCaskey miraba a través de la ventanilla de su lado, Luis se inclinó hacia adelante y habló con Pedro, que asintió con la cabeza. Luis le oprimió sua-

vemente el hombro en señal de agradecimiento y se recostó en el asiento.

—¿Preparado? —le preguntó Luis a McCaskey.

—Sí —contestó Darrell.

El helicóptero descendió y sobrevoló el ala este del palacete. Luego, viró en dirección sur y aceleró hacia el patio. El helicóptero llevaba sendos megáfonos adosados a ambos lados del fuselaje. Luis se puso los auriculares y se ajustó el micrófono. A continuación, dejó el rifle apoyado en sus rodillas. Se asomó hacia el exterior y le dio una palmadita a McCaskey en la pierna.

—¡Allí! —exclamó Luis.

McCaskey miró hacia donde señalaba Luis y vio que dos soldados sujetaban a María en el centro del patio, mientras un oficial parecía hablar con ella. Al fondo, a unos quince metros, había una cincuentena de soldados y un pelotón de seis que se dirigía en fila hacia María.

—Apuntaré al oficial —dijo Luis—. Puede que si lo neutralizo a él, el resto quede desorientado.

—Buena idea —admitió McCaskey, que empuñó la Parabellum con el cañón hacia arriba y se asió con la mano izquierda al marco de la puerta.

Pedro redujo la velocidad y empezó a descender. Estaban a menos de treinta metros del patio.

Los soldados alzaron la vista, y también el oficial que estaba frente a María. Nadie se movió. Tal como McCaskey había supuesto, no le iban a disparar a un helicóptero que tenían justo encima. Pero también dedujo que, en cuanto aterrizasen, no habría tregua.

McCaskey reparó entonces en los cables del tendido eléctrico, que impedían que el helicóptero se acercase tanto como le habría convenido. Tendría que posarse un poco más allá. Aquello lo obligaría a recorrer unos diez metros por el patio para llegar a María, que no daba la impresión de estar atada, pero sí herida. Tenía

sangre en el costado izquierdo y el cuerpo ligeramente vencido hacia aquel lado. No vio que alzase la vista hacia el helicóptero.

Al acercarse más el aparato, McCaskey se fijó en que el oficial que estaba frente a María era un capitán. Les hacía ostensibles ademanes para que volvieran a elevarse. Y al ver que el helicóptero seguía descendiendo, desenfundó la pistola e insistió furioso en que se alejaran.

Los soldados del pelotón de fusilamiento quedaban por el lado de Luis. Se detuvieron al ver que el helicóptero se posaba. El capitán quedaba del lado de McCaskey, que vigilaba todos sus movimientos al ir hacia él. El capitán les gritaba, pero sus palabras quedaban ahogadas por el ruido del rotor. Los dos soldados que estaban frente a él seguían sujetando a María.

—Voy a abrir la puerta —le dijo McCaskey a Luis cuando estuvieron a unos cinco metros del oficial.

—Lo cubro. Esté preparado para volver a elevarnos en cuanto le dé la señal, Pedro.

El piloto alzó la mano para indicarle que había entendido la orden. MacCaskey abrió entonces la puerta y saltó a tierra empuñando la Parabellum pero sin apuntarle al oficial.

Tal como McCaskey había supuesto, en cuanto puso un pie en el suelo, el capitán alzó el arma y apuntó sin vacilación al helicóptero. La bala entró por la parte posterior de la cabina, muy cerca del depósito de combustible. Si era un disparo de advertencia, la verdad era que no podía haber sido más peligroso.

McCaskey no tenía las mismas reservas que Luis. Sabía que si le disparaba al capitán, convertiría a Luis en cómplice. Pero tenían que defenderse.

Con la misma frialdad que pudiera tener un veterano tirador del ejército que pasase horas en el campo de tiro, McCaskey apuntó entonces a la pierna izquierda del capitán e hizo dos disparos. La pierna se

dobló hacia adentro y empezó a sangrar por encima de la rodilla.

McCaskey corrió agachado hacia adelante. Oía las sordas detonaciones del rifle de Luis, que lo cubría, pero no la réplica por parte del enemigo, por consiguiente, dedujo que tanto los soldados del fondo del patio como los del pelotón habían reaccionado tal como Luis había previsto, dispersándose y poniéndose a cubierto.

Los soldados que sujetaban a María la soltaron y echaron a correr también. Ella cayó de rodillas y luego hacia adelante, pero enseguida trató de levantarse.

—¡Quieta! —le gritó McCaskey.

Ella lo miró desafiante y, aunque trabajosamente, se incorporó.

«No faltaba más», pensó Darrell. No se había incorporado por llevarle la contraria, sino porque María era así.

Al capitán se le había caído la pistola de la mano y trataba de recuperarla, pero McCaskey se le adelantó, la recogió y siguió adelante. Los gritos de rabia y de dolor del capitán quedaron pronto ahogados por la voz de Luis, que atronó en el patio a través del megáfono.

—¡Evacuen el edificio! —les gritó Luis a los soldados—. ¡Se acercan más helicópteros!

Buena maniobra, pensó McCaskey. Podía permitirles ganar el tiempo que necesitaban, aunque estaba seguro de que los soldados resistirían. Si tan expeditivos se mostraban para ejecutar prisioneros, no iban a dudar en atacar a un helicóptero de la Interpol. Pero no se expondrían a salir alocadamente al patio.

McCaskey vio fogonazos de disparos, replicados por Luis con el rifle. No miró hacia atrás, pero confiaba en que el helicóptero no hubiese sufrido daños.

Al acercarse a María percibió que no sólo tenía ensangrentado el costado, sino también la cara. Debían de haberle pegado. Al llegar junto a ella se agachó y acopló el hombro izquierdo a la axila derecha de María.

—¿Crees que podrás caminar? —le preguntó él mirándola.

Tenía el ojo izquierdo amoratado e hinchado, y varios cortes en las mejillas y junto al nacimiento del pelo. McCaskey sintió el impulso de dispararle al capitán al corazón.

—No podemos marcharnos —dijo ella.

—¡Claro que podemos! —insistió él—. Ha entrado un comando nuestro que está buscando a...

María meneó la cabeza.

—Hay otro prisionero allí —le indicó María señalando hacia una puerta que estaba a unos diez metros—. Es Juan. Lo matarán. No pienso marcharme sin él.

«Eso también es muy propio de ella», pensó Darrell mirando hacia el helicóptero.

Los fogonazos se multiplicaban a medida que los soldados que habían entrado en el edificio se apostaban tras las ventanas. Luis no podría mantenerlos a raya mucho tiempo.

—Deja que te lleve al helicóptero —dijo Darrell—. Luego, volveré a por el prisionero...

De pronto, se oyó un disparo justo por encima de ellos, seguido de un estentóreo grito que les llegó a través del megáfono del helicóptero. Al cabo de un momento, Luis se venció hacia la puerta abierta del lado de McCaskey. Sujetaba el rifle con una mano y con la otra se oprimía una herida en el cuello.

McCaskey alzó la vista. Desde el tejado, un tirador le había disparado a Luis. McCaskey se maldijo por no haberse preocupado más que del fuego que pudieran abrir los soldados desde abajo. Tenía que haberle dicho

a Luis que lo dejase en el patio y se alejase a toda velocidad.

Luis cayó del asiento al patio y el rifle se le escapó de las manos. Pero no hizo amago de recuperarlo. Fue derecho hacia el capitán, que se retorció de dolor en el suelo. Luis dio dos pasos más y cayó encima del oficial. Nadie se atrevió a volver a dispararle.

Pedro le dirigió una mirada de desesperación a McCaskey, que le hizo señas para que huyese. Nada más podía hacer el piloto. Dos balas impactaron en el rotor, pero no le causaron daño apreciable. Y el helicóptero se alejó de La Caserna describiendo un semicírculo opuesto al que hizo al llegar. Y entonces lo vio.

—¡Mierda! —exclamó audiblemente al ver un helicóptero idéntico al suyo posado en el tejado del ala sur.

No iría tras él, desde luego. No tenía el motor en marcha, y probablemente no había nadie en la cabina. Sin duda, estaba reservado para un pasajero muy especial.

Lo único que podía hacer era acelerar y ponerse fuera del alcance de los disparos de los soldados.

Por desgracia, sus compañeros ni eso.

TREINTA Y SEIS

Martes, 11.11. Madrid

Los miembros del comando Striker tenían que llegar hasta Amadori con el máximo sigilo.

Si eran descubiertos, en cuanto diesen la alarma, el general podía escabullírseles. Nadie llegaba a general sin saber prepararse una retirada.

Aunque Amadori fuese un canalla, ir premeditadamente a matarlo era, lisa y llanamente, un asesinato, pensaba el coronel August. No era la primera vez que un gobierno de su país ordenaba el asesinato. En varias ocasiones había apoyado o alentado intentos de asesinato de Fidel Castro y de Saddam Husayn. Y en el caso de Mu'ammar al-Gadafi, habían procedido abiertamente y del modo más expeditivo. El 15 de abril de 1986, varios reactores de combate de las Fuerzas Aéreas de EE. UU. despegaron de Inglaterra para bombardear el cuartel general del líder libio, en represalia por el atentado terrorista contra una discoteca de Berlín Occidental frecuentada por soldados norteamericanos. Gadafi sobrevivió al atentado y EE. UU. perdió un F-111 y dos pilotos. Además, tres rehenes fueron asesinados en Líbano como represalia por la incursión norteamericana.

El coronel August era consciente de las implicaciones morales de la misión que realizaban.

Los *strikers* tenían órdenes de inmovilizar a quienes

se les opusieran, siempre que les fuese posible, y estaban bien preparados para intentarlo. Sus pasamontañas llevaban gafas especiales y filtros para la boca, que los protegerían de las granadas de gas MO que llevaban los soldados Scott y DeVonne, un gas de acción rápida, a base de ácido malónico, que producía una cegadora irritación de ojos e incontrolables arcadas. En espacios cerrados, como allí, el gas neutralizaría a los soldados durante unos cinco minutos. La mayoría no podía soportar los efectos del gas más allá de dos minutos, y trataban de salir al exterior.

Durante su avance estilo rana, DeVonne y luego Scott se alternarían en los lanzamientos que se viesan obligados a hacer.

Al llegar al primer rellano de la escalera que conducía desde el sótano hasta la planta baja, Sondra alzó la mano izquierda para indicar a sus compañeros que se detuviesen,ladeó la cabeza hacia el coronel, que iba casi a su altura, y le susurró unas palabras.

—De acuerdo —musitó el coronel.

La ventana del rellano estaba entreabierta. Daba al patio interior y quedaba a poco más de medio metro de la esquina de la fachada del edificio. Nada más reparar en ello, Sondra pensó que, si lanzaban una granada a la fachada principal, desviarían la atención de los soldados hacia el exterior del edificio, aunque sólo fuese un minuto. Tiempo suficiente para llegar a la planta superior.

El coronel August alzó el pulgar mientras miraba a la soldado DeVonne, que lanzó una granada al patio al mismo tiempo que el comando corría escaleras arriba.

No parecía haber nadie en el largo pasillo. Además, no iban a tener más remedio que arriesgarse. Corrieron hacia la entrada de una estancia sin puerta, en la que

tampoco parecía haber nadie. Pero nada más trasponerla se oyó un disparo. La soldado DeVonne se llevó las manos al pecho, se trastabilló hacia atrás y cayó encima de Prementine. El cabo retrocedió por efecto del peso del cuerpo de la soldado y los demás *strickers* retrocedieron también unos pasos.

El coronel August sabía que el forro de Kevlar habría impedido que la bala penetrase en el pecho de Sondra, aunque probablemente el impacto le habría roto alguna costilla, porque Sondra gemía de dolor.

August le hizo una señal a Scott para que se preparase para lanzar una de sus granadas. Él haría lo propio con una de las que la soldado DeVonne llevaba al cinto. Seguían sin ver a nadie. Sin embargo, era obvio que los esperaban. Pese a todas sus precauciones, alguna videocámara del sistema de vigilancia estática debía de haberlos delatado.

Tendrían que atacar a ciegas, porque no podían arriesgarse a volver a asomar la cabeza.

—Usted láncela hacia la derecha, Scott.

Casi al mismo tiempo, las dos granadas explotaron a un lado y otro del centro de la sala, produciendo una nube amarillenta. August asomó entonces la cabeza con precaución. A través de la nube, entrevió la puerta del fondo. Alguien tiraba de ella desde el interior sin dejarse ver, pero permitiendo que quienes estaban fuera se percatasen perfectamente de que era el general que, con máscara antigás, se protegía el cuerpo con el de un sacerdote y apuntaba hacia el exterior con una pistola.

TREINTA Y SIETE

Martes, 11.19. Madrid

La descripción física de Amadori que le habían proporcionado al coronel August encajaba perfectamente con la de aquel general.

El desquiciado Amadori sujetaba al sacerdote con una fuerte presa de su brazo izquierdo. Detrás iba un teniente general también con máscara antigás.

Si Amadori disparaba, podía abatir a uno de ellos, pensó el coronel, pero no a todos. Y si le disparaba al sacerdote, podía darse por muerto.

Era una situación de equilibrio engañoso o, por lo menos, de efímero equilibrio, porque el tiempo jugaba en contra de Amadori. El general no podía saber si el Striker era un COE (un comando en solitario) o un pelotón en avanzadilla de un contingente más o menos numeroso. Y de ser así, Amadori no podía arriesgarse a verse atrapado en el edificio.

Tal como August esperaba, el general decidió con rapidez. Obligó al sacerdote a seguir avanzando.

—¡Es el padre Norberto, coronel! —exclamó Aideen al reconocerlo.

Era él, sin la menor duda. Tenía casi la misma expresión de impotencia que cuando María y ella hablaron con él en el apartamento de su hermano Adolfo.

El jesuita, semiinconsciente, apenas se tenía en pie. Pero el fuerte brazo de Amadori tiraba de él hacia arri-

ba cada vez que el sacerdote parecía desplomarse. El teniente general iba justo detrás de ellos empuñando una pistola.

Cualquiera de los *strikers* habría podido liquidar a Amadori en aquellos momentos. La cuestión estribaba en el precio que se tendría que pagar por ambas partes. En situaciones como aquélla, la decisión estaba en manos de ambos jefes. Para August, era un problema similar al que se planteaba en una partida de ajedrez: decidir sin un cambio de piezas mayores merecía la pena. Para él, la respuesta era siempre que no. Prefería abstenerse del cambio y esperar a que el otro bando cometiese un error.

August alargó la mano con la palma hacia abajo. Eso significaba no hacer nada a menos que los provocasen. Frente a la puerta, Scott les pasó la señal a los otros *strikers*, pero sin dejar de apuntar al general, que, nada más trasponer la puerta, se vio encañonado por el resto de los miembros del comando, salvo el cabo Prementine, que ayudaba a la soldado DeVonne a rehacerse.

No era de extrañar que Amadori llevase una de aquellas modernas mascarillas. Las tenían los altos jefes militares de muchos países y, por supuesto, los jefes de Estado. El presidente norteamericano disponía de una en su despacho Oval, así como la mayoría de dependencias del 10 de Downing Street, incluso Boris Yeltsin las tenía también, en su despacho y en cada uno de sus coches.

Con lo que no había contado el coronel August era con que Amadori tuviese un rehén como aquél. Matar o herir a un rehén era siempre algo muy lamentable, pero matar a un sacerdote podía tener consecuencias desastrosas.

August sopesó los pros y los contras. Si dejaban salir a Amadori de allí, los soldados que ocupaban el palacete estarían en mejores condiciones para defenderlo.

Y si se les escapaba, aparecería como un héroe ante sus hombres, los enardecería y se convertirían en enemigos más peligrosos. Pero ése no era el problema más grave. Lo peor era que el coronel no tenía ni idea de si podían llegar refuerzos para el general de un momento a otro.

«¡A hacer puñetas la teoría!», exclamó para sí el coronel pensando en su ejemplo del ajedrez. No iba a tener más remedio que arriesgarse al cambio de piezas y tratar de dar jaque... *mate*.

No podía dispararle a Amadori a la cabeza ni al pecho, pero tenía muy a tiro sus piernas, y podía abatirlo. Y aunque el general o el teniente general le disparasen a él a su vez, los *strikers* tendrían tiempo de freírlos a tiros.

El coronel August alzó el índice de la mano derecha dos veces, lo que significaba cambio de táctica y... de «deporte». Ahora le tocaba al futbolístico «uno contra uno».

August y Scott seguían caminando lentamente, espalda con espalda. El coronel ladeó la cabeza casi imperceptiblemente.

—Cuando yo me mueva, eche cuerpo a tierra, a la izquierda —le susurró al soldado.

Scott asintió con la cabeza.

Y, al instante, el coronel August disparó.

TREINTA Y OCHO

Martes, 11.23. Madrid

El coronel August se había inclinado hacia la izquierda para tener mejor ángulo de tiro respecto de la pierna de Amadori, aunque sólo logró acertarle en el pie.

Fue suficiente. Amadori profirió un grito de dolor que les llegó ahogado por la máscara. Al vencerse hacia atrás y chocar con el teniente general, Amadori hizo varios disparos en dirección a August. Pero el coronel ya se había lanzado hacia el lado izquierdo, y Scott al derecho.

El padre Norberto cayó de rodillas, miró en derredor aturdido y se escabulló a gatas por una puerta que daba a la escalera. Las balas impactaron en el suelo de mármol. Sin embargo, nadie resultó herido.

Los dos *strikers* se habían lanzado al suelo de acuerdo con una técnica que habían practicado innumerables veces, en sus ejercicios de instrucción y en sus operaciones. Se dejaron caer sobre el hombro izquierdo y agacharon la cabeza, acercándola lo más posible al pecho. Dieron una voltereta y quedaron de pie. Sin solución de continuidad se giraron hacia sus objetivos, mientras los otros *strikers* se desplegaban por el pasillo.

Al lanzarse August y Scott al suelo, el teniente general aprovechó para sujetar a Amadori con fuerza, pasándole un brazo por el pecho para ayudarlo a mante-

nerse en pie. Luego, retrocedieron ambos. Y al hacerlo, dispararon una ráfaga que obligó a los *strikers* a echar cuerpo a tierra y rodar por el suelo para tratar de ponerse a cubierto.

Aideen fue a ayudar a Sondra, pero aunque la soldado se dolía del pecho rehusó la ayuda, asegurándole que estaba bien. Y probablemente fuese verdad... de momento. Aideen sabía por experiencia que un dolor constante, como el que producía una costilla rota o una herida, tenía, por lo menos, una ventaja: la mente tenía la capacidad de bloquear el dolor, incluso cuando se trataba de un dolor muy intenso; era mucho más difícil de soportar el dolor intermitente y agudo.

De pronto, Aideen vio que el herido Amadori desaparecía por uno de los pasillos que discurrían de oeste a este. Entonces tuvo una idea: se rezagaría, daría media vuelta y trataría de sorprender al general por el otro lado.

Un grupo de soldados apareció en aquel momento en el fondo del largo pasillo. Aideen no los veía bien, porque la nube de gas no se había disipado del todo. Pero debían de ser unos treinta. En cuanto se acercasen más, los *strikers* tendrían que lanzar más granadas para afrontarlos. Si los soldados habían sido alertados por la videocámara de seguridad, o por una llamada desde el despacho de Amadori, pudiera ser que también llevarsen máscaras antigás. Y de ser así, los *strikers* ya harían bastante si lograban salir vivos del edificio. Además, el coronel August renunciaría a la misión si consideraba que podían sufrir un duro revés. Y Amadori escaparía.

Alguien tenía que «quedarse» con el general. Con sistema de vigilancia a distancia o sin él, ella tenía que quedarse, pensó Aideen. Si lo seguía a distancia, por lo menos el general no la vería.

El reguero de sangre que Amadori iba dejando era un rastro que Aideen podía seguir fácilmente. Y si el

general se detenía para vendarse la herida... tanto mejor. Tendría la oportunidad perfecta para cargárselo.

Tal como Aideen temía, aquellos soldados llevaban máscara antigás.

El coronel August ordenó a sus hombres que retrocediesen mientras él y Scott disparaban a los soldados, obligándolos a echar cuerpo a tierra y a buscar refugio.

Aideen juró por lo bajo. El coronel August iba a dar la orden de renunciar al objetivo. Sin embargo, ella no pertenecía al comando Striker. No estaba bajo sus órdenes.

Aideen respiró hondo para tranquilizar a sus temblorosas piernas. El aire que penetraba a través de la máscara le sabía a carbón, pero ya empezaba a acostumbrarse. Miró al suelo, al reguero de sangre. Lo seguiría... y acabaría con aquel loco antes de que él acabase con la vida de más personas inocentes.

TREINTA Y NUEVE

Martes, 5.27. Washington, DC

Recostado en el respaldo de su silla de ruedas, Bob Herbert se dijo que no había nada comparable a lo que sentía en aquellos momentos.

Allí, en el despacho del director del Centro de Operaciones, con el propio Paul Hood, Mike Rodgers y el asesor jurídico del CO, Lowell Coffey II, Herbert observaba el ambiente que se respiraba en la estancia mientras aguardaban noticias sobre la secreta operación.

Plenamente conscientes de lo que estaba ocurriendo en su mundo, envidiaban el «otro», en el que los problemas no solían ser de vida o muerte, ni afectar al destino de quién sabía cuántas personas (igual podían ser centenares que cientos de miles). Y, por otro lado, se mostraban en cierto modo condescendientes respecto de esas personas.

«¡Si supiese lo que es la verdadera responsabilidad...!», venían a decirse.

Por otro lado, estaba el aspecto personal de la cuestión. Se creaba una gran tensión a causa de la suerte que pudieran correr quienes trabajaban para ellos, compañeros por los que sentían tanta estima profesional como afecto personal. No era muy distinto a esperar el resultado de una operación a vida o muerte de un ser querido. Y, en cierto sentido, era peor, porque era

como consecuencia de las órdenes que uno hubiese dado a subalternos que las acataban con disciplina, y las cumplían con valor.

Si, además, pensaba que aquellos hombres y mujeres serían abandonados a su suerte si eran apresados, estaba más que justificado tener que digerir una buena dosis de sentimiento de culpabilidad. Y ese sentimiento era aún más intenso por el hecho de que, mientras los demás se jugaban el tipo en primera línea, uno estaba a salvo en su despacho.

Paradójicamente, aquella amalgama de sentimientos les producía también envidia. Porque no había emoción más fuerte que jugarse la vida, pensaba Herbert. A todo eso se le podía añadir una buena dosis de agotamiento, se agitaba bien, con los párpados porfiando por cerrarse y las mentes demasiado cansadas para procesar pensamientos y emociones, y daba como resultado un talante sin comparación posible con ningún otro.

Y sin embargo era un talante que a Herbert le resultaba indefectiblemente grato. Lo disfrutaba. No lo inclinaba a la tristeza ni al pesimismo, aunque de vez en cuando moría alguien, como Bass Moore en Corea del Norte o el teniente coronel Charlie Squires. Sin embargo, pese a lo mucho que se arriesgaba en cada una de estas operaciones, Herbert se sentía vibrar como nunca.

Paul Hood, desde luego, no sentía lo mismo. Estaba muy abatido desde antes de que empezase la operación. Herbert jamás lo había visto tan deprimido. De todos ellos, Hood era siempre el que parecía más equilibrado, quien siempre tenía a punto una palabra de aliento o una sonrisa. Pero aquella mañana nadie lo hubiese dicho. Además, en contra de su talante habitual, se había enfurecido al saber que Darrell McCaskey se había dirigido en helicóptero al edificio en el que se había hecho fuerte el general Amadori. Y lo que era

peor: que Darrell McCaskey había llevado con él a Luis García.

A diferencia de los miembros del comando Striker, McCaskey podía ser fácilmente identificado como miembro del Centro de Operaciones. Y a través de Luis podía probarse, sin lugar a dudas, la implicación del Centro de Operaciones en la misión. Teniendo en cuenta que en la Interpol participaban gran número de países, muchos de los cuales no se contaban entre los mejores amigos de EE. UU., el problema político podía ser muy grave.

Tanto era así que Paul Hood, que no era tan celoso del reglamento como el general Rodgers ni el asesor jurídico Lowell Coffey, propuso sin rodeos adoptar medidas disciplinarias contra McCaskey. Pero sorprendentemente, Coffey señaló que el problema podía no ser tan grave como Hood temía. Puesto que María Cornejo estaba prisionera en La Caserna, un intento de rescate podía estar justificado bajo los auspicios de la Interpol. Al oír el argumento, Hood se tranquilizó un poco, la tensión en el despacho se redujo y el pesimismo se convirtió en cierto desasosiego.

Mientras tanto, seguían sin llegar noticias de España ni de la Interpol. No supieron nada hasta las 4.30, cuando Ann Farris los llamó alarmada desde su casa para decirles que encendieran el televisor y pusieran la CNN.

Coffey saltó del sofá y fue hasta el fondo de la estancia. Mientras él abría el armario del televisor, Hood pulsó el botón de encendido del mando a distancia. La noticia de portada del telediario era «un tiroteo en un cuartel de Madrid», completada con un reportaje de una unidad móvil que, desde un helicóptero, había realizado una filmación del edificio a prudente distancia. Se veían amarillentas columnas de humo salir de las ventanas.

—Es el gas irritante del Striker —dijo Herbert.

Rodgers estaba sentado en el sillón junto a la mesa de Paul Hood. Se acercó a ver el pequeño mapa en color que les habían transmitido desde la Interpol a través del ordenador. Herbert se acercó también a verlo, impulsándose con la silla de ruedas.

—Lo que significa que han entrado a la hora prevista —comentó Hood mirando el reloj de su ordenador.

Herbert volvió a acercarse al televisor yladeó el cuerpo como si fuese a aplicar el oído a la pantalla. El presentador no parecía tener nada mejor que decir que utilizar superlativos acerca del acontecimiento. Y la cantinela habitual. Se carecía de información acerca del origen del incidente.

—Oigo disparos de rifle —dijo Herbert—, ahogados... como si no procediesen del patio.

—¿Y qué tiene de extraño? —exclamó Hood—. Ya contábamos con que, si los *strikers* lograban apresar a Amadori, habría persecución.

—Persecución, sí —admitió Rodgers—. Pero no resistencia —matizó—. El gas irritante tenía que haberlo impedido.

—A menos que los soldados disparen a ciegas —dijo Herbert—. Las personas pueden reaccionar del modo más sorprendente cuando están bajo los efectos de ese gas.

—¿Y no podrían proceder esos disparos del pelotón de fusilamiento que nos han dicho que han formado? —preguntó Coffey.

—Son disparos esporádicos. No —respondió Rodgers meneando la cabeza.

—Pero... es buena señal —dijo Herbert—. Si hubiesen apresado a los *strikers* no habría tiroteo.

Todos permanecieron en silencio unos momentos. Hood miró el reloj del ordenador.

—Tenían instrucciones de comunicar con la oficina

de Luis en cuanto volvieran a las cocinas —les comunicó el director del Centro de Operaciones mirando el teléfono.

—Tenemos una línea abierta con ellos desde aquí, jefe —le recordó Herbert—. Y mis hombres están a la escucha. Si oyen algo, nos lo comunicarán inmediatamente.

Hood asintió con la cabeza y volvió a mirar la pantalla del monitor.

—No sé de dónde sacan los *strikers* tanto valor para aventurarse en estas misiones —dijo el director del CO—. Ni de dónde lo sacan ustedes... Vietnam, Beirut...

—Tampoco yo lo sé —reconoció el general Rodgers—. Puede que del sentido del deber, del amor, del miedo...

—De la necesidad —apostilló Herbert—. Es una de las grandes motivaciones. A veces se hacen cosas porque no queda otro remedio.

—Puede que, en definitiva, el valor sea el resultado de una combinación de todas esas cosas —dijo Rodgers.

—A ver... Usted que es tan aficionado a las citas, Mike: ¿quién dijo lo de «querer es poder»? —preguntó Herbert sonriente.

—Depende... de a qué poder se refiera —ironizó el general Rodgers.

—Para Winston Churchill era como una muletila —recordó Herbert.

—Cierto. Aunque me parece que procede de *Macbeth*. Lady Macbeth indujo a su esposo a matar al rey Duncan. Pero cuando lo hubo hecho, la intriga quedó al descubierto y él desenmascarado.

—¡Hummmm! Mal asunto —dijo Herbert—. Entonces... no es una máxima que nos convenga.

—Según se mire —replicó el general—. El regicidio pudo ser contraproducente, pero la tragedia fue todo un éxito.

—Como solía decirles yo a mis clientes mientras el

jurado deliberaba: confíen en el sistema y en las personas a quienes se lo hemos confiado —intervino Coffey, que seguía de pie junto al televisor, mirando a la pantalla.

Herbert volvió la vista entonces hacia el monitor. Los disparos de rifle parecían aumentar en frecuencia, pero no en intensidad. El presentador hizo un comentario al respecto.

Herbert seguía sintiéndose vivo. Y optimista, porque así era su carácter. No obstante, no podía ignorar la sombra que se cernía sobre el despacho. Sus esperanzas no se confirmaban. No había noticias, directas ni indirectas, de que el general Amadori hubiese sido asesinado, de que su loca aventura hubiese terminado en fracaso.

No tener noticias significaba que la misión del comando Striker no se había cumplido de acuerdo a lo previsto.

CUARENTA

Martes, 5.49. Old Saybrook, Connecticut

Sharon Hood no podía dormir. Allí en la vieja cama de la casa en la que transcurrió su infancia, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Después de la discusión con su esposo, había estado releendo uno de sus viejos libros de Nancy Drew hasta las tres de la madrugada. Luego, había apagado la luz y, durante casi dos horas, no había hecho más que contemplar la retícula de sombras que las hojas de los árboles y la luz de la luna tejían en el techo; los pósters que seguían allí desde su época de estudiante de bachillerato: de la película *El doctor Zhivago*, del grupo de rock Gary Puckett y de Union Gap, y una funda de *TV Guide* con la dedicatoria «Cariñosamente, David Cassidy», que ella y su amiga Alice consiguieron después de hacer cola durante más de tres horas en unas galerías comerciales.

¿Cómo había podido cultivar todas aquellas aficiones, sacar excelentes notas en el instituto, cumplir con media jornada de trabajo y tener novio con sólo dieciséis o diecisiete años?

«Entonces no necesitabas dormir tanto», se dijo.

¿Pero era eso lo que lo complicaba todo tanto? ¿Sólo una cuestión de tiempo? ¿O era el hecho de que, si un trabajo no le acababa de gustar, buscaba otro? ¿O de que si con un novio las cosas no iban bien, lo plantaba? ¿O que si un grupo grababa una canción que no

le gustaba, dejaba de comprar sus discos? No era una cuestión de energía, sino de exploración, de aprendizaje para descubrir aquello que necesitaba para ser feliz.

Creyó haberlo encontrado con aquel multimillonario de la industria del vino, Stefano Renaldo, a cuya hermana conoció en la universidad. Intimaron y, durante las vacaciones de primavera, fue a pasar unos días en su casa y quedó seducida por la riqueza de Stefano, por su yate y por sus atenciones. Pero curiosamente, al cabo de dos años comprendió que una persona que había heredado todo el dinero que tenía no le atraía; alguien que no había tenido que trabajar para ganarse la vida, alguien a quien la gente acudía en busca de capital para inversiones mientras él, según el humor con que estuviese, concedía o negaba aquello en lo que otros cifraban sus sueños y esperanzas, no era de su agrado. Ese tipo de vida... ese tipo de hombre, no era para ella.

Y un buen día, una soleada mañana, se levantó y dejó el yate, regresó a EE. UU. y jamás volvió a mirar atrás. Stefano ni siquiera se molestó en llamar para saber adónde había ido. Sharon no acertaba a comprender cómo pudo enamorarse de él; en qué puñeta debía de estar *pensando*.

Poco tiempo después, conoció a Paul en una fiesta. No fue un amor a primera vista. No fue el típico flechazo. La relación con Paul evolucionó lentamente. Paul era un hombre de carácter reposado, muy trabajador y amable. Parecía ser una persona que la dejaría desarrollarse y que la apoyaría en su trabajo. No la haría lagar con regalos o con los celos, como hacía Stefano. Y un 4 de julio, a los dos meses de haberse conocido, fueron de excursión y prendió la llama. El afecto se convirtió en un amor destinado a durar.

Sharon lo recordaba ahora con más ternura que nostalgia.

Una rama rozó bruscamente la ventana y Sharon alzó la vista. La rama había crecido mucho desde que ella era niña. Aquella misma rama solía rozar también la ventana, pero suavemente.

«Se ha hecho más gruesa —pensó—, pero en el fondo no ha cambiado. ¿Es bueno o es malo seguir igual?», se preguntó, como si tratase de dar con la fórmula que aclarase sus ideas.

«Es bueno para un árbol y malo para las personas», concluyó para sí.

Pero cambiar era una de las cosas más difíciles que podía hacer una persona. Cambiar y pactar. Reconocer que la manera de hacer de uno no era la única, ni la mejor.

Sharon desistió de tratar de conciliar el sueño. Cogería otro Nancy Drew del estante. Pero primero saltó de la cama, se puso una bata y les fue a echar un vistazo a Harleigh y a Alexander. Dormían en las literas que habían utilizado sus hermanos menores, los gemelos Yul y Brynner. Sus padres les pusieron aquellos nombres porque se habían conocido un tarde en el cine. Y echaban *El rey y yo*. Aún seguían cantándose *Hello, Young Lovers* y *I have dreammed*. Desafinaban, pero resultaba enternecedor.

Sharon envidiaba a sus padres por el amor que se profesaban, y por su manera tan espontánea y abierta de exteriorizarlo. Por el hecho de que su padre, ya jubilado, pudiera dedicarle tanto tiempo. Y de que siempre pareciesen tan felices.

«Por supuesto —pensaba Sharon—, no ha sido todo un lecho de rosas entre mis padres.»

Recordaba que, cuando a su padre no le iba demasiado bien en sus pequeños negocios, había tensiones. Su padre aprovechaba las largas vacaciones que tenía como director de instituto de enseñanza media para «redondear» su sueldo, como decía él, aunque lo cier-

to era que lo hacía porque, de otro modo, no habrían llegado a fin de mes. Alquilaba bicicletas y barcas a los veraneantes de la zona turística del estrecho de Long Island. Pero había mucha competencia y no todos los años ganaba lo suficiente. Su padre apenas tenía respiro, ya que durante el día regentaba el negocio y por la noche trabajaba como cocinero. Solía llegar a casa oliendo a grasa y a pescado.

Sharon miró la apacible expresión de sus hijos mientras dormían. Sonrió al oír roncar a Alexander, casi tan sonoramente como su padre.

La sonrisa de Sharon se desdibujó. Cerró la puerta y se quedó a oscuras en el pasillo, con los brazos cruzados. Estaba furiosa con Paul y lo echaba mucho de menos. Allí se sentía segura, pero no tanto como en su casa. Era lógico. Su hogar era donde tenía sus cosas. Su hogar estaba al lado de Paul.

Sharon volvió hacia su antiguo dormitorio lentamente, muy abatida.

El matrimonio, la profesión, los hijos, las emociones, el sexo, la terquedad, las disputas, los celos... ¿Era la esperanza o la arrogancia lo que inducía a dos personas a creer que todo aquello podía amalgamarse para moldear una sola vida?

«Ni lo uno ni lo otro —se decía Sharon—. Era el amor.»

Y la conclusión, al margen de cómo hubiese llegado a ella, era que, a pesar de que Paul era el hombre que más le había frustrado sus esperanzas, aunque no les dedicase tanto tiempo como los niños y ella deseaban y necesitaban, por más furiosa que estuviese con él, seguía amándolo.

Profundamente.

Allí a solas, en las apacibles horas de la madrugada, Sharon temió haber sido demasiado dura con Paul. Marcharse de Washington con los niños, casi colgán-

dole el teléfono:.. ¿Por qué demonios no era más comprensiva con él? ¿Por qué la enfurecía que él pudiera dedicarle a su trabajo todo el tiempo que quisiera y a ella no? ¿Porque le recordaba lo mucho que había echado de menos a su padre, durante sus interminables jornadas de trabajo en verano, o cuando tuvo que trabajar por la noche? Probablemente. Por eso no quería que sus hijos pasasen por la misma experiencia.

En realidad, Sharon no creía que lo que le había dicho a Paul estuviese mal. Paul *debería* pasar más tiempo con su familia y menos en el trabajo. Era innegable que su cargo exigía mayor dedicación que el típico empleo de una jornada normal. Pero no era menos cierto que el Centro de Operaciones seguiría funcionando si, por lo menos *alguna vez*, cenase en casa; si fuese de vacaciones con ellos *de vez en cuando*. No obstante, el modo en que se lo había dicho... era otro cantar. Se sentía frustrada y, en lugar de exponérselo, se lo achacaba a él.

Después de marcharse con sus hijos a casa de sus padres, Paul tenía que haberse quedado con una amarga sensación.

Sharon se quitó la bata y se echó en la cama. La almohada estaba fría a causa de su sudor, y la rama seguía rascando en la ventana. Miró el teléfono móvil que tenía encima de la mesita de noche. El negro plástico resplandecía a la luz de la luna.

Ladeó el cuerpo, cogió el teléfono y empezó a marcar el número de la línea privada de Paul. Sin embargo, después de pulsar el código territorial, dejó de marcar y volvió a colocar el teléfono en la mesilla de noche.

Tuvo una idea mejor. En lugar de llamarlo —porque cualquier minucia, como oír el contestador o una palabra desafortunada, podía provocar que se enzarzasen de nuevo— le ofrecería una rama de olivo. Con senti-

miento de culpabilidad y el sincero deseo de perdonar la parte de culpa que pudiese tener Paul, Sharon cerró los ojos y, casi de inmediato, se sumió en un profundo sueño.

CUARENTA Y UNO

Martes, 11.50. Madrid

Cuando los soldados se retiraron de pronto del patio, Darrell McCaskey le dio en silencio las gracias al coronel Brett August. Los *strikers* tenían que ser la razón de la súbita retirada.

Después de que el helicóptero se hubo elevado, la presencia de soldados en el tejado de La Caserna obligó a McCaskey y a María a no moverse de donde estaban. Al mismo tiempo, los soldados desperdigados por el perímetro se reagruparon. Daba la impresión de que estuviesen reorganizándose para un asalto. Pero el ataque no llegó a producirse. Sólo parecían pendientes de las sordas detonaciones procedentes del interior del edificio.

—Ya ha empezado —le dijo McCaskey a María.

El humo amarillento de las granadas de gas irritante se filtraba por las ventanas del ala este. Se oían voces de mando procedentes de uno de los extremos del patio. Aunque el sol y las sombras que proyectaba la fachada dificultaban la visión, el contingente del patio parecía diluirse.

Poco después, McCaskey oyó disparos de rifle al otro lado del edificio.

—¿Qué ocurre? —preguntó María, que estaba recostada en la base de uno de los arcos de la fachada, con las piernas estiradas hacia adelante. Darrell le había

aplicado un pañuelo en la herida que tenía en el costado y se lo sujetaba.

—Es el contraataque —contestó Darrell—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Mientras hablaban, McCaskey miraba a su izquierda, hacia una alta verja de hierro. A su derecha, Luis seguía echado encima del capitán Infiesta. El jefe de la Interpol estaba en silencio, pero el oficial se quejaba.

—Tenemos que llevarlo adentro —indicó María.

—Lo sé —dijo McCaskey, que acercó la pistola a María y la puso en su mano—. Óyeme bien: voy a intentar llegar a Luis. Puede que los soldados quieran intercambiarlo por el capitán.

—Eso no sería un intercambio —matizó María—. Luis es un hombre, y el capitán es una víbora —añadió mirando al oficial con un rictus de desdén.

—Confío en que los soldados no lo vean de la misma manera. ¿Podrías ladear un poco el cuerpo para que vean la pistola?

María se oprimió la herida del costado con la mano izquierda, ladeó ligeramente el cuerpo y empuñó la pistola con la derecha.

—Bien —dijo Darrell a la vez que, señalando al capitán y a Luis, les hacía a los tres soldados del fondo del patio elocuentes señas de que proponía intercambiarlos.

No hubo respuesta. McCaskey frunció el entrecejo. Era uno de esos envites en los que había que jugarse el resto y... rezar.

—Levántate lentamente, María. Que vean mejor la pistola.

María se enderezó trabajosamente y esgrimió la pistola, al mismo tiempo que Darrell se adentraba en el patio con las manos levantadas para mostrar que iba desarmado.

Los soldados no reaccionaron y Darrell continuó avanzando hacia los heridos. Seguían oyendo disparos procedentes del interior del edificio. Y eso no era buena señal. Lo ideal habría sido que los *strikers* hubiesen logrado entrar y salir sin tener que enfrentarse a los soldados.

De pronto, uno de los soldados se adelantó al grupo y se dirigió hacia McCaskey apuntándolo con un subfusil ametrallador.

—¡No dispare! —gritó McCaskey.

—¡Dese la vuelta! —le gritó, a su vez, el soldado.

McCaskey dedujo que el soldado quería asegurarse de que no llevase una pistola remetida por detrás del pantalón. Se detuvo, se dio la vuelta y siguió caminando. El soldado no le disparó, pero tampoco dejó de apuntarlo. El subfusil era un MP5 fabricado en Hong Kong. Si le disparaba a aquella distancia, lo partiría por la mitad.

El trecho que lo separaba de Luis y del capitán lo recorrió McCaskey en menos de un minuto, pero se le hizo mucho más largo.

Cuando McCaskey llegó junto a los heridos, el soldado que empuñaba el MP5 estaba todavía a unos diez metros. Seguía apuntándolo. Sin bajar las manos, el norteamericano se arrodilló lentamente y miró a los heridos.

El capitán alzó la vista, jadeante. Tenía la pierna izquierda en un charco de sangre. Si no recibía inmediata asistencia médica se desangraría.

Luis estaba echado encima del capitán, boca abajo. Sus cuerpos formaban una patética X. McCaskey inclinó la cabeza y miró a Luis. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. La bala le había penetrado por el lado derecho del cuello, unos cinco centímetros por debajo de la oreja. La sangre que le goteaba de la herida formaba un reguero en las baldosas y se mezclaba con la del capitán.

McCaskey se incorporó lentamente, se situó a horcadas sobre los cuerpos, se inclinó y rodeó con los brazos el torso de Luis. Lo aupó y empezó a caminar hacia la fachada del edificio. El soldado lo dejó marchar. Al mirar hacia atrás, McCaskey vio que el soldado se agachaba para asistir al capitán.

Darrell volvió junto a María y sentó a Luis a su lado.

—Pobre Luis —dijo María, que dejó la pistola en el suelo y le tocó la mejilla.

McCaskey sintió celos, no porque María lo tocara, sino por la preocupación que se veía en sus ojos. ¡Qué estúpido fue perdiéndola! Pero en lo que tenía que pensar en aquellos momentos era en el modo de que recibiese pronto asistencia médica, porque estaba muy pálida.

McCaskey se desabrochó el puño de la camisa, se lo arrancó y lo aplicó a la herida de Luis.

—Necesitáis los dos que os curen esas heridas como es debido. No os mováis de aquí, María. Intentaré también encontrar a tu amigo Juan.

—Puede que ya sea demasiado tarde —se lamentó María meneando la cabeza y tratando de incorporarse.

—María... —dijo Darrell sujetándola firmemente por los hombros.

—¡Suéltame! —le espetó ella.

—¡Escúchame, María! Dame sólo un poco de tiempo. Con algo de suerte, el ataque de los *strickers* hará innecesario rescatar a Juan ni a nadie.

—No creo en la suerte —dijo María tratando de apartarle los brazos con su mano izquierda—. Creo en la mala leche de la gente. Y hasta el momento... nunca me ha decepcionado. Amadori podría ejecutar a sus prisioneros, aunque sólo sea para impedirles hablar acerca de cuáles eran sus intenciones... —María se interrumpió de pronto mientras miraba hacia un lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Darrell.

—Conozco a ese hombre.

McCaskey siguió la dirección de su mirada. Un hombre corría hacia ellos. Parecía haberla reconocido también.

—¡María! —exclamó él cuando estuvo a tres o cuatro metros.

—¡Padre Norberto! ¿Qué hace usted aquí?

—¡Uff! ¡Un... calvario! Pobre... Está herida.

—No será nada —contestó ella.

—Ha perdido mucha sangre —dijo el padre Norberto mirando a Luis—. Y este hombre también.

—Ahora iba a buscar ayuda; lo que sea; un botiquín, por lo menos. O puede que entre los oficiales haya algún médico castrense. Quizá podría obligarlo a asistirlos.

—¡No! —gritó María.

—Me quedaré con usted —dijo el sacerdote en tono tranquilizador.

—Es que hay otro prisionero que también necesita ayuda —le comunicó María.

—¿Dónde? —preguntó el padre Norberto.

—Está en una sala de por allí —le indicó María señalando hacia la planta baja—. Si no lo sacamos de ahí, me temo que lo matarán.

—Iré a ver si puedo sacarlo —dijo el padre Norberto dándole una palmadita en la mano a María—. Ustedes quédense aquí y procuren no moverse.

McCaskey le había dejado la pistola a María por si acaso los soldados cambiaban de opinión. Confiaba en no necesitarla. El tiroteo seguía concentrado en el otro lado del edificio.

El norteamericano y el sacerdote penetraron en La Caserna por la entrada más próxima al arco tras el que se protegían María y Luis. Un pequeño vestíbulo comunicaba con un estrecho pasillo en el que había ocho puertas. Todas estaban cerradas. McCaskey se detuvo y miró al padre Norberto.

—Voy a tener que dejarlo sólo.

—Nunca estoy solo —replicó el jesuita señalando con el índice hacia arriba, sonriente.

—Ya. Me refiero... a que voy a dejarlo sin protección.

—¿Y los heridos?

—De eso voy a tratar de ocuparme —dijo McCaskey girando el pomo de la primera puerta.

El sacerdote asintió con la cabeza, y le indicó a McCaskey por señas que se quedaría en la puerta. Darrell entró en lo que parecía un despacho. Tardó unos momentos en adaptarse a la oscuridad, pero distinguió al fondo la silueta de una mesa y de un teléfono.

—A ver si funciona...

—Vaya usted —dijo el sacerdote desde la entrada—. Seguiré buscando al compañero de María.

—De acuerdo. Volveré con usted en cuanto haya terminado.

El padre Norberto asintió y fue hacia la puerta contigua. McCaskey cerró la de al lado y fue hasta el teléfono. Se acercó el auricular al oído y juró por lo bajo. No daba señal de marcar. Se lo temía. Los hombres de Amadori debían de haber cortado todas las líneas de comunicación con el exterior. Si alguno de los prisioneros se les escabullía, no podría comunicar con el exterior para informar a nadie.

Al volver al pasillo, McCaskey fue a la siguiente puerta. Estaba abierta y se asomó. Era una sala de música. Olía a humo y enseguida reparó en que había ceniza en el suelo. Allí debía de ser donde se había disparado la alarma contra incendios. El padre Norberto estaba en un rincón, junto a un prisionero que McCaskey dedujo que debía de ser Juan.

—¿Cómo está, padre? —preguntó McCaskey.

Norberto meneó la cabeza, sin mirarlo.

McCaskey pensó que la única esperanza de que Ma-

ría y Luis recibiesen asistencia era encontrar a un *striker*. Porque, los miembros del comando llevaban radio y, por consiguiente, podían pedir a la Interpol que enviase ayuda. Aunque el comando no hubiese logrado acabar con Amadori, el general no podría negarse a que entrase personal médico en el edificio, porque muchos de sus hombres estaban heridos.

McCaskey respiró hondo y enfiló el pasillo adelante.

CUARENTA Y DOS

Martes, 12.06. Madrid

Las luces de la sala de música del palacete estaban apagadas, pero el resplandor que llegaba desde el pasillo le permitió al padre Norberto ver al hombre que yacía en el suelo, en un rincón. Estaba gravemente herido. Tenía la ropa ensangrentada y había salpicaduras de sangre en la pared. El herido sangraba por heridas abiertas por todo el cuerpo, desde las piernas hasta las mejillas.

El padre Norberto sintió la presencia de la muerte, igual que cuando se arrodilló junto a su hermano y presencié su agonía. La sensación era la misma que cuando iba a administrarle los últimos sacramentos a un enfermo terminal. La muerte desprendía un olor dulzón que se metía por la nariz y producía náuseas.

El sacerdote casi sentía el tacto de la muerte. Era como un humo frío e invisible que impregnaba el aire y le calaba los huesos.

La muerte iba en pos de aquel hombre. Cuando sus ojos se hubieron adaptado a la oscuridad, el jesuita se dijo que era milagroso que aquel hombre aún viviese. Los canallas que lo habían encerrado entre aquellas cuatro paredes lo habían torturado sin piedad. Sus heridas no eran sólo de bala, sino de arma blanca. Además, sus múltiples hematomas y tumefacciones indicaban que lo habían golpeado con saña.

«¿Para qué? —se preguntó el padre Norberto indig-

nado—. ¿Para obligarlo a darles información? ¿Por venganza? ¿Por placer?»

Cualquiera que fuese la razón, nada justificaba aquella salvajada. Y en un país católico que, oficialmente, respetaba los Diez Mandamientos y las enseñanzas de Jesucristo, lo que sus captores habían hecho era un pecado mortal que los condenaría eternamente.

Aunque de ningún consuelo podía servirle eso al herido; ni de consuelo ni de ayuda. El sacerdote se arrodilló junto a él, le alisó el pelo hacia atrás y le tocó la mejilla.

El prisionero abrió los ojos, que sólo reflejaban dolor y aturdimiento, y levantó un poco la mano. El sacerdote le cogió sus temblorosos dedos y los retuvo entre sus manos.

—Hijo mío... soy el padre Norberto.

—¿Qué me está pasando, padre?

—Te han herido. No te fatigues.

—¿Herido? ¿Estoy mal?

—Tranquilízate. ¿Cómo te llamas?

—Juan... Oriol.

—Yo soy el padre Norberto. ¿Quieres confesar?

Juan miró en derredor.

—¿Voy a morir, padre? —preguntó Juan con voz trémula y apenas audible.

El sacerdote no contestó. Se limitó a seguir cogiéndole la mano al moribundo.

—Pero ¿cómo es posible, padre? No me duele nada.

—Dios es misericordioso.

Juan apretó los dedos del sacerdote, mientras sus párpados se cerraban lentamente.

—Padre... si Dios es misericordioso, rezaré... Y Él perdonará mis pecados.

—Sólo te perdonará si te arrepientes sinceramente. ¿Te arrepientes, de corazón, de haber ofendido a Dios con todos los pecados de tu vida pasada?

—Me arrepiento, padre —balbució Juan en tono afligido—. He matado a muchos hombres; a varios en la emisora de radio, y a un pescador...

El padre Norberto tuvo la sensación de que la muerte se volvía hacia él y se reía en su cara. Nunca había tenido que asimilar nada tan cruel, ni tan lacerante, como lo que acababa de oír; nada comparable a saber que la mano que confortadoramente cogía entre las suyas era la mano que había asesinado a su hermano.

Por un momento, los ojos del sacerdote semejaron dos acerados puntos en un mar de hielo. Fulminaron a Juan con la mirada, como si fuese el mismísimo Satanás. El sacerdote sintió el impulso de soltar la mano de Juan y de verlo agonizar, deslizarse hacia la eterna condenación, inconfeso, a arder para siempre en el infierno.

«Éste es el hombre que mató a mi hermano...»

—Tuve que hacerlo —balbució Juan. Sus temblorosos dedos se aferraron a los del sacerdote con más fuerza—. Pero... me arrepiento de haberlo hecho.

El padre Norberto cerró los ojos. Apretaba los dientes tratando de dominarse porque, aunque fuese un hermano terriblemente afligido, era también un sacerdote, un representante de Dios.

—Padre... Ayúdeme a rezar...

El sacerdote respiró hondo. «No es necesario que yo lo perdone. El perdón es cosa de Dios.»

El padre Norberto abrió los ojos y miró el destrozado cuerpo que yacía junto a él.

—Padre, perdona mis pecados, de los que me arrepiento de todo corazón —dijo el jesuita con frialdad.

—Me arrepiento... Me arrepiento...

Juan siguió jadeando unos momentos. Luego, cerró los ojos y expiró.

El padre Norberto siguió mirando al hombre que

acababa de morir. Su mano estaba fría. Seguía brotando sangre de su pecho y de su mejilla.

El jesuita no podía justificar ni perdonar lo que aquel hombre había hecho. Adolfo había ido a pescar en un mar en el que las presas se revolvían y atacaban a su vez. Si Juan no hubiese matado a su hermano, lo habría hecho cualquier otro. Los ojos del padre Norberto se llenaron de lágrimas. Tenía que haber sido capaz de evitar que Adolfo se lanzase a tan desdichada aventura.

De haber descubierto a tiempo la doble vida que llevaba su hermano, todo habría sido muy distinto. Posiblemente, si hubiese sido menos duro con él, Adolfo no hubiera temido sincerársele. Tenía que haberle impedido salir de casa aquella noche. ¿Por qué no se quedó con él cuando fue a entregar la cinta que había sido el detonante de su desgracia?

«¿Por qué no actué cuando aún estaba a tiempo?»

Y lo peor era no haber sido capaz de salvar el alma de su hermano... y sí en cambio la de su asesino.

—Oh, Dios —exclamó Norberto sin lograr contener el llanto.

Soltó la mano de Juan y se llevó las manos al rostro.

Allí arrodillado, el sacerdote sintió que la muerte se alejaba, aunque... no mucho. Se tragó las lágrimas. No era el momento de llorar a Adolfo ni de maldecir sus propias flaquezas. Otras personas necesitaban de su consuelo y absolución; otras personas que, por más arrogantes que hubiesen sido en la flor de la vida, tendrían que rendirse y mostrarse humildes ante el juicio supremo.

El padre Norberto se levantó y bendijo el cuerpo de Juan Oriol haciendo la señal de la cruz.

—Que Dios te perdone.

«Y que Dios me perdone a mí», pensó el jesuita al darse la vuelta y salir de la sala. Odiaba al hombre que

acababa de morir. Pero en el fondo de su corazón, en lo más auténtico de su fuero interno, confiaba en que Dios hubiese oído su arrepentimiento.

Ya se habían condenado demasiados de sus hijos aquel día.

CUARENTA Y TRES

Martes, 12.12. Madrid

Las fuerzas de élite norteamericanas procuraban no dejar nunca nada útil tras ellas.

En algunos casos, cuando se trataba de una misión secreta «roja» (que significaba que nadie debía saber que la fuerza en cuestión hubiese estado en el lugar), incluso se llevaban los casquillos de bala. En una operación secreta «verde», como aquélla, bastaba con que nunca llegara a trascender la identidad de los miembros del comando.

El coronel August ya se había percatado de que Aideen Marley se les había escabullido, casi al mismo tiempo que el padre Norberto.

Aideen no estaba autorizada a adoptar iniciativas por su cuenta y riesgo, pero no podía reprochársele que lo hiciese. Tal como estaban las cosas, si ella no conseguía liquidar a Amadori, la misión se consideraría un éxito parcial. El comando Striker habría conseguido entorpecer al general, lo bastante para impedirle emprender acciones de mayor envergadura que la toma de La Caserna.

Pero... Al coronel August no le gustaban los éxitos parciales.

Aideen iba hacia el ala sur del palacete, tras los pasos de Amadori. Si la herida mantenía al general más pendiente de huir que de la seguridad, acaso la joven

agente tuviese oportunidad de culminar la misión. Si lo conseguía, le ahorrarían a un país amigo y aliado los enormes problemas que, quién sabía durante cuántos días o semanas, podía crearle un general loco y fanático que, invocando la «obediencia debida» y con engaños, podía contar con un nutrido contingente de soldados.

En aquellos momentos, los hombres de Amadori estaban a unos cien metros de los *strikers*. Aunque todos llevaban máscaras antigás, la espesa humareda amarillenta de las granadas los había obstaculizado tanto que, para avanzar unos pocos metros, tardaban más de un minuto.

Mientras tanto, el comando Striker había podido retirarse, tan ordenadamente que incluso habían tenido tiempo de ayudar a varios prisioneros.

Los *strikers* estaban ya cerca de la escalinata central del palacete. Detrás había la escalera que conducía a las cocinas. El pasillo por el que iba Amadori perseguido por Aideén estaba en el ala sur.

Acercándose al cabo Prementine, el coronel August le dio instrucciones para que eligiese a un soldado para cubrir la retirada. Luego, el cabo se encargaría de dirigir a los demás miembros del comando durante la maniobra prevista para salir de La Caserna.

—Señor... —dijo Prementine—, con un solo hombre no basta para cubrir bien la retirada. Me gustaría que me permitiese quedarme con el compañero que elija.

—Ni hablar —contestó el coronel August—. Porque entonces seríamos tres.

—¿Cómo dice, señor?

—Yo sí que voy a quedarme —dijo el coronel, sonriéndole con desenfado.

—Señor...

—Haga lo que le ordeno, cabo —añadió August con firmeza, pero sin acritud.

—Sí, señor.

El cabo informó entonces al soldado Pupshaw de que iba a quedarse con el coronel para cubrir la retirada. El fornido *striker* respondió con un marcial saludo y luego se presentó ante el coronel.

August le dijo a Pupshaw que, cuando llegasen a la escalera, él debería apostarse en el pasillo. August se situaría al otro lado para poder abrir fuego cruzado. Si uno de los dos era atacado por la espalda, el otro podría cubrirlo.

Los soldados Scott y DeVonne dejaron atrás las granadas de gas irritante que les quedaban (sólo tres). August suponía que, con dos de aquellas granadas, podrían procurarse cinco minutos de fuerte defensa. La última granada les proporcionaría otros dos minutos para su propia retirada. Eran tiempos muy ajustados, pero era viable. Por otra parte, el coronel confiaba en que la impulsiva Aideen pudiese dar alcance al herido Amadori, que hiciese lo que había que hacer y pudiera salir ilesa.

El cabo Prementine les deseó suerte al coronel y a Pupshaw y, en silencio, él y los otros *strikers* se alejaron hacia adelante con sigilo.

August indicó entonces a Pupshaw que tenían que mantener la posición durante exactamente cinco minutos, a partir del momento en que volvieran a enfrentarse a los soldados. A una señal suya, seguirían a sus compañeros hacia las cocinas, con Pupshaw por delante.

August y Pupshaw echaron cuerpo a tierra y se dispusieron a repeler el ataque. Pupshaw tenía una granada preparada para lanzársela a los soldados de Amadori. August alzó el brazo izquierdo.

Veinte segundos después, apareció el primer soldado de Amadori a través de la amarillenta humareda. August señaló con el pulgar hacia abajo.

Pupshaw tiró de la anilla y lanzó la granada.

CUARENTA Y CUATRO

Martes, 12.17. Madrid

Al avanzar por el pasillo sin una arma, Darrell McCaskey se sintió desnudo.

Le había dejado la pistola a María, porque no podía permitir que se quedase indefensa. Ya hacía bastante tiempo que no había utilizado sus conocimientos de *aikido*, que adquirió al incorporarse al FBI, pero tendría que conformarse con eso.

McCaskey aminoró el paso al acercarse al siguiente pasillo. Se detuvo en la esquina y se asomó con sigilo, tal como hacía durante sus servicios de vigilancia en el FBI. Grabó mentalmente la imagen de lo que vio y luego se retiró con rapidez, jadeante.

Había un hombre alto en mitad del pasillo. Era un general con la pechera cargada de medallas. Iba armado con una pistola y llevaba gafas SIVIDIS y filtro de gas para la boca. La pierna izquierda le sangraba.

Tenía que ser Amadori.

El general miraba hacia el otro lado al acercársele y, por lo tanto, McCaskey estaba seguro de que Amadori no lo había visto. Por un momento, sólo por un momento, se maldijo por haberle dejado la pistola a María. Porque no tendría nada con que hacer frente al general; nada, salvo sus puños y... el factor sorpresa.

En el FBI, McCaskey aprendió que, en toda persecución, si un agente no tenía superioridad de arma-

mento, debía retirarse hasta poder equilibrar la situación. El equilibrio favorecía siempre al perseguidor. La inferioridad favorecía al perseguido.

Pero teniendo en cuenta todo lo que había en juego, McCaskey no podía arriesgarse a dejar que Amadori se les escapase.

McCaskey tragó saliva como para lubricar su determinación. Oía las pisadas del general, que cojeaba. Estaba aproximadamente a unos tres metros de él. McCaskey se agacharía, se lanzaría hacia un lado y trataría de agarrarlo del brazo antes de que pudiera disparar.

Justo en aquel momento, McCaskey oyó fuertes pisadas por detrás. Se dio la vuelta y vio que el padre Norberto caminaba hacia él. Pero vio algo más: una roja pupila que miraba hacia abajo desde el techo.

Era el objetivo de una cámara de vídeo. Y Amadori llevaba gafas SIVIDIS.

Las pisadas se detuvieron. McCaskey juró por lo bajo. El cansancio le había impedido analizar detenidamente la situación, y ahora estaba en grave desventaja. Amadori sabía exactamente dónde se encontraba.

No tenía más remedio que retirarse. Dio media vuelta y echó a correr con todas sus fuerzas hacia una puerta que daba al patio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el padre Norberto.

McCaskey le indicó por señas que retrocediese, pero el sacerdote siguió donde estaba, visiblemente confuso.

—¡Dios mío! —exclamó McCaskey en tono angustiado.

No creía que Amadori fuese capaz de dispararle a un miembro del clero. Pero un sacerdote católico sería un rehén perfecto. Nadie se atrevería a ordenar un ataque por temor a herir al sacerdote.

McCaskey tenía que sacar al sacerdote de allí. Al lle-

gar junto al padre Norberto, lo rodeó con los brazos y trató de llevarlo hacia la puerta del patio. Al cabo de un momento, oyó un disparo y sintió un agudo dolor en la espalda. Luego, no vio más que una cegadora nube rojiza.

CUARENTA Y CINCO

Martes, 12.21. Madrid

A Aideen le resultó fácil seguir el rastro de sangre. Las gotas estaban tan cerca unas de otras que se solapaban en las manchas. Aquello significaba que Amadori estaba perdiendo mucha sangre. Con lo que no contaba Aideen era con que el general estuviese solo cuando llegase cerca de él. Solo y aguardándola.

Amadori hizo un disparo en cuanto Aideen asomó por la esquina del pasillo. Pero ella saltó ágilmente hacia atrás al verlo y la bala le pasó rozando. Se hizo un silencio tras extinguirse la reverberación del disparo. Aideen siguió allí escuchando, tratando de adivinar si Amadori se había movido. De pronto, notó la presión de un objeto duro en la espalda. Ladeó lentamente la cabeza y vio que era un teniente general quien la encañaba.

Aideen maldijo entre dientes. El oficial llevaba gafas SIVIDIS, que debían de estar sintonizadas con las cámaras. Por eso la había descubierto y sabía exactamente dónde estaba. El general y su ayudante de campo se habían separado y la tenían atrapada entre los dos.

—Mire al frente y levante las manos —le ordenó el teniente general.

Aideen obedeció y el oficial le quitó la pistola con brusquedad.

—¿Quién es usted?

Aideen no contestó.

—No puedo perder tiempo —le dijo el teniente general en tono apremiante—. Si me contesta, la dejaré marchar. Si no lo hace la dejaré... en el sitio. Contaré hasta tres.

Aideen no dudó ni por un momento que el teniente general hablaba en serio.

—Uno —dijo el oficial.

Aideen estuvo a punto de decirle que era una agente de la Interpol. Nunca había visto la muerte tan cerca. Y era una sensación que debilitaba la voluntad.

—Dos.

Aideen dudaba de que el teniente general respetase su vida aunque le dijese quién era. Sin embargo, estaba claro que moriría en el acto si no lo hacía.

Y, sin embargo, si le decía la verdad podía costarles la vida a María, a Luis y a sus compañeros. Por otro lado, si ayudaba a Amadori a sobrevivir a aquel ataque a La Caserna, podían morir muchas más personas.

Pudiera ser que el atentado de Madrid no hubiese estado dirigido sólo contra Martha, sino también contra ella; que ya hubiesen decidido liquidarla de antemano. En tal caso, difícilmente saldría con vida de allí.

Aideen oyó un disparo por detrás. Se sobresaltó. Notó sangre en el cuello, pero seguía en pie.

Al cabo de un momento, Aideen vio que el teniente general se vencía hacia adelante y caía encima de ella. Las dos pistolas golpearon el suelo con estrépito. Miró al oficial. Le manaba sangre a borbotones por la nuca. Aideen alzó la vista. Un hombre a quien creyó reconocer caminaba hacia ella pasillo adelante. Empuñaba una humeante pistola y la miraba con cara de siniestra satisfacción.

—¿Fernando? —preguntó ella.

El miembro del clan Puig titubeó.

—Bueno... da lo mismo —dijo ella, que miró en de-

rredor y le dio la espalda a la cámara de vigilancia que tenía detrás. Una vez segura de que no iban a verla, se levantó la máscara lo justo para que él le viese la cara—. Estoy aquí con otros compañeros —añadió entonces—. Queremos ayudar.

Fernando continuó avanzando hacia ella.

—¡Menos mal! —exclamó él—. Juan y yo dudamos de usted en los astilleros, después del ataque. Lo siento.

—No los culpo. No tenían medio de saber que podían confiar en mí.

—Me he hecho con ella aprovechando la confusión que su amiga ha provocado ahí arriba —le explicó Fernando alzando la pistola—. Se la han llevado, igual que a Juan. Quiero encontrarlos... y también quiero encontrar al general Amadori.

—Amadori se ha ido por ahí —dijo Aideen señalando hacia el pasillo, a la vez que se agachaba para recoger su pistola, la del teniente general y las gafas.

La sangre del oficial muerto empezaba a enfriársele a Aideen en el cuello. La agente utilizó la manga de su negra camisa para limpiársela. Al alejarse, sintió náuseas, y no porque el oficial hubiese muerto, ya que estaba dispuesto a matarla a ella. Lo que le encogía el corazón era pensar que ni Amadori ni el teniente general habían tenido nada que ver con lo que había provocado la intervención del Centro de Operaciones: el asesinato de Martha Mackall. Por el contrario, ellos habían liquidado a quienes atentaron contra ellas. «No —se corrigió Aideen—, sólo han liquidado a algunos.» No podía considerarse a salvo.

Aideen y Fernando volvieron a seguir el rastro de sangre de Amadori. Ella iba delante. La pistola del teniente general no tenía puesto el seguro. No cabía duda de que el ayudante de campo de Amadori había decidido matarla.

No se veía a nadie pasillo adelante. Pero oyeron un

disparo y avivaron el paso. Pudiera ser que un *striker*, o acaso María, hubiesen dado con Amadori, se dijo Aideen. El reguero de sangre seguía por el pasillo perpendicular. Se adentraron por allí, se detuvieron al llegar a la sala de música y se apostaron en la puerta. Vieron al general recostado en la pared, encañonando su pistola contra la cabeza de un hombre.

Aideen tardó unos momentos en reconocer que el rehén era de nuevo... el padre Norberto. A sus pies yacía otro hombre, inmóvil y boca arriba.

Era Darrell McCaskey.

CUARENTA Y SEIS

Martes, 12.24. Madrid

Cuando el padre Norberto salió al patio no creyó que los soldados fuesen a hacerle ningún daño. Le pareció verlo en sus ojos, notarlo en su voz. Pero no pensaba lo mismo respecto de aquel hombre que acababa de dispararle al norteamericano en la espalda.

El general lo encañonaba ahora por debajo de la mandíbula y le tiraba del pelo hacia atrás con la otra mano. El general sangraba y no estaba en condiciones ni tenía tiempo para hablar.

—¿Dónde está el teniente general? —le gritó Amadori.

Aideen dejó caer al suelo la pistola y las gafas del teniente general y les dio una patada para que se quedasen en mitad del pasillo.

—El teniente general está muerto —dijo Aideen, que estaba apostada en la puerta, sin dejarse ver—. ¡Suelte al sacerdote!

—¿Una mujer? —tronó Amadori—. ¡Maldita sea! ¡Salga a la luz!

—¡Suelte al sacerdote, general Amadori! —le espetó Aideen en tono imperioso—. Suéltelo y me entregaré a usted.

—¡No hay trato! —le gritó Amadori mirando hacia atrás.

La puerta que daba al patio estaba a pocos metros de

él. El general se quitó las gafas y las tiró al suelo. Luego, apretó más el cañón de la pistola contra la cabeza del padre Norberto y retrocedió hacia la puerta.

—Mis soldados siguen ahí afuera, vigilando el recinto, mientras sus compañeros combaten. Cuando los llame, acudirán. Y la acribillarán.

—O sea que, si salgo a la luz, me matará...

—Exacto. Pero soltaré al sacerdote.

Aideen guardó silencio.

Durante sus años de sacerdocio, el padre Norberto había hablado con afligidas viudas y con feligreses que habían perdido a hermanos o a hijos. La mayoría habían expresado el deseo de morir también. Pero a pesar de haber perdido a su hermano, Norberto no sentía ese deseo. No tenía vocación de mártir. Quería vivir. Quería seguir ayudando a los demás. Sin embargo, no iba a permitir que una mujer muriese en su lugar.

—¡Sálvese, hija mía! —gritó Norberto.

—¡Cállese! —le espetó el general, tirándole más fuertemente del pelo.

—Mi hermano Adolfo creía en usted. Murió a su servicio.

—¿Su hermano? —exclamó el general sin detenerse. Estaba ya a pocos pasos de la puerta de salida al patio—. ¿Y no se da cuenta de que quienes mataron a Adolfo están aquí?

—Lo sé —dijo el sacerdote—. Uno de ellos acaba de morir en mis brazos, igual que Adolfo.

—¿Cómo puede estar entonces de su parte?

—No estoy de su parte —replicó el padre Norberto—. Estoy de parte de Dios. Y en su nombre le ruego que desista de sus propósitos, que no provoque más muertes.

—No tengo tiempo para escuchar bobadas —le contestó Amadori—. Mis enemigos son los enemigos de España. Dígame quién es esa mujer y lo soltaré.

—No pienso colaborar con usted —dijo el padre Norberto.

—Pues entonces morirá —sentenció Amadori, que ya avistaba el patio.

El rostro del general estaba cada vez más contorsionado por el dolor. Sin soltar al sacerdote, asomó la cabeza al patio y miró hacia la entrada sur.

—¡Ayúdenme! —gritó el general, que se giró un momento para asegurarse de que Aideen seguía oculta.

Los soldados del otro lado del patio apuntaban con sus armas hacia el arco. Miraron en dirección a la puerta. Y de pronto uno de los soldados dio un paso al frente.

—¡No se mueva de donde está, señor! —le gritó al general.

Amadori miró hacia el arco. Vio a dos personas agachadas: a un hombre que sangraba y a una mujer.

—¡Venga aquí con su unidad! —gritó Amadori—. ¡Defiendan el patio!

El soldado cogió la radio de campaña que llevaba prendida del cinturón y pidió refuerzos. Justo en aquel momento, María apuntó a Amadori. El general se protegió con el cuerpo del sacerdote y María no apretó el gatillo. Los disparos de los soldados la obligaron a parapetarse de nuevo tras el arco. Amadori volvió a mirar hacia el interior del edificio para asegurarse de que la otra mujer seguía sin salir.

No había salido. No lo necesitaba.

Darrell McCaskey yacía ahora de costado en mitad del pasillo, de cara a Amadori y empuñando la pistola que Aideen había hecho llegar hasta allí de una patada.

El padre Norberto miró también hacia el interior de La Caserna. No entendía nada. No veía sangre pese a que había visto cómo el general le disparaba a aquel hombre por la espalda.

Amadori fue a girar el cuerpo sin dejar de protegerse con el del sacerdote. Pero McCaskey no le dio tiempo a que completase el giro. Y no disparó para herir al general. Le disparó dos balas en la sien.

El general Amadori cayó muerto al suelo.

CUARENTA Y SIETE

Martes, 12.35. Madrid

—O sea que... lleva chaleco antibalas, ¿no? —dijo Aideen acercándose a Darrell.

—Me ducho con él —contestó McCaskey guiñándole el ojo, a la vez que ella lo ayudaba a levantarse—. Cuando me han disparado, he fingido estar muerto, confiando en que se presentase una oportunidad como la que se ha presentado.

—¡Menos mal que se me ocurrió darle la patada a la pistola!

Fernando se acercó al sacerdote.

El padre Norberto permaneció unos momentos inmóvil, junto a la puerta, mirando el cuerpo del general Amadori. Luego, se arrodilló y empezó a rezar junto al muerto.

—Ese canalla no merece su bendición, padre Norberto —dijo Fernando—. Vamos. Tenemos que marcharnos de aquí.

El sacerdote interrumpió su plegaria, pero no se movió hasta hacer la señal de la cruz sobre el cadáver. Después, alzó la vista y miró a Fernando.

—¿Adónde vamos?

—A donde sea, pero fuera de aquí —contestó Fernando—. Los soldados...

—Fernando tiene razón, padre Norberto —lo interrumpió Aideen—. No sabemos qué van a hacer. Pero no nos conviene estar aquí cuando lo hagan.

McCaskey se apoyó en el hombro de Aideen con expresión dolorida.

—Y tenemos que informar al jefe de lo ocurrido lo antes posible —dijo Darrell—. ¿Dónde está el comando?

—Ha encontrado resistencia —respondió Aideen—. Y se ha retirado.

—¿Podemos llegar hasta ellos?

—Si puede caminar, sí —contestó Aideen.

—Puedo caminar, pero no voy a ir con usted. No puedo dejar a María aquí —dijo McCaskey.

—Ya ha oído lo que ha dicho Amadori, Darrell —le recordó Aideen—. Van a venir más soldados.

—Lo sé —dijo McCaskey esbozando una sonrisa—. Mayor razón para no dejarla aquí.

—No estará solo, Aideen —intervino el padre Norberto—. Me quedaré con él.

Aideen los miró a ambos a través de la máscara.

—No podemos perder tiempo discutiéndolo. Yo informaré al comando. Y ustedes tres... tengan cuidado.

—Gracias —dijo McCaskey.

Aideen dio media vuelta y corrió hacia la escalinata principal. McCaskey fue entonces cojeando hacia el padre Norberto.

—Lo siento —pidió perdón McCaskey señalando al cuerpo de Amadori—. Era necesario.

El sacerdote guardó silencio.

—Voy a buscar a Juan —dijo Fernando mirando a McCaskey y mientras se remetía la pistola por dentro del pantalón—. Gracias por librarnos de este lunático.

—De nada.

El padre Norberto sujetó de pronto por el cuello a Fernando y apretó con fuerza.

—¿Qué hace, padre? —exclamó Fernando confuso.

—Su amigo está ahí —dijo el jesuita señalando lloroso hacia la sala de música—. Está muerto.

—¿Muerto? ¿Está usted seguro?

—Completamente. Ha muerto a mi lado. Lo he confesado. Ha muerto absuelto de sus pecados.

Fernando cerró los ojos.

—Todo el mundo tiene derecho a la absolución, hijo mío —dijo el sacerdote oprimiendo con más fuerza el cuello de Fernando—, tanto si han matado a uno como a miles.

El padre Norberto soltó a Fernando y dio media vuelta. Fue hacia McCaskey, que se había acercado cojeando a la puerta y se asomaba con precaución.

—¿Qué hacemos? —preguntó el sacerdote.

—La verdad es que no lo sé —reconoció McCaskey, mirando a los soldados que, a su vez, lo miraban a él.

Eran los refuerzos que llegaban por una de las entradas del fondo del patio. A McCaskey le pareció que llevaban máscaras antigás. Debían de ser parte del grupo que se había enfrentado al Striker.

McCaskey se sintió de nuevo impotente. Los escuchas de la Interpol quizá no se habían percatado de que el general Amadori había muerto. Y quizá, cuando los soldados lo supieran, dejarían de resistirse.

—¿Y si fuese yo a hablar con ellos? —propuso el padre Norberto—. ¿A decirles que ya no hay razón para seguir luchando?

—Dudo de que lo escuchen —dijo McCaskey—. Puede que a algunos les parezca un argumento de peso... pero no a todos. Y en tal caso, no estaríamos a salvo.

—He de intentarlo. No quiero que haya más muertes —dijo el sacerdote enfilando decidido hacia la puerta.

McCaskey no intentó detenerlo. No creía que los soldados fuesen a dispararle al sacerdote. Y si eso podía hacerles ganar un par de minutos, merecía la pena. En aquellos momentos, estaba dispuesto a intentar cualquier cosa, por aventurado que fuese.

Darrell McCaskey no tenía ni idea de qué reacciones pudiera suscitar la muerte de Amadori entre sus sim-

patizantes. Pero a juzgar por la decisión con que una treintena de soldados acababa de irrumpir en el lado sur del patio, tenía una idea bastante aproximada de lo que les iba a ocurrir a él, a María y a todos los prisioneros que aún quedasen con vida.

CUARENTA Y OCHO

Martes, 6.50. Washington, DC

—Mensaje del Striker —dijo Bob Herbert, que estaba al teléfono en el despacho de Hood, mientras el director del Centro de Operaciones y el general Rodgers hablaban a través de un múltiple con el jefe de Seguridad Nacional Steve Burkow y el embajador español García Abril.

También se hallaban en el despacho el asesor jurídico del CO, Lowell Coffey, y el sustituto de Martha Mackall, Ron Plummer.

El embajador español había informado a Washington de que el general Amadori había sido... neutralizado, y de que sólo un pequeño contingente de soldados, probablemente por ignorar la suerte corrida por Amadori, seguían haciéndose fuertes en La Caserna. Bastaría enviar un destacamento de «geos» de un cuartel de Madrid para obligarlos a rendirse.

Paul Hood se puso enseguida al habla con el Striker. La llamada le llegaba desviada desde la sede de la Interpol. Hood conectó el altavoz. El silencio de la radio había sido enervante, sobre todo porque, tanto los escuchas como el satélite de la ONR, habían informado de que se habían producido disparos y lanzamiento de granadas de gas irritante desde diversos puntos del palacete. Le preocupaba que el destacamento que envia-

sen desde la capital llegase antes de que el comando Striker pudiese salir.

—Ya hemos dejado atrás las cocinas y estamos en el túnel, Hood —dijo August.

Al oírlo, los presentes sonrieron y alzaron el puño en señal de triunfo. El general Rodgers informó a Burkow y al embajador García Abril.

—¡Muy bien! —exclamó Hood entusiasmado—. ¿Heridos?

—Del Striker, no, salvo DeVonne, que tiene probable fisura de costilla. Nada grave —contestó August—. Pero tenemos un problema: McCaskey y Luis han ido a tratar de liberar a María, que está herida, y también Luis. Necesitan asistencia médica urgente. Ah... no quiero posponer decírselo: cuando creíamos tener a Amadori, se nos han adelantado. Lo ha liquidado McCaskey.

Hood y Rodgers se miraron. De modo que, al final, había sido Darrell quien se había cargado al general. No era ése el plan. No obstante, una de las cosas que Paul Hood había descubierto acerca de algunos miembros de su equipo, como Herbert, Rodgers y ahora McCaskey, era que se les daba muy bien improvisar.

—Darrell no debería seguir ni un momento más en el edificio —prosiguió August—. Podría caer en manos de los soldados. ¿Quiere que intentemos sacarlos, a él, a María y a Luis?

—No —contestó Hood.

Por más confianza que tuviese en el comando, como director del Centro de Operaciones y responsable de sus vidas, se negaba a volver a mandar a los *strikers* al interior del edificio sin el menor descanso, sobre todo, teniendo en cuenta que de un momento a otro llegaría un destacamento.

—¿Dónde están McCaskey y los demás?

—Ahora no lo sé, pero estaban en la planta baja hace unos momentos.

—¡Un momento! —exclamó Herbert, que estaba frente a la pantalla de su monitor—. No están en la planta. Están en el patio. Lo malo es que también se ve un grupo de unos treinta soldados.

Herbert le había pedido a Stephen Viens, de la ONR, que le transmitiera las imágenes del recinto que captasen las cámaras del satélite.

Rodgers se lo comunicó a Burkow y a García Abril mientras Lowell se servía café.

—Paul —dijo Coffey—, si Amadori está muerto, no es probable que esos soldados les disparen a los nuestros... ni a nadie. Probablemente, lo que querrán es apresarlos para tener rehenes y negociar su suerte, acaso su inmunidad. Invocarán la «obediencia debida».

—Sí, y con toda probabilidad les sirva —señaló Plummer—. El gobierno español no querrá hacer mártires.

—De modo que, si los «geos» que lleguen de Madrid tampoco disparan, es muy probable que logremos que salgan todos sin ningún problema, incluido Darrell.

—Respecto a McCaskey, no estaría yo tan seguro —señaló Herbert—. Algunos de los hombres de Amadori podrían tenerle mucho apego al general y querer vengarlo.

—¿Y cómo van a saber que ha sido McCaskey quien ha matado a Amadori? —preguntó Lowell Coffey.

—Por las cámaras del SIVIDIS —contestó Herbert señalando el plano de La Caserna que hizo aparecer en pantalla—. Vean dónde está.

Coffey y Plummer se acercaron al monitor. Rodgers seguía al teléfono con Burkow y el embajador.

—Hay cámaras a ambos lados del pasillo —dijo Herbert—. Puede que hayan filmado a Darrell. Cuando encuentren al general muerto, los soldados podrían examinar las filmaciones y ver quién lo había matado.

—¿Existe alguna posibilidad de borrar la cinta con al-

gún tipo de interferencia electrónica? —preguntó Coffey.

—Un avión que volase a baja altura y proyectase un haz electromagnético podría conseguirlo —les informó Herbert—, pero llevaría tiempo.

Rodgers desconectó el micrófono y se levantó.

—Creo, caballeros —dijo Rodgers—, que es muy improbable que consigamos hacer nada a tiempo.

—Explíquese —le conminó Hood.

—La Interpol ha informado al presidente del gobierno del éxito del Striker —comenzó la explicación Rodgers—. Y el embajador acaba de decirme que quieren que los «geos» enviados desde la capital irruman en el edificio antes de que los soldados de Amadori tengan tiempo de reagruparse. Así evitarán bajas.

Herbert juró por lo bajo.

—¿Qué órdenes tienen los «geos», si los soldados de Amadori cogen rehenes? —preguntó Hood.

—No lo sé —contestó Rodgers—. Pero creo que tratarán de que la intentona de Amadori quede en un incidente aislado, que no deje secuelas. Lo malo es que su prudencia podría costarles la vida a algunos de los nuestros. Es muy difícil que no se produzca una escaramuza inicial.

Paul Hood puso cara de circunstancias.

—Sería muy lamentable e injusto que, después de ayudarlos a reducir a ese chiflado, tuviésemos que pagar el pato.

El director del CO echó la silla hacia atrás y se levantó. Puso los brazos en jarras y meneó la cabeza. Luego, se acercó a la mesa contigua al televisor y se sirvió café. Rodgers tenía razón en ambos aspectos: las autoridades españolas se mostrarían prudentes.

Y por otro lado era muy difícil que no se produjese inicialmente un tiroteo.

Hood dejó el vaso de café encima de la mesa y miró a Herbert.

—No es la primera vez que nos encontramos en una situación similar —dijo Bob—. Es peliaguda. Sin embargo, Darrell no es un novato. Probablemente, habrá hecho un análisis parecido al nuestro. Puede que logre ponerse a salvo con los demás antes de que se produzca una refriega.

—He informado a la Interpol de la situación —explicó Rodgers—. No le he contado lo de Darrell. Podemos hacerlo después... cuando vuelva a estar con nosotros, como espero.

—Sí —dijo Herbert—. Y hasta podríamos permitirnos la humorada de negar que haya estado jamás allí.

—Ya les he dicho dónde están, él, María y Luis —prosiguió Rodgers—, y que precisan asistencia médica urgente.

Hood miró en derredor. Iba a echar de menos a aquellos hombres en cuanto su dimisión fuese efectiva. Eran grandes patriotas y grandes profesionales. No obstante, no echaría de menos la angustia, la tensa espera, siempre con el corazón en un puño, temiendo por las vidas de los hombres y de las mujeres que formaban el equipo del Centro de Operaciones. Tampoco echaría de menos la soledad y el sentimiento de culpabilidad que el mando llevaba aparejados. Tampoco echaría de menos sus coqueteos con Nancy Bosworth en Alemania, y con Ann Farris en Washington. Todo aquello era un puro sinsentido, nada acorde con lo que quería que fuese su vida en adelante.

Paul confiaba en que Sharon hubiese cambiado de opinión, que acaso hubiera decidido volver. Y tenía que reconocer que Herbert estaba en lo cierto: «Más vale tarde que nunca», solía decir Bob.

CUARENTA Y NUEVE

Martes, 12.57. Madrid

Darrell McCaskey respiraba con suma dificultad. Pero como su instructor en el FBI, el subdirector Jim Jones, le comentó una vez: «La alternativa de no respirar es peor.»

Los chalecos antibala estaban diseñados para evitar que las balas penetrasen en el cuerpo, pero lo que no podían evitar era que un impacto de bala le rompiese a uno una costilla... o, en función del calibre de la bala y de la distancia a que se disparase, produjese una hemorragia interna.

Sin embargo, pese al intenso dolor que sentía, Darrell McCaskey estaba más preocupado por María que por él. Había retrasado su salida del edificio para ver si podía ponerse el uniforme de Amadori. Pero el general era demasiado alto y tanto el pantalón como la guerrera estaban muy ensangrentados. Además, con su fuerte acento norteamericano, no habría podido engañar a ningún español. Lo más que podría conseguir sería unos momentos de desconcierto. Por consiguiente, no merecía la pena.

De pronto, oyó un bip al fondo del pasillo. Era un mensaje enviado a la radio del teniente general. McCaskey supuso que los soldados no tardarían en ir a ver por qué no contestaba el ayudante de campo de su líder.

McCaskey asomó la cabeza por la puerta y vio que más soldados iban concentrándose en el patio. La carretera estaba a unos cien metros, y si sacaba a María de la protección del arco, quedaría a merced de los fusiles de los soldados. De modo que tenía que descartar salir por la verja. Tampoco podían salir por el túnel que hacía las veces de alcantarilla. No llevaban los finos monos de plástico que los *strikers* habían utilizado para protegerse de las aguas fecales. Lo de menos hubiera sido soportar la repugnancia y la fetidez. Salir por allí era condenar a María a una grave infección.

McCaskey apretó los dientes exasperado. Sea como fuere, antes que pensar en salir tenía que llegar hasta María.

—¿Nos ayudará usted, Fernando? —le preguntó Darrell.

Fernando lo miró y le tendió la mano por toda respuesta.

—¿Nos deja usted? —le preguntó McCaskey en tono de reproche.

—Sí.

—No puede usted marcharse —protestó McCaskey—. Necesito su ayuda para sacar a María.

—Mis compañeros me necesitan —dijo Fernando que, sin más, dio media vuelta y se alejó.

Era lógico. Como miembro del clan Puig, era mucho pedirle que pensara antes en María que en sus compañeros.

—¡Está bien! ¡Maldita sea! —exclamó McCaskey—. ¡Vamos, padre!

Sin pensarlo más, Darrell salió como una exhalación por la puerta del patio y, seguido del sacerdote, recorrió los siete u ocho metros que lo separaban del arco tras el que se protegían María y Luis.

—¡Hummm! ¡Hace tiempo que no me alegraba tanto de ver a alguien! —exclamó sonriente María al verlos.

Darrell asintió con la cabeza y miró a Luis, que estaba lívido y respiraba con dificultad. McCaskey examinó su improvisado vendaje. Se quitó la camisa, la hizo trizas y utilizó los retales para improvisar una nueva venda.

—No os vamos a abandonar —dijo Darrell—, aunque la verdad es que no sé cómo vamos a salir de aquí —añadió en tono abatido.

—Yo sí —añadió María.

Darrell y el padre Norberto la miraron con expresión de escepticismo. Quizá fuese una broma, pensó el sacerdote. A lo mejor, pensaba que saldrían de allí... en espíritu.

—Con el helicóptero —dijo María.

—¿Qué helicóptero? —preguntó Darrell.

—El del general Amadori. Está en el tejado, justo encima de su despacho, detrás de las cisternas. Tú sabes pilotarlo, Darrell.

McCaskey miró al padre Norberto.

—¿Podrá usted? —le preguntó Darrell al sacerdote, señalando a Luis.

—¿Qué?

—Subir en brazos a Luis.

—Entre dos es fácil —respondió el sacerdote sonriente—. Ya le dije antes que Dios está conmigo.

Justo en aquel momento se oyó un intenso tiroteo. Probablemente, Fernando y los compañeros del clan Puig que no siguiesen encerrados estarían enfrentándose a los soldados de Amadori a la desesperada. Pero ya no podían aguardar más.

Darrell cogió en brazos a María y el padre Norberto a Luis. De nuevo tendrían que arriesgarse a recorrer los pocos metros que los separaban de la puerta. El sacerdote alzó los ojos al cielo y luego miró hacia atrás. Por suerte, todo el interés de los soldados estaba concentrado en el fondo del patio. McCaskey corrió hacia

la puerta con María en brazos, y el padre Norberto, con insospechada energía, lo siguió con Luis.

Momentos después, estaban al pie de la escalera que conducía a la primera planta. María recordaba perfectamente el itinerario que había seguido por dentro del edificio, hasta llegar al despacho de Amadori, en la tercera planta. Una vez allí tendrían que localizar la escalera que conducía al tejado. Si no se topaban con ningún soldado, dentro de tres o cuatro minutos podrían estar a salvo.

Hubo suerte, aunque no del todo. Consiguieron llegar al despacho de Amadori sin ningún tropiezo, pero al trasponer la puerta que conducía al tejado (tenía que ser aquélla porque no había otra), vieron que un soldado montaba guardia de espaldas al helicóptero. Al oírlos, el soldado dio media vuelta y le disparó con su Cetme a McCaskey, pero ya estaba prácticamente muerto al apretar el gatillo, porque María se le había adelantado con un disparo al corazón.

El padre Norberto no se detuvo, corrió hasta el helicóptero y abrió la portezuela. Apoyó el hombro derecho en la parte inferior del fuselaje y aupó a Luis a la cabina mientras Darrell llegaba con María. Entre los dos la ayudaron también a subir. Luego, subieron ellos.

Al cerrar la puerta, todos, salvo Luis, que estaba inconsciente, se miraron con alivio.

McCaskey sonrió. En la vida, rara vez se tenía una segunda oportunidad, tanto si se trataba de enmendar un error como de recuperar a un amor perdido. McCaskey había pasado por ambas cosas. Sabía lo que era atormentarse por equivocaciones debidas a la propia indecisión, al miedo o a la debilidad.

Si María volvía con él, de ninguna manera la perdería de nuevo. Desperdiciar una segunda oportunidad sería mucho, muchísimo más doloroso.

María buscó y encontró la mano de Darrell. Al cabo

de un momento también sus ojos encontraron los suyos. Y al fin, por lo menos un dolor se desvaneció, al comprender que ella sentía lo mismo.

Aunque sólo por unos momentos, McCaskey había estado tan absorto mirando a María que no reparó en la maniobra del padre Norberto.

El jesuita, que había dejado a Luis recostado en el asiento de atrás, se había sentado frente a los mandos.

—¿Qué hace, padre? —exclamó McCaskey alarmado.

—No sólo soy sacerdote, ¿sabe usted? Pertenezco a una organización de salvamento y socorrismo. Tengo más de doscientas horas de vuelo, y es mejor que usted cuide de María. Además, el cielo es lo mío.

CINCUENTA

Martes, 7.20. Washington, DC

Aunque en las últimas veinticuatro horas había dormido muy poco, Paul Hood estaba sorprendentemente despejado.

El coronel August, Aideen Marley y todos los *strickers* habían logrado salir del palacete por la misma vía que utilizaron para entrar, por el túnel que enlazaba con el que servía de alcantarilla.

Nada más llegar a la sede madrileña de la Interpol, el coronel August había llamado a Paul. Aún no habían tenido noticias de la suerte corrida por Darrell McCaskey, María Cornejo y Luis García. Pero al poco rato, McCaskey llamó desde el helicóptero para comunicarles que habían logrado alejarse de La Caserna, que estaban bien, y que no podían dar más detalles hasta no poder hablar a través de una línea segura.

Hood, Rodgers, Herbert, Coffey y Plummer lo celebraron con café recién hecho y felicitándose.

También recibieron una llamada del embajador García Abril, que les dijo que su gobierno estaba al corriente de lo ocurrido y que, «dadas las circunstancias, no creía que hubiese lugar a hablar de irregularidades en la neutralización de un incidente felizmente resuelto».

Para el Centro de Operaciones, el significado del largo eufemismo estaba muy claro. ¿Ayuda norteamer-

ricana? ¿Colaboración, por lo menos? ¿Intentona golpista? ¡Ni hablar! Un oficial chiflado que había llevado engañados a sus hombres a una absurda aventura, y que había muerto a manos de sus propios hombres al descubrir éstos el engaño.

El embajador se despidió con un simple «Gracias, señor Hood.»

Cuando el director del Centro de Operaciones hubo colgado, Herbert masculló una retahíla de gráficos tacos al más puro estilo sureño, despotricando contra el embajador.

Ron Plummer le recordó que el diplomático no hacía sino atenerse a internacionales normas de protocolo. No iba a decir «Muy bien, muchachos. Así se hace. A esa gentuza hay que cargársela sin contemplaciones.»

—Recuerdo cómo se enfadó Jimmy Carter cuando liberaron a los rehenes de Teherán —dijo Plummer—. Los iraníes aguardaron hasta que Ronald Reagan hubo jurado el cargo para liberarlos. Y cuando el ex presidente Carter telefoneó a la Casa Blanca para informarse de si estaban libres los norteamericanos, le dijeron que se trataba de una información «clasificada». No pudo enterarse hasta mucho más tarde.

La anécdota no apaciguó a Herbert, que cogió el teléfono que llevaba siempre bajo el brazo izquierdo de su silla de ruedas y llamó a su despacho. Le pidió a su ayudante que telefonease a la Interpol y les pidiera un informe a sus escuchas. Dos minutos después, le informaron de que el tiroteo había cesado y de que, en las zonas del patio que podían ver, un contingente de «geos» parecía controlar la situación.

Una llamada de Stephen Viens y una comprobación a través del satélite de la ONR confirmaron que los soldados estaban siendo desarmados por los «geos» y los heridos eran llevados a ambulancias estacionadas frente al edificio.

Herbert sonrió en son de triunfo.

A las 7.45 llamó McCaskey y Hood conectó el altavoz. Darrell dijo que estaba «molido», con tres costillas rotas y hematomas en la zona lumbar. Pero que, por lo demás, estaba estupendamente. Que a María y a Luis habían tenido que operarlos de urgencia, pero que sus vidas no corrían peligro.

—El único que no tiene ni un rasguño es el padre Norberto.

—¿Cómo ha dicho, Darrell? —preguntó Hood—. ¿Qué padre Norberto? —añadió con la misma expresión de perplejidad que los presentes.

—Es una larga historia. Sólo puedo decirle que es un hombre de Dios. ¿Podría quedarme aquí unos días hasta recuperarme?

—Por supuesto —dijo Paul—. Puede quedarse todo el tiempo que necesite.

McCaskey le dio las gracias.

Hood no quiso insistir acerca de la identidad del padre Norberto. McCaskey debía de tener razones poderosas para no dar más explicaciones por teléfono. Tampoco comentaron el «papel» de Darrell en la neutralización de Amadori. Y probablemente no se comentaría hasta que alguien del CO, a lo mejor el general Rodgers, viajase a Madrid para informarse en persona.

En los servicios de inteligencia se daba por sobrentendido que todo aquello que tuviese que ver con un asesinato debía ser tratado con una reserva absoluta. Los informes había que darlos en persona, como una confesión. Aquello contribuía a que el asesinato de un líder o de un espía, aunque a veces fuese necesario, no se tratase a la ligera.

—Hay una cosa que me gustaría hacer lo antes posible —dijo McCaskey.

—¿De qué se trata? —preguntó Hood.

McCaskey comprendió que no iba a tener más re-

medio que adelantarle a Hood algo sobre la complicada peripecia del padre Norberto.

—Del sacerdote a quien me he referido antes —respondió McCaskey—. Prácticamente, nos ha salvado la vida. Él ha pilotado el helicóptero que nos ha sacado de La Caserna. Nos ha ayudado mucho. Me gustaría que pudiésemos hacer algo por su parroquia como muestra de agradecimiento. No sé... Crear unas «Becas Padre Norberto» para los hijos de sus feligreses, a través del Ministerio de Cultura, por ejemplo. Y algo parecido para honrar la memoria de Martha Mackall.

—Lo propondré al ministerio. Cuente con ello, Darrell —dijo Hood.

Cuando todos los presentes en el despacho de Hood se hubieron despedido de McCaskey, Hood colgó el teléfono y, a través del interfono, le pidió a su ayudante, Benet *el Pincha*, que llamase a su esposa.

—Está con sus padres, Benet, en Old Saybrook —añadió Hood.

—De vacaciones, ¿no? —dijo Herbert mirando a su jefe.

—Se las debía hacía tiempo —asintió Hood, que se acercó a la consola de su ordenador y pulsó el código de su archivo personal.

—¿Señor? —dijo el Pincha a través del interfono.

—¿Qué, Benet?

—Me dice el señor Kent que Sharon y los niños han salido esta mañana de regreso a Washington —le explicó Benet—. En el vuelo de las ocho. ¿Quiere hablar usted con él?

—No —contestó Paul mirando el reloj—. Dele las gracias y dígame que lo llamaré luego.

—¿Quiere que llame a su esposa al móvil?

—No, Benet —dijo Hood—. Le daré la sorpresa de ir a esperarlos al aeropuerto.

Paul Hood colgó el teléfono, apuró el café que le quedaba en el vaso y se levantó.

—¿Va usted directamente al aeropuerto, jefe? —le preguntó Bob Herbert—. Suponía que primero tendría que informar al presidente.

—¿Puede ocuparse usted de eso, Mike?

—Por supuesto.

—Gracias —dijo Hood, que sacó el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo y lo guardó en el cajón de arriba de su mesa—. Me largo de aquí... antes de que a alguien se le ocurra llamarme.

—¿Cuándo volverá?

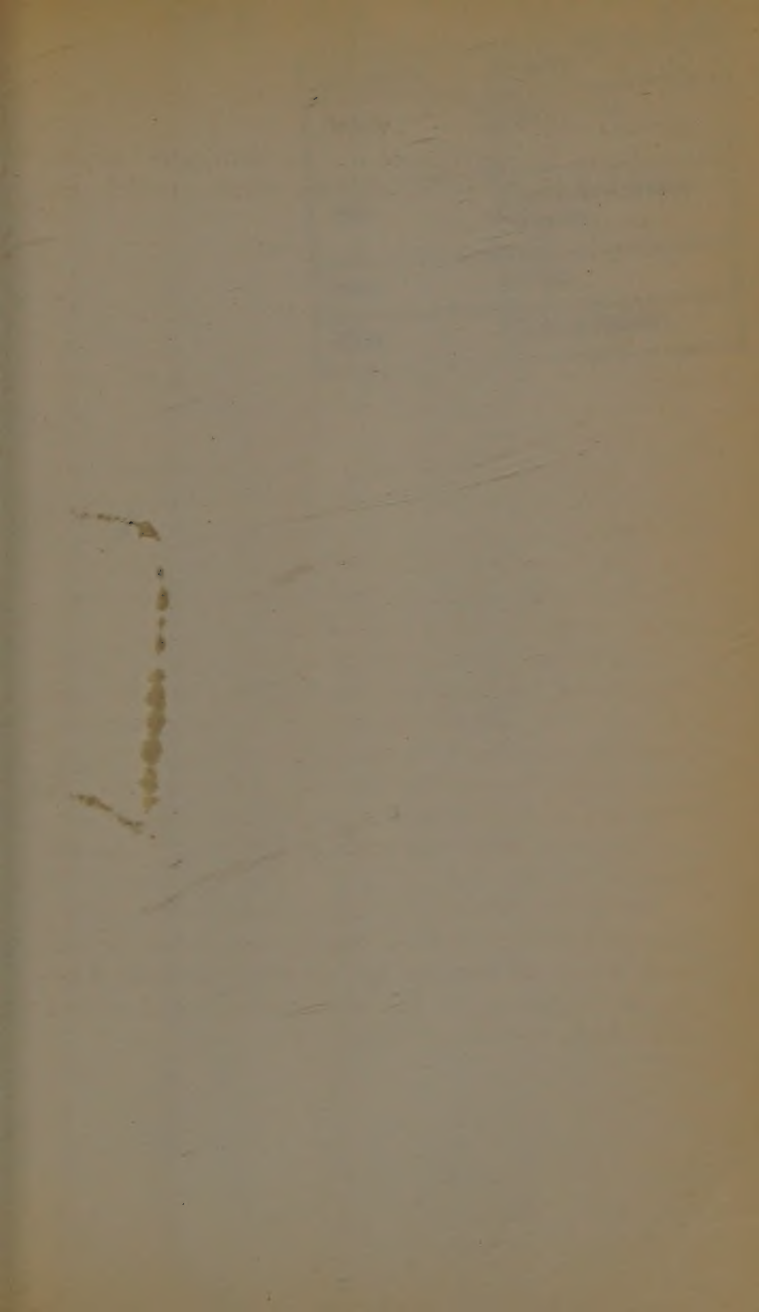
El director del Centro de Operaciones miró a la pantalla de su monitor y tamborileó con los dedos en el borde del teclado.

—Nos veremos en el funeral por Martha —contestó Hood mirando a Rodgers, que le sonrió, seguro de entender el significado de sus palabras.

—No quiero dejar de decirle una cosa, Bob. Darrell tenía razón. Lo de que no hay mal que por bien no venga es más que un refrán. Casi siempre es cierto. Afrontar todas las crisis que hemos vivido juntos, me ha regalado la amistad de un extraordinario grupo de personas, las del equipo con el que he trabajado.

—Eso me suena a despedida definitiva. Y no me gusta.

Paul Hood sonrió y, sin dejar de sonreír, pulsó el código para enviar a la Casa Blanca, por correo electrónico, la nota de dimisión que ya tenía redactada. Luego, dio media vuelta, saludó marcialmente al general Mike Rodgers y salió del despacho.



St - 4 -

se self

Que what

Que - who

Language	Spanish
Author	Clancy, Tom
Title	Op-center equilibrio de poder
Type	Fiction
ISBN	9788408056461



Tom Clancy y Steve Pieczenik

Tom Clancy: Op-Center. Equilibrio de poder

Diplomáticos españoles y agentes secretos norteamericanos detectan la organización de un complot diseñado para hacer saltar por los aires el orden interno del estado español. Ambos deciden tomar cartas en el asunto, pero antes de que puedan hacer nada para evitar el conflicto, una representante del Op-Center es asesinada en Madrid, justo cuando se disponía a asistir a una reunión ultrasecreta con un alto dirigente del gobierno español. Dicho asesinato confirma los temores de que ciertos elementos muy poderosos y muy bien armados están dispuestos a provocar una nueva guerra civil. Y no cejarán en el empeño hasta conseguirlo. Con *Op-Center. Equilibrio de poder*, Tom Clancy y Steve Pieczenik nos ofrecen una nueva y emocionante aventura en la que el lector se verá sorprendido tanto por la cercanía del escenario como por los inquietantes acontecimientos que en él acontecen.

Ilustración de la cubierta: © Age Fotostock

BESTSELLER INTERNACIONAL

booket

P.V.P. B 730493



9 788408 056461